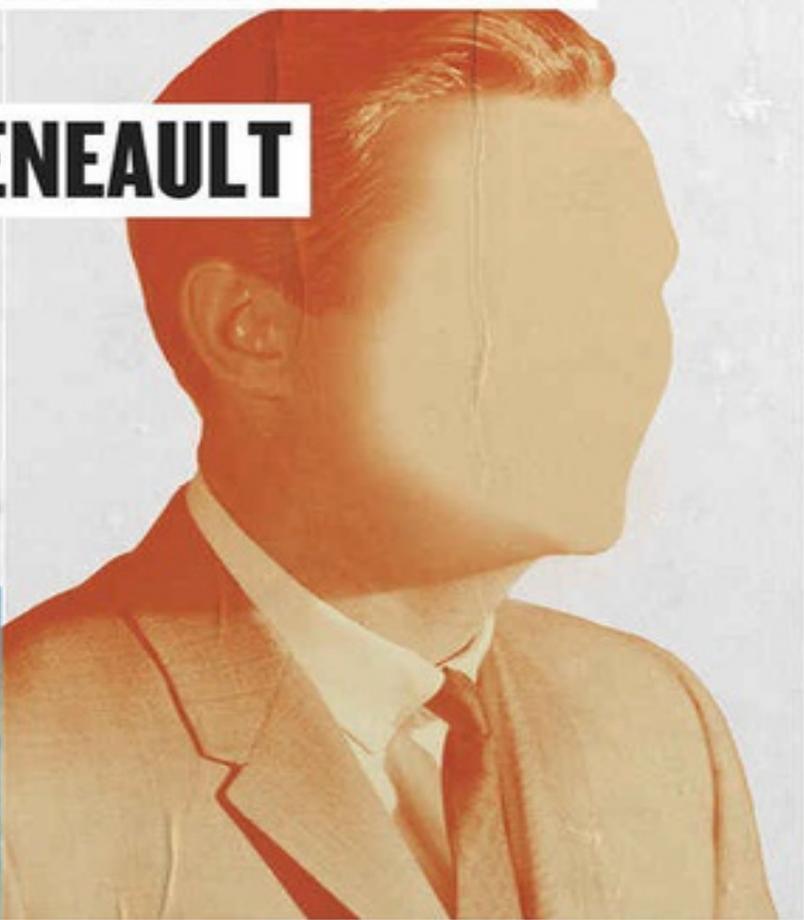


MEDIOCRACIA

CUANDO LOS MEDIOCRES TOMAN EL PODER

ALAIN DENEAULT



T

T EL CUARTO
DE LAS
MARAVILLAS

MEDIOCRACIA

CUANDO LOS MEDIOCRES TOMAN EL PODER

ALAIN DENEAULT

Traducción de Julio Fajardo Herrero

T
TURNER

Título:

Mediocracia. Cuando los mediocres toman el poder

© Alain Deneault, 2019

Edición original:

La médiocratie, Lux Éditeur, 2015;

Politiques de l'extrême centre, Lux Éditeur, 2016

De esta edición:

© Turner Publicaciones SL, 2019

Diego de León, 30

28006 Madrid

www.turnerlibros.com

Primera edición: septiembre de 2019

De la traducción:

© Julio Fajardo Herrero, 2019

Ilustración de cubierta:

Hombre de negocios sentado en una mesa cerca de la bandeja ash,

Hombre de negocios sentado en una mesa de retención de auricular de teléfono, Hombre

que agarra sombrero de pie contra un fondo gris, fotografías de Tom Kelley Archive; y

Hombre posando en studio (B & P), primer plano, fotografía de George Marks

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial

ISBN: 978-84-17866-80-8

DL: M-22187-2019

Impreso en España

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

turner@turnerlibros.com

Índice

INTRODUCCIÓN. LA MEDIOCRACIA

I. EL CONOCIMIENTO Y LA EXPERIENCIA

Perder la cabeza

Los académicos generadores de opinión

Aburre, luego es científico

Escribir hacia el desastre

Los pequeños intelectuales

‘Seguir el juego’

Los perdedores

Los efectos perversos

La esperanza: escritores en paro, docentes precarios, maestros ignorantes

II. EL COMERCIO Y LAS FINANZAS

La economía estúpida

‘Made in China’

Los expertos al rescate

La enfermedad del dinero

La economía de la avaricia

El saqueo por control remoto

Los sindicatos ‘en lucha’ contra sus camaradas del

mundo

III. LA CULTURA Y LA CIVILIZACIÓN

Las opiniones de ricos y famosos

El capital cultural

Los artistas no cuentan

El retrato del artista como trabajador social

Una relación dislocada con la realidad

El arte ‘subversionado’

Una visión del mundo en cartón

IV. LA REVOLUCIÓN: ACABAR CON LO QUE DAÑA AL BIEN COMÚN

La corruptura

EPÍLOGO. LAS POLÍTICAS DEL EXTREMO CENTRO

INTRODUCCIÓN
LA MEDIOCRACIA

*D*eje a un lado esos complicados volúmenes: le serán más útiles los manuales de contabilidad. No esté orgulloso, no sea ingenioso ni dé muestras de soltura: puede parecer arrogante. No se apasione tanto: a la gente le da miedo. Y, lo más importante, evite las “buenas ideas”: muchas de ellas acaban en la trituradora. Esa mirada penetrante suya da miedo: abra más los ojos y relaje los labios. Sus reflexiones no solo han de ser endebles, además deben parecerlo. Cuando hable de sí mismo, asegúrese de que entendamos que no es usted gran cosa. Eso nos facilitará meterlo en el cajón apropiado. Los tiempos han cambiado. Nadie ha tomado la Bastilla, ni ha prendido fuego al Reichstag, el Aurora¹ no ha disparado una sola descarga. Y, sin embargo, se ha lanzado el ataque y ha tenido éxito: los mediocres han tomado el poder.

¿Qué es lo que mejor se le da a una persona mediocre? Reconocer a otra persona mediocre. Juntas se organizarán para rascarse la espalda, se asegurarán de devolverse los favores e irán cimentando el poder de un clan que seguirá creciendo, ya que enseguida darán con la manera de atraer a sus semejantes. Lo que de verdad importa no es evitar la estupidez, sino adornarla con la apariencia del poder. “Si la estupidez [...] no se asemejase perfectamente al progreso, el ingenio, la esperanza y la mejoría, nadie querría ser estúpido”, señaló Robert Musil.² Siéntase cómodo al ocultar sus defectos tras una actitud de normalidad; afirme siempre ser pragmático y esté siempre dispuesto a mejorar, pues la mediocridad no acusa ni la incapacidad ni la incompetencia. Deberá usted saber cómo utilizar los programas, cómo rellenar el formulario sin protestar, cómo proferir espontáneamente y como un loro expresiones del tipo “altos estándares de gobernanza corporativa y valores de

excelencia” y cómo saludar a quien sea necesario en el momento oportuno. Sin embargo –y esto es lo fundamental–, no debe ir más allá.

El término *mediocridad* designa lo que está en la media, igual que *superioridad* e *inferioridad* designan lo que está por encima y por debajo. No existe la *medidad*. Pero la mediocridad no hace referencia a la media como abstracción, sino que es el estado medio real, y la *mediocracia*, por lo tanto, es el estado medio cuando se ha garantizado la autoridad. La mediocracia establece un orden en el que la media deja de ser una síntesis abstracta que nos permite entender el estado de las cosas y pasa a ser el estándar impuesto que estamos obligados a acatar. Y si reivindicamos nuestra libertad no servirá más que para demostrar lo eficiente que es el sistema.

La división y la industrialización del trabajo –tanto manual como intelectual– han contribuido en gran medida al advenimiento del poder mediocre. El perfeccionamiento de cada tarea para que resulte útil a un conjunto inasible ha convertido en “expertos” a charlatanes que enuncian frases oportunas con mínimas porciones de verdad, mientras que a los trabajadores se les rebaja al nivel de herramientas para quienes “la actividad vital [...] no es sino un medio de asegurar [su] propia existencia”.³

Esta era la observación que hacía Karl Marx en 1849. También señalaba que el capital ha hecho que los trabajadores se sientan indiferentes ante el trabajo en sí al reducirlo a fuerza de trabajo, primero; a una unidad de medida abstracta, después; y, finalmente, a su coste –entendido el salario como aquello que el trabajador necesita para reproducir su fuerza de trabajo–. Las destrezas artesanas desaparecen. Hoy la gente puede producir alimentos en cadenas de montaje sin saber cómo cocinar en casa, atender por teléfono a clientes y darles instrucciones que ellos mismos no entienden o venderles libros o periódicos que ellos mismos jamás leen. No queda rastro del orgullo por el trabajo bien hecho. Así lo explicaba Marx en su *Contribución a la crítica de la economía política*:

El hecho de que ese tipo particular de trabajo sea inmaterial se corresponde con una sociedad en la que los individuos pasan con

facilidad de una clase de trabajo a otra, y la clase específica de trabajo en la que recalán les resulta accidental y por tanto es irrelevante. El trabajo, no solo como una categoría sino en la propia realidad, se ha convertido en un medio para producir riqueza en general.⁴

El trabajo desvitalizado, visto por el trabajador exclusivamente como “un medio para asegurar su propia existencia”, es el medio del que se provee el capital para garantizar su propio crecimiento. Empleadores y trabajadores están de acuerdo en al menos una cosa: toda labor se ha convertido en un trabajo y con unanimidad todo trabajo se considera un *medio*.

No se trata de un juego de palabras ni de una simple coincidencia léxica, el trabajo pasa a ser un *medio* en el momento en que lo valoramos como un aporte estrictamente *medio*. La conformidad de un acto a su nivel medio, cuando es forzada y universal, confina a una sociedad entera a la trivialidad. Pero el *medio* remite también al *entorno*, y puede referirse específicamente al medio profesional o laboral como un lugar de compromiso (en ocasiones deshonesto) en el que ninguna obra relevante puede tener lugar.

Cabe señalar, sin embargo, que la persona mediocre no está por ahí tumbada sin hacer nada: en realidad sí que sabe esforzarse en el trabajo. Hace falta mucho esfuerzo para producir un programa comercial de televisión, para solicitar una beca de investigación, para diseñar tarritos de yogur que parezcan aerodinámicos o para organizar el contenido ritual de una reunión entre una ministra y una delegación de su contraparte. No todo el mundo tiene los medios para alcanzar dichos objetivos. La perfección técnica es absolutamente necesaria para mantener oculta la profunda pereza intelectual que implican tantas profesiones conformistas. Comprometida con los exigentes requerimientos de un trabajo que nunca es propio e inmersa en ideas que siempre proceden de arriba, la gente mediocre nunca pierde de vista su propia banalidad.

El progreso no puede detenerse. Hubo un tiempo en que se creía que los mediocres eran minoría. Para Jean de la Bruyère, la persona mediocre era una

criatura vil que recurría a cuanto conociera de rumores e intrigas sobre los poderosos intentando sacar partido a cada situación.

Celso tiene una reputación mediocre, pero quienes tienen una reputación superior lo toleran; no está instruido, pero tiene trato con hombres instruidos; acumula pocos méritos, pero conoce a gente que sí los tiene en abundancia; no tiene habilidades, pero sí una lengua que le sirve para hacerse entender y pies que lo llevan de un sitio para otro.⁵

En cuanto predominan, los Celsos de este mundo ya no tienen a nadie a quien imitar, salvo a sí mismos. El poder lo van conquistando progresivamente, casi sin saber lo que hacen. Sus métodos de supervisión, de hacerse con privilegios inmerecidos, de complacencia y de conspiración los llevan en última instancia hasta los puestos de mando en las instituciones. Es un fenómeno que han denunciado todas las generaciones. Gustave Flaubert citó lo siguiente del cuaderno de un amigo suyo, el poeta Louis Bouilhet:

¡Oh fétida democracia, poesía utilitarista, literatura de los subalternos, parloteo estético, vómito económico, escrofulosos productos de una nación exhausta, os aborrezco con todo el poder de mi alma! ¡No sois gangrena, sois atrofia! ¡No sois el rojo flemón caliente de las eras enfebrecidas, sino un frío absceso de extremos pálidos que supura desde su origen en una cavidad profunda!⁶

Sin embargo, estas no dejan de ser denuncias de imposturas e infatuaciones: lo que se desenmascara es una inútil pretensión de grandeza y no un sistema que se satisface con la pequeñez y que de hecho la exige como satisfacción.

Laurence J. Peter y Raymond Hull fueron de los primeros en atestiguar la proliferación de la mediocridad a lo largo y ancho de todo un sistema. Su tesis, *El principio de Peter*, que desarrollaron en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, resulta implacable en su claridad: los procesos sistémicos favorecen que aquellos con niveles medios de competencia asciendan a posiciones de poder, apartando en su camino tanto a los supercompetentes como a los totalmente incompetentes. Se dan ejemplos

impresionantes de este fenómeno en los colegios, donde se despedirá a un profesor que no sea capaz de seguir un horario ni sepa nada sobre su asignatura, pero también se rechazará a un rebelde que aplique cambios importantes a los protocolos de enseñanza para lograr que una clase de alumnos con dificultades obtenga mejores calificaciones –tanto en comprensión lectora como en aritmética– que los alumnos de las clases normales. Asimismo, se desharán de un profesor poco convencional cuyos alumnos completen el trabajo de dos o tres años en solamente uno. Según los autores de *El principio de Peter*, en este último caso al profesor se le castigó por haber alterado el sistema oficial de calificaciones, pero sobre todo por haber causado “un estado de ansiedad extrema al profesor que habría de encargarse al año siguiente del grupo que ya había realizado todo ese trabajo”.⁷ Así es el proceso que va dando lugar a los “analfabetos secundarios”,⁸ por emplear la expresión acuñada por Hans Magnus Enzensberger. Este nuevo sujeto, producido en masa por instituciones educativas y centros de investigación, se precia de poseer todo un acervo de conocimiento útil que, sin embargo, no lo lleva a cuestionarse sus fundamentos intelectuales.

Enzensberger ofrece la siguiente descripción del analfabeto intelectual: “Se considera bien informado, puede descodificar instrucciones, pictogramas y cheques, y se mueve por un mundo que lo aísla de cualquier desafío a su confianza”.² Los académicos mediocres no piensan por sí mismos: delegan su poder de pensamiento en una autoridad superior que dictará sus estrategias, siempre enfocadas a su evolución profesional. La autocensura es obligatoria y se presenta como una demostración de astucia.

Desde la publicación de *El principio de Peter* la tendencia a eliminar a los no mediocres se ha ido confirmando regularmente y hoy hemos llegado a un punto en el que la mediocridad, de hecho, hasta se recomienda. Hay psicólogos que han hecho suyo el credo de las escuelas de negocios y les han dado la vuelta a las relaciones de valor, identificando formas específicas de competencia como un exceso de “autocontrol”. Christy Zhou Koval, de la Fuqua School of Business de la Duke University y principal autora de un

artículo titulado “The Burden of Responsibility: Interpersonal Costs of High Self-Control”,¹⁰ presenta a los trabajadores autoexigentes como sujetos en cierto sentido responsables de acabar convertidos en víctimas de algún abuso. Está en su mano, al fin y al cabo, aprender a restringir su actividad a un marco operativo más estrecho. La propensión de estas personas al trabajo bien hecho y su marcado sentido de la responsabilidad se consideran un problema. Están fracasando a la hora de trabajar para conseguir sus objetivos “personales”, esto es, los relacionados con su carrera, en función de cómo la definen las autoridades que la custodian.

Mediocracia es, por lo tanto, la palabra que designa un orden mediocre que se establece como modelo. El lógico ruso Alexander Zinoviev ha descrito el régimen soviético en unos términos que subrayan sus semejanzas con nuestras democracias liberales. “Los que sobreviven son los mediocres” y “la mediocridad tiene más posibilidades de alcanzar el éxito”, reflexiona Dauber en *Cumbres abismales*, la novela satírica que Zinoviev publicó clandestinamente en 1976. Entre sus teoremas nos encontramos el siguiente:

Estoy hablando de la mediocridad como nivel general y no del éxito en áreas de trabajo específicas, sino del éxito social. Son cosas muy distintas [...]. Si una institución comienza a trabajar sensiblemente mejor que otras, acapara la atención sobre sí misma. Si se la reconoce oficialmente en este papel, enseguida se convierte en una farsa o en un escaparate, lo cual también degenera con el tiempo en una farsa como cualquier otra.¹¹

La norma de la mediocridad lleva a desarrollar una imitación del trabajo que propicia la simulación de un resultado. El hecho de fingir se convierte en un valor en sí mismo. La mediocracia lleva a todo el mundo a subordinar cualquier tipo de deliberación a modelos arbitrarios promovidos por instancias de autoridad. Hoy figuran entre sus ejemplos el político que explica a los votantes que se tienen que someter a los designios de los accionistas de Wall Street; o el profesor universitario que considera que el trabajo de un alumno es “demasiado teórico y demasiado científico” cuando este sobrepasa

las premisas que se habían expuesto previamente en un PowerPoint; o el productor cinematográfico que insiste en adjudicarle a un famoso un papel protagonista en un documental sobre un tema con el que este no tiene ninguna relación; o el experto que demuestra su “racionalidad” argumentando largamente a favor de un crecimiento económico (irracional). Zinoviev ya era consciente de las posibilidades del trabajo simulado como fuerza psicológica para alterar las mentes:

La imitación del trabajo al parecer solo precisa de un resultado, o más bien de la mera posibilidad de justificar el tiempo que se ha invertido: la comprobación y la evaluación de los resultados las llevan a cabo personas que han participado de la simulación, que guardan relación con ella y tienen interés en perpetuarla.¹²

Cabría pensar que un rasgo común entre quienes comparten este poder sería el de una sonrisa cómplice. Al creerse más listos que todos los demás, se complacen con frases cargadas de sabiduría tales como: “Hay que seguir el juego”. El juego –una expresión cuya absoluta vaguedad encaja perfectamente con el pensamiento del mediocre– requiere que, según el momento, uno acate obsequiosamente las reglas establecidas con el solo propósito de ocupar una posición relevante en el tablero social, o bien que eluda con ufanía tales reglas –sin dejar nunca de guardar las apariencias–, gracias a múltiples actos de colusión que pervierten la integridad del proceso.

Una expresión ingenua como *seguir el juego* es un bálsamo para la conciencia de todo actor fraudulento. Tras cumplir sonrientes con dicho requerimiento, las farmacéuticas se aseguran de curar los cánceres de próstata a un coste altísimo, aunque no se espere que estos les acarreen problemas serios a los pacientes antes de cumplir ciento treinta años, mientras los facultativos realizan tratamientos inútiles sabiendo que cada una de sus actividades médicas recibirá recompensa, tal como se establece en sus contratos. Con esta misma actitud de mirar para otro lado, y pese a estar bien equipados para acorralar a entidades culpables de fraude fiscal a gran escala, los inspectores de Hacienda prefieren acechar a las camareras que no declaran las propinas. Los agentes de policía echan el cierre a sus investigaciones en

cuanto se dan cuenta de que han topado con alguien del entorno cercano al gobierno, mientras los periodistas reproducen el lenguaje tendencioso de las notas de prensa difundidas por los poderosos y eligen seguir nadando a ciegas ignorando las corrientes de movimientos históricos, a los que prefieren no dedicar su atención.

Cuando un profesional recién reclutado por el ámbito académico universitario se somete a intimidatorios ritos de iniciación, aprende que las dinámicas del mercado siempre se imponen sobre los principios fundacionales de las instituciones públicas, pues el objetivo es saltarse tales principios. El juego puede consistir en la transformación de centros de día gestionados con ayudas estatales en negocios sin miramiento alguno hacia los niños, o en ofrecer a nuevos empleados un taller con el que aprenderán a engañarse unos a otros en el marco de sus relaciones informales, o en jugar con las emociones de un trabajador con afirmaciones del tipo: “Tu identidad es un activo que nos pertenece”. Colectivamente, *seguir el juego* significa comportarse como si no importara el hecho de que a lo que estamos jugando es a la ruleta rusa, nos lo estamos jugando todo, estamos jugándonos la vida. Solo estamos jugando, es divertido, no va en serio, no es de verdad, no es más que un simulacro que nos envuelve en su risa perversa. El juego al que se supone que tenemos que jugar siempre se presenta con un guiño, como un ardid que hasta cierto punto podemos criticar, pero cuya autoridad sin embargo aceptamos. Al mismo tiempo, tenemos cuidado de no explicitar las reglas generales del juego, porque están inextricablemente entreveradas con estrategias concretas que son personales y arbitrarias –por no decir abusivas– la mayoría de las veces. En la mente de personas que se creen listas, la falsedad y las trampas se conciben como un juego implícito, llevado a cabo a expensas de personas a las que consideran estúpidas. *Seguir el juego*, pese a lo que quiera uno pensar si es que pretende engañarse, significa no regirse nunca por nada más que la ley de la codicia. Esta forma de pensar le da la vuelta a la definición de oportunismo: el oportunismo es hoy una necesidad social ajena a la persona, pero requerida por la sociedad.

La figura central de la mediocracia es, por supuesto, el *experto* con el que la

mayoría de los académicos actuales se identifican. Su pensamiento nunca es del todo suyo propio, sino que pertenece a un orden de razonamiento que, si bien se encarna en él, está guiado por intereses concretos. El experto trabaja para convertir propuestas ideológicas y sofismas en objetos de conocimiento que parezcan puros: esto es lo que caracteriza su labor. Por este motivo no se puede esperar de él ninguna propuesta potente ni original. Ocurre, sobre todo –y esta es la principal crítica expresada por Edward Said en las Conferencias Reith de 1993–, con ese sofista contemporáneo al que se le paga por pensar de una determinada manera, a quien no le mueve la curiosidad del aficionado: no le importan los asuntos de los que habla, sino que actúa dentro de un sistema estrictamente funcionalista. “La amenaza específica para el intelectual hoy, ya sea dentro o fuera del mundo occidental, no es el entorno académico, ni las zonas residenciales, ni la apabullante deriva comercial del periodismo y las editoriales, sino una actitud a la que llamaré *profesionalismo*”.¹³ La profesionalización se presenta socialmente como un contrato implícito entre los distintos productores de conocimiento y discurso, por un lado, y los dueños del capital, por el otro. Los primeros se encargan de abastecer y de dar formato, sin ninguna vinculación espiritual, a los datos prácticos o teóricos que los segundos necesitan para garantizar su propia legitimidad. Así pues, Edward Said reconoce en el experto los rasgos característicos de los mediocres, como el actuar siempre con arreglo a “lo que se considera una conducta profesional correcta, sin hacer grandes aspavientos, sin traspasar los paradigmas o límites aceptados, mostrándose siempre ‘comercializable’ y, por encima de todo, presentable, y por lo tanto nada controvertido ni político, y sí ‘objetivo’”.¹⁴ Para los poderosos, la persona mediocre es el individuo medio a través del cual pueden transmitir sus órdenes y establecer su autoridad sobre una base más firme.

En este contexto social, el pensamiento público desarrolla inevitablemente un grado de conformismo centrado –qué sorpresa– en el medio, en el centro, en el momento mediano ofrecido como programa político. El centro es el objeto de una representación electoral perteneciente a un gran partido transversal cuyos miembros serían indistinguibles si no fuera por esos

fetichismos descritos por Freud como “pequeñas diferencias”. La apariencia de desacuerdo en el seno del partido transversal es una cuestión de símbolos más que de premisas. Cabe señalar hasta qué punto en las instituciones de poder –tales como los parlamentos, los juzgados, las instituciones financieras, los ministerios, las salas de prensa o los laboratorios– expresiones como “medidas equilibradas”, “término medio” o “compromiso” se han convertido en fetiches. Hemos llegado al punto de que ya no podemos ni siquiera imaginarnos posturas que se alejen mucho del centro, cuando dichas posturas serían las que (si existieran) nos permitirían participar del tan bien considerado proceso de hallar el equilibrio.

Socialmente, el pensamiento solo puede existir en la fase que precede al equilibrio. A medida que se va gestando, siempre empieza a ubicarse dentro de los límites de lo medio, pues el cerebro se ve neutralizado estructuralmente por el uso de una serie de palabras *centristas*, de entre las cuales *gobernanza* es la que tiene menos significado y a la vez supone el ejemplo más representativo. La realidad del sistema es tan dura como mortífera, pero su extremismo se oculta tras un elaborado alarde de moderación, el cual nos hace olvidar que el extremismo no es lo que se encuentra en los extremos del espectro político de izquierda/derecha, sino únicamente la intolerancia mostrada hacia cualquier cosa ajena a uno mismo. Solo se autorizan lo insípido, la grisura, la normatividad, la reproducción y las afirmaciones mecánicas de lo que resulta evidente. Bajo los auspicios de la mediocracia, los poetas se ahorcan en los rincones de sus pisos destartados, los científicos apasionadamente comprometidos con su vocación desarrollan respuestas a preguntas que nadie se está haciendo, los industriales brillantes construyen templos imaginarios y los grandes pensadores de políticas emiten soliloquios en los sótanos de las iglesias. Este es el orden político del extremo centro. Sus políticas encarnan no tanto una ubicación exacta sobre el eje izquierda/derecha como la supresión de dicho eje, que se sustituye por un único enfoque que afirma contener las virtudes de la verdad y de la necesidad lógica. Esta maniobra se revestirá de palabras vacías o, peor aún, será el poder el que se defina con palabras asociadas con aquello que más odia: la

innovación, la participación, el mérito y el compromiso. Aquellos cuyas mentes no participen de semejante farsa serán excluidos y esta exclusión, naturalmente, se llevará a cabo de manera mediocre, a través del rechazo, la negación y el resentimiento. Este tipo de violencia simbólica es un método constatado y comprobado.

La mediocracia nos anima de todas las maneras posibles a amodorrarnos antes que a pensar, a ver como inevitable lo que resulta inaceptable y como necesario lo repugnante. Nos convierte en idiotas. Que pensemos en el mundo en términos de medias variables resulta del todo comprensible; está claro, por supuesto, que algunas personas se asemejan muchísimo a estas figuras medias, pero que deba haber un mandato mudo que conmine a todo el mundo a convertirse en algo idéntico a esta figura media es una idea que algunos jamás llegaremos a aceptar. La palabra *mediocracia* ha perdido el significado que pudo haber tenido en el pasado, cuando describía el poder a manos de la clase media. Ahora no alude tanto a la dominación de las personas mediocres como a la dominación creada por las propias maneras de la mediocridad; alude al estado de dominación que las establece como divisa de significado y a veces también como la base para la supervivencia, hasta el extremo de que todos los que aspiran a algo mejor y se atribuyen soberanía acaban sometidos a sus palabras vacías.

1 N. del T.: El 7 de noviembre de 1917, un disparo del cañón de popa de este crucero del ejército ruso sirvió de señal para iniciar el asalto al Palacio de Invierno.

2 MUSIL, Robert (1996): *The Man Without Qualities*, Sophie Wilkins (trad. al inglés), Nueva York, Vintage International, pp. 1, 57, traducción propia [(2015): *El hombre sin atributos*, vol. I, Barcelona, Seix Barral].

3 MARX, Karl (1847): *Wage Labour and Capital*. Disponible en <https://www.marxists.org/archive/marx/works/1847/wage-labour/> [consultado el 29/05/19], traducción propia [(1968): *Trabajo asalariado y capital*, Madrid, Ricardo Aguilera].

4 MARX, Karl (1859): “The Methods of Political Economy”, *A Contribution to the critique of Political Economy*, apéndice 1.3, S. W. Ryazanskaya (trad. al inglés), Moscú, Progress Publishers. Disponible en <https://www.marxists.org/archive/marx/works/1859/critique-pol-economy/> [consultado el 29/05/19], traducción propia [(2013): “Los métodos de la política económica”, *Contribución a la crítica de la economía política*, apéndice 1.3, Mario Espinoza Pino (trad.), Barcelona, Biblioteca Nueva].

5 BRUYÈRE, Jean de la (1885): *The Characters*, Henri van Laun (trad. al inglés), Londres, Nimmo. Disponible en <http://www.gutenberg.org/files/46633/46633-h/46633-h.htm> [consultado el 29/05/19], traducción propia [(2013): *Los caracteres*, Consuelo Bergés (trad.), Madrid, Hermida].

6 FLAUBERT, Gustave (1870): “Prefacio a las *Dernières chansons* de Louis Bouilhet”. Disponible en https://flaubert.univ-rouen.fr/oeuvres/preface_bouilhet.php [consultado el 29/05/19], traducción propia.

7 PETER, Laurence J. y HULL, Raymond (2014): *The Peter Principle*, Cutchogue, Nueva York, Buccaneer Books, p. 45, traducción propia [(2014): *El principio de Peter*, Madrid, Adolfo Martín (trad.), Debolsillo].

8 ENZENSBERGER, Hans Magnus (1997): “In Praise of the Illiterate”, *Zigzag: The Politics of Culture and Vice Versa*, Martin Chalmers (trad. al inglés), Nueva York, The Free Press, p. 281, traducción propia [(1999): “Elogio del analfabetismo”, *Zigzag*, Michael Faber-Kaiser (trad.), Barcelona, Anagrama].

9 *Ibid.*, p. 280.

10 KOVAL, C. Z.; VANDELLEN, M. R.; FITZSIMONS, G. M. y RANBY, K. W. (2015): “The Burden of Responsibility: Interpersonal Costs of High Self-Control”, *Journal of Personality and Social Psychology*, vol. 108, n.º 5, mayo, pp. 750-766, traducción propia.

11 ZINOVIEV, Alexander (1979): *The Yawning Heights*, Gordon Clough (trad. al inglés), Londres, Sidney y Toronto, The Bodley Head, p. 279, traducción propia [(1992): *Cumbres abismales*, Luis Gorrachategui, (trad.), Madrid, Ediciones Encuentro].

12 *Ibid.*, p. 281.

13 SAID, Edward W. (1996): *Representations of the Intellectual: The 1993 Reith Lectures*, Nueva York, Vintage Books, pp. 73-74, traducción propia [(2007): *Representaciones del intelectual*, Isidro Arias Pérez (trad.), Barcelona, Debate].

14 *Ibid.*, p. 74.

EL CONOCIMIENTO Y LA EXPERIENCIA

*E*l periodista estadounidense Chris Hedges no se anda con rodeos: el ámbito académico es responsable de nuestros problemas sociales. Siempre que tratamos de indagar a fondo en los motivos de lo que nos amenaza colectivamente, ahí están los académicos, en general desvinculados del mundo, especializándose en subáreas infinitesimales, desprovistos ya de toda capacidad para ver las cosas desde una perspectiva crítica, obsesionados con tácticas para medrar profesionalmente y leales a una serie de redes colegiadas que resultan idénticas a las tribus. Las investigaciones y la formación que se llevan a cabo en las universidades tienen una relación de causalidad con problemas como la creciente crisis ecológica, las desigualdades económicas que están generando exclusión tanto a escala nacional como internacional, la dependencia de los combustibles fósiles, el hiperconsumismo, la obsolescencia programada, las vueltas que se le han dado a la cultura hasta convertirla en la industria del entretenimiento, la colonización de las mentes a manos de la publicidad, el predominio del sistema financiero internacional sobre la economía o la inestabilidad del sistema económico. ¿No son acaso el profesorado, los departamentos y los laboratorios universitarios “la élite”? ¿No modelan y definen el mundo en que vivimos los que deciden –siempre tan vanguardistas– y sus equipos, basándose en el conocimiento adquirido y desarrollado en las universidades, tal y como atestiguan sus impresionantes titulaciones? En *Empire of Illusion*, Hedges insiste en que hay motivos para preocuparse, pues “las universidades de la élite han abolido la autocrítica. Se niegan a poner en tela de juicio un sistema montado para justificarse a sí mismo. Lo único que importa son los sistemas de organización, tecnológicos, de desarrollo personal y de información”.¹⁵ La universidad es uno de los componentes del actual aparato industrial, financiero e ideológico: en ese

sentido, se puede argumentar su pertenencia a la “economía del conocimiento”. Las empresas ven la universidad como un proveedor, financiado con fondos públicos, de los trabajadores y de los conocimientos avanzados que necesitan. Por 500 millones de dólares, el Energy Biosciences Institute de la University of California (Berkeley) le brinda a British Petroleum equipamientos y trabajos de investigación: “BP puede echar el cierre a otro centro de investigación y mudarse a uno financiado públicamente”, concluye Hedges.¹⁶ En Estados Unidos y Canadá –y esta sin duda es una idea que pronto pasará a gozar de gran aceptación también en Europa– hay universidades a las que se les pone el nombre de Rockefeller, edificios de un campus en los que puede leerse el nombre de Monsanto, cargos de investigación asociados al nombre de Texas Instruments, aulas que antes seguían una numeración y que han pasado a llamarse PriceWaterhouseCoopers, así como becas conocidas ya para los restos por el nombre de su patrocinador, Bosch.

Max Weber jamás se habría podido imaginar el nivel de supeditación de la universidad para con los clientes que adquieren los cerebros que esta produce, aunque ya denunciaba hace cien años la “mediocridad” en la que estaba cayendo la universidad al subordinarse y contraer perniciosas ataduras con el seductor elemento comercial. En aquella época, los clientes eran los alumnos y el contenido de los cursos era la mercancía que se suponía que a estos debía interesarles. Los profesores estaban dispuestos a llegar a un compromiso con tal de atraer a los estudiantes que dudaban entre varios centros. Esto acabó por pervertir la relación con la investigación hasta el punto de que las decisiones institucionales, según Weber, pasaron a regirse por el azar. Un investigador guiado por pasiones imperiosas, intuiciones rotundas, una imaginación que lo abarcara todo y muchas ganas de trabajar no podía esperar alcanzar el éxito profesional, a no ser que mostrase también todo un repertorio distinto de virtudes que le permitieran abrirse camino por entre los arcanos misterios de la institución. Al convertir en bazas fundamentales estas “condiciones externas a la vocación del académico” –tal como las describió el propio Weber en 1919– la institución fomentaba la mediocridad:

Sería injusto responsabilizar a la inferioridad personal de los miembros del profesorado o de los estamentos educativos del hecho indudable de que tantas mediocridades desempeñen un papel preeminente en la universidad. El predominio de la mediocridad más bien se debe a las leyes de la cooperación humana, especialmente a las de la cooperación de varios cuerpos.¹⁷

Esto no era nada comparado con lo que estamos viviendo hoy. Actualmente los alumnos ya no son los consumidores de las enseñanzas y los títulos que se ofrecen en los centros: se han convertido en el producto. La universidad vende lo que hace con ellos a sus nuevos clientes, es decir, a las empresas y demás entidades que la financian. El rector de la Université de Montréal entendía que estaba afirmando una obviedad cuando, en el otoño de 2011, dijo: “Los cerebros se han de confeccionar con arreglo a las necesidades de las empresas”. Ciertamente, pues la universidad para entonces ya estaba siendo gestionada por administradores del mundo de la banca (National Bank), de las cadenas de farmacias (Jean Coutu), de la industria (SNC-Lavalin), del gas natural (Gaz Métro) y de los medios de comunicación (Power Corporation y Transcontinental), los cuales ocupaban puestos en su órgano decisorio y en los comités de influencia. Y, sin embargo, la Université de Montréal sigue financiada en gran medida por el Estado. Sin duda resultaba extraño que el plan de negocios de este templo del saber pasara a encarnar de repente unos objetivos semejantes a los de una vulgar cadena de televisión pública: a algunos les sorprendieron las similitudes entre aquellas declaraciones del rector y una cita célebre del CEO del canal francés TF1, Patrick Le Lay, quien en 2004 afirmó que lo que le estaban vendiendo a Coca-Cola eran “horas de actividad cerebral humana”.

Libero Zuppiroli observó un fenómeno parecido en Suiza. Cuando la École Polytechnique Fédérale de Lausanne se convirtió en el Swiss Institute of Technology in Lausanne, el autor de pronto advirtió que una plétora de extrañas disciplinas surgía bajo la excusa de la innovación, la excelencia y la productividad. Por supuesto, estas disciplinas estaban completamente supeditadas a los intereses de las empresas. Una de ellas era la de Neurofinanzas, un nuevo campo de investigación que pretende “entender mejor

los procesos mentales que llevan a las transacciones comerciales”,¹⁸ tal como explica Zuppiroli en su libro *La burbuja universitaria*.

Diversas instituciones emplean una amplia variedad de criterios para evaluar las universidades, los cuales van desde lo cuantitativo (el número de publicaciones de su profesorado, las titulaciones obtenidas, la tasa de contratación...) hasta lo fetichista (el *ranking* de revistas académicas, los temas de moda, las redes, las publicaciones en inglés), pasando por factores relacionados con la difusión (patrocinios, colaboraciones, presencia en medios...). Esta gobernanza de la universidad no es solo una impostura vacía, también tiene un efecto profundamente corruptor. En 2012 el sociólogo quebequés Gilles Gagné ofreció el siguiente ejemplo:

Si invento una manera de cultivar tomates cuadrados y a una empresa le parece estupenda y me la compra porque le va de maravilla para preparar hamburguesas cuadradas, ¿estoy contribuyendo a la educación? No, estoy contribuyendo a la educación del tipo que trabajaba haciendo hamburguesas cuadradas para la empresa que financió la investigación sobre los tomates.¹⁹

PERDER LA CABEZA

Las ideas se vuelven mediocres cuando a los investigadores les trae sin cuidado la relevancia espiritual de las propuestas que desarrollan. Otro pensador alemán de principios del siglo XX, Georg Simmel, predijo que el destino de los investigadores que persistieran en mostrar estas actitudes sería trágico. Cuando se lo recluta para servir a la economía, el pensamiento parece estar abocado a encarnar, al llevarse a la práctica, las taras de su institución. Se ve obligado a producir conocimiento sin que importen los costes ni la forma en que dicho conocimiento pueda incidir en el mundo. La teoría en sí adquiere una cualidad inflacionista. El ensayo de Simmel titulado “El concepto y la tragedia de la cultura”²⁰ describe un imperativo productivo tan poderoso que la mente ya no es capaz de tomar las riendas ni de hablar. A un ritmo fuera de control, la maquinaria produce valor solo para satisfacer las

exigencias de productividad del aparato, que ya no tiene nada que ver con el hecho aislado de pensar. Esto ocurre en primer lugar por la superabundancia de elementos objetivos a través de los cuales se transmite el pensamiento: libros, informes, trabajos que ya en sí mismos contienen teorías, conceptos y datos basados en hechos. Hay tanto que tener en cuenta que la mente se ve minada en su camino a la producción de cualquier cosa. Ahogada en la marea de publicaciones científicas, alberga el temor de no crear más que otro nuevo elemento que contribuya a agravar el fenómeno. Nos hemos distanciado mucho del proceso de conocer, es decir, del proceso de descubrir nuestra propia conciencia y de lo que puede conseguir nuestra mente a través de “la felicidad del creador por su obra, ya sea esta grande o pequeña”. Según Simmel, para la persona creativa,

junto a la descarga de las tensiones internas, junto a la *patentización* de la fuerza subjetiva, junto a la satisfacción por la exigencia satisfecha, probablemente continúa siendo, por así decirlo, una satisfacción objetiva, dado el hecho de que el cosmos de las cosas de algún modo valiosas es más rico gracias a esta aportación.²¹

Este proceso de inspiración hegeliana que describe Simmel ya no es concebible. Hemos llegado al tope de capacidad: la carretera que lleva a la realización del pensamiento está colapsada. Se han impuesto la productividad y el proceso de acumulación. El trabajo mental de lenta e íntima asimilación se encuentra obstruido por una mareante proliferación de referencias. La mediocridad se ha hecho con el poder. El investigador, paralizado ante la montaña de referencias que lo preceden en la cuestión que debe abordar, experimenta la pérdida de su propia mente. Da la impresión de que ya no tiene ningún sentido reflexionar acerca de lo que se ha hecho en épocas anteriores a la nuestra para producir nuevos trabajos que se incorporarán a una cultura preexistente. En lugar de eso, nos encontramos con hordas de garabateadores satisfechos con su papel en la producción del conocimiento en serie, sin importarles el significado profundo que puedan contener dichos trabajos. Simmel ofrece el ejemplo de un reputado filólogo que brinda una cantidad ingente de conocimiento sin adoptar perspectiva alguna:

La técnica filológica, por ejemplo, se ha desarrollado, por una parte, hasta alcanzar una libertad incomparable y una perfección metodológica; pero, por otra parte, los objetos que merecen estudiarse desde el punto de vista del interés real de la cultura intelectual no crecen con tanta rapidez y, de este modo, el esfuerzo filológico se convierte con frecuencia en una *micrología*, en una pedantería y en un cultivo de lo *inesencial* –por así decirlo–, un paso en el vacío del método, un avanzar de la forma objetiva cuyo autónomo camino ya no coincide con el de la cultura en tanto que perfección vital. En muchos ámbitos científicos se origina de este modo aquello que puede denominarse el ser superfluo [...]. La increíble oferta de fuerzas, también favorecida por obra y gracia de la economía, que están dispuestas y a menudo también dotadas para la producción intelectual, ha conducido a una valoración de *todo* trabajo científico por sí mismo, cuyo valor es con frecuencia solo una convención, casi una conspiración de la casta de los sabios...²²

Entonces es cuando la investigación ingresa en una fase trágica. Cuanto más produzcan las instituciones, más imposible resulta asimilar su producción de cara a que esta suponga una contribución razonable, y así continúa el proceso. La producción cultural se libera de sus limitaciones subjetivas y pasa a subordinarse a los imperativos autónomos de la investigación institucionalizada.

LOS ACADÉMICOS GENERADORES DE OPINIÓN

Enmarcada en esta economía, la universidad ya no puede vender los resultados de sus investigaciones, sino –más estrictamente– su marca, con la que sella los informes y de cuyos derechos es propietaria. Esto fue lo que dieron por sentado en Edelman, una agencia de relaciones públicas que asesoró a TransCanada en la creación de un plan de comunicación para que los residentes en Quebec aceptaran la propuesta de un oleoducto que tenía que atravesar la ciudad.

Los estrategas de Edelman aconsejaron a TransCanada que donara fondos a una universidad quebequesa, cuyos investigadores pasarían a describir dicho oleoducto como un proyecto inofensivo desde el punto de vista ecológico. Según Edelman, iba a bastar con “mantener una gran campaña de financiación” para obtener esos resultados: la campaña “podría ayudar a demostrar lo seriamente que se toma TransCanada tales asuntos y también contribuiría a ofrecer una imagen más positiva de la empresa”.²³ Radio-Canada y otros medios de Quebec dieron cobertura a los documentos de Edelman, que publicó Greenpeace en noviembre de 2014.²⁴ No se escuchó a un solo profesor, gerente o administrador universitario denunciar la situación ni aludir a la naturaleza tal vez fantasiosa de su hipótesis. Los gestores de las universidades tampoco se sintieron desacreditados por la publicación del documento que los presentaba como corruptos.

Aferrados a los grandes negocios y a las estructuras de poder sin quedarse cortos en nada, los centros de investigación no solo están vendiendo conocimiento a sus clientes, sino que además son sus cómplices a la hora de manipular. Las universidades son un instrumento clave para las firmas que constituyen los *lobbies*, pese a la muy problemática naturaleza de sus prácticas. Es un error pensar que un *lobby* se limita a presionar a cargos electos para que voten en un sentido o en otro. Como especialistas en crear opinión, quienes forman los *lobbies* tienen un enfoque mucho más amplio: trabajan para generar contextos que acaben forzando a los cargos electos a tomar determinadas decisiones, sin que los *lobistas* hayan tenido que hacer nada concreto al respecto. Centrados en intervenir sobre la realidad, los *lobistas* procuran crear un clima que resulte favorable a los intereses de sus clientes y una manera de conseguirlo es movilizar públicamente a “expertos” financiados por la industria para que actúen de una determinada manera. En un relato sobre su experiencia personal publicado en 2002, el *lobista* profesional Éric Eugène explica que su trabajo consistía en encontrar maneras diversas y sencillas de alcanzar un único objetivo: comprar el resultado de una decisión que vaya a tomar una institución pública. Entre estas maneras diversas figuran la corrupción, la intimidación, la manipulación y la investigación. Según

Eugène, a los investigadores que participan de tales juegos se les identifica fácilmente. “¿De dónde viene el experto y qué plan profesional tiene? ¿Trabaja para el sector público? Si es así, ¿es ahí donde quiere permanecer hasta el final de su carrera o querría pasarse al sector privado? ¿Quién financia el laboratorio donde trabaja, ya sea este privado o público? ¿Está claro si el experto es independiente o si, por el contrario, su trabajo viene necesariamente definido por el tipo de ayuda económica que recibe?”, escribe Eugène, arrepentido.²⁵

Edelman aseguró a TransCanada que investigaría a los activistas medioambientales que se opusieran a su proyecto y que divulgaría información legal o financiera que pudiera desacreditarlos. También invitó a TransCanada a organizar acciones “populares” propetróleo llevadas a cabo por “activistas” a los que pagaría directamente la empresa. Otra idea consistía en dar dinero a hordas de usuarios de internet para que repitieran el mensaje de la compañía en redes sociales. De no haberse filtrado este plan a la prensa, TransCanada también habría solicitado la ayuda de figuras políticas de Quebec como Pierre-Marc Johnson, Lucien Bouchard y Monique Jérôme-Forget para que apoyaran la construcción del oleoducto. Esta es la clase de campaña bien orquestada de la que los miembros del ámbito académico participan a menudo. Para mantener las formas, no tienen más que seguir el juego sin hacer preguntas de tipo general sobre la trama en la que están participando.

ABURRE, LUEGO ES CIENTÍFICO

La arrogancia de los gestores del conocimiento siempre los llevará a creer que pueden controlar el lenguaje: se creen capaces de reducirlo a señales fácilmente manipulables para convencer a sus semejantes de que les destinen dinero. Dejarán de aplicar una palabra que ya no está de moda o subrayarán una referencia que esté en boca de todos, incluso cuando no sepan gran cosa de ella. En el apartado del formulario donde solo se pueda insertar una cantidad limitada de términos llevarán a cabo un eslalon léxico, basculando entre lo caliente y lo frío, el ángel y el demonio, la corrupción y la ética, el

consenso y la revolución. Y, para acabar, afirmarán con florituras que su actitud será completamente distinta cuando por fin se haya conseguido el objetivo, el mítico tesoro. Por supuesto, mi propuesta para solicitar la subvención no contiene más que aire, ¡pero dadme el dinero y os enseñaré lo que soy capaz de hacer! Como si pudiéramos llegar a acumular más fuerza que la de las palabras que empleamos para llegar a estos acuerdos y como si mandáramos sobre el lenguaje en lugar de estar sometidos por él. Pero no hemos leído a Blanchot, hemos evitado a Derrida, no hemos entendido a Lacan y hemos desdeñado a Kristeva. Tan pronto se compensa a los mercenarios del mundo por su cobardía, estos se vuelven ásperos y estériles, y se olvidan de los conceptos críticos –a los que han pasado a dar la espalda–, de tan comprometidos que están con sus compañeros de negocios como si su vida dependiera de ello, centrándose en devolver favores a los colegas cuyas solicitudes de ayuda estarán basadas en los mismos significantes ideológicos compartidos.

La universidad lleva ya décadas dedicándose a la tarea de hacerse manipulable por cualquiera que esté dispuesto a subvencionarla: hasta cierto punto, puede que lleve haciéndolo desde su constitución moderna. Hans Magnus Enzensberger recuerda los lejanos orígenes de este problema en su ensayo “Elogio del analfabetismo”:

La alfabetización de la población no tuvo nada que ver con la Ilustración. Los filántropos y sacerdotes de la cultura que la abanderaron no eran más que cómplices de una industria capitalista que exigía al Estado que pusiera a trabajadores formados a su disposición [...]. Era un tipo de progreso muy distinto el que estaba en juego. Consistía en amansar a los analfabetos, a las ‘personas de la clase más baja’, extrayendo de ellas la imaginación y la tenacidad, para a partir de ahí no solo explotar su fuerza física y sus habilidades manuales, sino también sus cerebros.²⁶

El hábito académico consiste en dejarse dominar. La universidad se encuentra en un estado completamente caótico y solo el dinero parece aportar algo de consistencia a sus prácticas. Se ha rendido, lo que define su visión acerca de cómo debe emplearse el lenguaje en las investigaciones. Los textos

académicos se basan en una norma implícita que se convierte en explícita en cuanto alguien la quebranta: la prosa de un autor solo se considera científica si mantiene un tono neutral, tranquilo y comedido. Aburrido, incluso. Estilísticamente cualquier texto que se precie de contener conocimiento siempre deberá girar en torno al término medio: cualquier otra cosa generará incomodidades. Un distinguido catedrático sentirá aprehensión con respecto a una propuesta si esta no se presenta con arreglo a los requisitos del pensamiento objetivo. Si el catedrático reconoce la relevancia de una idea, pero considera que la forma en que está trabajada no se adecúa a los requisitos del entorno académico, puede que con el tiempo la repita sin mencionar dónde la obtuvo. Porque el tono lo es todo.

El tono tiene que ver, en primer lugar, con la elección de las palabras. Es preferible emplear conceptos que suenen científicos, aunque solo sea para insinuar que los términos que uno está usando no guardan ninguna relación con el aquí ni el ahora. En lugar de *dinero*, por ejemplo, hablaremos de *divisas*. Además, hay que evitar los términos que contengan carga emotiva como resultado de sus usos históricos: no hay que hablar de *revueltas políticas*, sino de *resiliencia*; no hay que aludir a la *clase*, sino analizar las *categorías* sociales. Algunos incluso tuercen el gesto ante la expresión *justicia fiscal*, que se considera demasiado política.

También es importante no usar un lenguaje descarnado que pueda ridiculizar a actores sociales prominentes, sobre todo si estos son poderosos. Por ejemplo, las empresas multinacionales. Según una lectura demasiado estricta de las afirmaciones del sociólogo Max Weber, tales muestras de resentimiento debilitarían nuestras pretensiones de neutralidad ética. Para evitar suscitar impresiones desagradables de este tipo, lo mejor es descartar completamente el léxico del derecho penal y actuar como si dicho vocabulario fuera patrimonio exclusivo de los académicos juristas. Ante determinados fenómenos, hablaremos de *acciones sospechosas* o de *mala gobernanza* y no de *crímenes* ni de *saqueo*. Los términos procedentes del derecho penal se reservarán únicamente para los hechos que así hayan sido definidos por los tribunales: las operaciones de Bernard Madoff, por ejemplo, se pueden describir como *delictivas*. Debemos actuar como si todas las disciplinas

científicas estuvieran sujetas a la disciplina regional –y tremendamente parcial– de lo legal. Al hacerlo, estaremos ignorando el análisis del sociólogo Émile Durkheim, quien defendió que cada rama del conocimiento y de la cultura tiene su propia definición del crimen.

El tono normativo viene acompañado de referencias a conceptos de sobra establecidos: debemos aferrarnos siempre a la idea de la seguridad del Estado y del contrato social tal como este se ha definido tradicionalmente, en lugar de apropiarnos de las controvertidas ideas de Louise Michel o de Herbert Marcuse. Tenemos que reflexionar sobre los problemas desde la perspectiva de cómo debería ser el mundo y centrarnos en ideas abstractas en torno a criterios estándar (a la idea de justicia o de ética de la comunicación), en vez de sentar las bases de alguna reflexión conceptual o de contexto sobre aquello en lo que se está convirtiendo el mundo (oligarquía, plutocracia o totalitarismo financiero). En francés, la construcción de sustantivos a partir de los participios presentes también es un signo de moderación: *migrance*, *consultance*, *survivance* y *gouvernance*. El participio presente –que en español podría asociarse al gerundio– es una forma participial y está, por lo tanto, desprovista de historia: una vez se sustantiviza, nombra las ideas de un modo incorpóreo.

Finalmente, uno debe hacer ostentación de no dar nombres en los casos de agentes involucrados en actividades ilícitas: el hecho de que uno se guarde información se supone que es la prueba de que opera científicamente. Sin duda esto explicaría por qué las universidades canadienses han fracasado, a lo largo de más de cincuenta años, a la hora de producir una sola tesis relacionada con un asunto de innegable importancia: el impacto en nuestras instituciones públicas de la multimillonaria familia Desmarais, que controla un gran grupo internacional de empresas financieras y de comunicación (la Power Corporation) y ha jugado un papel fundamental en la vida política del país. Mientras tanto, se ha desarrollado un número indeterminado de argumentaciones en torno a criterios abstractos que deberían implementarse en el mundo.

El tono no es tan solo una cuestión de elecciones léxicas. También tiene que

ver con el ritmo. El tipo de textos que prevalece hoy en el ámbito científico se basa en una estructura léxica que se puede aplicar bajo toda clase de circunstancias. A esta modalidad se opone la “modulación” descrita por Gilles Deleuze en *Dos regímenes de locos*. Deleuze se refería a Friedrich Nietzsche (un autor al que ningún académico querría editar si fuera contemporáneo nuestro) cuando escribió que la modulación “traza una línea partida en una bifurcación perpetua, una línea rítmica”,²⁷ que nos permite reflexionar acerca de las contingencias de la historia, las vicisitudes sociales y otros imponderables a través de los cuales los sujetos siguen siendo, en última instancia, quienes piensan el mundo. El tono –en cuanto reconocemos su peculiaridad, lo adaptamos al objeto y apreciamos su potencial imaginativo– redefine el molde en el que se forma el pensamiento. Este método, este molde, también hay que inventarlo, en la medida en que lo convertimos en algo plástico, a lo que se da forma por medio del trabajo de escritura y que simultáneamente va determinando tanto la forma como la sustancia de lo que estamos diciendo. Deleuze apela a Georges Buffon (biólogo, pero también autor de un famoso tratado estilístico), que formulaba una analogía entre la apariencia de un texto y la morfología de un animal, dando lugar a la expresión “molde interno”. La forma atestigua aquello de lo que es capaz un cuerpo o un texto.

Los centros de investigación suelen confinarse a un tono y un mundo muy cerrados. En ese entorno de superficialidad, son mil y un detalles los que determinan si una teoría se aceptará o rechazará, incluidos la indumentaria, la postura, la mirada, el tono de voz, lo rápido que se hable, la manera de regular la intensidad, si la forma en que se relacionan las ideas resulta típica, las referencias escogidas para citar y tal vez también el acento de la persona, su origen, su género y su edad. Esto es especialmente cierto en el caso de la concesión de ayudas y de las ofertas de empleo. Una serie de estrechas fronteras formales limitan la propuesta hasta un punto que llega a resultar neurótico y garantizan que algunas ideas no se lleguen a proferir jamás.

¿Quién quiere que las cosas se hagan así? ¿Y a quién beneficia este tono obligatorio? Uno de los grandes sociólogos estadounidenses que han abordado

esta cuestión es también uno de los grandes estilistas de la disciplina, lo cual no es ninguna sorpresa. En *Las clases medias en Norteamérica (white-collar)*, C. Wright Mills describe “un temor vago y generalizado –a veces llamado *discreción* o *buen criterio*– que lleva a la autointimidación y que se vuelve tan habitual que el académico al final ya ni es consciente de ello”. Esta es una consecuencia de la burocratización de la profesión del académico: los “acuerdos entre caballeros del mundo académico” ejercen un “control manipulador” sobre los “insurgentes”.²⁸ El tono prescrito previene a los académicos que lo adopten de alejarse demasiado de los límites establecidos por la ideología dominante. Es el mismo tono que emplea hoy el profesor/emprendedor cuyos clientes pertenecen al mundo empresarial y a otras instituciones de poder. Estos últimos, a su vez, dependen de los hallazgos que procedan de sus investigaciones, de los pronunciamientos de los expertos y de otros “símbolos”. Chris Hedges lo argumenta con crudeza:

Este vocabulario, un signo del *especialista* y por supuesto del elitista, desbarata la comprensión universal. Previene al no iniciado de hacer preguntas incómodas. Destruye la búsqueda del bien común. Trocea las disciplinas, a los profesores, a los alumnos y finalmente a los expertos en minúsculos fragmentos de especialización. Permite que alumnos y profesores se retiren a estos feudos autoimpuestos y desatiendan los más urgentes asuntos morales, políticos y culturales.²⁹

ESCRIBIR HACIA EL DESASTRE

Si tan solo este tono normativo produjera un lenguaje coherente. Al contrario, las reglas de los textos académicos degradan a los estudiantes, que mientras estudian en la universidad se ven obligados a acatarlas; después, en cuanto dejen atrás el ámbito académico, tendrán que volver a aprender a escribir.

Según Kristen R. Ghodsee, catedrática de Estudios de la Mujer del Bowdoin College de Maine, “los académicos son responsables como colectivo de la

producción de una parte de la prosa más obtusa e impenetrable de la lengua inglesa”. Así se desahoga en internet:

Las modas retóricas van y vienen, pero el gusto por la opacidad se ha convertido en un rasgo definitorio del ámbito académico contemporáneo [...]. El lenguaje académico es el código secreto que emplean algunos estudiosos para indicar que son miembros del club. Les asegura que nadie pueda saber de verdad si sus ideas son brillantes, malas o simplemente mediocres.³⁰

A Ghodsee le indignan modas como el rechazo a palabras que acaben en *-ismo*, que ahora están pasadas de moda y se deben reemplazar con términos que acaben en *-ción*, pues al parecer es un signo de no se sabe muy bien qué tipo de distinción. Señala también la tendencia inflacionista de vocablos contruidos con los sufijos en boga (el estudio de la opresión social y política pasa a denominarse el estudio de las *opresividades*, por ejemplo, mientras que las reformas educativas se convierten en *educatividades*) o con los prefijos que están a la orden del día (y así se añade la *intereducacionalidad* a los numerosos términos que empiezan por *bio-*, *ciber-*, *hetero-*, *homo-* o *tecno-*). “No se preocupen si no entienden del todo bien lo que quiere decir una palabra –nos tranquiliza–. Con la correcta combinación de prefijos y sufijos lo más seguro es que lleguen a algo que dé la impresión, si no de ser profundo, sí al menos de estar a la última”. A estos tics se les podría sumar la costumbre por pluralizar –un catedrático puede sentirse orgulloso por la actitud subversiva con que escribe palabras como *resurgires*–, que aporta a los términos un aura de complejidad aun cuando todos somos conscientes de que, por definición, describen múltiples situaciones.

“La escritura académica está podrida”. El autor de esta afirmación desilusionada pero honesta es todo un catedrático de psicología en Harvard. Steven Pinker, en un artículo fríamente titulado “Why Academics Stink at Writing”,³¹ halla en los textos académicos una amplia variedad de fallos que cualquier editor ajeno a este gremio rechazaría. Su recopilación incluye ejemplos de metadiscurso (la tediosa manía de insertar indicadores tales como “en el párrafo precedente, hemos tratado de demostrar X; en este párrafo nos

centraremos en la cuestión Y”, etcétera); de narcisismo profesional (incluir un resumen de todo lo que a uno se le ha exigido que lea durante el desarrollo de una tesis que en realidad resulta muy sencilla, pero cuyo autor es incapaz de exponer en un único párrafo); de una visión exagerada de lo arduo que resulta un tema, o del desafío que supone en realidad (recuérdese la dificultad abismal que se le atribuye al estudio de los procesos de aprendizaje de los niños); del uso de comillas para marcar palabras comunes (“aprendizaje” y “niños”); del uso de limitadores del discurso (*por así decirlo, hasta cierto punto, en mayor o menor medida, en parte, aparentemente, yo defendería,* etcétera) para marcar una distancia subjetiva entre una afirmación que no se está dispuesto a sostener del todo; o de metaconceptualización (decir “al abordar este tema desde el punto de vista de la aplicación de la ley” en lugar de “llamé a la policía” o “empleando un modelo que rebaje el nivel de prejuicios” en lugar de “reducir los prejuicios”), que convierte la realidad o la actividad más nimia en algo equivalente a un concepto. Para finalizar, Pinker alude a la incapacidad de los autores para guiar al lector paso a paso por su argumentación.

En esta crítica a sus colegas, Pinker pone en cuestión la creencia extendida de que todo discurso científico debe ser una jerga opaca solo apta para iniciados. También rechaza la típica acusación de que los académicos emplean un lenguaje pretendidamente opaco para que nadie pueda entenderlos. Si bien esta sospecha puede justificarse en algunos casos, según Pinker lo que entra en juego es otra serie de factores más importantes. Entre ellos está el hecho de que los investigadores se encuentran acorralados por la economía institucional y por el concepto sacrosanto de los trabajos científicos revisados por colegas, lo cual les lleva a desarrollar una forma de redactar cuyo objetivo no es comunicativo ni de intercambio, sino una “presentación de sí mismos” que cumpla con los estándares del entorno en cuestión. A esto podría añadirse la indiferencia, o más bien el desdén, que los profesionales del ámbito académico sienten hacia el público general, a pesar de que la mayor parte de sus actividades se financie con dinero público. A menudo los artículos se escriben, se editan, se imprimen y se distribuyen (sobre todo entre quienes

hayan hecho alguna contribución a ellos) para que sus autores puedan sumar un nuevo renglón a sus currículums. A medida que va pasando el tiempo, a la gente dejan de importarle el nivel de la redacción o los lectores, ya sean reales o imaginarios: se van volviendo incapaces de concebir los procesos mentales de cualquiera que no esté ya inmerso en su campo de actividad. El resultado es regresivo. “Si un niño de tres años ve cómo alguien esconde un juguete mientras otro niño se encuentra ausente, el primero asumirá que, cuando entre, el segundo niño irá a buscar el juguete en el lugar donde este se encuentra, y no donde lo vio por última vez”, escribe Pinker para ilustrar la cualidad infantil de muchos investigadores, incapaces de imaginarse un estado de conciencia distinto del suyo propio.

Escribir con claridad es, efectivamente, mucho más difícil que hacerlo de forma opaca. Nicolas Boileau creía que “todo lo que está bien concebido se expresa con claridad y las palabras para expresarlo fluyen con facilidad”. Pinker es más negativo: “Cuando Calvino le explicó a Hobbes que ‘con un poco de práctica, la escritura puede volverse tan intimidante como una niebla impenetrable’ lo entendió al revés. La niebla es fácil para los escritores: es la claridad la que requiere práctica”. Pese a que la escritura no se puede dissociar del pensamiento, los académicos la descuidan y, en consecuencia, terminan malinterpretando su propia profesión. Algunos incluso desdeñan las obras críticas que, concebidas fuera del entorno académico, se dirigen tanto a personas de la rama como a los legos. Así y todo, como escritores, ¿cuántos profesores de universidad están a la altura de autores como Naomi Klein a la hora de contribuir a que la ciudadanía amplíe sus conocimientos y desarrolle un pensamiento más profundo? Un académico puede mirar por encima del hombro hacia el trabajo de un periodista de investigación como Greg Palast, sin reflexionar jamás sobre su propia incapacidad para producir nada tan incisivo ni iluminador.

No puede resultar muy sorprendente, pues, que los profesores universitarios dediquen su tiempo a crear diapositivas multimedia en lugar de libros. ¿Qué otra cosa podemos esperar de gente que necesita tantas muletas tecnológicas para ir de un sitio a otro? Como apuntó Franck Frommer en su libro *El*

pensamiento PowerPoint. Ensayo sobre un programa que nos vuelve estúpidos, las diapositivas generadas por ordenador no se utilizan para complementar actos de comunicación: los vuelve ineficaces. En cuanto alguien empieza a depender de este dispositivo prostético, pasa a estar prácticamente obligado a basar sus enseñanzas en una serie de clichés que nunca van más allá de ser meros términos de moda con carga ideológica, a emplear ilustraciones de un valor estrictamente anecdótico y a disparar argumentos que reducen toda idea a la forma de eslóganes simplistas, entre los que se establecen jerarquías brutales. Para terminar, las oraciones completas como tales están desapareciendo del mundo universitario junto a las conexiones lógicas, las relaciones sutiles, las paradojas y los matices a los que estas pueden dar cabida. La cualidad diagramática del PowerPoint sumerge al cerebro en una maraña de códigos incomprensibles. Por ejemplo, ¿cuál es el verdadero significado de las cajas en las que se insertan categorías enteras de actores o el de las flechas de un organigrama que se supone que ha de ilustrar las dinámicas de una organización? Tras observar en algún congreso el pánico que exhiben los miembros de la academia que dependen de este programa, no podemos por menos de concluir que el PowerPoint erradica la autonomía de la mente.

LOS PEQUEÑOS INTELLECTUALES

En 1951 un catedrático canadiense de Lengua Inglesa, Marshall McLuhan, identificó a Clark Kent como el símbolo del académico del siglo xx. El doble civil de Superman es el verdadero héroe de la historia que, recordemos, concibieron originalmente dos adolescentes. El inepto reportero parece encarnar al intelectual de la época, ingenuo y torpe. Al considerarse a sí mismo un don nadie, Kent se limita a alimentar fantasías de grandeza (que hoy se expresan con ideas como la excelencia y el prestigio). Ya sea un ciudadano patético o un superhéroe con capa que corre múltiples peligros, la fascinación de los estadounidenses con este personaje es indicadora de la pérdida absoluta de la relación de este pueblo con el pensamiento estructurado. Según el análisis propuesto por McLuhan en *La novia mecánica*, Superman encarna

la abdicación de la responsabilidad de pensar. A su modo heroico, dicha abdicación se demuestra por su carácter unilateral, por la manera en que reduce la idea de justicia a una simple cuestión de fuerza y por la asunción, ajena a cualquier proceso de instrucción o experiencia, de que posee un “conocimiento sin fallo sobre todas las cosas”. Su impaciencia para con “los laboriosos procesos de la vida civilizada” y su marcada afición por las “soluciones violentas” son igualmente claras manifestaciones de su vanidad. Habida cuenta del fracaso que cosecha en su vida civil, viene a reflejar “la derrota psicológica del hombre tecnológico”.³²

McLuhan define este periodo como uno en el que los centros de investigación y de enseñanza estaban perdiendo todo respeto por sí mismos. A través de la participación de estas instituciones en “la educación tecnológica y especializada”,³³ marcada en primer lugar por la economía de guerra y después por un sistema industrial que programaba la obsolescencia de los productos de consumo para asegurarse la renovación, la vida intelectual se vio inmersa en un caos absoluto. “¿Producción destinada al uso? Sí. Pero a un uso lo más breve posible, en consonancia con el amaño del mercado y el aumento piramidal del beneficio”.³⁴ Los trabajos de investigación que emergen de este proceso estaban tan desincentivados en términos morales que, al final, lo único que importaba a los científicos era el alcance de la financiación para sus investigaciones, su laboratorio y su institución. Su vida profesional –la vocación ya no era un factor– quedaba estrictamente limitada, más o menos como le ocurre a Clark Kent. Tal como señala McLuhan, “cuanto más pequeño y más mezquino sea el hombre, más anhela poseer [...] poderes sobrehumanos”. Para McLuhan, “la clave de Superman es el inútil de Clark Kent”.³⁵

Mientras ciudadanos, pensadores y científicos no encontraban razón alguna para considerarse algo más que una pieza del engranaje de una enorme maquinaria, la enorme maquinaria, por su parte, adquiriría un aspecto heroico a medida que iba recabando en su interior toda la fuerza de trabajo a su disposición. “El gran poder físico e industrial”³⁶ sabe cómo someter a los

académicos a su autoridad y que estos se conviertan en empleados suyos y contribuyan a aumentar sus beneficios.

Quienes se someten a la formación [universitaria] únicamente porque los vinculará más eficazmente a un gran mecanismo económico y burocrático están dedicando sus mejores años y facultades a esclavizarse. Están aprovechando todas las oportunidades que se les presentan para obtener los medios económicos que les permitan ser exactamente iguales a todos los demás.³⁷

Los investigadores que toman la determinación de limitarse a permanecer entre los confines del pragmatismo se están sentenciando a sí mismos a la pequeñez. Ven la industria a gran escala, el ejército, la burocracia del Estado y las organizaciones financieras internacionales como superpoderes a los que están sometidos, en tanto que “multitud de individuos desposeídos de poder, muchos de los cuales se sienten profundamente resentidos por su condición”.³⁸

La de Superman es la imagen del héroe erigido sobre la base de las destrezas académicas, pero –como el Leviatán de una era individualista– hace que el ámbito académico se vuelva pequeño y desdeñable. No resulta sorprendente, pues, que la historia de este oscuro objeto de deseo nos cuente que alcanzó un carácter predominante y que se le atribuyó ese nivel de verosimilitud a manos de graduados universitarios. Fueron ellos los que echaron mano de su experiencia y conocimientos para servir a los intereses de las producciones estéticas que convirtieron a este emblema del sufrimiento reprimido de la época en algo aún más fascinante. Las empresas capitalistas de producción convirtieron al personaje de cómic en el protagonista de un serial radiofónico; después vinieron los dibujos animados y las patéticas adaptaciones televisivas; por primera vez se puso a prueba una serie de rudimentarios efectos especiales en las películas; finalmente, la ciencia brindó la gran proeza de las imágenes generadas por ordenador que de tanta aceptación han gozado en el siglo XXI. Los conocimientos tecnológicos han ido brindando a la estética del personaje un aspecto cada vez más real, como si el objetivo fuera ir desplazándolo de la representación a la presentación, de la narración a la

alucinación. El tráiler de la célebre versión estrenada en 1978 ya ponía el énfasis en los avances mediológicos (“la impresionante tecnología del cine”) que de repente lo convertían en un personaje más plausible. En 2013 seguía prevaleciendo el mismo discurso: ridiculizamos el uso anticuado de dispositivos neumáticos e imágenes superpuestas, al tiempo que elogiamos los recursos técnicos que entonces ya daban a Superman una imagen realista hasta el extremo. De repente, estos recursos técnicos iban a la par con el propio superhéroe.

Los técnicos de la imagen desempeñan su papel, pero hay otras personas involucradas en el proceso. Hay psicólogos y neurólogos que monitorizan el efecto general de las tramas en los espectadores. Las historias se han de modificar con arreglo al clima psicológico y las cuestiones políticas del momento, para mantener viva la ilusión entre el público. ¿Superman debe ser sensible o duro, falible o invencible, capaz de resistir envites o tendente a la ira? Los científicos trabajan con grupos de sondeo, encuestas, análisis y teorías para rediseñar los personajes de la mejor manera posible. Marie Bénilde ha diseccionado inmisericordemente el papel clave desempeñado por las investigaciones universitarias –en psicología, neurología, y semiología, por no hablar de la ciencia computacional, la ingeniería, el *marketing* y la gestión empresarial– cuando se trata de camelarnos y manipular nuestras mentes.³⁹ Esta afirmación nunca ha sido más cierta. Gracias a la neuroestética y, sobre todo, a la neurocinemática desarrollada por el psicólogo Uri Hasson en la Princeton University, el arte de contar historias ya no se basa en generar “pena y terror” –los elementos ya anticuados que antes se preciaban de tener capacidad catártica– para provocar la identificación del espectador, sino en un agudo análisis de la corteza prefrontal medial, la parte del cerebro que se enciende cuando un sujeto se dice a sí mismo: “¡Yo soy exactamente así!”, aun cuando esté ante escenas e historias muy diferentes entre sí. Los grupos de sondeo ya no son estudios de lo que le gusta o no le gusta a una serie cuidadosamente escogida de espectadores. Ahora se emplean imágenes funcionales de resonancia magnética para estudiar las reacciones que tienen lugar en los cerebros de esos espectadores. La mayor parte de estos estudios

está lejos de ser desinteresada: el objetivo es averiguar cómo conseguir que las mentes vean con buenos ojos a –y se identifiquen con– personajes que a menudo tienen una profunda carga ideológica. En concreto, hay técnicos formados en universidades que han contribuido al desarrollo de la figura de un superhéroe icónico concebido para redimir a importantes instituciones; en este sentido, desposeen su praxis de toda nobleza de intenciones, al tiempo que las productoras de Hollywood se convierten en los mayores beneficiarios de sus investigaciones.

‘SEGUIR EL JUEGO’

Es una experiencia genuinamente triste leer tantos relatos descarnados de la labor científica inútil, de la autocensura que la gobierna y de los abusos de toda condición que se observan en los campus. A medida que uno se va familiarizando con los informes, las publicaciones y los documentos que se redactan en la actualidad y en torno al tema del mundo académico, es muy fácil predecir que no habrá protestas por parte de las instituciones que lo forman. La universidad ha sufrido una transformación enorme y perversa. El acierto de este diagnóstico lo demuestra la incapacidad de dicha institución para dar respuesta a sus críticos, entre los que se incluye un número de valientes profesores que se pronuncian desde dentro del sector.

Las relaciones en el ámbito universitario son tan nocivas que el sociólogo Alexandre Afonso, que da clases en el departamento de economía política del King’s College en Londres y que ha estudiado las estructuras del tráfico de drogas, no duda en comparar los patrones estructurales de la universidad con los del crimen organizado. Su artículo “How Academia Resembles a Drug Gang”, publicado en 2013 en la página web de la London School of Economics and Political Science, compara los niveles de ingresos marcadamente desiguales que se observan en las redes de traficantes de drogas –cuyos vendedores callejeros perciben un “salario” miserable, mientras los grandes capos obtienen pingües beneficios– con los sistemas de compensación que prevalecen en los centros universitarios. Afonso se pregunta por qué los traficantes de poca monta están dispuestos a trabajar por

tarifas que a veces no ascienden ni al salario mínimo. La respuesta, según dice, es que “la perspectiva del enriquecimiento futuro, más que los ingresos y las condiciones laborales actuales, son los principales argumentos para permanecer en el ámbito: los traficantes de menudeo aceptan sus ingresos actuales a cambio de una (incierto) fortuna futura [...]. Están dispuestos a ‘hacerse ricos o morir en el intento’”.⁴⁰

Basta con esta esperanza para atraer el número suficiente de candidatos como para garantizar que siempre haya alguien dispuesto a realizar ese trabajo. Exactamente igual que los capos de la droga, los gestores de centros universitarios, los miembros de juntas directivas y los profesores coinciden en no sentir la necesidad de asegurarse de que la riqueza que perciben se distribuya de una manera equitativa. Aludiendo a la “dualización”, Afonso compara el sistema con una fortaleza: quienes consiguen entrar disfrutan de los beneficios al completo y dejan a todos los demás con apenas la esperanza de poder unirse a ellos. Mientras esperan, tanto los traficantes de poca monta como los estudiantes de doctorado que han quedado en la cuneta pueden llegar a cobrar salarios bajísimos, de unos 900 dólares mensuales. Los investigadores precarios excluidos alternan contratos por bajas cuantías con aterradoras temporadas de vacío, en momentos cruciales de sus vidas en los que sin duda preferirían avanzar en sus investigaciones y tener hijos.

Según Marie-Ève Maillé, doctora en Comunicación, a los estudiantes de posgrado los instrumentalizan los profesores, que necesitan externalizar su exceso de tareas a cambio de poco dinero.

Los profesores de universidad ya trabajan demasiado, pero encima se les exige continuamente que hagan todavía más. Se da por sentado que necesitan que los doctorandos les redacten buena parte de los artículos académicos que tienen que generar cada año, como si estos conocimientos pudieran producirse al mismo ritmo que unas salchichas de baja calidad. También necesitan que los doctorandos impartan muchos de los cursos que ellos ya no pueden dar porque están demasiado ocupados asistiendo a reuniones del departamento o

del comité lectivo, o a cualquier otra de las muchas reuniones que llenan sus agendas. Y también necesitan que los doctorandos redacten extensos apartados de las solicitudes de becas y subvenciones que no dejan de rellenar como apostadores compulsivos frente a un terminal de lotería por vídeo: en cuanto llega una ayuda, tienen que empezar a solicitar la siguiente. En este sistema, lo que no queda claro es cuándo encuentran el tiempo para gastar todo el dinero que reciben.⁴¹

El mundo académico tiende a producir resentimiento entre los estudiantes de doctorado. Para evitar esta deriva, Tiphaine Rivière, una alumna de postgrado que no llegó a presentar su tesis, escribió una cáustica novela gráfica que describe los muchos aspectos abusivos de la vida universitaria.⁴² En ella describe las mortíferas luchas internas entre los profesores que utilizan a los alumnos como extensiones de su poder, así como las relaciones intelectuales con profesores basadas en ambigüedades retóricas, cursos breves impartidos de forma voluntaria y trabajos administrativos mal pagados. Entre los resultados figuran las rupturas sentimentales, el aislamiento, grandes cantidades de egocentrismo y depresiones frecuentes.

Por supuesto, el hecho de que en los países occidentales haya tantas personas con doctorados —el número ha ido en aumento— tal vez pueda explicar por qué algunas de ellas están en paro. Pero las condiciones objetivas del mercado de trabajo también han ido cambiando a lo largo de los años. En Alemania, según Afonso, hay pocas estructuras que permitan trabajar a los investigadores recién doctorados. En Estados Unidos, “más del 40% del personal académico de las universidades son actualmente trabajadores a tiempo parcial sin titularidad en el puesto o lectores adjuntos a los que se paga por curso impartido, sin seguridad social ni ninguna otra de las prestaciones que vienen aparejadas a una relación laboral normal”.⁴³ En Canadá hay tres veces más doctorandos que puestos lectivos de carácter permanente que ocupar en las universidades. Según una fuente del Gobierno galo, en Francia la proporción de desempleados es mucho mayor entre doctorados que entre titulados con un máster y, de los doctorados que sí encuentran empleo, el 32% desempeña trabajos que no precisan de las destrezas desarrolladas en sus áreas de

investigación.⁴⁴ El énfasis que hoy se pone en la obtención de ayudas y en la publicación de trabajos de prestigio lleva a administradores y docentes universitarios a minimizar la importancia de dar clases y a delegar tales tareas en personal mal pagado.

Al trazar una serie de analogías entre la universidad y la mafia, Alexandre Afonso podría haber aludido a la retórica del juego que prevalece en ambos entornos. Si *seguir el juego* es una frase habitual en el ámbito académico, ese juego es poco menos que una referencia mítica del mundo criminal. *The Wire*, una serie de televisión que pretende esbozar un relato sociológico ficticio del tráfico de drogas y de su represión, brinda un estudio de los inagotables y a la vez problemáticos sentidos en los que una organización se puede basar en la idea del juego. En los círculos rigurosamente jerárquicos tanto de los narcotraficantes como de las instituciones públicas y privadas (partidos políticos, fuerzas policiales, medios de comunicación, centros académicos) las reglas del juego imponen su ley ciega y sus cobardes intuiciones. Pensar de esta manera en las relaciones con el mundo implica una abdicación de la mente. *Seguir el juego* tiene demasiados significados contradictorios como para poder escapar de la arbitraria realidad de las descarnadas relaciones de poder y los vergonzantes tejemanejes encubiertos. Y, sin embargo, la expresión *seguir el juego* oculta por completo la verdadera situación: solo con estas tres palabras se aporta a las cosas una apariencia inofensiva, juguetona, casi infantil.

Pareciera que el juego consistiese, en primer lugar, en una serie de normas y procedimientos no escritos, informales pero frecuentes, que se deben acatar en un determinado entorno para alcanzar las metas que uno se marque. Seguir el juego conlleva participar de un cierto número de rituales que no son obligatorios (dejarse ver en un acto vespertino, hacer una donación llamativa a una determinada organización benéfica, felicitar a un colega por un artículo excelente que no hemos leído), pero que son indicadores de la lealtad de uno para con un grupo, una red o una institución. Sin embargo, el lado oculto de estos ritos sociales es violento. La no adhesión a la red se castiga con la muerte, ya sea simbólica o con balas de verdad. Una despiadada autoridad

impone las reglas no escritas. Y, dado que estas reglas no siempre están claras, el juego en sí tampoco lo está; incluso fijar las reglas del juego pasa a ser un juego, y el juego, al final, no es tanto una serie de normas como una dinámica de poder establecida por actores que procuran imponer sus reglas a los demás.

El juego, de hecho, tiene dos caras. Parece un deporte o una guerra (latente), circunscrita a un marco que no aporta ninguna claridad. Y, básicamente, en dicho juego en realidad no hay regla alguna, vale todo. Ya sabemos que *seguir el juego* significa alejarse del terreno de lo formal: puede que implique hacer trampas, o actuar de un modo frío e inmoral que incluso puede llegar a conllevar un comportamiento directamente violento o criminal. Se da por hecho que a algunos los van a pillar. Perder, sin embargo, no pone fin al juego. Al contrario, es parte de él, como caer en la casilla de *vaya a la cárcel*: las penas de prisión o la precariedad no son más que posibilidades cotidianas. Si los enredos de alguno acaban por resultarnos letales a nosotros, nos tocará morder el polvo en el intento de obtener un puesto o una ayuda que merecemos legítimamente. “Así es el juego, tío”. El juego viene con una serie de reglas jerárquicas que van desde lo puramente convencional a lo directamente hostil. Puede que haya un repertorio de convenciones relacionadas con la lealtad, una serie de medidas punitivas para aplicar en caso de error, incluida la expulsión aleatoria cuando nos fulmine un orden antagónico que imponga una serie nueva de reglas al conjunto del juego. Es aún más crudo, pues el juego implica una autoridad en estado puro que se desata en el marco de un sistema competitivo representado tanto por el capitalismo como por el poder de la mafia. Ambos pueden desarrollar métodos en los que se incluyan leyes y códigos de honor, pero esto solo se hace para generar desconcierto.

De hecho, *jugar* en el sentido de ‘acatar las reglas’ es solo para los más débiles. Para quienes piensan a lo grande, *jugar* significa contemplar la situación abarcándolo todo para así, determinando las reglas de forma arbitraria, poder llegar a dominarlas. Tal como afirma el profesor Paul Allen Anderson de la University of Michigan en un artículo sobre *The Wire*, significa “permanecer a la cabeza del juego imponiendo sobre él una autoridad interpretativa”.⁴⁵ Para quienes lo dominan, el juego es de una competitividad

feroz: una lucha de poder basada en medios completamente arbitrarios determinará quién va a permitir jugar a los demás, estableciendo una dinámica de poder seminstitutionalizada en un determinado territorio, o en un área de influencia, donde uno ha podido imponer una ley no escrita. Varlam Shalámov, que sabe de lo que habla, asegura que no se puede llegar a controlar el juego a través de la improvisación: el dominio es algo que se va consiguiendo. En sus *Crónicas del mundo del hampa* escribe:

No basta con robar, tienes que pertenecer al ‘orden’ [de estafadores congénitos] y esto se consigue no solo a través del robo o el asesinato. Sin duda, no a todos los ‘pesos pesados’, no a todos los asesinos se les reserva un lugar de honor entre los delincuentes solo por el hecho de que sean ladrones o asesinos. Cuentan con sus propios ‘guardianes’ de la pureza moral, así como con sus más fundamentales ‘secretos del oficio’, según los cuales se rigen [...] las leyes generales de este mundo (que, como la vida misma, están sujetas a cambios).⁴⁶

El juego es un eufemismo que se refiere a otro orden político: un orden que está mal estructurado, del que no pueden hablar ni siquiera quienes año tras año garantizan su existencia y que es arbitrario, impredecible y, por supuesto, decididamente antidemocrático. Que fuera democrático implicaría que se pudiera deliberar en conjunto sobre sus reglas, sobre su justificación y sobre el rigor con que estas deberían aplicarse. Nuestro modelo, el maestro estafador, primero se posiciona a sí mismo en relación a un psicótico sistema legislador que le pertenece únicamente a él: se basa en la dinámica de poder que consigue establecer. Las reglas formales (leyes, regulaciones, protocolos, etcétera) tal vez sigan existiendo, por supuesto, pero están ahí para que las infrinja o las instrumentalice. En todo caso, los actores con poder ostentan una posición desde la que se puede supervisar el juego. Quienes establecen la dinámica del juego pueden recurrir a las leyes reglamentarias para derrotar a un rival, o para desacreditar una idea, o para aplastar un movimiento popular. Cualquiera que se diga a sí mismo “yo no vivo como vosotros, yo tengo mi propia vida con otras leyes, otros intereses, otra definición del honor” es, a su

manera, un maestro estafador. Según Shalámov, la ética que se deriva de todo esto conlleva abusar del prójimo en virtud de una filosofía de la degradación.

Para quienes están sometidos a él, el juego consiste básicamente en engrasar la relación con quienes lo establecen arbitrariamente. Una vez dentro de un laberinto de normas que por lo general resultan desconcertantes, tratan de no llamar la atención de ninguna manera, para así evitar los castigos que infligen sus semejantes o los agentes de autoridad del ámbito en cuestión. Como mucho, intentarán permanecer a flote en cualquier situación, hacerse un hueco y mantenerlo ante circunstancias que se escapan por completo a su control y cumplir siempre con las expectativas tal y como ellos las entienden. *Seguir el juego* significa restablecerlo cada quien a su manera, o reclamar una parte del mismo para uno, consolidar lo que uno considera que son sus reglas y sumar puntos si se encuentra a otras personas de las que abusar o a las que engañar. Los mediocres insisten en seguir pidiendo más: les gusta demostrar que no hay quien los engañe y harán cualquier cosa por evitar que los expulsen del juego. Son las mentes poderosas que “lo pillan”. Por supuesto, su enfoque estratégico, a menudo beligerante, destierra del juego toda posibilidad de pensamiento desinteresado. Su predominio conduce inevitablemente a la muerte social del pensamiento.

¿Con qué acabamos cuando aplicamos principios liberales (esto es, de mercado) en ámbitos en los que resultan irrelevantes? Paso a paso, los gestores de los centros universitarios van adoptando determinadas formas de hacer con las que acaban poniendo en marcha operaciones que lindan con lo ilegal o que son completamente ilícitas. Tras varios escándalos que pusieron al descubierto la financiación ilegal de diversas instituciones políticas de Quebec con fondos procedentes de organizaciones criminales de la industria de la construcción, Michel Seymour, profesor de Filosofía de la Université de Montréal, ha ido monitorizando distintas operaciones y recuerda una y otra vez que la mayor parte de las inversiones en investigación llevadas a cabo por las universidades y por el Gobierno de Quebec en los últimos años se han producido en el sector inmobiliario.⁴⁷

Entre dichos planes hay dos hospitales universitarios, el proyecto de un campus de la Université de Montréal sobre el antiguo patio de maniobras de una estación ferroviaria en Outremont, el proyecto del Îlot Voyageur lanzado por la Université du Québec à Montréal y el de un rascacielos que la misma universidad quiere construir cerca del Quartier des Spectacles de la ciudad. A este listado podemos añadir los edificios erigidos por las universidades en zonas alejadas de su territorio natural, como el campus de la Université de Sherbrooke en Longueuil o la Université de Rimouski en Lévis, todos parte de una competición sin sentido entre centros que se disputan la misma bolsa de potenciales alumnos. También podemos hacer mención de las abrumadoras cantidades que los gestores de distintas universidades deciden percibir como salario: en marzo de 2012, Radio-Canada estimó que los rectores de las universidades de Quebec percibían más de medio millón de dólares al año entre salarios y otras prestaciones, mientras que en países como Francia a los rectores se les pagan sueldos que oscilan entre los 60.000 y los 150.000 euros. Los presidentes de las universidades norteamericanas parecen estar convencidos de que también a ellos deberían aplicárseles los extremados estándares marcados por las juntas directivas de las multinacionales.

Luego están los fracasos estrepitosos relacionados con algunos de los paraísos fiscales más controvertidos del mundo. Los problemas surgen con facilidad cuando las universidades deciden dejarse guiar por exalumnos de confianza. Los administradores de la Université de Montréal provocaron que el plan de pensiones del centro (RRUM), que pertenecía a sus diez mil empleados, perdiera un millón de dólares al confiársele esta suma a un fondo de las Islas Vírgenes Británicas. Germain Bourgeois, responsable de las inversiones de la universidad entre 1998 y 2000, invirtió hasta en cinco ocasiones el dinero del plan de pensiones en un fondo de cobertura de las Islas Vírgenes Británicas gestionado por el Lancer Group, que también está presente en Delaware, un estado norteamericano que a su vez funciona como paraíso fiscal. El director del fondo de cobertura, Michael Lauer, insistió en sobrestimar el valor de las inversiones reales hasta perder la totalidad de las

mismas. La universidad no fue la única “pringada” en esta operación. También picaron la ciudad de Laval y algunas empresas privadas:

Hay documentos que demuestran que también convencieron a Bombardier, a la Fondation Lucie et André Chagnon, a Desjardins, al Banco nacional y a la Escuela politécnica para que invirtieran en este fondo; al parecer, todos siguieron el consejo de Germain Bourgeois. En total, las inversiones confiadas a Lauer desde Quebec al parecer ascendieron a unos 500.000 millones de dólares.⁴⁸

Todo este dinero ha desaparecido. Las operaciones del Lancer Group las ha investigado la Comisión de Bolsa y Valores estadounidense (SEC, por sus siglas en inglés), la agencia que regula el mercado de valores americano. Finalmente, a la empresa se le impuso una multa de 72 millones de dólares, aunque no se la llegó a denunciar formalmente por fraude.

En cuanto a las Islas Vírgenes Británicas, son uno de los destinos preferidos para la piratería financiera, algo de lo que la universidad estaría al corriente si formara a la gente en la crítica a los paraísos fiscales, en lugar de en su utilización. Según el Índice de Secreto Financiero establecido por la Red para la Justicia Fiscal para valorar la falta de mecanismos de rendición de cuentas en distintas legislaciones, el de las Islas Vírgenes Británicas es un régimen ultrapermisivo en el que el secreto bancario y la ausencia de cualquier clase de normativa sería brindar cobertura al defraudador que elija darse de alta en el país. El Fondo Monetario Internacional informa de que una gran cantidad de empresas ha destinado a este pequeño archipiélago unos 615.000 millones de dólares. En última instancia, sin embargo, es imposible saber si esta cifra refleja con rigor la cantidad de capital que se concentra en las islas. Para la Red para la Justicia Fiscal, la de las Islas Vírgenes Británicas es una de las demarcaciones más dañinas del mundo. El diario *Le Monde* ha informado de que hay inversores inmobiliarios chinos, entre ellos Deng Jiagui, cuñado del presidente Xi Jinping, que están recurriendo a este escondite, antiguo destino favorito para mover fondos ilegales de los amigos serbios de Slobodan Milošević.⁴⁹ El viticultor francés Dominique Giroud también empleó una

entidad *offshore* radicada en las Islas Vírgenes Británicas, lo cual le llevó en 2012 a que en Suiza lo acusaran de “haber ocultado trece millones de francos a las autoridades fiscales a través de un complejo entramado financiero en el que intervinieron una firma de la ciudad de Zoug y otra firma *offshore* ubicada en las Islas Vírgenes Británicas”.⁵⁰ Una filial británica de Sonatrach, la empresa petrolífera nacional de Argelia, le debe al fisco de su país los 45 millones de dólares que depositó en tan acomodaticia jurisdicción.⁵¹

El caso Parmalat, una de las bancarrotas más espectaculares de la historia, acaecida en el cambio de siglo, nos lleva de nuevo a las Islas Vírgenes Británicas, pues este fue uno de los paraísos fiscales a los que la empresa hizo llegar el dinero. En otras palabras, la Université de Montréal podía saber perfectamente, al menos desde la década de 1980 –si no antes– que el régimen libertario de las Islas Vírgenes Británicas no era, de ninguna de las maneras, un destino seguro para depositar sus fondos. Entonces, ¿por qué decidieron los gestores de esta universidad invertir en aquel país ingentes cantidades de dinero (cantidades que equivalían, en distintos momentos, hasta al 10% de los planes de pensiones de sus empleados)? ¿Por qué hizo lo mismo la Escuela politécnica de Montreal? ¿Qué hacía por entonces la universidad? Presumir de “resultados económicos excepcionales”, tal como se documenta en un artículo de 1998 aparecido en su publicación interna, *Forum*. “El RRUM de la Université de Montréal se está beneficiando de unos ingresos excepcionales y lidera el *ranking* en la categoría de los fondos de pensiones por valor de más de 250 millones de dólares”. Afortunadamente, “los suscriptores del fondo de pensiones que se inquieten al observar las sacudidas del mercado de valores no deben preocuparse. El RRUM sigue gozando de una excelente salud financiera, no solo en 1997 sino también de cara a los primeros nueve meses de 1998”.⁵² Y los últimos serán los primeros... El asunto se conoció en el seno de la Université de Montréal en 2003, según reveló en enero de 2004 un programa de Radio-Canada, *Zone Libre*.⁵³ Por desgracia, la demanda colectiva presentada por miembros del profesorado se resolvió de manera extrajudicial y una serie de preguntas quedaron sin respuesta: ¿con qué objeto se gestionan los fondos de la universidad? ¿A qué están jugando sus gestores?

Por supuesto, las universidades de Quebec no son las únicas que hacen llegar su dinero a paraísos fiscales. En otoño de 2017, los Paradise Papers revelaron que algunas de las principales universidades tanto norteamericanas como británicas están implicadas de lleno en la inversión estratégica en sociedades *offshore*. Distintos *colleges* de Oxford, Cambridge y Oxbridge “han invertido en secreto decenas de millones de libras en fondos *offshore*, entre ellos una empresa mixta que lleva a cabo exploraciones petrolíferas y perforaciones de extracción en aguas profundas”, mientras que más de cien universidades y *colleges* estadounidenses –entre las que se encuentran Princeton, Columbia y Stanford– han invertido en entidades *offshore*. Tanto el fondo de donaciones como el de pensiones de la University of Toronto han puesto dinero en dos paraísos fiscales *offshore*. Estas inversiones a menudo se caracterizan por un alto nivel de confidencialidad: según el investigador de la Yale University Norman Silber, incluso a los miembros de la junta se les mantiene en la ignorancia.⁵⁴

No parece que la disciplina de la Economía, tal como esta se imparte a quienes con el tiempo acabarán gestionando las instituciones universitarias, vaya a evitar este tipo de problemas en el futuro. En cursos en los que lo más habitual es enseñar una ideología, uno de los mitos que se transmiten con una especie de anhelo enloquecido es la idea de un mercado en el que operan actores racionales, los cuales, hasta donde llegan su conocimiento y sus habilidades, toman decisiones con arreglo a contextos específicos. ¿Cuántos estudiantes inteligentes que pretenden comprender las disfuncionales evoluciones financieras e industriales del mundo han descubierto que estudiar en facultades de Empresariales, Derecho o Ciencias Políticas más bien los lleva a sentirse más ignorantes que antes de que los admitieran en ellas? Las instituciones académicas se encargan tanto de producir un discurso ignorante como de pasarlo en relevo.

LOS PERDEDORES

Si por azar un académico no alcanza a comprender por qué siempre se le

exigen la reserva, el equilibrio racional y la incomprendibilidad, se emplearán medios brutales para tener la seguridad de que lo acaba entendiendo. Los estudiosos cuyo trabajo desagrada a los intereses del poder pagan por ello: se les acosa, se les expulsa o ya no consiguen encontrar trabajo nunca más. Dieciséis académicos norteamericanos han descrito esta situación en *Academic Freedom in Conflict*,⁵⁵ una recopilación de artículos centrados en los restrictivos criterios y los reglamentos oficiales que imperan sobre –y a menudo asfixian a– quienes tengan puntos de vista críticos o novedosos en el ámbito universitario. También podrían haber señalado las políticas de competitividad y excelencia mediante las cuales los programas universitarios se ven sometidos a los requerimientos de las empresas. La universidad a la que dan forma estas fuerzas podría describirse legítimamente como ya irreconocible o echada a perder en términos morales.

La decepción de quienes han seguido el juego y demostrado su confianza en el régimen –esos a los que los estafadores llaman “pringados”, por emplear el término de Shalámov– puede llegar a ser mayúscula. “Mi titulación me duele”, dijo Catherine Martellini en 2014, al caer en la cuenta de que profiriendo eslóganes como el de “la economía del conocimiento”, la universidad confunde a sus alumnos con palabras vacías.⁵⁶ No es solo que la universidad perjudique la vocación investigadora de los estudiantes a través de una excesiva profesionalización e instrumentalización, sino que además lo hace en vano. ¿Por qué se pasan años formando a doctorandos para después arrojarlos a la selva, sabiendo perfectamente que serán incapaces de proveerles una carrera profesional a más del 70% de ellos? Martellini pone un ejemplo que resulta desolador: un centro financiado por el Estado que sigue formando a hordas de bibliotecarios, mientras los recortes presupuestarios decididos por el mismo Estado llevan inevitablemente a despidos masivos en el mismo campo profesional. Por mucho que se obsesione con la cuestión de la empleabilidad de los estudiantes de posgrado, no da la impresión de que a la universidad le importe que el público en general entienda la naturaleza de disciplinas que no sean la Ingeniería, la Administración de Empresas, la Medicina, la Psicología, el Derecho y alguna más. A la sociedad que provee de fondos a las universidades no se le facilita una explicación clara de por qué

los estudios literarios, o de urbanismo, o de sociología son importantes para su propia existencia y desarrollo, probablemente porque los propios académicos ya no disponen del tiempo para abordar estas preguntas. A la larga, esto hace que los académicos y, sobre todo, los doctores parezcan gente de una condición inevitablemente marginal, cuando, si las universidades se dedicaran a compartir y desarrollar el conocimiento de manera abierta, sus aptitudes serían muy valoradas tanto por sus usos profesionales como desde la perspectiva del ciudadano.

Por lo tanto, *seguir el juego* sale muy caro, tanto si se participa ciegamente como si se nos obliga, porque no queda otra que acatar sus reglas no escritas. Entre los actuales requisitos está la exigencia de publicar en exceso, más allá de las capacidades normales de cualquier persona, hasta el punto de que todo el asunto se convierte en una tortura (una opción es reciclar artículos o firmarlos en grupo para inflar las cifras). También hay que conseguir dinero por todos los medios posibles, incluso aunque al hacerlo se ponga en entredicho la independencia de la investigación –y puede pasar, ya que habrá que seducir tanto a tu comunidad de colegas (los conformistas) como a las entidades que proveen de fondos y que están definidas ideológicamente–. Quienes participen acabarán convirtiéndose en travestis de sí mismos: cuando se vean del todo comprometidos con su papel de asesores gubernamentales y de ideólogos o se vendan a sus amos de la empresa privada, sus personalidades en tanto que académicos se irán vaciando progresivamente de contenido. Por ejemplo, unos documentos obtenidos por Greenpeace demuestran que a Wei-Hock Soon, un científico del Centro de Astrofísica de Harvard-Smithsonian, recibió dinero de la industria petrolífera por asegurar que las variaciones en el nivel de la energía solar podían explicar el reciente fenómeno de calentamiento global. Al doctor Soon se le veía a menudo en programas de noticias, en congresos o testificando ante el Congreso y en distintas capitales estadounidenses.⁵⁷ James Creswell, un experto en flores y abejas de la británica University of Exeter, recibió dinero de Syngenta, un gigante de los pesticidas, para que generara estudios que mostraran que la desaparición de las colonias de abejas por todo el mundo no tenía que ver con

sus productos,⁵⁸ mientras que Coca-Cola ha financiado estudios científicos en los que se asegura que la obesidad no es producto de las calorías consumidas, sino de la falta de ejercicio.⁵⁹ Se sabe que hay profesores en facultades de Medicina financiadas por las farmacéuticas que minimizan los efectos de determinadas drogas cuando hablan de ellas en clase.⁶⁰ Y en 2010 el documental *Inside Job* demostró que muchos economistas que dan clase en universidades, publican artículos “científicos” y asesoran a miembros de comités institucionales también integran las juntas directivas de grandes empresas financieras o industriales. El caso más revelador es el de Glenn Hubbard, decano de la Columbia Business School.⁶¹

En 2014 Luc Bonneville, profesor de Comunicación de la Ottawa University, publicó un artículo basado en una serie de entrevistas acerca de la creciente presión psicológica que experimentan los académicos. Bajo el encabezamiento “Seguirle el juego al rendimiento”, el autor escribe:

Esta ‘regla del juego’ básica implica que la presión se desarrolla en primer lugar en relación a nuestra propia producción ‘científica’, ya que los profesores *saben* que tienen que publicar sí o sí. Cuando no publican lo suficiente, algunos desarrollan sentimientos de vergüenza, o incluso de culpabilidad [...]. Porque siempre es posible publicar más. Uno siempre podría llegar a ser más productivo y los demás nunca dejan de compararte con alguien más productivo. Por lo tanto, estás obligado a solicitar ayudas a la menor oportunidad, para seguir formando parte del mundo de la investigación.⁶²

El artículo reúne una serie de declaraciones fascinantes como la que sigue, de un reconocido catedrático de Historia:

La presión que se ejerce sobre mis colegas más jóvenes para que soliciten ayudas a la investigación es muy, muy fuerte [...]. Cuando empezaba [a finales de los ochenta], se esperaba de mí que fuera un buen profesor y que publicara mi tesis en forma de libro o en una serie de artículos. No había exigencias. No se me animaba a solicitar

ayudas, ni había presión alguna al respecto. Pero ahora mis colegas más jóvenes están metidos en el juego de [solicitar] ayudas.⁶³

Muchos denuncian estas condiciones de trabajo, pero, según este estudio, al parecer son pocos los que creen que podrían conseguir algo dando un paso a un lado para distanciarse del actual juego académico –es como si no hubiera alternativa posible, aunque el de los catedráticos sea uno de los pocos grupos socio-profesionales que no tiene por encima a un superior–. Se dedican a seguir el juego y se convierten en emprendedores de forma autónoma. Nadie habla del daño ocasionado por este conformismo con que abordan su labor, que necesariamente se torna mediocre. Nadie reconoce lo que señaló Yvon Rivard en 2012:

Hoy un *buen* catedrático es el que está exento de impartir clases porque ha obtenido tantas ayudas que debe dedicarse de lleno a investigar sobre un tema que ya conoce, y que ha presentado como proyecto (junto con una bibliografía y un presupuesto) a otros académicos a los que tuvo ocasión de evaluar en concursos anteriores.⁶⁴

Por otro lado, sin dejar de admitir que están sobrepasados y exhaustos, siguen manteniendo malintencionadamente la confusión entre la prolífica publicación de artículos y la “investigación”, por mucho que hoy se entienda que en realidad una cosa tiene efectos negativos sobre la otra y que el reciclaje de contenidos, o el hecho de que mucha gente firme artículos redactados por una sola persona, son prácticas extendidas. Incluso miden sus sensaciones de “no estar haciendo lo suficiente”, de no ser lo bastante “productivos” o no estar alcanzando la “excelencia” en términos cuantitativos: “No me gustaría estar en el tercio de cola [donde se sitúan los profesores de rendimiento más bajo]. Me presionaría a mí mismo para subir hasta el tercio de cabeza”, admite una académica cuya vida se define en la comparación con sus “colegas” (aquellos que participan ciegamente, igual que ella, del mismo juego).

Con un enfoque más analítico, el catedrático Andrée Lajoie opina que este síndrome de culpabilidad es fruto de las condiciones impuestas por las ayudas a la investigación: el asunto es estructural antes de convertirse en psicológico.

En su libro *Vive la recherche libre!*, asegura que, desde finales de la década de 1990, los académicos han estado sometidos a programas que, por ejemplo, “favorecen la colaboración entre investigadores y que los participantes se involucren en el desarrollo de prácticas, intervenciones y políticas de actuación (lo cual implica llegar a acuerdos, así como el establecimiento de conciertos), además de un mayor hincapié en el ‘trabajo de equipo’”. Una consecuencia de que se anime a la creación de tales redes de investigación es que se neutraliza la capacidad de iniciativa y se acentúan el conformismo intelectual, las alianzas estratégicas y los intereses compartidos en detrimento de la “libre investigación”.⁶⁵ Lajoie apunta que cuando existe la obligación de asignar tareas de investigación a los equipos, también suele haber cierto apoyo a desarrollos que estén temáticamente “orientados”, y este tipo de enfoque utilitarista se va definiendo con arreglo a las necesidades de diversos poderes institucionalizados. De esta forma, el conformismo se institucionaliza según unas dinámicas perversas que llevarán cada vez a más investigadores, en primer lugar, a compararse con los demás en función de un único repertorio de criterios, y más adelante a competir entre ellos sin dejar de creer que la presión proviene de sí mismos. En Francia, el comité de ética del Centro Nacional para la Investigación Científica (CNRS por sus siglas en francés) estimó, en un documento publicado en mayo de 2014, que someter la investigación universitaria a los criterios de la empresa privada era perjudicial para su desarrollo. Según el comité, “en la práctica, el uso predominante de criterios de excelencia como base para las políticas aplicadas a la investigación entraña riesgos y sesgos”. Esto se debe, entre otras cosas, al hecho de que “difundir las prioridades científicas puede tener un efecto negativo sobre la creatividad de los investigadores”, y a que “cuando la competitividad es demasiado fuerte se producen distorsiones y una pérdida de eficiencia”.⁶⁶

A diferencia de Lajoie, los expertos en ética del CNRS opinan que las reglas basadas en la individualidad llevan al desarrollo de proyectos de investigación inútiles. Por este motivo, dichos autores recomiendan que la institución “ofrezca un soporte básico y unos recursos humanos suficientes

para mantener equipos de calidad que no estén sujetos a los criterios de ‘excelencia’ que se difunden”. El comité lamenta “que el sistema de licitación pública lleva en demasiadas ocasiones a una pugna por ofrecer temas que siempre resulten novedosos y que están más relacionados con modas que con la utilización de recursos”, y que dicho sistema “más bien ampara el desarrollo de comportamientos individualistas”, pese a que “rara vez es una sola persona la que alcanza logros de alto nivel, que suelen ser el resultado del trabajo colectivo”.⁶⁷ Sea cual sea el modo en que se aborde este fenómeno institucionalizado, la conclusión general es siempre la misma.

Estas críticas acaban derivando en una comprensible desgana entre quienes se dedican al arte de enseñar. Los autores a los que se invitó a participar en un número de la revista *Contre-jour* centrado en la imaginación y la enseñanza trataron de mantener posturas que aún les permitieran dotar al aula de un significado potente, como el de un espacio donde uno aún puede llegar a fascinarse “por un flujo de palabras que te deja inmóvil a medida que te concentras”, o considerarlo el último lugar donde no se tolera la estupidez, el lugar donde hallar la emancipación a través de una paradójica relación de normas, o el lugar que te ofrece los primeros recuerdos íntimos de un amor poderoso y crudo que llegarás a cultivar mucho más adelante.⁶⁸ Muchos de estos autores han tenido que atravesar laberintos de desilusión para alcanzar tales posiciones. Sabios o resignados, está claro que les resultaba difícil pasar por encima de la decepción y la crítica de la realidad en el mundo universitario. Desde las islas de la enseñanza honesta, da la impresión de que no puede llegar a imaginarse horizonte alguno.

LOS EFECTOS PERVERSOS

Una alumna francesa de doctorado matriculada en una universidad de Quebec echa mano de la típica figura de una pareja sentimental que incurre en abusos para describir metafóricamente las mil y una tácticas que emplea la universidad para llevar a cabo su forma tan sutil de manipulación. Como pasos de una relación en la que entran en juego tanto la seducción como la fusión con

la institución, todo se pone en práctica de manera gradual para que nuestra dependencia quede garantizada. Empieza con el amor a primera vista (eres la mejor, nuestro futuro juntos va a ser extraordinario); más adelante, la universidad presenta unas reglas que solo ella misma entiende. “Va pasando el tiempo y hace tanto que te dedicas a especializarte en un campo tan estrecho que acabas creyendo que el ámbito académico/la investigación no es solo *una* de las vías de crecimiento personal, sino LA ÚNICA forma de desarrollar todo tu potencial profesional”.⁶⁹ Convertido en prisionero, ya no puedes escapar a una serie de experiencias estructurales que forman parte del programa y que a menudo resultan ser o rituales de humillación absolutamente estériles o formas de chantaje relacionadas con una financiación anémica, o bien manifestaciones de estatus puramente simbólicas: “Tienes que escribir cartas muy largas para explicar por qué necesitas dedicarle un año más a tu tesis y suplicarle al departamento para que te conceda el permiso”. Esta repetición de golpes es característica de la etapa de “pérdida de autoestima”. También es cuando uno se da cuenta por primera vez de las evidentes irregularidades y la naturaleza arbitraria de los procesos de contratación, así como de las heridas prácticamente mortales que estos pueden llegar a infligir.

Llegados a este punto, llevado hasta el extremo y a veces sintiendo repugnancia por uno mismo y hasta por el ámbito de conocimiento y de belleza por el que uno ha llegado a hacer tantos sacrificios, se empieza a ver cualquier propuesta como si fuera un favor, por mucho que no consista más que en impartir un curso por un sueldo miserable o en participar como dinamizadora voluntaria en un simposio. “Un ramo de flores y la promesa de que todo cambiará, te lo juro”, prosigue la autora, manteniendo la misma metáfora.

Y como te encanta enseñar/dedicarte a la investigación (*lo/la quieres*) y el mundo ahí afuera resulta aterrador (*estás aislada*), y además estás convencida de que nadie va a contratar nunca a una persona tan especializada como tú (*da igual, soy un fracaso, nadie más me va a querer*), mantienes la esperanza de que algún día te hagan fija (*de que tu pareja cambiará y te tratará como mereces*) y no te queda otra que ir dejando que mueran poco a poco (hasta la próxima) tus vagos deseos de reciclarte profesionalmente.

Puede que este tipo de relación no sea siempre una metáfora. El catedrático de Literatura Yvon Rivard describe tanto las virtudes de la enseñanza como el grado de perversión que esta puede alcanzar. La vocación que pretende defender e ilustrar, en tanto que lector de Virginia Woolf, Hermann Broch, George Steiner o Pierre Vadeboncoeur, tiene que ver con presentarles a los alumnos textos que sean dignos de enseñarse, en la medida en que sean vías de mediación con temas más amplios. Estos son los temas que resultan más grandes que uno mismo; tan grandes, de hecho, que un profesor que no esté ya harto vive –con independencia de su contrato laboral y de las tareas que se requieren de él– por y para su propia necesidad de compartir con el aula ese momento de desconcierto que provocan. “Te conviertes en profesor como te conviertes en escritor, porque tienes la capacidad de experimentar conmociones y la incapacidad de soportarlas sin explicártelas a ti mismo a través de la escritura o la enseñanza”.⁷⁰ Un gran texto encarna algo que va más allá de representaciones previamente manufacturadas y formas de comprensión ya adquiridas. El objetivo de la enseñanza es reconciliar al alumno con esa parte de sí mismo que es capaz de concebir preguntas fundamentales o posiciones estéticas que resulten profundamente desconcertantes. También implica servir de acompañamiento a la otra faceta del estudiante, aquella a la que le cuesta resistir el impacto del texto y traducir su significado íntegro en términos funcionales. En esto, Rivard coincide con el filósofo francés Patrice Loraux, quien defiende que un profesor hasta cierto punto debe traumatizar a sus alumnos, aunque sea mínimamente, para provocar en ellos una necesaria reflexión.⁷¹ El epistemólogo Dominique Pestre afirma que el asombro ante la grandeza de los temas también se experimenta en disciplinas que erróneamente suelen considerarse de carácter más práctico, tales como la física.⁷² Desde el principio, Rivard va desarrollando una sutil reflexión sobre la muerte y argumenta que el conocimiento nos insta a desarrollar algún tipo de capacidad que nos permita afrontar la muerte y tal vez aceptarla como algo inevitable. Esto significa que nuestros esfuerzos por saber, y también por enseñar, requieren de una relación humilde con el conocimiento.

Como parte de la relación de seducción que está en el centro mismo del proceso lectivo, los profesores en ocasiones abusan de su poder hasta el punto de generar un malestar que puede llevar incluso al suicidio. Contra la idea de que se trata únicamente de “casos aislados”, sitios web como Academia Is

Killing My Friends o Depressed Academics reúnen historias de miembros de la comunidad académica a los que ha maltratado el sofocante y opresivo ambiente del sector. El acoso moral y psicológico, las agresiones sexuales, la discriminación... todas figuran entre situaciones habituales en las que a menudo los alumnos tienen muy poco poder, sobre todo si pertenecen a los colectivos más vulnerables (mujeres, estudiantes extranjeros, minorías étnicas, etcétera). El libro de Rivard se centra en la cuestión ética de las transgresiones sexuales entre el profesor varón y la alumna, y cita escenas extraídas de novelas de J. M. Coetzee, Peter Handke y Philip Roth, desafiando las ideas del ensayista Jean Larose, quien ha desarrollado una teoría que defiende la legitimidad de dichas actitudes. Este tipo de transgresión impide que la alumna siga la trayectoria de conocimiento propuesta por el texto y que la llevaría a formarse, mientras que el profesor que se coloca entre ella y el texto obtiene una lamentable satisfacción. Richard compara esta actitud a la incapacidad antropológica de un joven de sublimar sus deseos inmediatos para poder aprender, por ejemplo, a ser padre.

La violencia encuentra su punto álgido en las universidades estadounidenses, donde la excelencia deportiva y la ética del *work hard, play hard* a veces predominan sobre otras consideraciones de índole intelectual. Las universidades norteamericanas se han ido convirtiendo poco a poco en centros filisteos en los que se cultivan abiertamente la misoginia, el racismo y el alcoholismo, hasta el punto de generar preocupación entre la propia comunidad estudiantil y entre la dirección y el profesorado, así como entre los habitantes de las poblaciones universitarias. Por motivos económicos, las universidades están obligadas a atraer a atletas que prevén dedicarse profesionalmente al deporte, razón por la cual no escatiman esfuerzos en subrayar el lado “sexy” y “divertido” de la vida en el campus. La depravación moral, más atribuible a este tipo de *marketing* y a la permisividad de los administradores que a los propios atletas, ha propiciado tal cantidad de violaciones que en las universidades estadounidenses ya llega a hablarse de una “epidemia”. Según el *Journal of Adolescent Health* cerca del 18% de las mujeres matriculadas en universidades son víctimas de violación o de intentos

de violación durante su primer curso.⁷³ Este fenómeno, junto a la larga tradición de incidentes de racismo, ha tenido un efecto significativo en el desarrollo de un discurso en sentido contrario: la corrección política se encarga de abordar principios morales elementales como si se trataran de una ciencia y analiza de manera obsesiva los hechos sociales y políticos basándose únicamente en consideraciones de clase, género y raza.

LA ESPERANZA: ESCRITORES EN PARO, DOCENTES PRECARIOS, MAESTROS IGNORANTES

Cuando el escritor suizo Denis de Rougemont perdió su trabajo en 1933 y se estableció en una casa que le prestaron en la isla de Ré, se describió a sí mismo como *en chômage* y no, como se dice normalmente en francés, *au chômage*, para expresar el estado activo de encontrarse más en el paro que parado.⁷⁴ Cuando tu vocación es pensar, tienes ocupación incluso cuando no tienes trabajo. Rougemont, que era profesor de Literatura, relata aquella experiencia en un diario que se publicó por primera vez en 1945. Para empezar, expresa su sorpresa ante el hecho de que la descripción de algunos intelectuales como desempleados, en contraposición a aquellos para los que pensar sí es una actividad que se les remunera, no guarde relación alguna con la actividad intelectual como tal (esto es, la actividad de publicar y divulgar ideas). A un intelectual se le considera desempleado cuando no encuentra otro “trabajo habitual que le sirva de sustento”, aunque dicha ocupación sea marginal con respecto a su actividad investigadora; la actividad de pensar es gratuita y desinteresada. “La mayor parte del tiempo, el intelectual no precisa más que de papel y tinta. Por lo tanto, jamás estará desempleado en un sentido absoluto, ya que siempre está pensando, pues ese es su trabajo”. He aquí uno de los pocos afortunados que escaparon al desempleo en tanto lacra esencial que llega a minar a la persona que la padece. Para el intelectual, el desempleo es un estado de precariedad que poco tiene que ver con su capacidad para trabajar. Cuando está en el paro, su compromiso con su actividad puede llegar a ser mayor que cuando se encuentra constreñido por el horario, los estándares y las expectativas objetivas de un puesto remunerado: “Cuando dejaba de escribir por cansancio, no experimentaba la tranquilidad de conciencia que

siente un empleado cuando ha llevado a cabo el trabajo diario y luego puede dedicarse a pensar en otros asuntos”.

Por supuesto, la precariedad dificulta la concentración del pensador. A medida que acompañamos a Rougemont durante un periodo de dos años, de la isla de Ré a un suburbio de París y de ahí a la región de Gard, lo vemos sumergirse, no sin ansiedad, en un meticuloso ejercicio de contabilidad, pues intenta mantenerse y mantener a su pareja con lo que recibe por conferencias mal pagadas, traducciones de última hora y artículos firmados como colaborador que cada vez le resultan más absurdos. La providencia interviene y le ofrece un premio académico inesperado. Su situación económica es difícil, pero el joven Rougemont también la encuentra estimulante. Se ve forzado a modificar el foco de su atención, a ajustar su pensamiento a realidades desconocidas para el ámbito del saber burgués y a llevar a cabo incursiones fructíferas en entornos sociales y geográficos inexplorados por sus contemporáneos.

Rougemont ya no concebía al pueblo únicamente como la idea que de él se expresa en los escritos de Nikolai Berdyaev, a quien estaba editando, sino que lo hallaba también en las necesarias relaciones que establecía con los habitantes de la región de Gard o de la isla de Ré. Para él supuso toda una conmoción: se dio cuenta de que el *pueblo*, tal como se describía en textos humanísticos y en manifiestos emancipatorios, poco tenía que ver con el pueblo con el que él tenía contacto de manera empírica. Tras un acto público celebrado en su aldea, escribió: “Me da la impresión de que con esto aprendo más sobre el *pueblo* que con cualquiera de mis experiencias previas. De hecho, creo que me hace ver al *pueblo* por primera vez en mi vida”. El pueblo con el que entra en contacto a diario es un colectivo que no parece tener la menor idea sobre la intensa reflexión de la que está siendo objeto en ese mismo momento, ya sea en trabajos académicos burgueses o en las publicaciones oficiales del Parti Communiste Français.

Para los no intelectuales, el intelectual que se deja caer por la aldea para impartir una conferencia es a lo sumo un orador sofisticado, tenga o no su discurso alguna relación directa con los elementos tangibles de sus vidas.

Rougemont advierte que son pocos allí los que entienden el trabajo que él desarrolla. Cuando lo van a visitar, les impresiona más su máquina de escribir que los textos que esta pueda producir. Su exilio como pensador desempleado le ayuda a entender la naturaleza arbitraria de las convenciones del pensamiento mantenidas de manera artificial por la costumbre profesional de los intelectuales. “Probablemente haya una fatalidad inherente a nuestra cultura: se cautiva, se critica y se legitima a sí misma. Cuenta con sus propias leyes, que le son autosuficientes. Los conceptos se combinan según afinidades o rechazos que en realidad no están presentes en los hechos ni en los seres a los que se supone que representan”. Con humildad, Rougemont desarrolla una autocrítica del deseo de reconocimiento de los pensadores que no contribuyen en nada a la vida pública y que tienen “poco que aportar a quienes están hambrientos de un sustento sólido y elemental”. Se pregunta: “¿Cuál es la relación entre el hombre con el que hablo y la palabra *hombre* de mis escritos?”. En cuanto se encuentra “lejos de París”, la discrepancia que advierte entre la representación intelectual del pueblo y su relación real con el pueblo resulta en una especie de *shock* sociológico que le lleva a revisar todas sus posturas. “Uno puede dejar atrás las ciudades donde se desarrollan las *carreras* sin dejar atrás una vida real”, escribe, redescubriendo las virtudes de una manera de escribir con la capacidad de “resultar útil, con altura de miras”.

El equivalente actual al Rougemont desempleado podría ser un profesor con un contrato precario en una universidad. Esta clase de docentes, a quienes a veces se designa por términos que reflejan lo bajo de sus estatus, como *temporales* o *adjuntos*, son personas que experimentan síntomas de ansiedad porque no tienen dinero o porque no saben si tendrán un contrato el curso próximo. Los catedráticos los miran por encima del hombro, al tiempo que aseguran envidiar lo “afortunados” que son (ya que, si solo disponen de ese contrato temporal, sin duda tendrán “tiempo para escribir”). Los profesores interinos son los proletarios de la universidad y, estructuralmente, están libres de las principales distorsiones que afectan a la institución. No se requiere de ellos que encuentren a esos clientes que acaban determinando el tipo de

gestión de los departamentos, ni que acudan a las reuniones de los comités, ni que hagan contactos a escala planetaria asistiendo a congresos, ni que coordinen ediciones especiales de publicaciones periódicas sobre determinados temas para poder arribar por fin a la Tierra Prometida de la excelencia, ni que produzcan con arreglo a los requisitos de la maquinaria. Solo se les pide que hagan lo que llama a hacer la vocación del docente: profesar, enseñar. Y, salvo que sean a todas luces incompetentes, los lectores universitarios precarios que profesan, que enseñan y que incluso puede que actúen en entornos distintos del de la universidad, acabarán elevando preguntas acerca de las materias que están impartiendo, harán progresos entre sí y, quién sabe, puede que desarrollen ideas originales a un ritmo razonable. Sin embargo, su presencia se considera sintomática de la mala enseñanza. En su libro *The University in Ruins*, el fallecido Bill Readings, que impartía clases de Literatura Comparada en Montreal, presentó el aumento de docentes contratados “temporalmente o a tiempo parcial” como prueba del fracaso de la universidad. Pero, aun cuando es cierto que “el profesorado se está proletarizando”,⁷⁵ paradójicamente la presencia de profesores interinos tal vez sea la única oportunidad que tiene la universidad de escapar de la corrupción que la aflige, según el diagnóstico del propio Readings: la negligencia a la hora de enseñar, la dependencia de criterios económicos a la hora de orientar las investigaciones, el *networking* desaforado, el cuidadoso diseño de las carreras profesionales y otras limitaciones tienen mucho menos efecto entre los profesores interinos precarios. Huelga decir que tales docentes no son por definición mejores personas ni mejores intelectuales que los catedráticos, pero sí ocupan en la estructura una posición que les permite evitar la presión que sienten sus compañeros con plaza asegurada y, por lo tanto, pueden quizá dotar a la institución de un mayor sentido, en virtud de su práctica tanto dentro como fuera de ella.

De forma parecida, el filósofo Jacques Rancière afirma que las cuestiones en las que ha ido profundizando a lo largo de su trayectoria intelectual no le deben demasiado a su formación científica. Esto es lo que se trasluce en las entrevistas que concedió a Laurent Jeanpierre y a Dork Zabunyan para un libro

titulado *El método de la igualdad*.⁷⁶ Siendo alumno en unas clases preparatorias para las pruebas de ingreso a la prestigiosa École Normale Supérieure (ENS) francesa, Rancière observó “una cantidad bastante impresionante de malos profesores” y concluyó que alcanzar “la cúspide de la jerarquía docente no tenía nada que ver con ningún nivel de competencia ni con la habilidad para enseñar”.⁷⁷ Por el contrario, los exámenes y las pruebas constituían una serie de rituales que daban lugar a una élite basada en un “ejercicio gimnástico preciso”⁷⁸ (que a finales de la década de 1950 incluía el dominio de las partículas griegas), mucho más que en una cultura humanista. Rancière explica que por este motivo les atribuyó poco valor a los programas lectivos de La Sorbona o de la ENS y prefirió exponerse a maestros –a los que más adelante, hasta cierto punto, desafiaría– como Louis Althusser o Michel Foucault. En todo caso, se estaba deconstruyendo la figura del maestro:

Básicamente, cualquier cosa que nos provoque es una fuente de aprendizaje, como puede que también lo sea cualquier cosa que te susurre las respuestas relativas a esa provocación. Esta doble función de provocarte y de susurrarte las respuestas opera a través de un montón de textos que pueden ir desde los libros de oraciones infantiles a Kant y Hegel, y también funciona con todo tipo de encuentros que te ofrecen tanto las personas como los escritos.⁷⁹

Esta apertura hacia muchos encuentros distintos llevó a Rancière a reconocer la multiplicidad de posiciones desde las que el pensamiento puede llegar a articularse. Un prisionero que ha pensado en el mundo de las prisiones desarrolla una teoría sobre él, igual que haría un sociólogo designado oficialmente para encargarse de la tarea. Esto es cierto también para la producción intelectual de los trabajadores, cuyo pensamiento de hecho ya se encuentra en activo, por muchas lagunas que pueda tener. No se trata de un “símbolo de”, sino de una “expresión de”, etcétera, que requiere de una “traducción” por parte de un experto. La posición de Rancière es coherente: un pensador reconocido internacionalmente puede haber recibido muy pocos cursos en su campo o puede negar la relevancia de las oposiciones que han marcado su estatus en la jerarquía institucional, y puede llegar a desarrollar su

pensamiento en forma de rechazo hacia los métodos canónicos de su ámbito. Sin embargo, para escapar de la resignación que suele ir asociada a la postura “crítica” (una que se conforma demasiado a menudo con descifrar fracasos sistémicos sin molestarse en ir más allá), Rancière se interesó por las manifestaciones habladas y escritas de actores sociales que carecían del estatus del experto o del de propietario o del de miembro de la clase dirigente. *La noche de los proletarios* fue el primer libro en el que analizó el significado de poemas, cartas y otros escritos producidos por trabajadores. Más adelante insufló vida al tema de la democracia al desarrollar, en *El desacuerdo* y *El odio a la democracia*, una definición relacionada no ya con un orden formal sino con un principio: la inteligencia es compartida por todos y, en un régimen basado en una premisa de igualdad entre sujetos, todos estamos dotados por igual de inteligencia y de voluntad, que son las cualidades que se requieren para gobernar. Lo que Rancière describe en *El método de la igualdad* no es una fantasía de igualdad idéntica entre todas las personas; lo que hace más bien es describir eso que llama una “competencia no específica”⁸⁰ en relación con la política. Esto significa que no existe una ciencia absoluta, ni una forma determinada de inteligencia identificable de una vez por todas para garantizar la relevancia de las decisiones políticas, como por ejemplo la de enviar un ejército a un territorio o la de aportar más fondos públicos a la gran empresa privada. Hay elecciones para las que ninguna ciencia puede servir de base. La política existe cuando los sujetos se dedican a componer, a recomponer y a pensar en lo que tienen en común. Ese compartir que está en el centro mismo del proceso político implica, por un lado, una delimitación compartida tanto en términos espaciales como de pensamiento y, por otro, una forma de analizar esa delimitación, en tanto que esta pueda ser debatida por todos. Aquí, de nuevo, la igualdad no conlleva una equivalencia estricta entre los sujetos, sino el hecho de que “aunque se distribuya de manera desigual, la inteligencia es la misma para todos. Siempre podemos encontrarnos o construir situaciones en las que verificamos la igualdad de la inteligencia”.⁸¹ Así pues, Rancière defiende que la insaculación es la mejor manera de designar a quienes han de gobernar en una democracia, ya que la capacidad para pensar no le pertenece en exclusiva a ningún colectivo social privilegiado y no existe una manera de establecer por derecho propio ni definitivamente ninguna estructura jerárquica. Aunque la insaculación no garantice la competencia, no hay razón para pensar

que una asamblea escogida al azar esté menos capacitada que una asamblea formada a través de un proceso electoral, pues este último favorece un único tipo de inteligencia: la inteligencia aplicada a la acumulación de poder.

Recurrir a la insaculación para elegir a los miembros de un senado o una cámara alta, en países sujetos al Estado de derecho, supondría una etapa de transición. No modificaría radicalmente la tradición del debate político que rodea las acciones de los partidos, pero sí significaría que, para aplicar cualquier ley, los cargos electos tendrían que convencer a una asamblea compuesta de gente corriente. Como parte de este grupo que encarna la capacidad de la comunidad para debatir si las leyes propuestas se justifican o no, el *pueblo* –tal como lo define vagamente Rancière– tendría el poder de revocar una decisión gubernamental y por lo tanto desarrollaría un interés específico en los asuntos públicos. En lugar de dejar los asuntos públicos en manos de dignatarios y estrategas seducidos por el juego político, estos sujetos serían en todo momento conscientes de su capacidad de movilización para apoyar o para oponerse a cualquier medida legislativa. Esto también solucionaría el problema de la justificación por elección o, dicho de otra manera, de la asunción por parte de los gobiernos de que ganar unas elecciones equivale a recibir un cheque en blanco. En todo caso, las “democracias” occidentales no brindan espacio alguno para que tales transformaciones puedan debatirse con seriedad.

Por otra vía distinta, el psicoanalista Jean-Pierre Winter promulga una visión de la enseñanza que también se basa en la autonomía. Oponiéndose a la de los ideólogos contemporáneos, en un ensayo reciente⁸² se limita humildemente a plantear el “enigma de la circulación del conocimiento” entre generaciones, al tiempo que se niega a aceptar que los estudiantes puedan adquirirlo únicamente en forma de inculcación pedagógica. Está claro que el poder del saber empieza a operar en todos los cerebros desde la niñez, tal y como ya advirtieron Freud (“El pequeño ser humano a menudo es ya un individuo formado en su cuarto o quinto año de vida, aunque luego, en años más tardíos, vaya revelando progresivamente lo que ya llevaba dispuesto desde hacía mucho en su interior”),⁸³ Nietzsche (“Siempre son los hijos los que crían a los

padres”),⁸⁴ el Talmud (que compara el embrión con una tablilla de escritura doblada)⁸⁵ y Tomás de Aquino, que creía que las enseñanzas de una persona no podían llegar a producir ciencia en otra (“El discípulo no adquiere, por el maestro, ciencia nueva, sino que el maestro simplemente le estimula a analizar los conocimientos que el discípulo ya tiene”).⁸⁶ Para Winter, como para Rancière, la vocación docente pertenece al ámbito de la emancipación. Consiste en revelar a las mentes jóvenes un conocimiento que estas están llamadas a interpretar. De forma algo más misteriosa, el papel del maestro es el de “permitir que el pupilo se reapropie de lo que sabe sin saber que lo ha olvidado”.⁸⁷

El trabajo del psicoanalista Françoise Dolto juega un papel clave en el pensamiento de Winter. A Dolto le interesaba especialmente la aparición de lo que Lacan llama el *flash*⁸⁸ de conocimiento en los niños pequeños: el momento en que, tras muchos esfuerzos, las letras por fin componen palabras, las palabras por fin componen oraciones y las oraciones componen un significado. La lógica, surgida de manera autónoma en cada quien, enseguida lleva al niño a hacer preguntas que los adultos rara vez se plantean (¿de dónde venimos las personas y por qué morimos?). Estas preguntas fundamentales acompañan al proceso de aprendizaje del lenguaje. Winter encuentra muchos ejemplos de esta coincidencia en el cine y la literatura.

Más allá de estas consideraciones acerca de la primera infancia, Winter insiste en un principio que es válido para todos los periodos de aprendizaje: tal como dice Lacan, “un exceso de atención pedagógica”⁸⁹ puede resultar perjudicial. Winter cita el ejemplo de Marcel Pagnol, que aprendió a escribir de manera precoz y casi pasiva, por la simple proximidad a pupilos mayores que él a quienes su padre enseñaba los fundamentos del lenguaje. Estas prácticas de aprendizaje revelan distintos tipos miméticos de lectura que no se circunscriben a los casos de los niños que hacen como si leyeran antes de entender el significado de lo que leen. Lo mismo puede decirse de los devotos feligreses que se dedican a releer continuamente los textos sagrados que ya se saben de corrido, pero cuyo sentido les sigue resultando desconocido.

Winter mantiene que una enseñanza excesivamente autoritaria se convierte en

un obstáculo cuando transforma los postulados de una lección en conocimiento que se ha de reproducir con rigor, sin atender al proceso que haría posible dicha reproducción. Cuando pertenecen al ámbito familiar, el autor denomina a estos maestros autoritarios *educastradores*. También escribe: “Lo que importa no es asegurarnos de que las cosas se entiendan, sino eliminar lo que obstaculiza el entendimiento”. Pese a lo que pudiera parecer, esto tiene poco que ver con las teorías de aprendizaje espontaneístas y expresionistas que pueden acabar convirtiéndose en formas de opresión: es bien sabido que consignas paradójicas del tipo “¡Sed libres!” pueden llegar a volvernos locos. Esta preocupación lleva a Winter a proponer muchos ejemplos de la clase de sabio acompañamiento que revela la inteligencia de los preceptores. En todos los casos, se requiere del maestro que no transmita de forma imperativa sino que “establezca las condiciones de transmisión”; condiciones que, volviendo a citar a Lacan, ayudan a despertar “una insistencia en quienes escuchan”.²⁰

En última instancia, según Winter, el legado de la enseñanza tiene más que ver con adquirir la responsabilidad de pensar y hacer preguntas que con una relación estrictamente positivista y utilitarista del conocimiento.

“Por encima de todo, transmitir significa transmitir una pregunta que permanece sin respuesta”.²¹

¹⁵ HEDGES, Chris (2009): *Empire of Illusion: The End of Literacy and the Triumph of Spectacle*, Toronto, Knopf Canada, p. 90, traducción propia.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 93-94.

¹⁷ WEBER, Max (1946): “Science as Vocation”, *From Max Weber: Essays in Sociology*, H. H. Gerth y C. Wright Mills (ed. y trad. al inglés), Nueva York, Oxford University Press, pp. 129-156, traducción propia [(1994): *La ciencia como vocación*, Madrid, Alianza].

¹⁸ ZUPPIROLI, Libero (2010): *La bulle universitaire. Faut-il poursuivre le rêve américain?*, Lausana, Éditions d'En Bas, traducción propia [(2012): *La burbuja universitaria. ¿Hay que perseguir el sueño americano?*, Bruno Aguilera Barchet (trad.), Madrid, Editorial Dykinson].

¹⁹ GARVAIS, Lisa-Marie (2012): “Malade, l'université?”, *Le Devoir*, 10 de marzo, traducción propia.

²⁰ SIMMEL, George (1997): “The Concept and Tragedy of Culture”, en FRISBY, David y FEATHERSTONE, Mike (eds.), *Simmel on Culture: Selected Writings*, Londres, Thousand Oaks y Nueva Delhi, SAGE Publications, pp. 55-75 [(2008): “El concepto y la tragedia de la cultura”, *De la esencia de la cultura*, Buenos Aires, Prometeo Libros, pp. 97-122].

²¹ *Ibid.*, p. 60 [p. 103].

22 Ibid., p. 71 [p. 116].

23 Edelman (2014): “Strategic Plan: Québec”, 20 de mayo, p. 25. Disponible en http://www.ledevoir.com/documents/pdf/plan_edelman_pipeline.pdf [consultado el 29/05/19].

24 Greenpeace Canada (2014): “Leaked Documents Show TransCanada Planning Dirty Tricks Campaign to Support Energy East Pipeline”, 18 de noviembre. Disponible en <https://www.greenpeace.org/usa/news/leaked-documents-reveal-transcanada-planning-dirty-tricks-campaign-to-support-pipeline/> [consultado el 29/05/19].

25 EUGÈNE, Éric (2002): *Le Lobbying est-il une imposture?*, París, Cherche-Midi, traducción propia.

26 ENZENSBERGER, Hans Magnus (1997): *op. cit.*, pp. 279-280, traducción propia.

27 DELEUZE, Gilles (2006): *Two Regimes of Madness*, David Lapoujade (ed.), Ames Hodges y Mike Taormina (trad. al inglés), Nueva York, Semiotext(e), p. 369, traducción propia [(2008): *Dos regímenes de locos*, José Luis Pardo (trad.), Valencia, Pre-Textos].

28 WRIGHT MILLS, C. (1953): *White Collar: The American Middle Classes*, Nueva York, Oxford University Press, p. 151, traducción propia [(1961): *Las clases medias en Norteamérica (white-collar)*, Madrid, Aguilar].

29 HEDGES, Chris (2009): *op. cit.*, p. 90, traducción propia.

30 GHODSEE, Kristen R. (2015): “Ethnographers as Writers: A Light-Hearted Introduction to Academese”, 4 de enero. Disponible en <https://savageminds.org/2015/01/04/ethnographers-as-writers-a-light-hearted-introduction-to-academese/> [consultado el 29/05/2019].

31 PINKER, Steven (2014): “Why Academics Stink at Writing”, *Chronicle of Higher Education*, 26 de septiembre, disponible en https://stevenpinker.com/files/pinker/files/why_academics_stink_at_writing.pdf [consultado el 04/06/2019].

32 MCLUHAN, Marshall (2002): *The Mechanical Bride: Folklore Industrial Man*, Berkeley, Gingko Press, pp. 102-103, traducción propia [(1982): “La novia mecánica”, *Escritos esenciales*, Barcelona, Paidós].

33 Ibid., p. 126.

34 Ibid., p. 128.

35 Ibid.

36 Ibid.

37 Ibid.

38 Ibid.

39 BÉNILDE, Marie (2008): *On achète bien les cerveaux: la publicité et les médias*, París, Liber / Raisons d’agir.

40 AFONSO, Alexandre (2013): How Academia Resembles a Drug Gang, *LSE Impact* (blog), 11 de diciembre. Disponible en <https://blogs.lse.ac.uk/impactofsocialsciences/2013/12/11/how-academia-resembles-a-drug-gang/> [consultado el 29/05/2019], traducción propia.

41 MAILLÉ, Marie-Ève (2015): “Ma réaction à la table ronde sur le doctorat envoyé à l’équipe de *Médium large*”, carta publicada en redes sociales, 20 de mayo, traducción propia.

- 42 RIVIÈRE, Tiphaine (2015): *Carnets de thèse*, Paris, Éditions du Seuil, traducción propia [(2016): *Maldita tesis*, Carlos Mayor Ortega (trad.), Barcelona, Grijalbo].
- 43 AFONSO, Alexandre (2013): *op. cit.*, traducción propia.
- 44 HARFI, Mohamed (2013): *Les difficultés d'insertion professionnelle des docteurs*, Bureau du premier ministre de la République française, Commissariat général à la stratégie et à la prospective, octubre. Disponible en https://www.strategie.gouv.fr/sites/strategie.gouv.fr/files/atoms/files/DT_2013-07-Doctorants-final-22-10-valHM.pdf [consultado el 30/05/2019].
- 45 ALLEN ANDERSON, Paul (2010): “‘The Game Is the Game’: Tautology and Allegory in *The Wire*”, *Criticism*, vol. 52, n.º 3-4, verano-otoño, traducción propia.
- 46 SHALÁMOV, Varlam (1959): *Ocherki prestupnogo mira*. Disponible en <https://shalamov.ru/library/6/3.html> [consultado el 30/05/2019], traducción propia [(2017): *Relatos de Kolimá VI: Ensayos sobre el mundo del hampa*, Ricardo San Vicente (trad.), Barcelona, Minúscula].
- 47 SEYMOUR, Michel (2013): *Une idée de l'université*, Montreal, Éditions du Boréal, traducción propia.
- 48 CLOUTIER, Jean-François (2014): “Des placements *offshore* hantent l'Université de Montréal”, *Journal de Montréal*, 13 de abril, traducción propia.
- 49 WALKER GUEVARA, Marina *et al.* (2014): “OffshoreLeaks: révélations sur l'argent caché des ‘princes rouges’ chinois”, *Le Monde*, 21 de enero.
- 50 RAPPAZ, Christian (2014): “Affaire Giroud: les dessous d'un scandale”, *L'Illustré*, 12 de marzo, traducción propia.
- 51 SEMMAR, Abdou (2013): “Les affaires louches de Sonatrach aux Îles Vierges britanniques”, *Algérie-Focus*, 19 de febrero.
- 52 LACHANCE, François (1998): “La caisse du RRUM obtient un rendement exceptionnel”, *Forum*, 9 de noviembre, traducción propia.
- 53 LEPRINCE, Jean-Michel (2004): “Le risque fiduciaire”, *Zone libre*, Radio-Canada, 30 de enero.
- 54 PILKINGTON, Ed (2017): “Top US Universities Use Offshore Funds to Grow Their Huge Endowments”, *The Guardian*, 8 de noviembre; HARDING, Luke y ADAMS, Richard (2017): “Paradise Papers: Oxford and Cambridge Invested Tens of Millions Offshore”, *The Guardian*, 8 de noviembre; CRIBB, Robert (2017): “U of T's Endowment, Pension Funds Have Investments in Two Offshore Tax Havens”, *Toronto Star*, 8 de noviembre; SAULNOV, Stephanie (2017): “Endowments Boom as Colleges Bury Earnings Overseas”, *The New York Times*, 8 de noviembre; CHAVKIN, Sasha; DIAZ-STRUCK, Emilia y GALLEGO, Cecile S. (2017): “More Than 100 Universities and Colleges Included in Offshore Leaks Database”, International Consortium of Investigative Journalists (ICIJ), 17 de noviembre, disponible en <https://www.icij.org/blog/2017/11/universities-colleges-offshore-leaks-database/> [consultado el 30/05/2019].
- 55 TURK, James L. (ed.) (2014): *Academic Freedom in Conflict: The Struggle over Free Speech Rights in the University*, Toronto, Lorimer.
- 56 MARTELLINI, Catherine (2014): “J'ai mal à mon diplôme!”, *Métro*, Montreal, 10 de agosto, traducción propia.
- 57 GILLIS, Justin y SCHWARTZ, John (2015): “Deeper Ties to Corporate Cash for Doubtful Climate Researcher”, *The New York Times*, 21 de febrero.
- 58 HAKIM, Danny (2016): “Scientists Loved and Loathed by an Agrochemical Giant”, *The New York Times*, 31 de diciembre.

- 59 O'CONNOR, Anahad (2015): "Coca-Cola Funds Scientists Who Shift Blame for Obesity Away From Bad Diets", *The New York Times*, 9 de agosto.
- 60 WILSON, Duff (2009): "Harvard Medical School in Ethics Quandary", *The New York Times*, 2 de marzo.
- 61 FERGUSON, Charles (2010): *Inside Job*, documental, Sony Pictures Classics; y BYRNE, John A. (2011): "Inside Job Causes Changes at Columbia", *Poets&Quants*, 18 de mayo. Disponible en <https://poetsandquants.com/2011/05/18/inside-job-causes-changes-at-columbia/> [consultado el 30/05/2019].
- 62 BONNEVILLE, Luc (2014): "Les pressions vécues et décrites par des professeurs d'une université canadienne", *Questions de communication*, vol. 26, pp. 197-218, traducción propia.
- 63 BONNEVILLE, Luc (2014): *op. cit.*, traducción propia.
- 64 RIVARD, Yvon (2012): *Aimer, enseigner*, Montreal, Éditions du Boréal, traducción propia.
- 65 LAJOIE, Andrée (2009): *Vive la recherche libre!*, Montreal, Liber, traducción propia.
- 66 Comité de ética del CNRS (COMETS) y Presidencia del CNRS (2014): "La politique de l'excellence en recherche", mayo. Disponible en <http://www.cnrs.fr/comets/spip.php?article99> [consultado el 30/05/2019], traducción propia.
- 67 *Ibid.*
- 68 VVAA (2014): "Imaginaires de l'enseignement", *Contre-jour*, n.º 33, verano. Los comentarios están citados de los artículos de Étienne Beaulieu, Jean-François Bourgeault, Thomas Mainguy y Sylveline Bourion.
- 69 Anónimo (2014): Academia: An Abusive Partner, *Mettre la thèse en parenthèse* (blog), 4 de julio. Disponible en <http://thesenparenthese.blogspot.com/2014/07/academia-abusive-partner.html> [consultado el 30/05/2019], traducción propia.
- 70 RIVARD, Yvon (2012): *op. cit.*, p. 11, traducción propia.
- 71 LORAU, Patrice (1993): *Le tempo de la pensée*, París, Éditions du Seuil.
- 72 PESTRE, Dominique (2013): *À contre-science: politiques et savoirs des sociétés contemporaines*, París, Éditions du Seuil.
- 73 CAREY, Kate B. *et al.* (2015): "Incapacitated and Forcible Rape of College Women: Prevalence Across the First Year", *Journal of Adolescent Health*, vol. 56, n.º 6, junio.
- 74 ROUGEMONT, Denis de (2012): *Journal d'un intellectuel en chômage*, Chêne-Bourg, Suiza, La Baconnière, traducción propia.
- 75 READINGS, Bill (1997): *The University in Ruins*, Cambridge, Harvard University Press, p. 1, traducción propia.
- 76 RANCIÈRE, Jacques (2016): *The Method of Equality: Interviews With Laurent Jeanpierre and Dork Zabunyan*, Julie Rose (trad. al inglés), Cambridge, Reino Unido y Malden, MA Polity Press, traducción propia [(2014): *El método de la igualdad. Conversaciones con Laurent Jeanpierre y Dork Zabunyan*, Buenos Aires, Nueva Visión].
- 77 RANCIÈRE, Jacques (2016): *op. cit.*, pp. 1-2, traducción propia.
- 78 *Ibid.*, p. 4.
- 79 *Ibid.*, p. 49.
- 80 *Ibid.*, p. 115.

81 *Ibid.*

82 WINTER, Jean-Pierre (2012): *Transmettre (ou pas)*, París, Albin Michel.

83 FREUD, Sigmund (1920): *A General Introduction to Psychoanalysis*, G. Stanley Hall (trad. al inglés), Nueva York, Horace Liveright, p. 308, en WINTER, Jean-Pierre (2012): *op. cit.*, pp. 19-20, traducción propia [(2017): *Introducción al Psicoanálisis*, Luis López-Ballesterors (trad.), Madrid, Alianza].

84 NIETZSCHE, Friedrich (1967): “Nachgelassene Fragmente Dezember 1881–Januar 1882”, *Digital Critical Edition of the Complete Works and Letters*, Paolo D’Iorio (ed.), Berlín y Nueva York, De Gruyter, disponible en [http://www.nietzschesource.org/#eKGWB/NF-1881.16\[19\]](http://www.nietzschesource.org/#eKGWB/NF-1881.16[19]) [consultado el 30/05/2019], traducción propia; en WINTER, Jean-Pierre (2012): *op. cit.*, p. 15.

85 El Talmud de Babilonia, Niddah 30b, *Juchre.org* (blog), disponible en juchre.org/talmud/niddah/niddah2.htm#30b [consultado el 30/05/2019], traducción propia; en WINTER, Jean-Pierre (2012): *op. cit.*, p. 27.

86 AQUINO, Tomás de (1485): *Summa Theologica*. Disponible en http://www.documentacatholicaomnia.eu/03d/1225-1274,_Thomas_Aquinas,_Summa_Theologiae,_ES.pdf [consultado el 30/05/2019].

87 WINTER, Jean-Pierre (2012): *op. cit.*, p. 28, traducción propia.

88 LACAN, Jacques (1968-1969): *Séminaire, livre XVI: D’un Autre à l’autre*, p. 99. Disponible en <http://staferla.free.fr/S16/S16%20D’UN%20AUTRE...%20.pdf> [consultado el 30/05/2019], traducción propia [(2008): *El seminario, libro 16. De un otro al otro*, Barcelona, Paidós].

89 LACAN, Jacques (1968-1969): *op. cit.*, p. 99, traducción propia.

90 LACAN, Jacques (1988): *The Seminar of Jacques Lacan, Book II. The Ego in Freud’s Theory and in the Technique of Psychoanalysis*, Jacques-Alain Miller (ed.), Nueva York, W. W. Norton, p. 207, traducción propia [(1983): *El seminario, libro 2: el yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, Barcelona, Paidós].

91 WINTER, Jean-Pierre (2012): *op. cit.*, p. 28.

II EL COMERCIO Y LAS FINANZAS

*L*a exposición en la Ciudad de las Ciencias y la Industria de París la financiaba una entidad tan importante como el Banco de Francia. Llevaba por título *L'économie: Krach, Boom, Mue*. Esta apropiación de la chanza del saleroso e irónico cantante pop Jacques Dutronc⁹² pretendía una reconciliación entre la gente y la economía. Se dispuso en la muestra una zona que representaba el parqué de la bolsa y se animó a los visitantes a reaccionar “de manera inteligente” –comprando o vendiendo acciones– a la información que se iba lanzando por un altavoz. El objetivo era educar a los ciudadanos, pues, según el profesor de Economía Pierre-Pascal Boulanger (quien participaba en el libro que acompañaba a la exposición), su ignorancia con respecto a la economía suponía “una amenaza para la democracia”.

La exposición no se limitaba a ilustrar lo que se conoce como la escuela clásica de la ciencia económica. También insistía en dar la impresión de que, tras las vagas explicaciones de los expertos, hay razones que explican las crisis recurrentes, los productos financieros basura, los caprichosos vaivenes de la economía, la especulación desaforada y el recalentamiento del mercado de valores. Lo que ocurre es que estas razones son tan complejas que el honrado ciudadano corriente no puede llegar a entenderlas de verdad, si no es a través del humillante canal de las exposiciones concebidas para el público general, o tal vez por medio de tiras cómicas o programas de televisión, todos repletos de patéticas analogías entre los presupuestos institucionales y el estipendio de un ama de casa o de un *pater familias*. A lo largo de la historia, la popularización a menudo ha sido hermana de las ideologías (o de las contraideologías, lo cual no es que resulte especialmente de ayuda).

Sin embargo, aunque el mercado esté a rebosar de material educativo en

torno a la economía, también se están desarrollando otros discursos más cáusticos. Una pequeña editorial belga, Zones Sensibles, ha publicado dos ensayos de Ervin Karp (se trata de un pseudónimo), titulados 6 y 5, sencillamente.⁹³ Estas no son obras de más difícil lectura que otras que se presentan como accesibles, pero aportan una original perspectiva sobre cómo funciona el mercado, ahora que de verdad ha perdido la cabeza. Una intención similar es la de un libro de 2013 sobre la negociación de alta frecuencia, a cargo de los periodistas suizos Frédéric Lelièvre y François Pilet,⁹⁴ así como la de un documental de 2015 sobre los “nuevos lobos de Wall Street”, dirigido por Ivan Macaux.⁹⁵ En todos ellos se señala que el mercado funciona actualmente sin que intervenga el cerebro humano: básicamente está definido por algoritmos cuyas operaciones tienen lugar en nanosegundos (un nanosegundo es la milmillonésima parte de un segundo) y que a veces fallan estrepitosamente. Entre otras cosas, los algoritmos pueden detectar ofertas de compra en el mercado y doblarlas en cuestión de nanosegundos para hacerse con la titularidad de unas acciones y vendérselas a un precio mayor a quienquiera que fuera el que las pretendía en origen. A lo largo del día, estos mayoristas electrónicos de bolsa se lanzan a la velocidad de la luz a por una ingente cantidad de valores. La actividad generada por tales movimientos pone en riesgo el sistema al completo. Uno de los inventores de estas máquinas, Thomas Peterffy, advirtió en 2010 que “han evolucionado más rápido que nuestra capacidad de comprenderlas o controlarlas”.⁹⁶ Para empezar, a no ser que intervenga algún tipo de desastre natural, actualmente es imposible comprender las reacciones del mercado en relación a cualquier información de carácter político. El mercado simplemente ha dejado de ser un sujeto social. La racionalidad económica toma forma de programa informático lanzado a escena sin que se sepa exactamente qué pasará con los miles de millardos de dólares que están en juego cada día.

En el mercado de valores estas máquinas se juegan los ahorros de gente con ingresos modestos, la deuda pública de los países y el valor de las divisas. Tienen un efecto considerable sobre los precios de las acciones empleados por las agencias a la hora de asignar valoraciones a las entidades. Karp

concluye: “Los mercados ya no son más que un teatro de operaciones en el que las calculadoras humanas son incapaces de entender nada en absoluto”.⁹⁷ En la actualidad, el 70% de las transacciones de bolsa llevadas a cabo en Estados Unidos (y el 40% de las realizadas en Europa) pasan por estos ordenadores, a los que, sin embargo, ya les corresponde el 90% de las ofertas de compra, que saturan la bolsa y provocan la subida y la caída de los precios. Como ejemplo de lo que esto puede llegar a implicar, el 1 de octubre de 2012 un algoritmo no identificado se hizo con el control de la infraestructura digital de la bolsa de Nueva York, inundándola con ofertas inútiles. El objetivo era reducir el flujo de adversarios, como parte de una estrategia que aún no se ha llegado a entender.

Ya nada se sostiene. La bolsa de Nueva York está radicada físicamente en Nueva Jersey, en el poco conocido suburbio de Mahwah. Allí, en almacenes de alta seguridad que ocupan el equivalente a varios campos de fútbol, una serie de ordenadores de altísimo rendimiento compiten por valores de bolsa y consumen electricidad suficiente como para abastecer a cuatro mil quinientos hogares. Con la bolsa de París pasa lo mismo: está ubicada cerca de Londres, en una localidad desconocida llamada Basildon.

Cualquier error puede tener consecuencias mayúsculas. El 1 de agosto de 2012, un algoritmo que la agencia de corredores de bolsa Knight Capital estaba empleando con fines exclusivamente experimentales –estaba tratando de entender cómo reaccionaría el mercado si un agente de repente empezara a comportarse de manera errática– se activó por su propia cuenta y empezó a operar en la bolsa de Nueva York. El algoritmo pasó a comprar acciones al máximo precio y las vendía cuando tocaban fondo. Los clientes perdieron 180 dólares por milisegundo –esto es, 180.000 dólares por segundo, o 10,8 millones por minuto– durante 45 minutos. Nadie sabe por qué ocurrió esto. Un acontecimiento igual de asombroso había tenido lugar pocos meses antes, el 23 de marzo de 2012, unos catorce minutos, dieciocho segundos y cuatrocientos treinta y seis milisegundos después de las once de la mañana. Una firma de negociaciones de alta frecuencia, BATS Global Markets, había entrado en bolsa con gran alharaca, con acciones a un precio inicial de 15,25

dólares. En un plazo de novecientos milisegundos, este precio había caído hasta los 0,28 dólares. La firma quedó noqueada: a los pocos días se vio obligada a dejarse absorber por una empresa rival. En cuanto se anunció el precio de las acciones, un algoritmo enemigo que esperaba agazapado para destrozar la oferta pública dejó desperdigadas ofertas a la baja a la velocidad del rayo. No se ha llevado a cabo ninguna investigación seria sobre este *western* financiero del siglo XXI y el terror que provocó. Según Karp: “Este otro conflicto al parecer confirmó que los mercados eran ahora un campo de batalla, y que el ganador sería el propietario del algoritmo más rápido y más potente”.⁹⁸

El resultado son las crisis recurrentes. Los expertos que aún les ven sentido a las páginas de información económica son sonámbulos. Los mercados se presentan de forma explícita como el escenario de incesantes desplomes y los nombres belicosos que las empresas les ponen a los algoritmos –Arid, Blast, Guerrilla Iceberg, Nighthawk, Ninja, Shark, Sniffer, Sniper Stealth y Sumo– atestiguan la naturaleza de su mundo. Los *lobistas* que apoyan la negociación de alta frecuencia explican que no se trata más que de un nuevo tipo de darwinismo que con el tiempo hará posible la definición de los parámetros del mercado. Pero la realidad es que estos algoritmos no tienen ningún valor para nosotros ni para nuestra economía, en tanto que pueblo. A lo que ayudan es a determinar los precios de las acciones engañándose unos a otros, cubriéndose, llevando a cabo maniobras de despiste o llevándose el bote unos pocos microsegundos antes de que algún algoritmo rival pueda recaudar oficialmente el premio que tenía en su punto de mira. La función de Blast, por ejemplo, es la de multiplicar órdenes de compra en distintas plataformas de intercambio de acciones para así bloquear cualquier respuesta de algoritmos enemigos como Sniffer, programado para detectar principios operativos que estén funcionando en el mercado de valores. La gente que se enfrenta a esta situación está inquieta. Karp afirma que, cuando hay turbulencias, los agentes de bolsa se preguntan de manera automática “si puede ser un hackeo interno o si proviene del mercado”.⁹⁹

Este nivel de agitación produce en la bolsa debacles relámpago que dejarían

atónitos a los ciudadanos si sus cerebros pudieran operar con la rapidez suficiente como para advertirlos. Los precios de las acciones caen a niveles de una profundidad inimaginable y luego se restablecen en un microsegundo. Los mercados se sobrecalientan cuando un precio entra en espiral descendente y después vuelve a salir disparado hacia arriba, para acto seguido volver a entrar en caída libre. Incluso cuando el lapso temporal de estos movimientos mareantes puede ser percibido por los sentidos del ser humano, la cosa sigue pareciendo un sueño. El 6 de mayo de 2010, por ejemplo, en un plazo de diez minutos, los mercados estadounidenses perdieron y después ganaron 700.000 millones de dólares. Lelièvre y Pilet, en un capítulo titulado “Waiting for the fatal crash”, describen fluctuaciones increíbles: “El precio de la acción de Sotheby’s pasó de 34 dólares a 10.000, mientras que el de Accenture Consulting cayó de 40 dólares a 1 centavo”.¹⁰⁰ Los autores citan a miembros del claustro de la Politécnica y a ingenieros financieros de Francia a quienes se les pide que enseñen estas prácticas a sus alumnos y que están seriamente preocupados por el actual despior. Según ellos, el sistema falla, en última instancia, a la hora de alcanzar el objetivo marcado: el de establecer los precios. Nicole El Karoui, matemático eminente que se ha especializado en el cálculo financiero, lo describe como un sistema que funciona de manera aislada, en el que solo están involucrados un puñado de agentes que “no saben a dónde van”.¹⁰¹

Esta es una economía que no podemos traducir en palabras. En julio de 2013 un agente que había incurrido en el uso abusivo de un *software* de negociación de alta frecuencia fue condenado a pagar una multa cuantiosa por la Ley Dodd-Frank de reforma bancaria. Lo condenó la Comisión de Comercio de Futuros de Productos Básicos (Commodity Futures Trading Commission, o CFTC), que se encarga de regular el mercado de derivados. El agente había utilizado un programa informático de negociación diseñado para efectuar ilegalmente pedidos de compra de futuros y cancelarlos inmediatamente. El objetivo era el de atraer de manera artificial la atención hacia acciones que había adquirido previamente. Las sanciones impuestas en tales casos son insignificantes: la bolsa actual es un auténtico campo de batalla en el que los precios vienen

determinados por los activos e instrumentos de los participantes. Sin duda cumplen con la máxima de desconcertar al público: levantar cargos de forma arbitraria contra alguien con fines ejemplarizantes es una manera de hacer creer que las excepciones se encuentran en la periferia, aunque perturben un sistema que, en sí mismo, funciona como debería.

Los programas que pretenden educar a la gente son parecidos, en el sentido de que pretenden evitar que la gente comprenda que el sistema está completamente fuera de control. En general, podemos decir de la economía lo que la casera de *El proceso* de Kafka decía del sistema judicial: “Me da la impresión de que es algo muy especial –disculpe si digo tonterías–; me da la impresión, decía, de que es algo muy delicado que no alcanzo a comprender, ciertamente, pero que tampoco está una obligada a comprender”.¹⁰² De hecho, nos piden que creamos que lo que hay en marcha es una ciencia económica que guía las decisiones de las personas poderosas de las que dependemos, y que la “democracia” equivale a convertir a los ciudadanos en socios capaces de dominar el vocabulario y los principios básicos de esta “ciencia”: no para actuar haciendo uso de ellos en forma alguna, sino para quedar aprisionados por ellos. Esto explica la intensidad con que se están llevando a cabo las iniciativas popularizadoras, ya sean puestas en marcha por instituciones oficiales o por la prensa de derechas, por movimientos de base o por publicaciones de economía alternativa que ofrecen una perspectiva crítica acerca de unos términos que están colonizando nuestro mundo. Sigue habiendo un problema: en todas estas representaciones se nos obliga a partir de una terminología que abusa de nosotros, pero que solo unos pocos economistas parecen ser capaces de evitar. Pueden decir de sí mismos que son “poco ortodoxos” o que están “aturdidos”, pero siguen refiriéndose a esta terminología en aportaciones que sin duda resultan beneficiosas, aunque no ofrezcan más que una especie de doblaje crítico.

LA ECONOMÍA ESTÚPIDA

En otras palabras: que seamos incapaces de pensar colectivamente sobre la

economía no tiene nada de sorprendente. Cuando entran en juego los negocios, de repente da la impresión de que incluso un mínimo nivel de análisis nos queda demasiado lejos. Toda vez que tengamos entre manos cantidades que puedan afectar sensiblemente a un indicador estricto como puede ser el producto interior bruto –que está relacionado con otro fetiche, el de la creación de empleo–, el dinero anulará cualquier clase de reflexión. La expresión “es la economía, estúpido”, utilizada en origen para estructurar la retórica de la campaña presidencial de Bill Clinton de 1992, implica que no podemos llegar a imaginarnos al ciudadano medio interesándose por nada que no sea lo que este entiende por economía. Si le damos la vuelta a la oración, sin embargo, esta quiere decir que la economía y sus mercenarias suposiciones nos están volviendo estúpidos, ya que impiden que nuestros cerebros se ocupen de asuntos que se nos escapan. Se trata, efectivamente, de la economía estúpida.

Como muchos otros medios, en 2012 el diario *Le Devoir* de Montreal informó sobre un “encargo histórico” recibido por el grupo Bombardier, radicado en Quebec, para producir “cincuenta y seis aviones privados bimotores de la línea Global, por una cuantía estimada de 3.100 millones de dólares, con opciones a ochenta y seis aeronaves más, para la misma familia, por un valor total de 7.800 millones”.¹⁰³ Bombardier firmaba un contrato con VistaJet, una empresa que alquila estos reactores (con capacidad para no más de diez pasajeros) a millonarios que buscan “la mayor comodidad” para sus viajes.

¿Cómo es que nadie expresó su enfado ante la realidad subyacente que esto reflejaba? El encargo de VistaJet era un ejemplo de gasto excesivo por parte de empresas multinacionales y retrataba a la clase de los superricos (en una época en la que, año tras año, los gobiernos han ido forzando a los ciudadanos a aceptar sus programas de austeridad y de rigor presupuestario, reprendiéndoles, discurso tras discurso, por sus hábitos manirroto). Este contrato nos recuerda que, ahora que su flujo de capital se ha restablecido, las organizaciones financieras –a las que los gobiernos salvaron del desastre, a partir de 2008, proveyéndoles de miles de millones de dólares, argumentando que su bancarrota habría llevado al colapso de civilizaciones enteras– han

retomado sus peores costumbres, y pagan miles de millones en concepto de bonus a sus ejecutivos y directivos, incluso en años en que han registrado pérdidas, haciendo de aprendices de brujo al crear objetos financieros ultra especulativos e incurriendo en suntuosos despliegues de poder adquisitivo, tales como la compra o el alquiler de las aeronaves de la línea Global de Bombardier. En tal contexto de decadencia, el CEO y fundador de VistaJet, Thomas Flohr, se frota las manos con deleite:

Este nivel de demanda no tiene precedentes... Nuestros clientes necesitan volar de un punto a otro del planeta, en muchos casos sin apenas margen de maniobra. Ya sea un vuelo directo de Los Ángeles a Shanghái, de Londres a Luanda o de Kinshasa a Ulán Bator, nos dedicamos a conectar de forma ininterrumpida a nuestros clientes con todos los rincones del mundo, a unos niveles incomparables de estilo y de seguridad.¹⁰⁴

Un experto del Royal Bank of Canada (RBC) declaró a *Le Devoir* que “los multimillonarios y ejecutivos de las grandes multinacionales” no se han visto afectados por la crisis económica y siguen amasando fortunas o, más bien, están “mostrando una gran resiliencia a la hora de lidiar con el contexto económico”, pues jamás debería desaprovecharse la oportunidad de atribuirles el mérito por su buena fortuna, incluso si esta se da dentro de un orden que opera estructuralmente a su favor.

Los “mercados emergentes” en los que VistaJet tiene previsto operar son los de Rusia, China, Oriente Medio y África: todos los lugares en los que esa emergencia de una clase pudiente, con capacidad para pagar por semejantes caprichos aeronáuticos, está necesariamente relacionada con la corrupción política, el saqueo de lo público, la explotación depredadora de los recursos naturales y otras operaciones afines a las del crimen organizado. Mientras un reciente artículo de *Forbes* revelaba sin sorpresas que los ciudadanos de Estados Unidos son los que más *jets* privados tienen en propiedad (12.717) – muy por delante de los medallistas de plata y de bronce, México (950) y Brasil (786)–, el aumento más espectacular de propietarios de reactores

privados entre 2006 y 2016 se dio en dos vulgares plutocracias y un paraíso fiscal: Bielorrusia (1.200%), la Isla de Man (667%) y Kazajistán (600%).¹⁰⁵

¿Y por qué no vemos la evidencia? En 1789 o en 1848, cuando los carruajes dorados recorrían las calles de París en cabalgata, al pueblo oprimido de Francia no se le escapaba el hecho de que era la fuente de la riqueza de la que disfrutaba aquella élite aristocrática. ¿Por qué ahora estamos tan ciegos? Porque es bueno para la economía. “Parece ser que los mercados celebraron la noticia: el precio de la acción de la empresa matriz, Bombardier Inc., subió el 8% a lo largo de ese día y cerró a 3,37 dólares”.¹⁰⁶ Estos virajes de ánimo determinan el destino de los trabajadores, que dependen de ellos. En el caso de que los multimillonarios —o “individuos de alto valor neto”, como tan púdicamente los describe Merrill Lynch¹⁰⁷ perdieran parte de su capital y cancelaran estos pedidos que benefician al populacho solamente de un modo marginal, un especialista advierte de que estos “contratos descomunales” no supondrían más que un mero rumor bursátil. Por eso implican “un mayor riesgo de cancelación en el supuesto de que cayera la bolsa”.¹⁰⁸ Por tanto, esperemos que los mercados y los gobiernos que los apoyan sigan permitiendo la subida del precio de estas acciones, de las que tanto dependen los multimillonarios.

¿Por qué estamos tan cohibidos, intelectualmente, ante situaciones tan chocantes? Porque no hay campo en que la mediocridad impere con tanta confianza en sí misma como en aquel que ella misma se empeña en llamar *economía*. La teoría del goteo —un cuento de hadas para niños que establece que, cuando los más ricos se enriquecen, la riqueza fluye de forma inevitable por la comunidad en su conjunto—, se ha refutado desde todos los ángulos, pero los expertos y representantes del mundo académico siguen respaldándola ostentosamente, convirtiéndola en una cuestión de fe. Si los meteorólogos predijeran lluvias con la misma frecuencia con que los economistas han anunciado el fenómeno imaginario del goteo de riqueza por todo el mundo, todos habríamos dejado de hacerles caso hace mucho tiempo. Nuestros cerebros están tan llenos de estas estupideces que seguimos pensando que son los ricos quienes generan la riqueza, de la cual quizá pretendamos hacernos

con una pequeña parte, en vez de verlos como los que se apropian de ella en detrimento nuestro.

Producir *jets* de lujo supone un uso erróneo de la inteligencia con fines superfluos. El trabajo del ingeniero especializado en diseñar la cabina de un reactor privado consiste en llenarlo con elementos de distinción social, siempre y cuando estos no pongan en riesgo las vidas de los pasajeros. El saber hacer de esta persona está al servicio de un proyecto que consiste en instalar mesas de billar, bañeras con *jacuzzi* y comedores para uso exclusivo de una cantidad minúscula de privilegiados.

Esto no ocurre solamente por una locura despilfarradora, ni por su gusto por el lujo, ni por un ansia de distinción social entre quienes sueñan con estos aviones y luego los encargan. No es solo que se diviertan a bordo, sino que su diversión probablemente sea más pavloviana y menos sincera que la diversión que conocemos los desheredados en nuestras humildes moradas. Las distorsiones estructurales de nuestro régimen oligárquico han provocado que estos aviones les resulten fundamentales a quienes aspiran a dominar el mundo, en tanto que directivos o en el desempeño de otras funciones institucionales. David Rothkopf, orgulloso observador de la oligarquía mundial, ofrece una explicación sociológica en su libro *El club de los elegidos*:¹⁰⁹ a ojos de los poderosos, estos aviones, que tienen prestaciones superiores a las de las aeronaves convencionales, son algo requerido específicamente por su estilo de vida, de la misma manera que los residentes de los suburbios norteamericanos no creen haber adquirido un objeto de lujo cuando compran un coche solo para ir a trabajar, por mucho que el coche venga equipado con los últimos dispositivos electrónicos. Esta casta de superricos de veras cree que ha conquistado el espacio y el tiempo: están activos bajo cualquier circunstancia, en última instancia han llegado a trascender todo lo que pueda llegar a parecerse a una sala de espera, tanto en términos espaciales como temporales. Rothkopf insiste en que el uso que hacen de los *jets* no tiene nada de excesivo, ya que el contexto habitual de los aeropuertos, con sus retrasos, su estrés y sus riesgos de seguridad, puede resultarle muy gravoso a quienes se ven a sí mismos como los soberanos

decididores de los asuntos de escala planetaria. Los oligarcas deben tener a su disposición el tiempo y el mundo para seguir mandando allá donde vayan. Para ellos, un avión privado no es más que una inversión en una herramienta de trabajo, una herramienta de gestión de riesgos.

Bryan Moss, presidente de la empresa rival de VistaJet, Gulfstream, deja perfectamente claro de qué va todo esto: su compañía presta un servicio a una clase social que está convencida de que nada debe entrar en conflicto con su voluntad de “hacer las cosas que creen que tienen que hacer, de ir a los sitios a los que tienen que ir y ver a la gente a la que tienen que ver para llevar a cabo las acciones que consideran que deben realizar”.¹¹⁰ Esto, por supuesto, tiene un coste: solamente el mantenimiento supone entre 1,25 y 1,5 millones de dólares anuales por cada *jet*, asumiendo que estos tendrán unas quinientas horas de uso. No hay vuelta atrás: seguir siendo competitivo es un requisito indispensable. Y cuantos más miembros de la oligarquía viajen de esta manera, menos desorientados se van a sentir en cualquiera de sus destinos, ya que su punto de vista acerca del tiempo y el espacio se habrá desarrollado fuera del tiempo y el espacio. Desde una posición indefinida por encima de las nubes, en lo alto de las torres más altas, crean objetos financieros que les permiten apostar por desenlaces económicos (pueden reducir las obligaciones del pueblo griego, convertir bienes alimenticios en futuros mercadeables, transformar las hipotecas de familias insolventes en obligaciones colateralizadas mediante deuda) y así aumentar su riqueza de manera mayúscula cuando todo se venga abajo.

Rothkopf insiste en que los trabajadores de Gulfstream –y lo mismo podría decirse de los de Bombardier– están orgullosos de construir aeronaves para una clase social a la que jamás se acercarán. Sienten que están entre los “beneficiarios de la globalización”¹¹¹ y están convencidos de ver cómo la riqueza de los capitalistas cae goteando hasta las parcelas de sus jardines. En otras palabras, todos eligen mirar hacia otro lado, entre ellos el lector común de piezas periodísticas tan crudas como las que anunciaban el “histórico encargo” de Bombardier: puede ser que estos lectores sientan empatía hacia quienes han encontrado un trabajo o que estén satisfechos por que estos vayan

a pagar impuestos (más que nada, porque es posible que la empresa en sí no los pague).

Así que todos siguen, a toda potencia y a gran altitud, los términos y la ideología de una casta dominante que ya ni siente ni padece. Se trata de una *superclase*, tal como la define Rothkopf, una clase que trasciende el propio sistema de clases porque flota, literalmente, por encima de todas las cosas. Así pues, desde este punto de vista, es una clase que lo *economiza* todo, lo cual quiere decir que crea la economía de los demás y también que se las apaña sin ella.¹¹² Lo confina todo a los términos del mercado y de la economía especulativa, para no tener que atestiguar las insoportables situaciones provocadas por este sistema económico. Y así, mediatizada por los estrechos criterios de las ciencias de la contabilidad y de la gestión empresarial, y gracias a la fiel repetición de su ideología, es cómo la oligarquía eleva sus abyectas propuestas.

‘MADE IN CHINA’

Aquí abajo, lo tenemos delante. Por todas partes. Y es enorme. Deberíamos mirarlo con los ojos abiertos de par en par. Pero es al revés: somos colectivamente incapaces de ver. Hay ejemplos que nos violentan, pero los acusamos sin decir nada. Después de haber inducido a China a convertir su tejido industrial en una enorme zona libre¹¹³ destinada a producir los bienes de consumo del mundo a un precio rebajado, ahora la oligarquía norteamericana pretende crear una zona comercial preferencial en su territorio para satisfacer las expectativas de sus socios comerciales chinos. La espiral regresiva del Estado social ha dado una vuelta más hacia el fondo.

Mín Ying Holdings, una entidad financiera líder en China que está presente en los ámbitos de la banca, la electricidad, los seguros y el sector inmobiliario, con activos por valor de mil millones de dólares, va a establecer un centro internacional de negocios en Norteamérica para dar apoyo a la ingente llegada de emprendedores chinos. El objetivo es el de reducir al mínimo el número de intermediarios locales entre las fábricas asiáticas y los

consumidores occidentales. Se prevé ubicar la cabeza de puente de esta organización en Quebec, tal vez en Mirabel, Laval, Longueuil o Varennes.

En Quebec, Min Ying Holdings está trabajando con una empresa china establecida en Mirabel, el Mirabel International Trading Center (MITC). Mirabel es ya una zona libre constituida por el Gobierno de Quebec para favorecer una “economía de vanguardia”. La zona libre es una iniciativa de aspecto más bien anticuado, donde se provee de exenciones fiscales a las empresas –sobre todo a las compañías aeronáuticas– que tienen base en la localidad. En la zona de comercio internacional de Mirabel, la tasa del impuesto sobre la renta es de cero, el impuesto sobre las ganancias del capital se ha eliminado, no son obligatorias las cotizaciones a la Seguridad Social y además se ofrecen otras modalidades de incentivos fiscales y ayudas financieras. El MITC se estableció con la esperanza de atraer el comercio internacional chino directamente hacia Mirabel. Sin embargo, según Radio-Canada, este parece haberse decantado por Varennes, después de haber contemplado la posibilidad de radicarse en Longueuil y en un espacio de Laval que ofrecía gran cantidad de plazas de aparcamiento.¹¹⁴ Quizá la entidad termine escogiendo un suburbio al norte o al sur de Montreal, pero sin duda negociará unas condiciones que como mínimo resulten tan favorables como las que esperaban obtener en la zona libre.

Este proyecto es una absurdidad económica incluso en los términos propios de la economía liberal del libre mercado. Los industriales norteamericanos han llevado a cabo la descerebrada iniciativa política de destruir la infraestructura fabril del continente, sobre todo al relocalizarla en China, dejando para su población solamente los empleos del sector servicios; pero ahora, este megacentro comercial los va a desposeer también de este tipo de trabajos. Citado por el *Journal de Montréal* el 27 de noviembre de 2013,¹¹⁵ el *lobista* quebequés que en un principio se involucró en la defensa del proyecto explicaba que, gracias a este núcleo comercial, “mil empresas chinas se reubicarán en Quebec y eliminarán a los intermediarios”, que por supuesto serán comerciantes y proveedores quebequeses. “Toda la manufactura se llevará a cabo en China”, y también serán chinos los responsables de la

distribución incluso en Norteamérica. El *Journal de Montréal* añade que este proyecto tendrá un efecto inmediato sobre los precios que los competidores locales pasarán a cobrar por sus productos. Aludiendo a un centro de similares características en Shanghái –un “paraíso del consumidor” que sirve como modelo para el proyecto–, el periódico informa de que “incluye más de sesenta y dos mil *stands* donde se presentarán más de cuatrocientos mil productos cuyos precios rebajados afectarán a los precios del mercado”. En otras palabras, ya no es solo que los comerciantes locales vayan a dejar de ser los únicos distribuidores de los productos, sino que aquellos que pretendan desafiar a la nueva competencia tendrán que hacer frente a unos precios sanguinariamente bajos; por ejemplo, tal vez tengan que vender un utensilio de cocina (fabricado por niños en China) por cincuenta centavos de dólar en vez de por un dólar, si este pasa a ser el precio estipulado por los nuevos vendedores.

El *lobista* que al principio defendió el proyecto en Quebec ciudad fue el antiguo miembro del parlamento canadiense Roger Pomerleau, que más tarde ha transferido sus responsabilidades en la iniciativa al exministro liberal Martin Cauchon; parece ser que el antiguo primer ministro de Canadá Jean Chretien también está implicado. Es decir, en este asunto es posible que tres antiguos cargos electos hayan vendido a intereses privados la información pública a la que tuvieron acceso en el ejercicio de sus funciones políticas.

Gracias a este proyecto, una parte de Quebec se convertirá en una zona libre de importancia internacional que satisfará a todos los proveedores chinos que establezcan allí su actividad. “Gente de negocios de todo Canadá y Estados Unidos viajará a Laval [o Varennes], en vez de a China, para firmar sus acuerdos”, decía el *Journal de Montréal*. Hay motivos para pensar que la presencia de Min Ying Holdings acentúe la condición de Quebec como territorio *offshore*. Min Ying es una empresa acostumbrada a la permisividad de las jurisdicciones *offshore*: está radicada en Macao, un paraíso fiscal con un nivel de opacidad poco habitual, que es parte de la propia China. Macao se especializa en el registro de empresas; el secreto bancario es inviolable y el tipo de gravamen es nulo. WealthInsight, una firma informativa especializada

en los actores más ricos, estimó en 2013 que los chinos habían depositado 568.000 millones de dólares en paraísos fiscales. Estas cantidades no dejan de aumentar.

La información sobre este asunto tiene un interés más que marginal: nos da una idea de la transformación hacia el *offshore* que está experimentando Canadá. La Columbia Británica se está desarrollando como un núcleo para el tráfico de drogas procedentes de Asia; Alberta, seguida de Saskatchewan, es un petroestado; Ontario es la guarida de empresas mineras con actividad por todo el mundo. Quebec es un estado mineral, dedicado por entero a satisfacer los requerimientos de su industria extractiva, y actualmente comienza a mostrar interés por el petróleo; es el hogar canadiense de Maples, una de las firmas jurídicas más grandes del mundo especializadas en la creación de entidades *offshore*; y ahora, por supuesto, está deseando pasar a la acción con este sector chino de importación/exportación. En cuanto a Nueva Escocia, la provincia ha desarrollado un programa de contrataciones que permite a empresas radicadas en las Bermudas confiar negocios en curso a contables de Halifax, al tiempo que los legítimos dueños de esas firmas han decidido ubicarlas en las Bermudas para beneficiarse de mayores exenciones fiscales.¹¹⁶

Todo esto es obra de antiguos parlamentarios, ministros o incluso primeros ministros, que conocen a quienes toman las grandes decisiones y se saben todos los mecanismos de los cuerpos gubernamentales, y cuyo objetivo es convertir el aparato del Estado en una máquina de acumulación de capitales al servicio de industriales y oligarcas financieros. Ninguno de estos logros se ha sometido al debate público. Es mejor dejar que el pueblo se despelleje colectivamente discutiendo sobre señales identitarias: en realidad este es el único tema que puede llegar a abordar.

LOS EXPERTOS AL RESCATE

En cuanto los oligarcas recaen en sus malas costumbres (corrupción, hipocresía, mediocridad), los “expertos” que tienen en nómina se afanan para

rescatarlos. Tomemos el caso del Gobierno de Quebec, cuya reputación quedó en entredicho por culpa del escándalo de Arthur Porter, un gerente de hospital acusado de fraude que halló refugio en Panamá. Todos los gobiernos saben que siempre pueden contar con la ayuda de académicos de fortuna para hacer declaraciones por televisión: en este caso fue Messaoud Abda, catedrático de Administración de la Université de Sherbrooke, y Michel Nadeau, mercader de *gobernanza*.¹¹⁷ En una entrevista televisada,¹¹⁸ ambos siguieron con toda seriedad el guion relativo al gerente de hospital corrupto y aseguraron que era muy lógico haberlo tenido por un hombre de la más alta dignidad y rectitud. Abda, un supuesto experto en delito financiero, declaró que los “logros” de Porter eran “extraordinarios y ejemplares”. Absolutamente, coincidió Nadeau: su expediente era “impecable”. ¿O acaso no se trataba de un inmigrante africano que había estudiado en Cambridge, amigo del ex primer ministro Stephen Harper, quien le había asignado un puesto en el comité que supervisa al servicio de inteligencia canadiense? ¿Y no era también amigo de Philippe Couillard, primer ministro de Quebec? ¿Y no había sido antes asesor de George Bush? Abda pasó a dar la razón a Nadeau: Porter “rondaba” los servicios de inteligencia y era tan encantador como Bernie Madoff.

¿Pero quién, salvo unos expertos en gobernanza, podría pensar que todo esto es tranquilizador? Ciertamente, la palabra *gobernanza*, ausente del vocabulario popular hasta hace unos años, se repite ahora tan a menudo que casi parece estar adquiriendo sustancia. Las personas que no son expertas, sin embargo, no alcanzan a ver cómo la proximidad a los círculos oligárquicos, a los departamentos de inteligencia o a las más altas esferas del poder estadounidense puede esgrimirse como garantía de altos principios morales o de compromiso con el bien común. Sea como fuere, la élite quebequesa estaba, al parecer, “deslumbrada” por tan incuestionables credenciales y era evidente que nuestros dos expertos carecían de cualquier otra intuición más profunda de carácter sociológico. No se habló de tráfico de influencias, del papel de los *lobbies* ni de la existencia de favores mutuos entre los escurridizos estrategas de tantas redes de embaucadores. Tampoco habló nadie del uso sistemático de paraísos fiscales para ocultar fraudes. ¿Por qué molestarse con detalles tan insignificantes cuando uno simplemente puede

levantarse, sobreponerse a la sorpresa fingida y pasar inmediatamente después a explicar en detalle qué tipo de fraude pudo haber cometido el interesado, y las razones detrás de todo ello? La ciencia de la gobernanza consiste en realidad en el arte del cuestionamiento a toro pasado y del “deberíamos haber hecho...”.

En las altas esferas suelen hacerse esfuerzos para ocultar las acciones del régimen con mayor capacidad de impacto y así evitar cualquier riesgo que pueda surgir. Cuando el magnate de la prensa y gran inversor Pierre-Karl Péladeau decidió entrar en política y, revestido de escándalo, a punto estuvo de convertirse en líder de la oposición en Quebec, Michel Nadeau se apresuró a diseñar un sistema que permitiera a Péladeau seguir ejerciendo su excesivo poder de una manera aparentemente legítima. Las reflexiones de Nadeau acerca de los conflictos de intereses solo sirvieron para lubricar el sistema y evitar que este se resquebrajara. “No hay muchos países en el mundo donde los políticos se hayan visto obligados a renunciar a su principal fuente de ingresos, incluso [en el caso de] los propietarios de medios de comunicación. [...] Debemos asegurarnos de que los empresarios aún pueden entrar en política”, declaró a Radio-Canada en marzo de 2014, como si estuviéramos hablando de alguien que se limita a ganarse el sustento. Según él, podría ser suficiente con que Péladeau depositara sus activos en un fideicomiso independiente y confiara sus negocios mediáticos a una empresa de la que tuviera menos del 50% de las acciones. Estas barreras virtuales habrían permitido, de hecho, que una sola persona controlara la prensa, las redes de telefonía móvil, un estadio deportivo y las industrias culturales, al tiempo que podría haber desempeñado un importante cargo público. Y entretanto nunca se iba a plantear, ni a insinuar, la pregunta verdaderamente complicada: ¿cómo puede poner nuestra sociedad semejante concentración de activos y de poder no ya en manos de una figura política, sino de un solo ciudadano? Los expertos en técnicas de gobernanza consiguen pasar por alto los cuestionamientos en torno a este tipo de escándalos, porque los hacen pasar por completamente naturales. “En una democracia, pensemos en el exalcalde de Nueva York, [Michael] Bloomberg, que también es dueño de una de las mayores agencias

de información del mundo [Bloomberg LP]. Después de dejar la política, sigue siendo el propietario”, explica Nadeau, extrayendo uno de sus edificantes ejemplos.¹¹⁹

Baltasar Gracián ya clavó a estos personajes en su obra del siglo XVII *El Criticón*:

Uno que sin haber estudiado es tenido por docto, sin cansarse es sabio, sin haberse quemado las cejas trae barba autorizada, sin haber sacudido el polvo a los libros levanta polvaredas, sin haberse desvelado es muy lúcido, sin haber trasnochado ni madrugado ha cobrado buena fama; al fin, él es un oráculo del vulgo y que todos han dado en decir que sabe sin saberlo.¹²⁰

La feminista Andrea Dworkin es más drástica: “Mientras las habladorías entre mujeres son tenidas universalmente por bajezas y trivialidades, las habladorías entre hombres [...] se llaman teorías, ideas o datos”.¹²¹

LA ENFERMEDAD DEL DINERO

Para esta clase de personas, el dinero forma una pantalla que lo oculta todo. El dinero se ha impuesto en la cultura moderna como una manera de calcular el valor medio, desde el momento en que se escogió como el signo preferido para mediar entre bienes. Esta unidad de medida de valores se ha impuesto a lo largo de la historia como un gran vector de la mediocridad. Georg Simmel afirma que, al posibilitar el establecimiento de precios y también su variación, el dinero de hecho nos permite medir de manera instantánea el grado medio de valor de un bien, por un lado en relación a otros objetos y, por otro lado, en relación al grado de sacrificio que el sujeto está dispuesto a aceptar con tal de abolir la distancia media que lo separa de dicho objeto. En otras palabras, el valor medio de las cosas relacionadas entre sí es lo que encarna el precio monetario en tanto que resultado de un cálculo que ni siquiera tenemos que llevar a cabo. El trabajo de Simmel entre los siglos XIX y XX no tiene nada que ver con la vulgar economía. A Simmel le interesaba antes que nada el papel social y cultural del dinero en la época moderna –su capacidad para funcionar

como un ordenador antes de que se iniciara la era informática, para permitirnos comparar, medir y evaluar la compatibilidad de todas las cosas, relacionándolas entre sí en términos de su valor potencial—, por eso pasó inmediatamente a indagar en las perversiones que el dinero promueve. Así el dinero, que actúa como testigo de todas estas estimaciones medias, se convierte en el medio que nos permite el acceso a todas las cosas. Si tenemos suficiente dinero, podemos rebasar aquello que nos separa de lo que queremos sin tener que desarrollar ninguna estrategia concreta. El dinero es económico: su facilidad de uso nos permite *economizar* —o pasar sin— una deliberación estratégica. Como medio de acceso a todas las cosas, el dinero se convierte en un supermedio. Como tal, se ha impuesto finalmente en la historia como un supremo objetivo de naturaleza paradójica: por encima de todo, perseguimos la propiedad de este medio de acceso a todas las cosas. Tal como dejó escrito Simmel en 1900:

Es precisamente el dinero el que, para la mayor parte de los hombres de nuestra cultura, se ha convertido en un fin supremo. La posesión del dinero tiende a ser el objetivo último [...] de toda la actividad intencionada llevada a cabo por esta mayoría [...]. En la mente del hombre moderno, estar necesitado no significa estar necesitado de bienes materiales, sino solo del dinero con el que adquirirlos.¹²²

Los problemas empiezan cuando dejamos de ver el dinero como un medio para otorgar valor y comenzamos a actuar como si tuviera valor o fuera un valor en sí mismo.

Sin duda resulta obvio que este precedente del propósito final en su forma más completa y radical tiene lugar no ya en las instancias intermedias de la vida, sino en el dinero. Nunca un objeto que debe su valor exclusivamente a su cualidad como medio, a su capacidad para convertirse en valores más definidos, se ha transformado tan por entero y sin reservas en un valor psicológico absoluto, en un propósito final tan absolutamente cautivador que gobierna nuestra conciencia práctica. Este ulterior anhelo por el dinero debe aumentar hasta el extremo de que el dinero acaba adoptando la cualidad de un

medio en sí mismo [...]. Su importancia crece en función del grado en que se ve despojado de todo lo que no resulte ser meramente un medio, porque así se elimina el conflicto en el que entra con las características específicas de los objetos. El valor del dinero en tanto *medio* aumenta con su *valor* como medio hasta el punto de que ya es válido como valor absoluto.¹²³

Por muy ilógico que pueda parecer, amar el dinero, sentirse atraído por el dinero, es estar totalmente embelesado con aquello que nos brinda acceso a todo y eso significa no estar atraído por nada en realidad. Atraído por nada más que un medio de obtener todos los valores, reducidos por el dinero a su expresión más simple. Paradójicamente, nuestra conciencia práctica se olvida de estos valores porque el dinero adquiere la cualidad de un valor absoluto. Sentirse apegado a este medio, de entre todos los medios, es confundir el medio de obtención del valor con el valor en sí, y pasar poco a poco a estar apegado a una estadística de valor que es impersonal, insignificante, indeterminada, neutral y mediana. Confundimos un retrato robot del valor con el valor propiamente dicho y preferimos el mapa al territorio. Desde el punto de vista de la conciencia, el dinero tiende a rebajarlo todo al nivel de este punto de referencia neutral. Este medio de adquirirlo todo nos permite adquirir todo lo que se convierte en medio.

A diferencia de Karl Marx, Simmel dirigió su atención a las consecuencias psicológicas de una cultura dominada por el dinero como fetiche simbólico. Como el capital, pero esta vez a nivel psicológico, el dinero produce un efecto de perversión. Nos pervierte porque concentra la actividad de la mente en un medio que le hace perder toda conciencia sensorial de la diversidad del mundo. En el tercer capítulo de *La filosofía del dinero*, y hasta cierto punto a la manera de La Bruyère, Simmel ofrece una galería de retratos de figuras típicas, entre ellas la del tacaño, el despilfarrador, el codicioso, el indiferente y el cínico. El dinero está en el centro de estos desarrollos de personalidad y, de hecho, los genera. Para cada uno de estos tipos, el dinero actúa como una prótesis que permite a la mente desligarse de la realidad empírica en favor de sistemas incorpóreos de contabilidad. Esta metáfora, confirmada en el ámbito de la psicología, se materializa en el mercado de finanzas y se va diseminando

a través de los interminables confines de la red de información global, y así el dinero ofrece una *cuenta* de la realidad que se encuentra cada vez a mayor distancia del *cuento* sensible, del que deriva desde el punto de vista etimológico. Hoy los datos proporcionados por las pantallas hacen la ley. En la actualidad tan solo las estériles hojas de balances, presentadas como immaculados cuadros o columnas contables a las que no se puede dar respuesta, brindan justificaciones para una economía a la que ya no podemos ver de ninguna otra manera. Nos pone enfermos la distancia a la que tenemos que permanecer de operaciones económicas que en otro tiempo sí podíamos procesar con nuestros sentidos, cuando implicaban estrategias que reducían el abismo que nos separaba, en tanto que sujetos, de nuestros objetos de deseo. Ahora que las estrategias adquisitivas se han trasladado a un nivel monetario, lo que hacemos es economizar –esto es, pasar sin, ahorrarnos– el mundo. Esto nos hace daño y la represión generalizada que estamos experimentando tampoco deja indemne a nuestro entorno.

En primer lugar, está la tacañería. La persona afligida por este mal contempla la fortuna virtual prometida por el signo pecuniario y evita que este se materialice en lo que quiera que sea. Es mejor fantasear con las mil adquisiciones que este promete que convertirlas en una sola. El tacaño quiere experimentar “la forma abstracta de disfrute que, sin embargo, no se disfruta”,¹²⁴ y le pide al dinero que disfrute por él. Ya que tiene el poder de hacerlo “todo”, queda eximido de la obligación de ejercitar el poder real y protegido frente a toda posible decepción relacionada con cualquier tipo de prueba. El dinero confiere al tacaño legitimidad a infinitas fantasías posibles y le brinda la perspectiva ilusoria de que a todo se le puede dar forma concreta, sin que entre en juego resistencia alguna. Esta actitud está basada en los poderes que el dinero encarna en la sociedad moderna. Es un fenómeno al mismo tiempo “apreciable”¹²⁵ y completamente desconocido; culturalmente es tenido por el signo absoluto y abstracto del valor, y como tal irrumpe en nuestra imaginación como “pura energía”.¹²⁶

Al despilfarrador, por el contrario, no le dicen nada estos símbolos: quiere saborear el fruto mismo de la promesa, cueste lo que cueste. ¿Podría decirse

que el tacaño y el despilfarrador viven bajo el mismo régimen, y uno procede a la inversa de como lo hace el otro? Sin llegar a negar las afinidades entre ambos, advertimos una diferencia cualitativa que, en rigor, complica esta comparación. El tacaño se aferra a los signos monetarios, los consolida y necesita de su despiadada precisión, hasta el punto de que lo invadirán delirios de grandeza en los que el dinero será visto como el único criterio de accesibilidad al poder, como sucede en *Eugenia Grandet*, de Balzac. La actitud despilfarradora, por el contrario, consiste en el soberano rechazo de todas las instituciones que operan para garantizar que se reconozca el valor monetario. Para Simmel no hay términos privativos que basten para describir la actitud desprendida o la despreocupación social del despilfarrador, y el autor señala su absoluta falta de reparos en lo que concierne a las relaciones, las medidas, los límites (*Beziehungslosigkeit, Maßlosigkeit, Grenzenlosigkeit*) y las demandas que no se siente impelido a restringir, ya que él mismo se halla en un estado de extrema deformación. Todo esto se despliega con una violencia desatada. Pensamos de inmediato en la figura del *Timón de Atenas*, de Shakespeare.

Ahora es la persona avara la que entra en escena. Esta no se limita a encarnar un tipo; se caracteriza más bien por el desorden moral y el estado de confusión en que cae en cuanto tiene dinero a su disposición. La avaricia tiene lugar necesariamente en contextos en los que el dinero ya no puede relacionarse con ningún tipo de mérito, en los que no sabemos lo que quiere decir *dinero*, pues el concepto está extraído de su contexto y representa tan solo las fantasías que puede cristalizar. Es el caso, por ejemplo, de un dinero que se hereda o que se obtiene cuando uno se forra en la bolsa o cuando un ejecutivo de una multinacional recibe un bonus descomunal. Este dinero no se relaciona con ningún tipo de trabajo, ni con ninguna clase de logro, ni con ningún proceso formal. Llegados a este punto, la violencia se desboca. El dinero parece estar conectado directamente con el inconsciente y suscita las más bajas pasiones: la envidia, el odio, la agresividad, el resentimiento, el miedo, la codicia.

El mal de la persona indiferente está causado por la seguridad en materia de ingresos. Al haber recibido los estipendios que le correspondían como

consumidor a cambio de acciones repetidas y estandarizadas, languidece en una organización en la que también se adquiere todo por medio de gestos recurrentes: depositar monedas sobre un mostrador o firmar un cheque. Su forma de ganarse el acceso a los bienes lo coloca a una distancia considerable de la doctrina vitalista. “La persona indiferente [...] ha perdido totalmente la sensibilidad con respecto a las diferencias de valor. Lo experimenta todo como si todo mostrara el mismo tono plomizo y grisáceo”.¹²⁷ Dado que el valor de una cosa viene claramente determinado por los esfuerzos reales que uno debe hacer para conseguirla (un vaso de leche no tiene el mismo valor si pagas por él en una cafetería que si tienes que encontrar una vaca), mientras uno tenga los medios pecuniarios para obtener un objeto de deseo sin hacer ningún esfuerzo específico (solo con dejar un billete o algunas monedas sobre un mostrador), la cosa que uno adquiere se devalúa, al menos en el campo psicológico. El valor se aprecia en función de la distancia y de lo que uno ha de hacer para superarla. “El objeto así formado, que se caracteriza por su separación del sujeto (quien a un tiempo la establece y quiere rebasarla a través del deseo) es para nosotros un valor”, afirma Simmel en *La filosofía del dinero*.¹²⁸ Cuantas menos maneras ingeniosas tenga uno que encontrar para acceder a los bienes —ya que bastará con el dinero para cada una de las operaciones—, más indiferente resultará el proceso llevado a cabo para llegar a ese objetivo. Los “encantos” de los bienes pasan a ser más susceptibles de “desvanecerse”,¹²⁹ en tanto que el camino que lleva a los bienes de consumo no brinda ningún tipo de aliciente.

El cínico también se presenta como una figura depresiva. A diferencia del despilfarrador, este aprecia las cosas del mundo de una manera absolutamente equitativa, como si su potencial transmutación en dinero neutralizara sus cualidades específicas.

Su conciencia vital solo se expresa adecuadamente cuando ha ejemplificado en la teoría y en la práctica la bajeza de los más altos valores con la visión ilusoria de cualquier clase de diferencias de valor. Este estado de ánimo encuentra su apoyo más eficiente en la

capacidad del dinero de reducir equitativamente el más alto valor, y también el más bajo, a una única forma de valor, colocándolos por tanto al mismo nivel, con independencia de la diferencia en sus tipologías o sus cantidades.¹³⁰

El acto de reducirlo todo a una cantidad monetaria se relaciona necesariamente con una incapacidad para considerar el valor de cualquier otra manera distinta de la que ofrecen estos criterios contables. El cínico juzga toda forma de valor únicamente a la luz del signo monetario, sin que entre en juego ninguna otra consideración política, ética o, tal como añadiríamos hoy, medioambiental.

El contraste entre el todo y la nada, al amparo del dinero, produce una forma de pensamiento que tiende a la desinversión de los objetos del mundo. Simmel solo encontró un motivo de alegría durante la Primera Guerra Mundial: las cartillas de racionamiento repartidas para sustituir al dinero en la adquisición de pan permitieron que la comunidad volviese a tomar conciencia del valor apreciable de las cosas, frente al valor de sus equivalentes.

Cuando nos obligamos a operar con dinero para medir el valor, dejamos atrás la apreciación de las cosas. La cultura del dinero confina la realidad al otro lado de una pantalla. La cultura capitalista –en la que el valor es una cuestión de activos financieros y objetos de lujo para los ricos, o una cuestión de ofertas especiales y comparativas de calidad/precio para la gente pobre y el consumidor medio– ha llevado al desarrollo de una serie de patologías específicas. Ha convertido a algunas personas en tacaños y cínicos estructurales, y a otras tantas en indiferentes o avaras. Los grandes inversores y oligarcas muestran todas las características de Grandet, quien, en su estudio, contempla su montaña de oro mientras su gente pasa hambre y enfermedades. Los vemos en países que están muy endeudados, y entre las poblaciones empobrecidas, maquinando nuevos movimientos retorcidos para aumentar el valor de su portfolio de acciones, de sus bienes inmobiliarios o de otros oscuros documentos alojados en entidades *offshore*. Indiferentes a la miseria del mundo, dejada al olvidado abismo de las externalidades según las categorías contables a las que se restringe su conciencia, todo para ellos es

una cuestión aritmética, como si los números, lejos de traducirse en llanto y sufrimiento, solo tuvieran en la actualidad un valor en sí mismos y no se correspondieran más que con un juego. La clase media está atrapada en ese juego, incapaz de desarrollar una perspectiva diferente en un orden del que obtiene beneficio tan solo de manera aleatoria, sin llegar nunca a dominar las reglas: se queda en casa, una casa que parece ofrecerle asilo y donde tiene la esperanza de seguir disfrutando –por un tiempo– de los bienes cuyo modo de expropiación nunca llega a controlar del todo. El comportamiento estereotipado de esta clase social se convierte en un medio para confirmar su sometimiento: adopta un comportamiento medio para obtener unos medios escasos y siempre está en riesgo de convertirse en indiferente. El escape que brindan el entretenimiento o las sustancias psicoactivas de prescripción médica revelan los males cuya amenaza no dejan de padecer.

Las personas pobres y los pueblos de África o de cualquier otro lugar colonizado despiadadamente por el capital también padecen la amenaza de la avaricia, dadas las formas en que estos se subyugan a la cultura occidental del dinero. En estos lugares, el dinero da la impresión de proceder de ninguna parte y de estar siempre destinado a países lejanos. Siempre parece estar de paso. Se sabe que el dinero está investido de valor, pero solo en función de modalidades, consideraciones y realidades ajenas a la vida económica a la que se le vincula. Dado que los fondos no surgen de la organización de la comunidad en sí misma, el dinero parece estar predestinado a que lo malversen o lo usen como soborno. Porque el orden cultural occidental le ha impuesto al mundo el juego del dinero y, por ende, lo ha corrompido. En todas partes las cosas se presentan así.

LA ECONOMÍA DE LA AVARICIA

Cuando uno sostiene una moneda entre el pulgar y el índice, ¿cuáles son las conexiones mentales que le aportan sentido? La moneda se asocia con el valor de los bienes y servicios que nos permite relacionar entre sí: una rebanada de pan, un billete de autobús, un calentador eléctrico, el alquiler de un piso, un

jersey, unas velas, etcétera. Pero hace falta una autoridad estable para fijar el valor de la propia moneda en un radio determinado: esto es lo que le permite seguir cambiando de forma y lo que nos ayuda a establecer el valor de un bien, y luego de otro. Es decir, la moneda está conectada no solo con una serie de valores que se asocian a los bienes, sino también con un punto de gravedad que garantiza su órbita: la órbita que generará un orden circular para la actividad de la comunidad que le da uso. A este conjunto conceptual se le conoce como *economía*.

¿Y qué ocurre cuando el centro de gravedad muestra un nivel cruel de carencias? ¿Qué ocurre si el dinero pasa por una comunidad a la velocidad de una flecha, procedente del exterior y enfilado directamente de vuelta a ese mismo exterior, sin permitir que se concierten las motivaciones, ni que la economía se concentre? Esto es lo que hemos observado en el África occidental, por ejemplo. El resultado es el del despilfarro y el de la corrupción. La moneda de curso legal en las antiguas colonias francesas del África occidental desde 1945 es en sí misma una señal extrema de la descentralización económica en la que se origina toda la disfunción. Hay quince países del África occidental que utilizan el franco CFA. CFA son las siglas de la Comunidad Financiera Africana, pero hasta hace poco se referían a las Colonias Francesas en África. Dicha moneda permitía a Francia gestionar de manera uniforme sus negocios en los territorios conquistados. Durante muchas décadas su valor se determinó en relación al franco francés, hasta que fue absorbido por el euro. Incluso hoy, las dos zonas del franco africanas garantizan el valor legal de una divisa que en realidad es un contravalor, con un valor prefijado con respecto al euro. No viene garantizado por ningún banco central africano sino por la tesorería francesa, con arreglo a una decisión de la Unión Europea consagrada por el Tratado de Maastricht de 1992. En *L'Afrique au secours de l'Afrique*¹³¹ el economista senegalés Sanou Mbaye no duda en describir el franco CFA como un “vestigio colonial” y apunta que solamente los dictadores le ven ventajas a esta moneda, ya que su capacidad para convertirse en francos franceses, o ahora en euros, facilita la evasión de capitales.

Más allá de la cuestión de quién controla la moneda está la cuestión de quién controla las inversiones. Lógicamente, el capital cuyo valor se establece en otros lugares también se invierte desde fuera. Aunque África sea rica en recursos, mientras siga careciendo de infraestructuras y permitiendo que las empresas extranjeras saqueen sus bienes, será incapaz de dar forma por su propia cuenta a una economía fuerte. Por consiguiente, el dinero que circula por África a menudo no extrae valor de la producción ni de los intercambios propios de la comunidad en cuestión.

Por el contrario, el capital financiero aparece de una manera mágica, que no está asociada en modo alguno al estado del trabajo, la producción o la distribución de los bienes en una sociedad organizada, sino más bien a la habilidad de los africanos para atraerlo y, sobre todo, para apropiarse de él. Por lo general, los fondos proceden de tres orígenes. En primer lugar, de los presupuestos dedicados por los proveedores de fondos internacionales al *desarrollo*, palabra que se emplea de manera ideológica y demasiado a menudo para insinuar que África tiene que espabilar y ponerse al día para llegar al nivel de Occidente. Después, de las inversiones privadas –de empresas de agricultura y alimentarias, mineras, petrolíferas, farmacéuticas y de otros tipos– con las que se rocía a altos cargos gubernamentales y, de forma errática, también a sus subalternos (estos últimos mantienen a clanes enteros que se constituyen de familias, amigos y otros contactos). Por último, de la economía social, que periódicamente abastece a la plétora de programas asistenciales y a las llamadas organizaciones no gubernamentales. Para atraer los fondos hacia sí, hay gente en África que a veces, incluso sin estar convencida, adopta el lenguaje de los samaritanos blancos para ganarse su favor. Los representantes de las ONG africanas aprenden a hablar en jerga sociata o a cantar en comunista, a avivar sus reivindicaciones con mantras antiglobalizadores y a formular sus peticiones empleando las palabras vacías de la gobernanza, en función de si lo que pretenden es seducir a una fundación vinculada a un partido socialista europeo, a una fundación de izquierda radical, a una ONG de ideología convencional o a un departamento del Banco Mundial.¹³²

El problema no es la estructura de clanes o familias, sino su vinculación híbrida con el capitalismo tecnicista occidental. La estructura del clan ya no es una forma de organización como cualquier otra, sino que se ha convertido en un instrumento de apropiación parasitaria: la única manera de extraer de las fuerzas imperialistas, mediante la extorsión, una parte de la riqueza que tales fuerzas se disponen a saquear.

Este tipo de colonización económica conduce a la desilusión y en algunos casos puede que este sea un resultado buscado. Un extraordinario documental de Paul Cowan y Amer Shomali, *The Wanted 18*,¹³³ relata una historia con este mismo argumento, ocurrida en Oriente Medio: el Estado de Israel le impone un toque de queda a una comunidad palestina, con la intención de confiscarle las dieciocho vacas lecheras con las que los aldeanos se procuran unos endeble niveles de autonomía económica. Lo que se nos transmite es la brutal impresión de que el orden económico imperial distingue conscientemente entre dos campos, los que ganan dinero y los que lo piden. A cada extremo del espectro nos encontramos, por un lado, a los muy ricos, las multinacionales, los expatriados y los potentados locales que abusan al ejercer sus privilegios; por el otro, a la gente pobre que a menudo ya no tiene ninguna posibilidad estratégica con la que escapar de su condición. En el centro está la alianza entre aquellos que parasitan las instituciones (las aduanas, los medios de comunicación, la administración pública, la seguridad), que toman todo lo que pueden de aquí y de allá empleando estratagemas de corrupción rutinarias y de baja intensidad, y aquellos que intentan fijarse un humilde nivel de subsistencia económica, y que tal vez adviertan que la gente a su alrededor se apropia de los modestos beneficios que consiguen generar. “Se supone que tengo que apoyar el desarrollo de una cooperativa agrícola independiente”, explica un becario occidental que trabaja en Togo. El proyecto parece importante, ya que no requiere de ninguna infraestructura técnica que les resulte inaccesible a los granjeros locales. “Les proveemos de tierras, herramientas y un capital de salida. Pero no está funcionando. La mayor parte de la gente con la que tratamos se limita básicamente a pedirnos dinero”. ¿Por qué? La autosuficiencia, cuando se consigue a una escala muy pequeña, trae

consigo toda una serie de problemas periféricos que pueden acabar siendo peores que la dependencia precaria. Si un pueblo ha de ser liberado de la cultura del reparto en la que lo ha sumido el colonialismo económico, no será poquito a poquito, apuntando a un reducido grupo de mujeres o agricultores, o a una cooperativa de reparación de automóviles, sino incluyendo a la sociedad en su conjunto.

Lo que es cierto para las divisas también lo es para las referencias políticas y culturales. En África, las llamadas repúblicas de estilo francés son en realidad un insulto a la gestión pública: sus fronteras geopolíticas son legado directo del periodo colonial. El África occidental sigue estando en gran medida dominada por una matriz imperialista, por mucho que sus estados sean oficialmente independientes. La interferencia ya ha tenido lugar, incluso antes de que se envíen las tropas; se instrumentaliza a los grupos rebeldes, los servicios secretos amañan las elecciones, los diplomáticos llevan a cabo un profuso tráfico de influencias o las multinacionales entran en escena para sobornar a ministros y funcionarios. En el África occidental esto es estructural. Los poderes coloniales habitan el territorio como fantasmas por la forma misma de los regímenes políticos que allí persisten.

Muchos de estos regímenes se presentan como caricaturas de la Quinta República francesa, que a su vez fue, en 1958, la apoteosis de las fantasías monárquicas de De Gaulle. La concentración de poder en las manos de una sola persona (algo que por fin se está denunciando en Francia) ha alcanzado sus máximos históricos en África bajo la forma de dictaduras disfrazadas de democracias con la bendición e incluso el apoyo activo de Francia y de otros poderes occidentales. Estos regímenes muestran, de manera agravada, todas las debilidades de la Quinta República. No solo se atribuye a los jefes de Estado el poder de nombrar al primer ministro y a los ministros del país, así como el de suspender las legislaturas cuando se les antoje; también tienen la potestad –y esto es una aberración constitucional– de asumir las competencias de los ministros, entre ellas las de carteras estratégicas como Defensa o Interior. ¿Quiénes son los ciudadanos que pueden ver reconocida su voluntad en semejante estructura de poder? Todo esto guarda un asombroso parecido

con la situación con la que los movimientos emancipatorios pretendían acabar cuando lograron la independencia. El hecho de que estos regímenes, con sus desfasados límites geográficos, suelen organizarse como clanes, sagas, etnias o familias locales, con los Gnassingbés y los Bongos como más claros ejemplos, no implica de ninguna manera que la población se considere bien representada. La idea del bien común nunca abandona el ámbito de la ficción retórica.

Estas estructuras nacionales se manipulan desde fuera. Las órdenes, los modelos institucionales, los flujos de capital y las grandes figuras llegan todas del extranjero, relacionadas con objetivos que también se determinan en función de lo que ocurre fuera. Las consecuencias son bien conocidas y las confirma, año tras año, la Global Financial Integrity (GFI): anualmente decenas de miles de millones de dólares salen del continente por canales ilegales (50.000 millones de dólares anuales según la última evaluación y un billón en los últimos cincuenta años).¹³⁴ Estas cantidades son muy superiores a los fondos de “ayudas” al desarrollo que tan “generosamente” ofrecen los países ricos. Con el paso del tiempo, hay una estrategia que pasa a ser fundamental para las poblaciones africanas: coge lo que puedas de los flujos de capital que ves pasar, canaliza los beneficios de las instituciones que conforman el aparato del Estado hacia tu propia red, utiliza la seducción para obtener las bicocas de las ONG y la astucia para hacerte con parte de la financiación local residual de los programas que reciben apoyo de instituciones internacionales. Los clanes son jugadores altamente experimentados: llevan mucho tiempo desarrollando sus respuestas a los modos de intervención extranjeros. Aunque, en última instancia, este tipo de operaciones llevará a una sociedad al desastre, el hecho de que se apropien de fondos llegados del extranjero no puede atribuirse únicamente a la corrupción; es, de hecho, una forma de resistencia. No hay necesidad de contribuir al oprobio denunciando cada estratagema pensada para canalizar hacia las redes locales el dinero que, de manera mayoritaria, los inversores y patrocinadores extranjeros ponen al servicio de la explotación colonial. Occidente ha colocado a los africanos en una posición humillante: son un poco como los

concurantes de esos programas de televisión degradantes en los que meten a la gente en peceras de cristal para que arramblen con billetes arremolinados por un ventilador.

EL SAQUEO POR CONTROL REMOTO

Las poblaciones del sur ya no saben a quién recurrir; no saben ni siquiera si eso que se denomina *gobierno* existe todavía y sigue tomando decisiones. En Haití, las organizaciones *no* gubernamentales tienen el aspecto siniestro de una fuerza política de ocupación. Están en todas partes y lo deciden todo, tienen a sus efectivos repartidos a conciencia. La *gobernanza* vuelve a reivindicarse a sí misma: uno ya no es capaz de averiguar dónde se ubica el poder. Desde el terremoto de 2010 un microcosmos humanitario ha estado viviendo –y a veces muy bien– de la catástrofe haitiana. A menudo lo financian fundaciones privadas creadas por empresas que o están reconstruyendo el país pieza por pieza o planeando cómo saquear sus recursos naturales. El resultado es como el mundo al revés, una situación en la que la acción humanitaria, aun siendo estrictamente paliativa, marginaliza al Gobierno hasta el punto de que la gente ya no recuerda las instituciones públicas ni siquiera como idea. ¿Cómo podría alguien creer en tal cosa cuando el poder político a lo largo de toda la historia de Haití se ha presentado únicamente en forma de violentas cleptocracias o de potencias extranjeras? La era de un “Haití abierto a los negocios” ha dado comienzo sin ambages. En este contexto, la ayuda humanitaria es una inversión mínima a través de la cual los financistas extranjeros pretenden obligar a una de las poblaciones más pobres del mundo a sostener un modelo de actividad económica que continúa haciéndoles daño.

Inmediatamente después del terremoto de enero de 2010 la Comisión Provisional para la Reconstrucción de Haití (IHRC, por sus siglas en inglés) colocó al país, de facto, en la posición de un fideicomiso, reduciendo el papel del gobierno a una mera formalidad. El expresidente estadounidense Bill Clinton copresidió esta entidad heterogénea compuesta de empresas privadas, ONG, agencias de financiación, países con un historial de interferencias en los asuntos de Haití y unos pocos representantes de las autoridades locales y los sindicatos de trabajadores. El papel del primer ministro haitiano como

copresidente se planteó para mejorar la imagen de la IHRC. El economista Fritz Deshommes describe la comisión como un órgano soberano, “extraño y bizarro, con potestad para firmar contratos con quien le plazca, ofrecer o negar terrenos, licencias de actuación o autorizaciones para inversiones y aprobar o rechazar proyectos, sin tener que rendir cuentas a nadie”.¹³⁵

En ese momento ninguna autoridad supo abordar problemas comunes desde un punto de vista general, y eso en un país que históricamente ha pasado por incontables apuros. Las mejoras solo podían darse de manera fragmentaria: las fundaciones ponían el dinero para construir una clínica aquí, asfaltar diez metros de carretera allí, erigir una inopinada biblioteca en otro sitio... Todos estos logros se atribuyeron debidamente a las empresas o las ONG que proveían los servicios en sí, con llamativos carteles publicitarios que lo dejaban claro. Por lo general, el nivel de alfabetización permanecía inalterado, los suministros a pie de calle seguían devastados y los problemas de salubridad eran más graves que nunca; mientras tanto, el Estado y cualquier otra institución designada para operar por el bien común parecían haber desaparecido. Tampoco es que esto importe: en un régimen de gobernanza lo único que cuenta son las colaboraciones entre distintos miembros desiguales de la *sociedad civil* (un término esterilizado al que siempre se le debe dar preferencia sobre expresiones como *ciudadanos* o *el pueblo*), el sector privado y un Estado al que ya se considera un igual. Así es como el desorden se convierte en el epicentro de la autoridad. Una organización restaura un centro cultural que no tiene libros ni personal; otra envía una ambulancia inoperativa a Puerto Príncipe; una tercera ofrece camas a un hospital que no tiene la capacidad de acogerlas. Los patrocinadores ponen en marcha proyectos para sacar a los niños pequeños de las calles, pero estos regresan a las calles al cumplir los doce años porque no hay ningún otro programa diseñado para dar continuidad al primero. Según el catedrático de Comunicación Luné Roc Pierre Louis, todo se lleva a cabo “caso a caso”, sin un sistema de valores que estructure la actividad social.

Sin embargo, como los supervivientes siguen sonriendo en los relucientes folletos de las ONG, los gerentes de la desgracia siguen cuadrando

pacíficamente las cuentas en las que se basa su soberbia. El dólar estadounidense trasciende el balbuceo de idiomas proferido por los trabajadores encargados del desarrollo que se han instalado en el suburbio de Pétion-Ville. Ven Puerto Príncipe a través del prisma de su limitado conocimiento y de las ventanas tintadas de sus lustrosos coches. Sus logos presiden los vecindarios como firmas opacas. Hay plumillas y voceros que ofrecen justificaciones traficando una vez más con la idea de que el pueblo haitiano padece una maldición: al parecer una divinidad desconocida ha decidido que lo de Haití siempre será un despropósito. Así los samaritanos del gran capital duermen tranquilos.

Haití para ellos es una gran burbuja humanitaria por valor de 10.000 millones de dólares. ¿Qué harán con esta cantidad de dinero? En un país acostumbrado a la laxitud, la corrupción y los abusos de poder, la pregunta ni siquiera se plantea: con algunas excepciones, esta gente se deja caer, se asegura de cobrar y se marcha. Esta nueva forma de dominación colonial está documentada en el libro de Justin Podur *Haiti's New Dictatorship*¹³⁶ y en el de Nikolas Barry-Shaw y Dru Oja Jay, *Paved with Good Intentions*.¹³⁷

En su documental *Fatal Assistance*,¹³⁸ Raoul Peck también explica que resultó complicado encontrar patrocinadores para costear las tareas de desescombro del terremoto de 2010, ya que esta parte del trabajo no resultaba “atractiva” desde un punto de vista publicitario. Es mucho más rentable –y las fotos salen mejor– cuando eriges una escuela destartalada y la llenas de niños sonrientes.

Tras experimentar el lado bueno, los haitianos descubrieron el lado pragmático de la gobernanza: los proyectos de minería que los carteles de las ONG trataban de ocultar. La cultura retórica, técnica y financiera de Occidente opera estableciendo una distancia que conduce a la irresponsabilidad. Atrás quedaron los tiempos en los que buscadores de oro, insensatos, enfebrecidos y delirantes, pisaban sobre los cuerpos sin vida de sus camaradas para montar sus tristes campamentos en el frío invierno del Klondike. Entonces tenían la esperanza de extraer de la tierra unas pocas pepitas destinadas a cambiarles la vida (que tampoco valía mucho más). Los aventureros del oro son hoy

inversores a distancia. Ocultos tras pantallas de ordenador en la tranquilidad de sus despachos, exponen a otras personas a los peores peligros y ponen en riesgo vidas y ecosistemas que no son los suyos. Ya no emprenden por sí mismos la batalla: las batallas las libran sus *lobistas*, abogados, ingenieros, contables, expertos en comunicación, intermediarios locales y milicias. La dinamita, las perforadoras, los camiones, los cráteres, el cianuro y los montones de escoria son suyos. Su omnipotencia motorizada se escucha en el rugido de un rumor terrorífico: un gigantesco Frankenstein económico está a punto de bombear agua sobre una ubicación donde el agua ya vale lo mismo que el oro. La palabra *desarrollo* se verá impresa sobre rostros estereotipados en los carteles de las ONG (financiadas por las fundaciones de las compañías) que rodean el lugar. Más adelante, la gente recordará la sonrisita sardónica de los vendedores de sueños, cuando respire cúmulos de partículas tóxicas y polvo y se quede sin pulmones de tanto toser. La propaganda del desarrollo reemplazará el viejo paisaje y su vitalidad perdida.

En Haití, los embaucadores convierten el desprecio en sonrisas mientras hablan de “cooperación”, “solidaridad” y “amistad”. Nótese lo afectado que parece el embajador cuando le estrecha la mano a la gente. Nótese lo intimidatorio que resulta el *lobby* minero cuando explica los despiadados términos de su ciencia mecánica a los miembros del Parlamento nacional de Haití. Atiéndase a las brillantes publicaciones corporativas en las que, de manera deslumbrante, Majescor describe sus perspectivas de futuro, y adviértase lo que se siente cuando la ayuda paliativa empieza a cerrar el cerco en torno a ti.

Hay un gran trecho hasta aquí desde *Gouverneurs de la rosée*, el libro del escritor haitiano Jacques Roumain¹³⁹ en el que el héroe lucha contra la “superstición” para animar a su pueblo a compartir y desarrollar fuentes hídricas. Hoy tenemos emprendedores del rocío, esos inversores canadienses que han irrumpido en escena, siempre en contacto con sus frenéticos Loa, los espíritus del vudú de las finanzas. Nada puede distraerlos: el espíritu del beneficio multiplicado por infinito les ha hecho perder la cabeza. Destruirán todo por obtener el oro que acabará metido en las cámaras de los bancos

centrales (el oro, el fetiche último que garantiza el valor de los depósitos en el mercado y de la moneda escritural en la que ellos mismos tienen bastante poca confianza). Cualquier aumento en el precio de sus propias participaciones llevará a los accionistas a incentivar el peor comportamiento posible, lo cual lo vuelve todo aún más absurdo.

La extracción del oro requiere de agua en cantidades apabullantes: miles de litros por minuto. Sobre todo en minas de alto tonelaje y bajo rendimiento, donde se genera una enorme cantidad de residuos por cada gramo de oro extraído. La empresa minera canadiense Albert Mining Inc. no pretende ocultar nada: los emprendedores del rocío van a explotar los recursos hídricos sin ninguna medida. Albert, antes conocida como Majescor y parte del consorcio SOMINE, reclama para sí un terreno de cincuenta kilómetros cuadrados a unos treinta kilómetros al sudeste de Cabo Haitiano.¹⁴⁰ Un informe oficial realizado por la empresa señala que el río Frâiche es la única fuente de agua que está disponible durante todo el año en esa ubicación y que harán falta pozos para asegurar un suministro constante en todo momento. Puede ser que el río, que llega hasta Trou-du-Nord, ya corra peligro. Según un estudio a cargo de hidrólogos estadounidenses, algunos de los arroyos y ríos de la zona ya están contaminados por las explotaciones industriales.

Para la empresa hay en juego 20.000 millones de dólares en ganancias. Para la población de Haití, el proyecto minero tiene más bien visos de traer destrucción a gran escala. Si el guion se desarrolla como de costumbre, la apertura de la mina conllevará una desestabilización demográfica: la gente de las comunidades vecinas tendrá esperanzas de conseguir trabajo y dejará de labrar las tierras, lo cual llevará a tensiones locales. Las clínicas ya no darán abasto para atender las emergencias, el único sector que registre crecimiento será el de la prostitución (también habrá violaciones) y se agravarán los problemas de salud pública. Con el tiempo quedará claro que los trabajos buenos serán para los extranjeros y que a los locales se les habrán asignado empleos de nivel y sueldo bajos. Los sobornos que reciban los potentados locales acabarán siendo mayores que las tasas o impuestos que hubieran podido aplicarse para beneficiar a la población en su conjunto.

En términos económicos, casi nunca se presta atención al precio que tiene que pagar el Estado en el desarrollo de un territorio para que este satisfaga las muy considerables necesidades de una industria del sector extractivo. Mantener la red de carreteras, asegurar el suministro de agua y electricidad, gestionar el sistema judicial, sufragar el cuerpo policial y la administración pública que garantizan el acceso a la propiedad... Todo esto cuesta un dinero que ya no estará disponible para el desarrollo de instituciones que sirvan al interés público. Los avances tecnológicos que se asocian al proyecto de mina al aire libre en la región de Cabo Haitiano podrían implementarse de tal manera que abastecieran de agua a la totalidad de la población, pero las voces de las finanzas dictan otras prioridades.

Cabe considerar las circunstancias de una explotación minera cercana ubicada en la República Dominicana, en la zona oriental de la isla de La Española. La mina de Pueblo Viejo se encuentra en el extremo del yacimiento mineral que Albert pretende extraer en Haití. Dos empresas canadienses, Barrick Gold y Goldcorp, trabajan en dicha explotación. Desde que comenzaron las extracciones en 2012, la población los ha acusado de contaminar dos mil quinientos metros cúbicos de agua cada hora, en una región en la que solo el 20% de la población tiene un acceso muy limitado al agua. Las extracciones conllevan el tratamiento con cianuro de veinticuatro mil toneladas diarias de materia extraída. Los lugareños tienen miedo de que estas empresas viertan residuos con cianuro en la reserva acuífera más grande de la República Dominicana, lo que desgraciadamente no sería un suceso sin precedentes en los lóbregos anales de la industria minera. La policía dominicana protege la mina de Barrick Gold y no ha tenido reparos en emplear la violencia contra los manifestantes, que no saben qué hacer para detener la actividad.

Las arcas públicas se beneficiarán de este proyecto solamente de forma marginal, por valor de 40.000 millones de dólares. Las tasas del 17,5% que aplica el gobierno pueden parecer un importe considerable, pero la mayor parte de este dinero no se pagará hasta que los accionistas hayan recibido su parte correspondiente y dicho porcentaje depende de que el valor del oro no

caiga por debajo de los 1.400 dólares. Además, Barrick se ha propuesto poner en marcha un programa para limpiar un río que contaminó Placer Dome, una empresa que ha adquirido en el país, y los costes del programa se descontarán de las tasas. “Barrick recuperará el 100% de su inversión”, explica el periodista de *La Presse* Hugo Fontaine, quien señala que la firma también está “exenta de una amplia variedad de impuestos, incluidas las tasas municipales”.¹⁴¹ ¿En qué quedarán estas afirmaciones, más allá de los efectos perniciosos del negocio?

Por supuesto, los zalameros de la industria del oro prometen que las operaciones de la mina de Haití serán limpias. ¿Cuándo se han jactado alguna vez las potencias imperialistas de estar dispuestas a hacer polvo los ecosistemas de poblaciones desfavorecidas? Albert, una empresa que sobre todo se encarga de trabajos prospectivos, es la punta de lanza que llevará a cabo las operaciones preliminares en torno al yacimiento, para que más adelante una multinacional pueda asegurarse la explotación técnica propiamente dicha. “En cuanto Majescor [Albert] haya terminado sus evaluaciones, buscará a un socio de envergadura, como Barrick Gold o Newmont, para que se encargue de la parte extractiva del proyecto”.¹⁴² Si nos basamos en cómo se han dado las cosas en la República Dominicana, el panorama tampoco es muy halagüeño para Haití.

Otro factor es el de la cercanía de este proyecto minero haitiano a la zona franca de Caracol, cuyo desarrollo ya ha traído miseria a la región y privado a los campesinos de las tierras más cultivables. Cientos de familias, víctimas de las expropiaciones, han pagado el pato de esta operación. Los trabajadores de la zona franca también pagan un precio: en 2013, el periodista local Jean Jores Pierre escribió que “al final de la jornada laboral, a algunos trabajadores no les quedan más que cincuenta y siete gurdas (1,36 dólares estadounidenses) de su sueldo de doscientas gurdas (4,75 dólares estadounidenses) diarias”.¹⁴³ Algunos comparan las fábricas de textil de la zona franca con los talleres clandestinos asiáticos.

En el reino de las finanzas las grandes mentes están destinadas a encontrarse. La conjunción de dos proyectos –la zona franca y la mina– probablemente

justifique la construcción de un puerto de aguas profundas que pondría en riesgo el ecosistema marino. ¿Puede propiciarse el desarrollo de una región mientras se la destruye? La respuesta parece ser que sí, mientras todo siga intacto en el plano imaginario. La gente habla de “El Dorado haitiano” para que sigamos soñando en vez de pensar. El *marketing* elimina el carácter contraproducente de la destrucción y consigue que dejemos de pensar en lo desaconsejable que es el uso industrial de los recursos hídricos. Los millones de dólares que el grupo minero piensa invertir generan tanta confusión que el potencial agrícola de la región queda completamente olvidado. Son visiones, visiones, visiones. Cuando la gente está hambrienta, ¿cómo va a resistirse al espejismo de la “creación de empleo” (incluso cuando este sea el preludio de la destrucción del territorio y beneficie mayormente a extranjeros occidentales que vivirán aislados en hoteles caros)?

Si los gobernantes del rocío de hoy pueden resistirse a la intimidación, a la tentación de la apatía y a la llamada de la corrupción, serán capaces de adoptar posiciones en concordancia con un principio que va más allá de los argumentos de los expertos *lobistas*: el principio precautorio. Los cargos electos no pueden justificar el hecho de poner al pueblo en tales riesgos, sobre todo cuando los beneficios son tan irrisorios para los ciudadanos de Haití. No hay justificación posible para que las instituciones del bien común se modelen con arreglo exclusivo a los intereses privados.

En este sentido, la siguiente resolución del Senado de Haití, con fecha de 20 de febrero de 2013, resulta ejemplar:

Dado el genocidio que acompañó al saqueo de nuestros recursos minerales en el siglo xv;

Dada la venta organizada de nuestro legado nacional durante la etapa de ocupación estadounidense;

Dada la actual incapacidad del país para llevar a cabo negociaciones seguras en relación a sus recursos minerales en un periodo de inestabilidad política, y mientras el gobierno siga estando

incluso más debilitado por la ocupación militar del territorio nacional por parte de fuerzas multinacionales;

Dado el malgasto de recursos registrado en áreas no prioritarias tras el terremoto del 12 de enero de 2010, motivado por la falta de consenso a nivel nacional en torno al reto de la reconstrucción;

Dada la opacidad que rodea el valor bruto de la mena, así como las evaluaciones y estimaciones de los recursos ya identificados; [...]

Teniendo en cuenta los serios riesgos medioambientales vinculados a este tipo de actividad, y dado el ya alarmante nivel de degradación de nuestro entorno.

[...]

Por lo tanto, el Senado de la República adopta la presente resolución y solicita expresa y solemnemente al Ejecutivo que:

Artículo 1: suspenda inmediatamente la ejecución de los permisos de explotación ya otorgados a Somine S.A. [...].¹⁴⁴

Por desgracia, este texto no es vinculante y las motivaciones ocultas de quienes tuvieron el mérito de votar a favor de él no se han terminado de aclarar. Sin embargo, sí que revela la fortaleza de carácter que puede llegar a mostrar un pueblo a través de las instituciones responsables de mediar por su voluntad. En lugar de sentar todas las bases para que el territorio pueda ser esquilado por los defensores de abstracciones financieras, el objetivo es ahuyentar a los ángeles de la muerte a quienes estos apóstoles con planes perversos deben lealtad. Para los haitianos que aún vibran con el pulso de los ritmos humanos, y que tienen una profunda noción de pertenencia a las extrañas ofrendas de una tierra ingrata, la llegada de estos frenéticos nuevos creyentes llama urgentemente a la resistencia.

LOS SINDICATOS ‘EN LUCHA’ CONTRA SUS CAMARADAS DEL MUNDO

Ante la explotación que tiene lugar por todo el mundo, los sindicatos no han demostrado ser capaces de consolidar los frentes de los trabajadores de manera satisfactoria. En el discurso, como en el pensamiento, todas las

alternativas son difusas. Los inversores e industriales consiguen incluso presentarse como las víctimas de la competencia internacional, ofreciéndole una mano al movimiento obrero para que los trabajadores se apiaden de ellos y consientan en compartir su destino. Esta idea suele basarse en el nivel de competencia que exige el modelo ultraliberal, un modelo que los sindicatos jamás, bajo ninguna circunstancia, deberían apoyar. “La competencia nos obliga a tomar medidas que son todas muy desagradables. Pero sufrimos la presión de la globalización. Tenemos que competir con gente que percibe salarios muy bajos”, afirma un poderoso inversor austriaco, Mirko Kovats, en el documental *Let's Make Money*¹⁴⁵ de Erwin Wagenhofer. “Es muy sencillo, tenemos que trabajar más. No nos queda más remedio”, asegura Kovats, colocándose en la misma categoría que los empleados cuyas horas extra obligatorias no son remuneradas, como si tanto él como ellos pertenecieran al mismo grupo social y estuvieran embarcados en la misma aventura. Este empleador, como la oligarquía al completo, ha dado forma con verdadero entusiasmo a las miserables condiciones de trabajo de los subordinados con quienes se vincula retóricamente. En el documental aparece alabando sus instalaciones en la India –otro país “abierto a los negocios”– porque el salario de un trabajador, a un coste “muy por debajo de los de los europeos”, requiere de una inversión discreta, de unos 150 euros mensuales o, como mucho, unos 2.500 euros en el caso del personal altamente cualificado, como un ingeniero. E incluso este salario sigue siendo demasiado alto, según nuestro amigo accionista. “No nos podemos permitir ser generosos”, entona muy satisfecho consigo mismo mientras contempla la estructura técnica de su fábrica (que permite minimizar el nivel de participación humana en el proceso), como se podría reseñar, en el ámbito universitario, un caso práctico que ilustrara la crítica marxista de la economía política.

*Le partenariat social*¹⁴⁶ de Ghislaine Raymond y *Syndicats: lendemains de crise?*¹⁴⁷ de Jean-Marie Pernot son dos libros que explican cómo los sindicatos occidentales han llegado a creerse esa identificación entre los intereses de los empleados y los de los empleadores que Kovats trata de sintetizar con ese engañoso *nosotros* (una identificación que conformó un *leitmotiv* en el discurso ideológico de los años noventa). El libro de Raymond muestra cómo, a petición del movimiento obrero, la cumbre socioeconómica

organizada en Quebec ciudad en 1996 por el gobierno del Parti Québécois de Lucien Bouchard atrapó a los sindicatos en una lógica societaria en relación al Gobierno y a los grandes negocios. La globalización ha alterado profundamente los lazos de solidaridad establecidos por el movimiento obrero: de repente, las empresas que explotan a los trabajadores sindicados se han convertido en sus aliadas, mientras que los camaradas de todos los países, a quienes tal vez contratarían las mismas empresas si se trasladaran, han pasado a verse como rivales. Decidido a tomar posiciones a un nivel global, el movimiento obrero ha abandonado el sindicalismo combativo que antaño garantizaba su solidaridad con la clase trabajadora internacional: en Quebec, como en tantos otros lugares, ahora está del lado de los empleadores y contra sus rivales extranjeros. En la cumbre socioeconómica los líderes sindicales ni pestañearon cuando se les asignó solamente el 8% del tiempo total para sus intervenciones, mientras que la parte grande del pastel se la quedaba el primer ministro, y los líderes empresariales copaban la mayor parte del aforo. Las inversiones de los sindicatos como accionistas en empresas de Quebec –un gran ejemplo es el Fondo de Solidaridad de la Federación de Trabajadores de Quebec– contribuyen a confundir a la gente y a que sus estrategias acaben resultando incoherentes.

Los fracasos protagonizados por las organizaciones sindicales en la cumbre los ha documentado exhaustivamente Ghislaine Raymond. Mientras instaban al Gobierno de Quebec a estimular la economía marcándose como objetivo el pleno empleo y subiéndoles los impuestos a las grandes empresas, los sindicatos acabaron acordando una postura que resultaba diametralmente opuesta. Al final, el Gobierno congeló el salario mínimo, destruyó cuarenta mil empleos de la Administración y el sistema sanitario, recortó los servicios públicos y elevó las tasas por servicios en vez de hacer lo propio con el tipo fiscal a empresas. Por último, Raymond señala que, con el beneplácito de los sindicatos, se estableció que “el Gobierno pudiera modificar los convenios colectivos de los empleados de la Administración para ajustarlos a los recortes aplicados a los servicios públicos, sin que tales medidas se vieran como una reapertura de los acuerdos colectivos”.¹⁴⁸ Los sindicatos solamente

consiguieron una cosa: una ley de igualdad salarial diseñada para igualar los sueldos de los trabajos habitualmente desempeñados por mujeres con los de aquellos mayoritariamente desarrollados por hombres; por supuesto, esto es como mucho un remedio a una injusticia histórica. En Francia, y en otros lugares, los sindicatos se han visto obligados a reconocer que, bajo el régimen neoliberal, “las reglas del *partnership* social” los han reducido estructuralmente a la condición de meros *lobbies*. El “diálogo social” del que se les invita a participar junto con otros miembros de la “sociedad civil” (¿con quién si no?) parece diseñado para conseguir que apoyen decisiones que ya se han tomado. La cumbre social organizada por el Gobierno socialista de Francia en 2014 fue una farsa, tal como indicó Jean-Marie Pernot en una entrevista:

Se suponía que la cumbre estaba pensada para producir compromisos sociales viables que pudieran adaptarse a distintos negocios y departamentos. Estamos muy lejos de algo así, pese a la abundancia de negociaciones colectivas en nuestras relaciones sociales. Estamos generando espectáculo: en realidad se trata de que el Gobierno brinde una hoja de ruta para ‘*partners* sociales’ y externalizar así la tarea de aplicar sus políticas. Generalmente, se les dan tres meses para rediseñar el mercado laboral o los planes de pensiones; el Gobierno les comunica sus expectativas y vuelve a tomar cartas en el asunto si no las ve cumplidas.¹⁴⁹

Esta clase de derrota estructural es mucho más seria que cualquier huelga fallida, pues destruye la subjetividad central del movimiento sindical. Dicho movimiento ha perdido su voz sin recibir nada a cambio, más allá de haberse convertido en un socio menor dentro de un sistema financiero ultraliberal que solo beneficia a los más poderosos. En algunos lugares, los afiliados ahora podrán beneficiarse de las inversiones de los sindicatos en tanto que accionistas, al tiempo que son testigos de la impotencia política de sus líderes.

Desde que se celebró la cumbre, el movimiento sindical parece haber perdido de vista cualquier orientación estratégica autónoma; por el contrario,

se ha centrado en acompañar en su desnorte al perplejo trabajador. Hoy los activistas del mundo del trabajo tienen que competir con formas contradictorias de subjetividad promovidas por la ideología dominante: las subjetividades de los ávidos consumidores, gente con el esquema mental de un contable, avaros completamente centrados en su propio beneficio, narcisistas con la psique atomizada y ninguna expectativa más allá del horizonte de su cabaña de veraneo. Se han empleado ingentes recursos publicitarios para caricaturizar a los sindicalistas, mientras que no se ha hecho nada para ofrecer una descripción sociológica que dibujara un retrato completamente distinto, basado en su situación real. Así pues, prevalece la impresión general de que son idénticos a una clase media que se presenta una y otra vez como mediocre. Esta imagen parece coincidir demasiado a menudo con la mortífera caracterización que de ella hace C. Wright Mills en *Las clases medias en Norteamérica (white-collar)*: el grupo de personas que describe Mills es incapaz de unirse en torno a una visión del mundo que las convertiría en sujetos activos. Según Mills, al hombre “de cuello blanco” lo impulsan “fuerzas que escapan a su control, atraído hacia movimientos que no comprende; se mete en situaciones en las que su posición es la de mayor indefensión”.¹⁵⁰ También afirma:

No es consciente de tener una historia, su pasado es tan breve como exento está de heroísmo; no ha vivido ninguna edad dorada que pueda recordar en tiempos convulsos. Tal vez no sepa a dónde se dirige, tiene unas prisas horrorosas; quizá porque no sabe qué es lo que le aterra, está paralizado por el miedo. Este es sobre todo un rasgo de su vida política, en la que esa parálisis resulta en la más profunda apatía de la edad moderna.¹⁵¹

Por supuesto, la tarea del movimiento obrero es arreglar este problema, e insuflar a la clase media la energía vital que la prevendrá de convertirse en una clase mediocre. Insuflar energía vital implica convertirla en una fuerza social, una que produce su propio discurso y va más allá de las reivindicaciones exclusivamente administrativas para funcionar en el marco

operativo que de hecho da forma a su existencia. Los sindicatos de Quebec y de muchos países como Canadá, Estados Unidos, Francia, Reino Unido, Bélgica, Países Bajos y Dinamarca han lanzado campañas contra la evasión fiscal o los paraísos fiscales.¹⁵² Distintas iniciativas sindicales de Norteamérica han abanderado la lucha contra la explotación laboral clandestina y alertado sobre el peligro que suponen los acuerdos de libre comercio para las instituciones y los servicios públicos. Se trata de intentos de incidir en un orden distinto del de la globalización económica que permite a los oligarcas financieros e industriales prosperar clandestinamente bajo el cobijo de los paraísos fiscales, las zonas francas y los puertos libres de impuestos.

Sin embargo, no siempre da la impresión de que estas profesiones de fe o enfoques críticos o consideraciones teóricas o compromisos políticos hayan traído un verdadero cambio a las estrategias sindicales. Aun siendo muy loables, son actividades fundamentalmente marginales –por no decir remotas– que los sindicatos de vez en cuando están dispuestos a llevar a cabo como intervenciones periféricas y complementarias al resto de sus muchas responsabilidades, como la defensa diaria de los intereses de sus miembros o el desarrollo de grandes negociaciones en tanto que integrantes de entidades burocráticas tan complicadas de gestionar como cualquier departamento gubernamental. El dilema que no deja de afectar a los sindicatos –que se ven partidos entre lo general y lo particular, entre la política de altos vuelos y la gestión a pequeña escala– resume las dificultades del movimiento obrero. El debate no es solo cuestión de establecer prioridades. Entran en juego dos enfoques que a menudo resultan contradictorios, ya que las reflexiones en torno al marco operativo general de la vida que determina la subjetividad de los trabajadores y profesionales tienen muchas posibilidades de acabar en conclusiones que vayan en contra de posiciones marcadas por las circunstancias, y adoptadas en contextos estrictamente administrativos.

Lo que hay sobre la mesa es una elección fundamental. ¿Es el obrero un movimiento político y debería seguir siéndolo, o debería ajustarse a partir de ahora a las flácidas normas, circunscritas a lo gerencial, que se asocian a la palabra *gobernanza*? La política es lo que sucede cuando las personas que

pertenecen a una comunidad se dotan a sí mismas de la capacidad de debatir y definir los principios fundamentales que rigen la vida en sociedad. Por lo tanto, actuar políticamente implica ubicar nuestro discurso y nuestra acción más allá de las coordenadas sociales a las que estamos confinados por el poder institucionalizado, y debatir todas las reglas y mecanismos que nos obligan a situarnos aquí y de este modo. Tenemos que estar menos involucrados en seguir el juego de la actual dinámica gerencial, financiera, capitalista y ultraliberal –y en esa esperanza de poder extraer de ella algún beneficio– para poder dedicar más energía al establecimiento de nuevas reglas formales. La gobernanza coloca a los representantes sindicales en *partnerships* explícitamente reconocibles como asociaciones formadas por actores en relación de desigualdad. Sujetos a la obligación de alcanzar consensos, a los sindicatos se les invita a participar de estos procesos no para redefinir genuinamente las reglas básicas de la vida en sociedad, sino para brindar el apoyo del movimiento de los trabajadores y los profesionales al desarrollo industrial y a proyectos impulsados por las altas finanzas. En este contexto, se espera del movimiento de los trabajadores y los profesionales, así como de los representantes de los grupos de defensa del medioambiente, de las poblaciones indígenas y de los habitantes locales, que inyecten al gran proyecto capitalista unas pocas iniciativas de escaso calado que podrían explicarse a sus miembros como “pasos en la dirección correcta”, “concesiones que pudimos lograr”, “victorias morales”, “*partnerships* estratégicos” y otras trivialidades.

La *gobernanza* se presenta una vez más como un arte de la gestión privada elevada al estatus de la política y que se antoja, en consecuencia, confiscatoria de la política.

Desde luego, el camino de la política es mucho más complicado, menos gratificante de manera inmediata y más incierto que el sendero de la gobernanza. En este contexto, incluso podría considerarse revolucionario, en tanto que la revolución implica lograr que las instituciones de poder que atentan contra el bien común pasen a formar parte del pasado. Pero, ¿por qué escoger el hostil camino de la política cuando puedes procurar que tus peones

avancen por los espaciosos y elegantes apartamentos en los que se desarrolla el juego de la gobernanza? Pues porque –y aquí cabe recordar el pensamiento de Rosa Luxemburgo– el juego de la gobernanza puede acabar siendo incluso más lacerante psicológicamente que el peso del compromiso político. La presión sobre los salarios causada por la globalización del trabajo, el cierre de fábricas que se trasladan a otros países, la evasión fiscal practicada con orgullo y amparo legal, la sobrecarga de trabajo que lleva al aumento masivo en la prescripción de psicofármacos, la incertidumbre en torno a los planes de pensiones como resultado de movimientos financieros erráticos –del tipo que nos lleva a temernos lo peor–, por no hablar de la destrucción pura y dura de la organización industrial que derivaría de una más que plausible crisis primero petrolífera y luego financiera; todas estas contingencias provocan que la participación de los grupos sindicales en los encuentros rituales de la gobernanza resulte más problemática y difícil que la lucha radical, por muy inquietante que resulte, a su vez, esta última.

Así pues, la cuestión es elegir entre la política y la gobernanza. ¿Seguirá el movimiento sindical formando parte del sistema capitalista y de su crecimiento, asegurándose de que dicho sistema sea aceptable para sus miembros, mientras los fondos de los sindicatos se ponen a disposición de empresas cotizadas en bolsa? ¿O pasará a formar parte de una lucha concertada contra los efectos injustos, dañinos, destructivos y fatales del sistema? A principios del siglo xx tanto Luxemburgo como los revisionistas del socialismo democrático Eduard Bernstein y Karl Kautsky elevaron con fiereza estas preguntas en lo que fue un amargo debate teórico y estratégico; hoy puede que las hayamos relegado al inconsciente, pero siguen teniendo relevancia.

La identidad de los actores, sin embargo, ha cambiado con el paso del tiempo. Hoy ya no contamos en los sindicatos con ideólogos del socialismo democrático que se aseguren de que los miembros se ciñan al recto y angosto sendero de la participación. Los abogados, quizá sin darse cuenta, están ahí para encargarse de la tarea. En cuanto los sindicalistas se excitan y empiezan a pensar política y no administrativamente, y se presentan como un cuerpo social

con poder soberano sobre sus propios activos, de inmediato aparecen los abogados, pertrechados con su *conocimiento* (que no es otra cosa que la gramática del poder), prestos a explicarle a la gente cuáles son sus derechos y a alertarla de lo que enseguida les acaecerá si muestran la menor proclividad hacia la independencia. Fueron ellos los que bloquearon cualquier acercamiento a la desobediencia civil en 2012, cuando llegó el momento de luchar contra la Ley 78, obra del Gobierno liberal quebequés. Se trataba de una “ley especial” votada en un contexto de multitudinarias protestas estudiantiles que imponía elevadas sanciones a cualquiera que osase perturbar los horarios de las clases y restringía el derecho a la protesta de los ciudadanos. Denunciaron esta ley Amnistía Internacional y un grupo de más de sesenta catedráticos de Derecho de Quebec, dos técnicos independientes de Naciones Unidas, expertos en derecho de reunión, reunión pacífica y libertad de opinión y expresión, así como la alta comisionada de Derechos Humanos de la ONU, Navanethem Pillay, y la comisión quebequesa de Derechos Humanos y Derechos de la Juventud. Esta es la ley a la que el ex primer ministro de Quebec Jacques Parizeau, que escogió con cuidado sus palabras, tildó de “tentación fascista”. El problema es que el estatus y la naturaleza administrativa de los sindicatos los define el Estado capitalista al que tienen la obligación de plantar cara. Las huelgas eficaces están prohibidas por dicho Estado bajo la máxima orwelliana de garantizar el “derecho a la huelga” –un derecho circunscrito rigurosamente, según un guion que asegura que en general las huelgas se evitarán– y siempre se les podrá poner punto y final por medio de una “ley especial” o una “legislación de vuelta al tajo”.

El estatus administrativo de los sindicatos les obliga a pensar en la economía exclusivamente según los términos del comercio y de las finanzas, esto es, exclusivamente según las estrategias individuales de cada actor, como si hubiera que considerar a cada miembro del sindicato de manera independiente. Esto supone olvidar la reflexión del sociólogo Gabriel Tarde, quien, en su estudio *Psychologie économique* (1902), escribió:

Las huelgas simpáticas –que son las huelgas llevadas a cabo por trabajadores que no tienen en ellas ningún interés y sufrirán por ellas, solo por mostrar su solidaridad con camaradas por cuyo destino sí se interesan– se concibieron en Estados Unidos, en el país del que se nos ha dicho que es el más utilitarista, el más avanzado en términos de progreso económico. En ningún lugar hemos visto que se hagan tantos sacrificios económicos por una idea, una cuestión de principios o un sentimiento de simpatía como en este país, en beneficio del interés propio bien entendido.¹⁵³

En el nivel más sencillo, los abogados laboristas les recuerdan a los adalides del sindicalismo combativo algo que criticó el filósofo Walter Benjamin: el hecho de que el régimen tolere el movimiento obrero solo mientras este garantice la continuidad del marco operativo donde el poder establecido que se ejerce permanezca intacto. En “Para una crítica de la violencia”, Benjamin presenta el derecho a la huelga como un instrumento del que dispone un Estado bajo el imperio de la ley para pacificar a un pueblo al que tiene que controlar. De ninguna manera sería aceptable que la acción de los sindicatos afectara al funcionamiento mismo del régimen, ya fuera a través de huelgas o por cualquier otro medio. Una huelga general de tipo revolucionario, por ejemplo, pensada para paralizar el Estado y así instarlo a poner en marcha cambios drásticos, se consideraría ilegal. En el caso de las huelgas simultáneas

la clase obrera apelará siempre a su derecho a la huelga, pero el Estado considerará que esa apelación es un abuso, pues el derecho de huelga no tenía ‘ese sentido’, y tomará medidas extraordinarias. Porque el Estado mantiene el derecho de determinar que el uso simultáneo de las huelgas en todos los sectores es ilegal, ya que el sentido específico de la huelga que admite la legislación no puede prevalecer en todos y cada uno de los talleres.¹⁵⁴

Porque las autoridades vigentes nunca otorgarán un derecho que podría utilizarse para derrocarlas, el movimiento de los trabajadores se verá obligado a sacrificar algunas de las ventajas que le ha concedido el régimen

para asegurarse su apoyo y tendrá que encontrar nuevas e imaginativas formas de movilización. La pérdida de medios que implicaría esta reorganización se vería compensada con un impacto político mucho más significativo. Hoy el movimiento obrero debe elegir entre emprender acciones políticas, que lo podrían debilitar materialmente, o permanecer en un estado de debilidad política sin perder su fortaleza administrativa.

⁹² N. del T.: *Krach, Boom, Mue*, que se traduce como “crash, boom, cambio”, es un juego de palabras en referencia a “crac, boum, hu”, una frase sin sentido perteneciente a la canción de Jacques Dutronc “Les Playboys”.

⁹³ KARP, Ervin (2014): 6 y 5, Bruselas, Zones Sensibles.

⁹⁴ LELIÈVRE, Frédéric y PILET, François (2013): *Krach machine: Comment les traders à haute fréquence menacent de faire sauter la Bourse*, París, Calmann-Lévy.

⁹⁵ MACAUX, Ivan (2015): *Les nouveaux loups de Wall Street*, Chengyu Prod y Canal+.

⁹⁶ “The Father of High Trading Speaks”, *Commodity Trade Mantra*, 9 de abril de 2014, disponible en <https://www.commoditytrademantra.com/equity-stock-trading/father-high-speed-trading-speaks/> [consultado el 05/06/2019; en KARP, Ervin (2014): 6, Bruselas, Zones Sensibles, p. 54, traducción propia.

⁹⁷ KARP, Ervin (2014): *op. cit.*

⁹⁸ *Ibid.*, p. 68.

⁹⁹ KARP, Ervin (2014): 5, Bruselas, Zones Sensibles.

¹⁰⁰ LELIÈVRE, Frédéric y PILET, François (2013): *op. cit.*, traducción propia.

¹⁰¹ *Ibid.*

¹⁰² KAFKA, Franz (1998): *The Trial*, Breon Mitchell (trad. al inglés), Nueva York, Schocken Books, p. 23, traducción propia [(1999): *El proceso*, Feliú Formosa (trad.), Barcelona, Bibliotex].

¹⁰³ DESROSIERS, Éric (2012): “Commande record pour Bombardier”, *Le Devoir*, 28 de noviembre, traducción propia.

¹⁰⁴ DESROSIERS, Éric (2012): *op. cit.* y Bombardier (2012): “VistaJet Thinks Global with \$7.8 Billion Bombardier Business Aircraft Order”, nota de prensa, 27 de noviembre. Disponible en <https://ir.bombardier.com/en/press-releases/press-releases/40795-vistajet-thinks-global-with-7-8-billion-bombardier-business-aircraft-order> [consultado el 31/05/2019], traducción propia.

¹⁰⁵ McCARTHY, Niall (2017): “The Countries Where Private Jet Ownership Is Soaring”, *Forbes*, 2 de marzo. Disponible en www.forbes.com/sites/niallmccarthy/2017/03/02/the-countries-where-private-jet-ownership-is-soaring-infographic/#712f42e539e1 [consultado el 31/05/2019].

¹⁰⁶ DESROSIERS, Éric (2012): *op. cit.*

¹⁰⁷ Capgemini y Merrill Lynch, *World Wealth Report 2007*. Disponible en https://www.capgemini.com/wp-content/uploads/2017/07/World_Wealth_Report_2007.pdf [consultado el 31/05/2019].

¹⁰⁸ DESROSIERS, Éric (2012): *op. cit.*

109 ROTHKOPF, David (2008): *Superclass: The Global Power Elite and the World They Are Making*, Toronto, Viking Canada, traducción propia [(2008): *El club de los elegidos*, María Eugenia Villegas Lambertí (trad.), Madrid, Tendencias].

110 *Ibid.*, p. 24.

111 *Ibid.*, p. 25.

112 N. del T.: En francés, la expresión *faire l'économie* significa ambas cosas.

113 Con “zona libre” nos referiremos a áreas especiales en las que las compañías no tienen que ceñirse a las leyes sobre el trabajo, medio ambiente, regulaciones aduaneras u otras.

114 GERBET, Thomas (2015): “De mystérieux hommes d'affaires chinois veulent s'établir au Québec et changer les règles”, Radio-Canada, 28 de abril y “Un millier de gens d'affaires chinois à Varennes?”, Radio-Canada, 3 de agosto.

115 MAYRAND, Claude-André (2013): “Laval intéresse les Chinois: un centre de commerce mondial et un ‘Chinatown’ de luxe dans l'ancien ciné-parc”, *Journal de Montréal*, 27 de noviembre, traducción propia.

116 DENEULT, Alain (2015): *Canada, A New Tax Haven*, Vancouver, Talonbooks.

117 N. del T.: Alain Deneault ha analizado por extenso la palabra *gobernanza* y sus implicaciones políticas en una obra anterior, *Gouvernance: la management totalitaire* (2013). *Gouvernance* se centra en la gobernanza como la encarnación de una tendencia a reemplazar la política por la gestión empresarial; bajo la ley de esa gobernanza, toda realidad social debe subordinarse a las leyes de gestión del emprendimiento de negocios. El uso extendido de la palabra *cliente* para aludir a los conceptos de *paciente* o *alumno* es parte de la misma tendencia. *Gobernanza* es un término especialmente cuestionable en francés, como consecuencia de una tradición republicana en la que la idea de un sistema político basado en negociaciones mantenidas entre *accionistas* es vista como diametralmente opuesta a los principios de la soberanía popular y al papel de los ciudadanos en la gestión pública.

118 “Corruption à grande échelle”, Radio-Canada, 4 de marzo de 2013. Disponible en http://ici.radio-canada.ca/emissions/24_heures_en_60_minutes/2012-2013/Entrevue.asp?idDoc=278016&autoPlay=. [consultado el 31/05/2019].

119 “L'éthique peut triompher sans que PKP vende ses actions, estime Michel Nadeau”, Radio-Canada, 8 de octubre de 2014, traducción propia.

120 GRACIÁN, Baltasar (1657): *El Criticón*, p. 122. Disponible en http://mimosa.pntic.mec.es/~sferna18/gracian/Gracian-Baltasar_El_criticon.pdf [consultado el 31/05/2019].

121 DWORKIN, Andrea (1983): *Right-Wing Women*, Nueva York, G. P. Putnam's Sons, Perigee Books, p. 13, traducción propia.

122 SIMMEL, Georg (1997): *op. cit.*, “The Crisis of Culture”, p. 97, traducción propia.

123 SIMMEL, Georg (2004): *The Philosophy of Money*, David Frisby (ed.), Tom Bottomore (trad. al inglés), Londres y Nueva York, Routledge, p. 232, traducción propia [(2013): *La filosofía del dinero*, Ramón García Cotarelo (trad.), Madrid, Capitán Swing].

124 *Ibid.*, p. 242.

125 *Ibid.*, p. 244.

126 *Ibid.*, p. 246.

127 *Ibid.*, p. 256.

- 128 Ibid., p. 66.
- 129 Ibid., p. 257.
- 130 Ibid., p. 255.
- 131 MBAYE, Sanou (2009): *L'Afrique au secours de l'Afrique*, Ivry-sur-Seine, Éditions de l'Atelier.
- 132 SIMÉANT, Johanna (2014): *Contester au Mali. Formes de la mobilisation et de la critique à Bamako*, París, Karthala.
- 133 COWAN, Paul y SHOMALI, Amer (2014): *The Wanted 18*, National Film Board of Canada.
- 134 KAR, Dev y FREITAS, Sarah (2012): *Illicit Financial Flows from Developing Countries, 2001-2010*, Washington DC, Global Financial Integrity.
- 135 DESHOMMES, Fritz (2011): "Haïti: Quelle refondation?", en BUTEAU, Pierre; SAINT-ÉLOI, Rodney y TROUILLOT, Lyonel (eds.), *Refonder Haïti?*, Montreal, Mémoire d'encrier, traducción propia.
- 136 PODUR, Justin (2012): *Haiti's New Dictatorship: The Coup, the Earthquake and the UN Occupation*, Toronto, Between the Lines.
- 137 BARRY-SHAW, Nikolas y OJA JAY, Dru (2012): *Paved with Good Intentions: Canada's Development NGOs from Idealism to Imperialism*, Halifax y Winnipeg, Fernwood Publishing.
- 138 PECK, Raoul (2013): *Fatal Assistance*, Velvet Film.
- 139 ROUMAIN, Jacques (1986): *Masters of the Dew*, Langston Hughes y Mercer Cook (trad. al inglés), Londres, Heinemann Educational Books.
- 140 "Majescor to Acquire Interest in a Strategic Gold-Copper Property in Haiti", comunicado de prensa, 23 de abril de 2009.
- 141 FONTAINE, Hugo (2012): "Haïti: un trésor sous les ruines?", *La Presse*, Montreal, 21 de octubre, traducción propia.
- 142 Ibid.
- 143 KALEJE, Ayiti (2013): "Le parc industriel de Caracol: à qui profitera le pari?", Plateforme Haïtienne de Plaidoyer pour un Développement Alternatif, 9 de marzo. Disponible en http://www.papda.org/article.php3?id_article=1039 [consultado el 03/06/2019].
- 144 "Le Sénat vote la suspension des permis miniers en Haïti", *Haïti Libre*, 21 de febrero de 2013. Disponible en <https://www.haitilibre.com/article-7929-haiti-economie-le-senat-vote-la-suspension-des-permis-miniers-en-haiti.html> [consultado el 03/06/2019], traducción propia.
- 145 WAGENHOFER, Erwin (2009): *Let's Make Money*, Austria.
- 146 RAYMOND, Ghislaine (2013): *Le partenariat social: sommet socio-économique de 1996, syndicats et groupes populaires*, Montréal, M Éditeur.
- 147 PERNOT, Jean-Marie (2010): *Syndicats: lendemains de crise?*, París, Gallimard.
- 148 RAYMOND, Ghislaine (2013): *op. cit.*, traducción propia.
- 149 EL AZZOUZI, Rachida (2015): "Jean-Marie Pernet: 'La démocratie sociale à la française est un échec'", *Médiapart*, 26 de mayo. Disponible en <https://www.mediapart.fr/journal/france/260515/jean-marie-pernot-la-democratie-sociale-la-francaise-est-un-echec?onglet=full> [consultado el 05/06/2019].
- 150 MILLS, C. Wright (1953): *op. cit.*, traducción propia.
- 151 Ibid., p. xvi, traducción propia.

152 “McDonald’s: Appel à la ‘mobilisation mondiale’ de syndicats français et américains”, *Le Devoir*, 15 de enero de 2016; NUPGE, “About the All Together Now! Campaign”, disponible en <https://nupge.ca/content/may-newsletter-all-together-now-campaign> [consultado el 03/06/2019] y “100 Organizations Urge Congress to Reject Giant Tax Loophole for Offshoring and Tax Avoidance”, comunicado de prensa de AFL-CIO, 2 de octubre de 2017.

153 TARDE, Gabriel (1902): *Psychologie économique*, vol. I, París, Félix Alcan, traducción propia.

154 BENJAMIN, Walter (1986): “Critique of violence”, *Reflections: Essays, Aphorisms, Autobiographical Writings*, Peter Demetz (ed.), Edmund Jephcott (trad.), Nueva York, Schocken Books, p. 282, traducción propia [(1998): *Para una crítica de la violencia*, Barcelona, Taurus].

III LA CULTURA Y LA CIVILIZACIÓN

*L*a hay de dos tipos: la economía psíquica, procedente de nuestra propia carne y descrita por Sigmund Freud con términos como la “cuota” de afectos, “inversión pulsional”, “moneda” de significado o “ahorro” de energía; y la economía material, constituida de pequeñas actividades comerciales, pasiones contables y leyes suntuarias. El segundo tipo de economía erosiona las mociones y emociones del segundo. Pero, contrariamente a lo que uno podría pensar, la economía psíquica entra en juego cuando de lo que se trata es de acumular capital. El arte de ganar dinero es una cuestión de impulsos, pero, como en cualquier otra situación, el medio monetario se moviliza para atemperar y controlar las pasiones psíquicas, reducirlas a su expresión más simple, hacerlas medianas y comunicarlas toda vez que, de este modo, se hayan domesticado. La expresión psíquica se verá afectada de forma duradera por dicho medio. Y el dinero también servirá al arte y se servirá del arte para hablar de su propia naturaleza, como forma de mediación de afectos en el inefable esplendor de la mediocridad.

La economía psíquica intenta mantener un nivel bajo de excitación en el sistema nervioso. Satisfacer una necesidad, dar rienda suelta a un impulso, liberar tensión... son maneras de reducir la agitación que nos sacude y de detener las fuerzas que nos tensan los nervios. Estos actos de relajación brindan una sensación de plenitud que resulta en placer. A través de la articulación, la expresión, la gesticulación o las relaciones objetivas, el sujeto, mientras viva, buscará estrategias que le liberen la energía psíquica. Copular, comer, agarrar cosas... son formas de liberación psicológica basadas en la relación del interior con el exterior.

Sin embargo, es poco habitual que esa liberación tenga lugar sin generar fricción o conflicto. Los sistemas éticos y las leyes son instituciones de autoridad que obligan a los sujetos a reprimirse. En función de las distintas culturas, reprimirse puede traducirse en no hacer el amor antes del matrimonio, no abalanzarse contra otros transeúntes o no decirle al emperador que no lleva puesto ningún traje. Esa represión equivale a no tener que hacer un desembolso psíquico. Cada vez que pasa algo así, el sujeto tiene que esforzarse en contener un impulso psíquico que quiere manifestarse. Si el sujeto sí llega a expresar el impulso en circunstancias favorables, se dirá que está iniciando un proceso de inversión psíquica: está *invirtiendo* en un objeto de deseo a través de gestos, palabras o símbolos. Su expresión tal vez también pueda considerarse una forma de ahorro, en el sentido de que estos afectos se registran cuando el sujeto deja de contenerlos. La persona pasa sin –o economiza– el trabajo psicológico necesario para reprimir estos impulsos, lo que quiere decir que hay un ahorro. La sociedad le ha permitido satisfacer un deseo sin ponerle impedimentos.

Hay otras circunstancias que llaman a la represión. Lamentablemente, lo que suele pasar es lo siguiente: la psique se reprime de manera constante. Una y otra vez ha de contener asaltos psíquicos que nunca hallan salida de una forma socialmente aceptada. Tales formas son como guiones estereotipados que operan en la vida social: expresar tristeza por la muerte de un conocido cuando en realidad no la sentimos, felicitar a un colega que ha recibido un reconocimiento insignificante, saludar a subordinados a los que detestamos. Es lo que Freud llama la “moneda neurótica” (*neurotische Währung*).

Entonces, ser psíquicamente rico es dotarse de los medios de expresión de los deseos psicológicos que uno alberga con la mayor facilidad y frecuencia posible y, sobre todo, no estar obligado a contenerlos por medio de gravosos procesos represivos, dado que la represión es justamente lo que hace aumentar la inquietud psíquica. De ahí la incomodidad, las sensaciones desagradables, la agitación y las neurosis en general que afligen a la gente pobre, frente a una clase dominante que muestra un completo autocontrol y frente a hordas de expertos y portavoces caracterizados por la serenidad de su vida diaria. Para

los menos afortunados, la represión supone un alto coste que es continuo. La represión no implica desterrar, de una vez por todas, una intención cuya existencia está prohibida por la economía general de nuestro marco moral, sino que es un esfuerzo que uno ha de ir haciendo constantemente, en todo momento.

La represión supone contener una intención una y otra vez y durante un largo periodo de tiempo, sin dejar que se cuele por error o por descuido, hasta que uno es capaz de transformar su sublimación en una forma derivada o de disfrazarlo lo bastante como para que pueda aparecer pero bajo una apariencia distinta.

El dinero, en su definición habitual de riqueza acumulada a través de un sistema de codificación socialmente reconocido, aligera ese trabajo de represión. Justifica con facilidad el levantamiento de las restricciones psicológicas. Desde este punto de vista, ser rico significa que puedes pasar sin –o economizar– actos de represión más a menudo que la gente que no tiene mucho dinero. El poeta alemán Heinrich Heine, en una anécdota posteriormente popularizada por Freud, cuenta la historia de un vendedor de lotería de Hamburgo que relató su encuentro con un famoso millonario: “[Rothschild] me trató como a un semejante, me trató *famillonariamente*”.¹⁵⁵ Según Freud, este chiste expresa la incomodidad de la persona de clase baja cuando se encuentra con un hombre de un nivel social superior. “La condescendencia de un hombre rico [...] siempre lleva acarreado algo no del todo agradable para quien la experimenta”.¹⁵⁶ Sin embargo, cuando invertimos las posiciones, también advertimos que la riqueza es un pasaporte para la condescendencia. Esto es lo que el vendedor de lotería de Heine nos indica sutilmente. La riqueza y sus atributos permiten a la persona dar rienda suelta a actitudes viles que siempre se redimirán por su condición de hombre adinerado. La ostentación de la riqueza es en sí misma una suerte de moneda que transforma el rechazo que cabría esperarse en expresiones de gratitud. El desprecio se convierte en respetable.

La persona poderosa se beneficia en todo momento de un ahorro en lo que respecta al trabajo que conlleva la represión. Externaliza la tarea a través del

menosprecio que obliga a experimentar a otras personas. En tanto que le son ajenos, los esfuerzos psicológicos se convierten en patrimonio de la gente “ordinaria” (esto es, la gente que acata el orden establecido). Son ellos quienes habrán de mostrar autocontrol, moderación, quizá humildad, y ser obedientes o incluso respetuosos. El rico entonces podrá disfrutar libremente de la risa sardónica que se acumula en nosotros cuando podemos ahorrarnos el pomposo moralismo que se aplica a los desdichados de este mundo. (Obviamente no hace falta mencionar aquí las misóginas meteduras de pata o la violencia sexual de ese magnate de los medios de comunicación italiano convertido en primer ministro, ni las de determinado exdirector del Fondo Monetario Internacional, ni las de cierto presidente estadounidense). Sus respectivas demostraciones de poder son la negación última del principio de realidad, ya que el dinero, cuando se concentra en cantidades ingentes, destruye todas las barreras erigidas por los escrúpulos. Esta es la inversión suprema: estamos dispuestos a hacer grandes esfuerzos para medrar socialmente hasta alcanzar el nivel en que nos podremos ahorrar todos estos esfuerzos psicológicos.

El dinero juega un papel completamente distinto para aquellos que pretenden conseguirlo en forma de salario. Este tipo de ingresos no autoriza la laxitud moral y tan solo está a nuestro alcance como compensación por el trabajo psicológico. Desde el primer momento, el dinero financia una forma muy significativa de represión: la de tener que permanecer callado. “Cállate, que te estoy pagando” es la orden implícita que llega con tu primera nómina. Que el dinero compra el silencio está tan claro que los empleados a los que se les exige que mantengan el secreto profesional en diversas áreas de actividad – como por ejemplo la medicina, el derecho o la política– reciben una compensación mayor. El principio de represión a veces resulta espectacularmente explícito. En una ocasión se envió a un equipo de investigadores a analizar por qué tantos funcionarios de cierto departamento gubernamental alemán causaban baja por depresión: el estudio concluyó que vivían atormentados psicológicamente por la diferencia tan enorme entre lo que se les permitía comunicar de manera oficial y lo que sabían que era cierto.

Hoy, en la era del *management* totalitario y la cultura corporativa, la orden se ha vuelto más fácil de comprender: “Sonríe, que te estoy pagando. Ten un compromiso personal con todo lo que te pida que hagas, que te estoy pagando. Apóyate en tu red personal para desarrollar tu labor profesional, que te estoy pagando”. La idea desquiciada de que “el cliente siempre tiene razón” es otro de esos lemas –o monedas neuróticas– que plantean exigencias psicológicas extremas a la persona que se somete a ellas.

El medio del dinero, en las transacciones que gobierna, constituye un agente de represión de afectos muy violento. Este nivel de ferocidad que alcanza se puede hacer patente si imaginamos que pedimos un plato en un restaurante, nos lo comemos y nos vamos sin pagar la cuenta. Así, la violencia que implica se hace aparente. ¡Qué poder coercitivo llega a encarnar este medio que nos permite dar órdenes a los demás! Si bien el dinero lubrica la relación, la violencia sigue estando presente pero aún resulta letal, ya que el dinero es un medio que nos permite ahorrárnosla, economizarla: la gente rica niega la violencia mientras la ejerce; la gente pobre la reprime al tiempo que se somete a ella. En el primer caso, la persona adinerada nunca debe nombrarla mientras disfruta de las prerrogativas ocultas que brinda; en el segundo, la persona humilde deberá censurarla e interiorizar sus lógicas. El principio se desvanece, sin embargo, cuando, al ser testigo de la arrogancia del barón Rothschild, un vendedor de lotería hace un chiste que le da la vuelta a todo.

Un comentario jocoso nos puede permitir borrar toda una situación y escribir un nuevo guion. Nobles y dignatarios pueden verse despojados de ropajes y sumidos de golpe en el contexto de una farsa, como ocurre en el cortometraje *Le temps des bouffons* de Pierre Falardeau.

Ahí están todos los buitres: los jefes y las esposas de los jefes, los barones de las finanzas, los reyes de la pizza congelada y los mafiosos inmobiliarios. Toda la panda de benefactores de la humanidad. Carcasas apestosas a las que la gente erige monumentos, especuladores que las personas confunden con filántropos, pobres diablos –amigos del poder– disfrazados de senadores seniles,

mujeres con el trasero demasiado prieto, zorritas que van chupando hasta llegar a la cima, periodistas arrastrados vestidos de editorialistas pelotas, oscuros juristas vestidos de jueces que ganan 100.000 dólares al año, lameculos que se creen artistas. Ahí está toda la panda: una caterva de gente asquerosa, vulgar y trivial lacada en cromo, luciendo medallas y corbatas, con sus trajes sofisticados y joyas de alta gama. Apestan a perfume caro. Son ricos, tienen buen aspecto. Tienen un buen aspecto horripilante con esos horribles dientes blancos y esa horrible piel rosada. Y están de fiesta.¹⁵⁷

El humor puede volverse sombrío enseguida. De alguna manera, las palabras malsonantes de Falardeau refuerzan nuestra dignidad. Pensamos en ellas y, de hecho, nos salvan cuando vemos a los oligarcas del mundo consumir suntuosos espectáculos tan lamentables como el más banal de los programas televisivos. Se da el caso ya sean invitados de la multimillonaria familia Desmarais en Quebec o visitando el grotesco pseudo-Versalles de Trump en Mar-a-Lago. Las palabras de Falardeau también nos sirven para no arrugarnos al ver una escena tan asombrosa como la del documental de Andreas Pichler *El síndrome de Venecia*,¹⁵⁸ en la que se ve a los turistas destruir literalmente los cimientos de la ciudad, vestidos como nobles de época en patéticos bailes de máscaras.

El relato que hace Pierre Falardeau en *Le temps des bouffons* hace algo más que brindar una perspectiva privilegiada desde la que atestiguar muchas escenas con las que, desgraciadamente, ya nos hemos *famillonarizado*. Otra de sus virtudes radica en que nos muestra la injusticia que tiene lugar cuando los ricos y los pobres se desprecian mutuamente. Enfrentando a la vulgaridad contra la vulgaridad, Falardeau deja claro que los pobres, cuando denuncian el discreto encanto de la burguesía, a menudo pagan el precio de desvalorizarse a sí mismos. Lo que hay aquí no es solamente desprecio mutuo entre una persona y otra, sino desprecio mutuo entre una persona rica y una pobre, y el sentimiento que comparten lleva a la degradación de la que es pobre. Incluso la gente que aprecia el ingenio puede llegar a perder su aplomo en un momento así. El personaje de Heine se vuelve más duro y menos ingenioso cuando habla de los ricos como personas sin conciencia de sí mismas, al haberse

echado a perder como los *millionarrs* (de las palabras alemanas *millionario* y *tonto, naar*) que son.¹⁵⁹

Este tipo de liberación psíquica no es recomendable, pues no es más que una forma de prepararse para nuevos trances. Rara vez nos permite ganar en estatura. ¿Qué es lo que les queda a los marginados de la deuda psíquica? Pueden ser ingeniosos, graciosos, sutiles, creativos... Son todos rasgos que generarán la envidia de quienes se han procurado la protección que brinda el dinero, dispensados desde hace mucho de tener que ejercitar esas cualidades. Las personas adineradas se apropiarán más adelante de los resultados de una actitud desarrollada como forma de resistencia contra ellas. Se harán con la propiedad intelectual de los estilos de moda que antaño condenaban a sus portadores a la marginalidad; en prestigiosas facultades, los privilegiados impartirán lecciones sobre obras literarias escritas con dificultad, y desde la ira contra ellos, por autores excluidos por la sociedad; gentrificarán barrios a los que gente desocupada insufló un espíritu y un alma. Y así con todo. Tienen la opción de adquirir derechos exclusivos de invenciones producidas por la riqueza de espíritu de personas que pasaron estrecheces y se vieron obligadas a superarlas. Este humor en segundo grado, muy rico, seguirá siendo la manera que tienen de reír los últimos. Entonces sonará una carcajada mientras reducen lo que se desarrolló sin su colaboración a la condición de los artículos de un mero juego comercial. Esta es su única pasión, demostrar poder económico y nada más.

LAS OPINIONES DE RICOS Y FAMOSOS

Los suntuosos estilos de vida de los ricos y los famosos reflejan hoy la cultura industrial de masas que han acabado imitando. Hans Magnus Enzensberger señaló que: “La ‘clase dominante’ no ha producido una cultura propia en mucho tiempo, ni ha dado la menor muestra de necesitar nada por el estilo”.¹⁶⁰ Los que mandan en el juego abusan de sí mismos. Se toman en serio su farsa, se ven a sí mismos actuar en su propia película, sienten una excitación infantil ante el juego desarrollado en estadios cuya construcción propiciaron y se

creen sus propias mentiras cuando las leen en periódicos que les pertenecen. Pero solamente porque algo sea risible no significa que la risa sea la única reacción posible.

Sin duda hay mansiones igual de ostentosas en todos los países de Occidente, pero consideremos el ejemplo del falso palacio real de la familia Desmarais en Sagard, al nordeste de la ciudad de Quebec: un edificio pseudopalaciego dotado de piscina, gimnasio e invernadero, rodeado por los típicos jardines versallescicos, establos, un campo de golf, un helipuerto, otros cuarenta edificios, setenta y cinco kilómetros cuadrados de extensión y treinta y dos lagos.

La familia Desmarais, una de las más ricas de Canadá,¹⁶¹ lleva décadas influyendo en la vida política de Quebec, Canadá y Francia. Sus privilegiadas conexiones con la élite política las estableció Paul Desmarais sénior, que jugó un importante papel poniendo a punto a primeros ministros de cualquiera de los dos partidos mayoritarios desde la década de 1960 hasta su muerte en 2013. (Según Peter C. Newman: “En toda la historia de Canadá, ningún hombre de negocios ha tenido una influencia más íntima ni más larga sobre los primeros ministros que Desmarais”).¹⁶² El mayor de los Desmarais también fue clave para la llegada al poder de Nicolas Sarkozy en Francia, según el relato de este último.¹⁶³

Un documental producido por la familia Desmarais en 2018 para registrar una fiesta de cumpleaños en honor de la esposa de Paul Desmarais sénior, que Anonymous publicó en YouTube en 2012,¹⁶⁴ demuestra que el palacio de los Desmarais es tan “inhabitable” como las casas suburbanas rigurosamente homogeneizadas de las que nos habló Adorno. Pero, más allá de la estética sin gusto y del monárquico código de etiqueta que revela el vídeo, la alta sociedad de la zona de Sagard encarna una organización de poder político indefinida y sin embargo real. Al ver a políticos de primera fila, inversores y figuras del mundo cultural pululando en torno a los Desmarais, comprendemos que:

1. Existe un orden muy real de poder que no se traduce en ningún cuerpo constitucional ni ninguna institución públicamente reconocida. No hay elecciones, tribunales, estructuras ni oposición que puedan articular o enmarcar este poder tan autocelebratorio.

2. Este orden elitista, ajeno a cualquier forma constitucional de poder, fagocitará otras formas de poder tradicionalmente reconocidas, tal como se aprecia en la manera que tiene de acoger a políticos y a otras figuras relacionadas con instituciones formales. Estos aparecen portando insignias, medallas y condecoraciones concedidas por instituciones de derecho, pero de repente los vemos en un entorno en el que las jerarquías se establecen de un modo completamente distinto.

3. Este orden reúne a propietarios con capacidad de registrar sus bienes, o los de los bancos y multinacionales que gestionan, en jurisdicciones acomodaticias (como los paraísos fiscales) para poder llevar a cabo operaciones financieras de espaldas al control de estados en los que se aplica la ley. En este sentido, son soberanos, pero ejercen su soberanía en privado, sin ninguna estructura formal conocida ni reconocida.

4. Por lo general, la definición y descripción de estas nuevas estructuras de poder elude los conceptos tradicionales de la filosofía política y las formas establecidas de la teoría constitucional en torno a la soberanía del Estado. Nos obligan a definir nuevas formas de poder y a redefinir los términos del léxico político que suele emplearse para hablar de la evolución de nuestro mundo.

5. Este poder silencioso, encriptado, virtual y transnacional elude también las teorías críticas de emancipación política que ven la democracia como una dialéctica entre el discurso oficialmente establecido de un determinado poder y su refutación polémica por parte de aquellos a quienes se gobierna y que saben que la inteligencia es compartida por todos. Aquí vemos que los agentes, informales pero omnipotentes, están dotados, paradójicamente, con los atributos de los proletarios: no tienen voz, no tienen nombre, no tienen residencia fija y

a veces tampoco son miembros formales del cuerpo político. En la esfera económica, sus actividades comparten el destino de las comunidades y dictan la forma en que la ideología influenciará en las políticas públicas, pero a efectos legales son fantasmas. Hay porciones enteras de sus capitales que se esfuman y acaban en destinos *offshore* y a menudo echan mano de sociedades instrumentales extraterritoriales y de abogados de empresa que actúan en calidad de testaferros para pergeñar trucos sucios que afectan a nuestras economías reales.

Quienes cuentan con soberanía *offshore* disponen de la capacidad de eludir la ley. Pueden saltársela como les plazca operando en jurisdicciones acomodaticias, sabiendo al mismo tiempo que esa misma ley coartará completamente a sus competidores de las clases inferiores. También pueden asegurarse de que sus agentes, miembros de los cuerpos ejecutivos del aparato del Estado, redacten las leyes.

En esta pesadilla en torno a la oligarquía de Sagard, como en otras, se les da la vuelta a roles y posiciones. Se produce la unión de personas a las que se considera figuras políticas antagónicas (Lucien Bouchard y Jean Chrétien); a quienes figuran a la cabeza de las instituciones y toman las decisiones de carácter público se les degrada al rango de meros invitados (Jean Charest); mientras que un ciudadano carente de poder oficial alguno ocupa su trono en el punto más alto (Paul Desmarais).

EL CAPITAL CULTURAL

Como un acto en la corte, el encuentro en la mansión de los Desmarais no estaba tan pensado para brindar al rey una serie de actuaciones artísticas como para permitirle ofrecer un espectáculo. En un escenario provisional construido especialmente para la ocasión y que encarnaba la apoteosis de lo *kitsch*, y rodeado de políticos, financieros, artistas y cortesanos que acudieron a representar rangos distintos de los que suelen tener asignados en el trampantojo de la democracia formal, aquella noche el oligarca quiso cantar una canción trágica –“Me hubiera gustado ser artista”–,¹⁶⁵ contemplando no ya

el espectáculo sino su propia capacidad para costearlo. Cualquiera que Desmarais viese bailar sobre el escenario o emerger de un cuadro formaba parte de su capital. El oligarca no se funde con el gran público, por mucho que consuma la misma basura cultural. No se le da nada bien reproducir el aspecto de la corte a la que aspira, pero, de todas formas, el gran financiero, magnate de la prensa y gerente de la compañía petrolera está satisfecho con la farsa en la que están absortos él y sus cortesanos. Está incluso más satisfecho con la actuación porque es grande, lo cual quiere decir, desde su punto de vista, que se podrá comercializar una versión en serie de la misma. Tal es la marca de su poder: puede hacer que toda una comunidad experimente los efectos de su mal gusto, desplegados, sin posibilidad de hallar ninguna resistencia, bajo el encabezamiento de la *cultura*.

Un grupo de tenores acudió a Sagard para cantar la historia de Desmarais; esta actuación privada fue el clímax de su fantasía. Mientras Paul Desmarais ocupa su trono, el personaje Paul Desmarais se dirige al escenario cantando una canción escrita especialmente para la ocasión por un reputado letrista. De repente, todo lo que tiene que ver con su figura se convierte en objeto de declamación: su imperiosa insatisfacción, que exhibe como virtud, y su delirante megalomanía, que se transforma en consigna. A través de ellas, la mediocridad de su relación con el mundo se convierte en modelo. Como creador, Desmarais puede presumir de estar entre quienes eligen el arte que, para el público, pasará a engrosar lo que se conoce y se cita. A falta de ser original, puede ser el origen.

En una era en la que se emplea la tecnología para reproducir el arte, los patrocinadores no solo dan apoyo a un artista individual o a una escuela o a una disciplina, sino que se lo dan a los productos de consumo de una industria dirigida a las masas, profundamente entretejida con otras áreas en las que actúa el gran capital. Las decisiones en torno a lo que la gente habrá de consumir determinan la producción en serie. Esto es algo que ya observaron Theodor Adorno y Max Horkheimer en su *Dialéctica de la Ilustración*:

Las películas y la radio ya no pretenden pasar por arte. El hecho de que no son más que negocios se transforma en ideología para

justificar la basura que producen de forma deliberada. Se llaman a sí mismas industrias; y cuando se hacen públicos los ingresos de sus directores se despejan todas las dudas en torno a la utilidad social del producto acabado.¹⁶⁶

Puede que unos pocos artículos escapen a este proceso de homogeneización – esto es, algunas obras de arte que no prediquen con la estética predominante–, pero esto se hará más para satisfacer el principio de las pequeñas diferencias destinadas a un escogido grupo de distinguidos consumidores que para fomentar un cambio radical en el sistema. Según señalan Adorno y Horkheimer: “Cuando Orson Welles ofende al señalar los trucos del gremio, se le perdona porque esa manera de contravenir la norma se ve como una calculada mutación que sirve para confirmar la validez del sistema incluso con más fuerza”.¹⁶⁷ Básicamente, los “bienes” culturales sirven para dar forma a la masa de individuos que conforman la bolsa de clientes y de adscritos que el capital necesita. El filósofo Herbert Marcuse rearticuló este argumento en *El hombre unidimensional*, publicado originalmente en 1964:

Si el trabajador y su jefe se divierten con el mismo programa de televisión y visitan los mismos lugares de recreo, si la mecánografa se viste tan elegantemente como la hija de su jefe, si el negro tiene un Cadillac, si todos leen el mismo periódico, esta asimilación indica no la desaparición de las clases, sino la medida en que las necesidades y satisfacciones que sirven para la preservación del ‘sistema establecido’ son compartidas por la población subyacente.¹⁶⁸

El paisaje cultural descrito por Marcuse se presenta como un aparato formal y simbólico que lleva a las personas a las que guían y dominan los regímenes liberales a canalizar su energía psicológica a través de una estructura social que las precede, una estructura diseñada e implementada por quienes mandan. Las expresiones de deseo y los impulsos profundamente arraigados están codificados, con base en distintos estereotipos, en películas, canciones, anuncios publicitarios y medios de comunicación mayoritarios. Si bien tal explicación puede no ser suficiente, y pese a que reducir la industria cultural a nada más que un aspecto de la vida totalitaria resulta poco convincente en

relación a la realidad de cómo operan todos estos elementos, este enfoque sí que encarna a la perfección la actitud que los grandes inversores tienen con respecto a las obras de arte, así como la manera en que los propietarios de las grandes fortunas fuerzan el sometimiento de los artistas.

LOS ARTISTAS NO CUENTAN

Ahora podemos entender mejor por qué a los artistas se les conmina a trabajar con arreglo a los dictámenes del mercado en vez de a los de su propio proceso creativo. Ser un artista/gerente o un gerente/artista, esa es la cuestión. Los “filántropos” adinerados, sin embargo, no se inmutan ante tales dilemas: con relación al dinero, no hay más que una única forma de saber, y es el saber que está en manos de quienes acumulan ese capital. Nos encanta el arte e incluso nos llegan a importar los artistas; tampoco pueden pretender que encima tengamos en cuenta lo que piensan acerca de la economía. Ya verán ellos si se adaptan o no. Al pagar por las obras de arte (y al obtener disfrute a costa de los artistas), los mecenas se ven a sí mismos como los verdaderos creadores, ya que son ellos y solo ellos quienes posibilitan el arte. No es solo que lo financien, sino que se desviven formando parte de los patronatos que gestionan todo el conjunto de sus estructuras.

Los artistas que cuentan con el aprecio de los inversores ahora quieren ser también creadores haciendo uso del mismo lenguaje que ellos. Se dice que Céline Dion y el Circo del Sol han alcanzado el éxito no en base a criterios estéticos, sino en relación a su plan de negocio. Tales artistas ya no se limitan a proveer la fuerza de trabajo que producirá bienes culturales. En un arranque de entusiasmo por la alienación –o de *liderazgo*, como decimos en la jerga del *management*–, ahora se espera que también gestionen las instituciones que los explotan. El emprendimiento es el criterio que distingue a aquellos que están dispuestos a pasar a mayores: es creación, indudablemente, pero nos referimos a la creación de beneficios, de un valor añadido, de un negocio o de puestos de trabajo.

Plenamente seguros de su propio capital cultural, los inversores cuentan ahora con sus propias escuelas, en las que han de formarse los artistas. Las enseñanzas que se imparten en las escuelas de negocios ayudarán a los conversos de la gobernanza cultural a comprender que deben ignorar cualquier cosa que se diga en círculos ajenos a aquellos en los que se les acaba de admitir. Un plan de estudios de un programa de gestión cultural y artística de 2014 ilustra bien lo que queremos decir: “Es importante que los gestores culturales y del arte tengan al menos una idea general en materia de políticas culturales. Deberán ir más allá de ideas preconcebidas y demandas expresadas tradicionalmente por la comunidad de los artistas”. Dadas sus “características”, la comunidad de los artistas supone, por supuesto, un “desafío muy particular” para los gestores culturales inspirados “por la propia naturaleza del producto que nos brindan (los bienes culturales), por las particularidades de las personas que los producen (los artistas) y por el significado que tienen (ya sean *performances*, obras de arte o bienes simbólicos) para la gente que los consume”, reza otro plan de estudios del mismo centro. Los artistas son incorregibles. Tienden a tomarse su propio compromiso más en serio que las entidades que llevan a cabo las tareas de *marketing* de las que depende su trabajo. Así pues, hay que llevarlos a clase para que aprendan a comportarse o a seducir a posibles inversores, y no con los métodos a los que vinieran recurriendo (unas manchas de pintura, unos pasajes de sofisticada prosa o tonterías por el estilo), sino hallando esos argumentos de venta que conseguirán convencer a una gran empresa para que ponga su marca en el papel con el que envuelven las obras. Tienen que aprender no solo a tolerar esta situación, sino a desearla. Acabarán renegando de esa idea tan ingenua de que los potentados deberían contribuir a las artes pagando impuestos. La escuela de negocios, cuyo consejo directivo probablemente esté presidido por un miembro de la oligarquía, se asegurará de que estas ideas se enuncien en ese lenguaje poético empresarial que tan bien sirve a los propósitos del sistema, con cursos enfocados a “la toma de decisiones en la gestión” relacionada con “el análisis económico de las industrias culturales”.

Actualmente la presión social para tomar este camino es muy fuerte. Una vez convertido al dogma de las escuelas de negocios, cualquier emprendedor/artista que se precie pasará a hablar a menudo de “la cultura organizativa, la gobernanza, la asignación de recursos, las relaciones entre artistas y gerentes y las dinámicas de poder en y en torno a estas organizaciones”, y verá los enfoques *experienciales*, tan a la moda, como una clave para ejercer poder. En Quebec, ciento un artistas de esta cuerda apoyaron públicamente las ambiciones políticas de una persona que había contribuido con dinero a sus creaciones, un magnate de la prensa al que no cabe sino considerar como el sepulturero de la cultura, a juzgar por el característico mal gusto de sus publicaciones. Pero eso no importa. Las obras se convierten en productos, los artistas son “recursos humanos del sector cultural”, el público pasa a ser “consumidores” y “clientes”, y todos forman parte de una “industria” que está íntimamente conectada con el hotel y el restaurante, con el *marketing* y con los negocios de abastecimiento de bienes materiales. El programa de cultura del Gobierno de Quebec establecía en 1992 que “el desarrollo de las industrias culturales se basa tanto en la excelencia creativa como en la capacidad competitiva en los negocios”.¹⁶⁹ El vocabulario de las “entidades de consultoría en gestión cultural” que brindan “orientación cultural” ni siquiera se puede denunciar en sus propios términos: estas nuevas prácticas garantizan la “excelencia” sin que nadie llegue a preguntar cómo algo así se puede entender críticamente.

Hay algunos artistas que juegan a este juego, lo que significa que participan en una nueva clase de circo. Reinventando, ampliando y consolidando un nuevo arte de la ficción, llegan a creerse que los beneficios de una empresa cultural que “participa de la economía” tienen más sentido que sus conceptos estéticos. Ya que, sean cuales sean estos conceptos estéticos, con el tiempo serán aceptados por los públicos a los que se hayan dirigido una serie de campañas promocionales bien diseñadas.

Según los fundamentos lógicos de la gobernanza, que establecen que todo deberá adaptarse y someterse a los métodos empresariales, las consejerías de cultura y los distintos ministerios con competencias en esta área pasarán a ser

partners de las grandes empresas, a las que ofrecerán incentivos fiscales por “invertir en cultura”. El arte al que se aplica este enfoque se convierte en agente de la uniformidad política, del *management* sociológico y de la producción industrial. O, por citar los términos empleados por los “creadores de negocios”¹⁷⁰ de la Cámara de Comercio de la ciudad de Montreal, podríamos decir que el arte es “un generador de calidad de vida para todos los habitantes de la ciudad”, una herramienta de planificación fiscal o de derechos sucesorios y una fuente de “beneficios directos cercanos a los 800.000 millones o el 6% del producto interior bruto de nuestra ciudad”.¹⁷¹ Esto es de 2011. La crítica de Adorno o de Horkheimer no llegaba tan lejos.

Los creadores que no se someten a este tipo de entrenamiento no cuentan, sencillamente. Cuando la gente es tan estafalaria como para ignorar la autoridad de las cuentas, ¿para qué prestarle atención? ¿Qué hacer con un poeta que cite a Stéphane Mallarmé, quien llegó a perder la fe porque una empresa arruinó a unos cuantos inversores en el escándalo del canal de Panamá? “La incapacidad de los números, por grandilocuentes que sean, para traducirse eleva aquí un caso: si un número aumenta y disminuye hasta lo improbable, si va inscribiendo más y más ceros, significa que su cómputo equivale a nada, espiritualmente, o casi”.¹⁷² Por encima de todo, al artista que no tiene formación empresarial jamás deberá permitírsele que se acerque a los registros financieros, ni albergar ideas sobre los que estos puedan contener. Puede que entonces desarrolle un interés indebido en estratagemas demasiado obvias o que van demasiado lejos, o en embustes pensados para emocionar. Puede llegar a creer que hay elementos en el campo de la economía y la gerencia que incluso están a su alcance, aun siendo una persona de perfil estético: el establecimiento de criterios económicos racionales, la ficción de hacerse pasar por un experto, el hecho de identificar a los inversores como a los protagonistas del mercado, esa ilusión teatral que da pie a la pena y al miedo.

Todo esto es fácil de entender si consideramos cómo el gran capital entra en escena diariamente, ya sea a través de una iconografía que ya ha adoptado incluso el austero *The Wall Street Journal* –fotografías dinámicamente

desenfocadas que ilustran el nivel de actividad de los hombres de negocios, gráficos falsamente convincentes— o a través de elogiosas biografías que echan mano de todos los recursos poéticos propios de las novelas de iniciación. Los inversores, los ejecutivos y los propietarios de grandes cadenas de establecimientos aparecen posando en ceremonias que a menudo acaban convertidas en concursos de obsequiosidad. Hay unidades de significado comúnmente aceptadas, como *confianza*, *riesgo*, *crisis*, y otras de valor tan incalculable como *liderazgo*, que pueblan una y otra vez los titulares de la prensa económica, alentando así consideraciones de tipo narrativo procedentes de los ámbitos del cine, el teatro y las novelas. La jerga en torno a la gobernanza y la innovación con la que nos ceban es toda parte de la misma farsa. Según el mismo guion, hay un misterioso campo del conocimiento que engloba la economía y la gestión empresarial de los asuntos del mundo. Los inversores, de hecho, querrían que los artistas adoptaran el papel de esa dócil audiencia que aplaude sus números de prestidigitación.

Pero no siempre consiguen lo que quieren. ¿Cuántos artistas imbatidos han caído en la cuenta de que los expertos nombrados desde consejos de administración no saben nada de la casuística de sus instituciones y de que la insubordinación de plantillas mal remuneradas es el único pegamento que lo mantiene todo en su lugar? Los creadores han comprendido enseguida que esa capacidad para gestionar de manera independiente con respecto a la práctica en realidad no existe, como tampoco existe el arte de comunicar, ni una técnica de *marketing* impartida en universidades que funcione incluso cuando uno no tiene la menor idea concreta sobre el contenido que pretende transmitir. La ideología de la gestión empresarial, cuando se aplica, puede llevar al desastre: ¿qué idioteces podemos llegar a escuchar en nombre de la innovación, el desarrollo, la transformación, el emprendimiento y la rentabilidad? Conocemos casos de artistas a los que, según el criterio de expertos a los que se ha nombrado de pronto para gestionar sus organizaciones, se les ha conminado a invertir en bienes inmobiliarios, una jugada que sin duda los habría arruinado si hubieran llegado a ponerla en práctica. Otros han tenido que lidiar con las innovadoras propuestas que los

obligaban a alterar completamente sus propósitos para abordar nuevas acciones definidas, de modo harto improbable, como áreas de crecimiento. A menudo, y a todo volumen, los gestores incompetentes les han reprochado a los artistas que se resisten su desafío a la autoridad, a pesar de que las decisiones subsiguientes han demostrado que esa resistencia estaba plenamente justificada.

En algunos casos, cuando los creadores por fin acaban convencidos de estar ante gente que sabe más que ellos, puede ocurrir que les hagan a esos maestros preguntas muy sencillas que apuntan al fondo mismo de la cuestión. Gertrude Stein, escritora y coleccionista de arte, se preguntó de manera obsesiva por la naturaleza del dinero (“¿Es dinero el dinero o no es dinero el dinero?”),¹⁷³ tratando de discernir entre el dinero que se desvía, el que se acumula y el que circula por el mundo y que resulta perceptible a los sentidos. El escultor y artista visual Joseph Beuys formuló básicamente la misma pregunta, que se convirtió en el título de su libro: “¿Qué es el dinero?”.¹⁷⁴ La premisa de Beuys subvierte totalmente las jerarquías establecidas, ya que según él todo el mundo debería ser artista si lo que queremos es crear una sociedad en la que el dinero genere relaciones justas. Si admitimos que todos somos artistas, entonces los hombres de negocios tendrán que reconocer que los instrumentos concebidos por el sector financiero son, en gran medida, obras de ficción, y al mismo tiempo los artistas tendrán que reconocer que son capaces de encargarse de la gestión y de pensar en lo económico, haciendo uso de las herramientas que el arte pone a su disposición.

Esto, en realidad, es justamente lo que los funcionarios y los hombres de negocios hacen de manera implícita cuando les dicen a los artistas que ellos también tienen que ponerse a trabajar, de la manera correcta y siguiendo los debidos consejos. Al fin y al cabo, ¿qué es lo que hace tan especial ese nivel de experiencia en el ámbito empresarial, cuando sus claves se pueden obtener mediante interacciones programadas con un mentor o cursando un microprograma concebido por una escuela de negocios? ¿Cuál es esa sabiduría profunda que incluso los artistas, a los que ubicamos en el escalafón más bajo cuando hablamos de destreza empresarial, llegan a asimilar? Es,

cuando menos, extraño. ¿Y si ese conocimiento no fuera patrimonio exclusivo de nadie? ¿Y si hubiera un arte de la gestión imposible de reducir e identificar con las habilidades de un sector social en concreto? ¿Y si no existiera una manera específicamente artística de gestionar los asuntos, sino un enfoque estético de la economía que devuelve la idea de economía al campo de la pluralidad, de la inteligencia y de la percepción del mundo a través de los sentidos? En 1936, el impetuoso dramaturgo Antonin Artaud, profundamente afectado por las desigualdades salariales, profirió con descaro un principio muy razonable: “Descongestionar la economía significa simplificarla, filtrar lo que resulta superfluo, pues el hambre no espera”.¹⁷⁵

¿Y si fuera cuestión de entender, también, que la literatura y las artes a menudo han provocado que la economía regrese a las diversas disciplinas a las que corresponde como idea, con independencia de cuál sea su origen? En la novela de André Gide *Los monederos falsos*, se nos recuerda que, antes de que empleáramos el término *ecología*, los científicos aludían a la *economía de la naturaleza*. Gide nos cuenta que la naturaleza, cuyo “espectáculo” refleja una asombrosa diversidad de leyes, parece haber probado “una tras otra, todas las maneras posibles de vivir y de moverse”,¹⁷⁶ por lo que exclama: “¿¡Qué economía permitió que ciertas formas sobrevivieran!?”.¹⁷⁷ Esta expresión resuena con el significado que le dio a la palabra el naturalista inglés del siglo XVIII Gilbert White, de Selborne. Desde su punto de vista, cuando las vacas se refrescan en un estanque y proveen de sustento a los peces al dejar caer al agua excrementos llenos de insectos, lo que observamos es la economía de la naturaleza organizándose.¹⁷⁸ También nos llegan ecos de Jean-Joseph Menuret, biólogo del siglo XVIII, autor de un artículo titulado “Economie animale” en la *Encyclopédie* (1751).

En el primer poema de *Furor y misterio*, René Char rompe el silencio diciendo: “Para trascender la economía de la creación, para aumentar la sangre de los gestos, tarea de toda luz”.¹⁷⁹ Al leerlo, escuchamos el vínculo inherente entre la economía y las muy antiguas y amplias formas de organización. Hay estudios del debate teológico en torno a imágenes bizantinas que ilustran la naturaleza de ese vínculo: describen una relación de

dependencia mutua entre imágenes y símbolos, donde el poder de las imágenes deriva de referencias trascendentales y los símbolos deben su existencia a la mediación de las imágenes.¹⁸⁰

Una vez aparecido, el término *economía* se vio inmerso en escritos de muy diversas disciplinas, desde la sociología de Gabriel Tarde a las teorías lingüísticas de Algirdas Julien Greimas, pasando por la crítica literaria de Gérard Genette y la filosofía de Hermann Lotze. ¿Qué podemos aprender de estos usos vinculados y abiertos al enfoque estético? Que la economía no es asunto de los economistas. Que de lo que habla, sobre todo, es de relaciones previsibles y provechosas entre elementos que ella misma se encarga de interconectar. Sea cual sea el ámbito en cuestión, la economía no pertenece a ninguna especialidad determinada, como demuestra el uso del término en todas las prácticas culturales y campos del conocimiento.

Esta crítica radical de la economía lleva a mucho más que a una simple reinterpretación alternativa de los dogmas producidos por quienes se proclaman propietarios del significado específico de la economía. También nos ayuda a comprender cómo los economistas oficiales, auténticos banqueros del significado, aprisionan el pensamiento entre los estrechos confines de su disciplina mediante un abuso hiperactivo de conceptos, modelos y asociaciones de ideas en muchos casos. En 1876 el filósofo y biólogo Richard Avenarius publicó un libro titulado *La filosofía como modo de pensar sobre el mundo según el principio de la menor cantidad posible de fuerza* (traducción literal del título alemán),¹⁸¹ en el que describe la acción del pensamiento como una forma de abreviar las operaciones únicas y específicas para ahorrar recursos fisiológicos. Pensar resulta gravoso desde un punto de vista biológico y el cuerpo agradece que se economicen las operaciones mentales. Para ello, el pensamiento recurre a lo que Avenarius describe como “enunciados” (*Aussagen*), concebidos para neutralizar el significado de una serie de acontecimientos específicos, o elementos en estado de constante fluir, por oposición a unos esquemas estandarizados que sustituyen a la acción de pensar en respuesta a un determinado contexto.

El valor de los enunciados radica en que valen para un amplio abanico de

situaciones, a las que pueden adaptarse mediando un mínimo nivel de esfuerzo. Este empleo de enunciados es precisamente lo que encarna, hasta un extremo óptimo y más bien excesivo, aquello a lo que llamamos ciencia de la economía. El objetivo es incorporar a un modelo independiente lo que ya compartimos en relación con todo lo que ya existe. El principio de estabilidad económica, en el sentido biológico del adjetivo *económico*, tiene que ver con reducir, en la mayor medida posible, el gasto que conlleva la tarea de adaptarse al cambio. Esto explica por qué quienes se presentan como expertos en economía tienen tan poca capacidad para visualizar la cosa en sí misma, la cosa que puede ser percibida a través de los sentidos, la excepción o lo que es inusual: rechazan todo lo que no se pueda incorporar a su ciego modelo porque consideran que no tiene sentido o que es incluso peligroso. Lo económico, en el sentido que le da Avenarius, es el aparato que permite incorporar, mediando el menor esfuerzo, cualquier cambio exterior o individualidad en beneficio de un sistema –la ciencia económica– que conlleva la destrucción, en virtud de su estructura misma, de todo lo que no comprende. Sin duda el campo que se ha apropiado el nombre de la economía puede sobrevivir con arreglo a su modelo regional y, a ser posible, bajo la forma de debates abiertos, como una disciplina que analiza la producción, la contabilidad y el intercambio de bienes. Aunque, idealmente, debería hacerlo bajo alguno de los diferentes nombres que se le aplicaba en el pasado, ya sea el de crematística, fisiocracia o econométrica.

Mientras tanto, el arte nos recuerda que no existe nada tan específico como el arte del pensamiento económico. Cada uno de nosotros concibe un método intencionado de gestión que respeta la otredad. Tal es el poder al que nos retrotrae el enfoque de la estética. Está en riesgo el significado mismo de la economía.

EL RETRATO DEL ARTISTA COMO TRABAJADOR SOCIAL

Como el experto, el artista sometido a las restricciones de la gestión empresarial privada puede ser llamado a filas en tiempo de crisis. Mientras el

experto procura transmitirnos seguridad haciendo que lo imperdonable y lo escandaloso parezca necesario y racional, al artista se le llama para que acuda a los pies de la cama de la víctima y despolitice el asunto a través de múltiples conciertos benéficos y declaraciones de apoyo. Lo que se le asigna es el rol del trabajador social de nuestra colectividad. Constreñido por el chantaje de los poderosos, al artista se le anima encarecidamente a que aparezca públicamente al más mínimo asomo de desastre y se considera que la publicidad gratuita es una compensación suficiente. Esto es lo que ocurrió tras la tragedia de Lac-Mégantic del 6 de julio de 2013. Aquella noche, un tren cargado de petróleo crudo explotó ante las narices de la gente y murieron cuarenta y siete personas en un incendio que destruyó el centro de la localidad. Indudablemente, las empresas encargadas del transporte ferroviario fueron responsables, por negligencia y por avaricia. Y sin embargo los habitantes de la zona, sobrecogidos y desolados, no reaccionaron con ira ni se radicalizaron para poner en cuestión un modelo que una vez más había mostrado su capacidad para destruir. Se llamó a los artistas precisamente para que acudieran al rescate de empresas y administraciones y para garantizar que nadie se extralimitara en la gestión de las emociones. Pase lo que pase, debemos evitar que se cultiven tales emociones con un ánimo crítico.

Lo que pasó en Lac-Mégantic no fue accidental. En torno a las once de la noche del 5 de julio se registró un incendio en la locomotora principal del tren que acabaría explotando. Para detener las máquinas, que habían estado funcionando sin presencia humana, los bomberos desactivaron, sin saberlo, el sistema de frenado neumático. El tren, mal estacionado, pobremente inmovilizado y sin supervisión alguna, inició su desplazamiento cuesta abajo antes de la una de la madrugada del 6 de julio. En el informe de la investigación, la TSB (Junta para la Seguridad en el Transporte, por sus siglas en inglés) de Canadá señaló que la “cultura de la seguridad” de la compañía ferroviaria MMA (Montreal, Maine and Atlantic Railway) era “débil” y “había contribuido al mantenimiento de condiciones y prácticas inseguras”, y que había “diferencias significativas entre las instrucciones operativas de la empresa y la manera en que se solía trabajar”, amén de que “el grado de formación, evaluación y supervisión de los empleados no era suficientemente alto, sobre todo en lo relativo a los frenos de mano y la inmovilización de los

trenes”. El informe de la TSB también concluyó que en Transport Canada hacía varios años que estaban al tanto de que la MMA requería de inspecciones más frecuentes por presentar un alto nivel de riesgo, pero que los responsables gubernamentales “no siempre hacían el oportuno seguimiento” para asegurarse de que los problemas se corrigieran y habían esperado ocho años antes de auditar los protocolos de seguridad de la compañía, aunque las inspecciones hubiesen indicado con claridad que el sistema no era efectivo.¹⁸² En otras palabras, la explosión de los vagones cisterna que llegaron a toda velocidad a Lac-Mégantic, cada uno cargado con 131.000 litros de petróleo altamente inflamable¹⁸³ e incorrectamente identificado¹⁸⁴ por gestores incompetentes o cínicos, de ninguna manera fue un *accidente* (según el diccionario Merriam-Webster’s, ‘un acontecimiento o condición sucedida por azar o derivada de causas desconocidas o remotas’); fue un desastre que llevaba tiempo esperando su momento. (Además, este tipo de incidentes no son tan infrecuentes; en 2016 tuvieron lugar más de mil “accidentes” ferroviarios en Canadá y cerca de once mil en los Estados Unidos).¹⁸⁵

Para aumentar sus márgenes de beneficios, la MMA había reducido a un mínimo la inversión en seguridad, externalizando así el riesgo de desastres y poniendo en peligro a las comunidades aledañas a sus líneas de ferrocarril. La TSB apuntó que llegaron a verterse unos seis millones de litros de crudo de los vagones cisterna.¹⁸⁶ En 2012 Transport Canada le había otorgado a la MMA un permiso especial para poner a un único maquinista al cargo de sus trenes.¹⁸⁷ ¿Fue esto producto de la acción de algún *lobby*? ¿O de la corrupción? El Gobierno de Quebec sin duda estaba al tanto de estos movimientos en el sector del transporte, pero nunca se opuso a ellos. Según una organización medioambiental, la SVP (Société pour Vaincre la Pollution, ‘la sociedad para acabar con la contaminación’), muchas sustancias cancerígenas fueron a parar a la red de abastecimiento de aguas de la zona; un estudio de dicha organización fechado en 2013 muestra una tasa de hidrocarburos aromáticos policíclicos cancerígenos unas 394.444 veces por encima de la lectura estándar para las aguas superficiales de Quebec.¹⁸⁸ Aproximadamente unos cien mil litros de petróleo se vertieron al lago

Mégantic desde el río Chaudière; desde entonces, la zona es una fuente de contaminación para otras áreas de Quebec.

Una vez recibida la llamada de las autoridades, los artistas acudieron en grupo a dar su apoyo a una comunidad golpeada, desviando así la atención del crimen. Se instaló un gran escenario exterior para dar la bienvenida al conjunto de intérpretes traídos desde Montreal. Los patrocinadores también se hicieron su hueco: los desgraciados habitantes de Lac-Mégantic se pasaron el resto del verano con un gran cartel de Loto-Québec en las narices. En estado de *shock*, los artistas respondieron con el corazón; aún no contaban con la distancia crítica necesaria para preguntarse: ¿me están manipulando? ¿Cuál es mi papel dentro de un sistema que me contrata para consolar a las víctimas de un desastre del que dicho sistema es responsable? Acudiendo raudo a ayudar a una población que supuestamente solo quiere que la consuelen, ¿acaso no estaré legitimando el argumento de que esto no fue más que un accidente? ¿Es posible que mi arte no sea más que una forma de anestesia? Mi actuación, ¿debería servir para aislar emociones y propiciar su escape mientras la gente desvía su atención de cualquier elemento relacionado con lo ocurrido? Los expertos en gestión de crisis se aprovecharon de la generosidad de los artistas, cuyo apoyo puso en marcha la organización de la catarsis de Estado. El mismísimo Paul McCartney, epítome de la virtud, invitó a supervivientes y a los desolados miembros de la comunidad a verle actuar en la ciudad de Quebec. Lo de Lac-Mégantic pasaba a ser algo sobre lo que uno podía leer en la revista *People*. De repente, el asunto dejó de ser político: ahora solo iba de sentir lo que había que sentir. Para los poderosos, no sonó ni una sola nota falsa.

En todo caso, hacía falta un remanso dramático y conmovedor que dejar a la posteridad. En la era del “capitalismo artístico” descrito por Gilles Lipovetsky y Jean Serroy en su reciente publicación *La estetización del mundo*, nuestro sistema ha incorporado completamente las prácticas artísticas, hasta el punto de adjudicarles su importancia sean cuales sean las circunstancias.

Cuanto más permea el arte en la vida diaria y la economía, menos cargado está de un alto valor espiritual: a medida que la dimensión estética se generaliza, más da la impresión de ser uno más de los simples quehaceres de la vida, un accesorio sin más propósito que decorar la rutina y hacerla más vivaz y más sensual.¹⁸⁹

Por ningún lado median los escrúpulos. La destrucción del corazón de Lac-Mégantic ofreció la oportunidad para que el Gobierno de Quebec planeara unilateralmente la reconstrucción de un área cuyos habitantes se encontraban en estado de *shock*. El poder puede llegar tener buen gusto, incluso en tiempos difíciles. El recuerdo del desastre pasaba a ser una *performance*. El lugar del crimen lo ocuparía un parque memorial diseñado para los turistas y acompañado de una zona comercial adyacente. Una presentación en internet de “Lac-Mégantic après...” (‘Lac-Mégantic después’) muestra el papel estratégico e instrumental que tiene la estetización en la gestión de una crisis mediante la manipulación del público. Tres meses después del desastre, se estimó que la localidad recibiría a unos cinco mil turistas que acudirían para ver los efectos del accidente. Ahora que la *belleza* está por todas partes, y dado que el gusto se considera un asunto completamente subjetivo y todo puede convertirse en un bien de consumo, el paisaje devastado de Lac-Mégantic puede dar lugar a un negocio de *voyeurs* con todas las facilidades para sacar fotografías.

Para facilitar la transición, la Ley 57, aprobada a toda prisa por el Gobierno de Quebec para planificar la reorganización de la zona, amenazó con la expropiación de los hogares de muchos ciudadanos, pese a que estos habían resultado intactos. En primer lugar, se les invitó a abandonarlos voluntariamente, vendiéndoles las casas a un precio reducido a constructoras que se beneficiarían de los contratos de reconstrucción. En una época en la que los temas de corrupción inmobiliaria se han convertido en un culebrón para los medios, uno no puede dejar de darle vueltas a algo así. El Gobierno declaró una suerte de estado de excepción en la comunidad de Lac-Mégantic tras la explosión, atribuyendo poderes absolutos a las instituciones públicas. Se extendió la legislatura de la municipalidad, se cancelaron los concursos públicos y la potestad para traspasar negocios y expropiar viviendas se

convirtió en un proceso absolutamente arbitrario. El importe del botín eran unos 60 millones de dólares y, con el tiempo, el contrato para adecentar la zona y analizar el terreno se le otorgaría a Pomerleau. A esta empresa la había citado en marzo de 2013 un testigo de la Comisión Charbonneau, una investigación pública con la jueza France Charbonneau al frente, que se había constituido para estudiar casos de corrupción en la concesión de contratos de obras públicas en Quebec y el uso de testaferros para hacer llegar fondos ilegales a partidos políticos. A Pomerleau también se le encargó el trabajo de planificar las distintas fases de reconstrucción de la vía férrea. En octubre de 2013, algunos empleados de subcontratas aseguraron que se les había instado a trabajar más despacio, o incluso a deshacer lo que acababan de hacer, para ralentizar la ejecución de los contratos.¹⁹⁰

UNA RELACIÓN DISLOCADA CON LA REALIDAD

¿Pero quién se acuerda ya de Lac-Mégantic? Como tantos otros acontecimientos, esta clase de momentos históricos que vivimos en directo por televisión tienden a desvanecerse en cuanto se han consumido. En su ensayo *La obsolescencia del hombre*, escrito en 1956, el filósofo alemán Günther Anders ya identificó la televisión como un medio perjudicial para la relación de una comunidad con la realidad. Incluso el tipo de persona que más se resiste a este medio se ve afectada por él: cuando sale de casa para estar con sus congéneres, esa persona se da cuenta de que la gente, a través de la cual la realidad existe, en general se ha limitado a quedarse en casa viendo una imitación de la realidad social por televisión. Lejos de ser un medio de comunicación masivo, la televisión ejerce una fuerza alienadora. Separa y aísla a los sujetos que forman un colectivo mientras ofrece a todo el mundo exactamente lo mismo, a la misma hora. Coexistimos socialmente compartiendo una realidad que solo consumimos estando aislados. Así, la televisión genera un nuevo ser social, el ermitaño en masa. “Millones de personas, a un tiempo separadas entre sí y sin embargo idénticas unas a otras, permanecen recluidas en sus hogares, no para renunciar al mundo sino para asegurarse de no perderse ni un solo instante de la imagen del mundo que ven

en la pantalla”.¹⁹¹ La realidad se disfrazada, se trocea, se encuadra y se formatea, y la televisión nos la sirve a domicilio como un producto para que no tengamos que vivirla ni experimentarla.

La televisión nos permite no tener que vivir algo que ocurre a una cierta distancia, pero sí negar que dicha distancia existe. No establece una relación con algo importante y profundo que tiene lugar independientemente de su mediación; más bien, parece contener en su totalidad lo que presenta. Paradójicamente, lo que la televisión se encarga de negar es el carácter remoto de lo que transmite. Esto se da, en primer lugar, porque la pantalla se presenta no como una reproducción del mundo, sino como una ventana abierta a él. Anders insiste en que no compone su imagen basándose en el mundo, sino que lo reemplaza por completo. Esto significa que, al final, en realidad no seremos capaces de reconocer la diferencia entre asistir a un acontecimiento a través de los medios y participar físicamente en él. En segundo lugar, esto se da también porque quienes desarrollan los programas consiguen que las figuras televisivas establezcan relaciones de pseudointimidad con la audiencia.

Cuando enciendo mi televisión y veo al presidente, aunque está a miles de kilómetros, de repente está ahí, sentado en mi cuarto de estar para charlar conmigo [...]. Cuando la presentadora aparece en la pantalla, con ese calculado afecto espontáneo, comparte conmigo ideas profundas, como si hubiera algo entre nosotros [...]. Ya sea en forma de visitas familiares o indiscretas, llegan a mí *prefamiliarizadas*.¹⁹²

De esta forma, el poder que otorga el medio –ser capaces de seguir un acontecimiento a una determinada distancia y saber lo que piensan otras personas sin tener que hablar con ellas– se convierte en una obligación: no asistir a los acontecimientos y que estos no se constituyan por la presencia conjunta de quienes acuden o dejar de entablar conversaciones con nuestros semejantes. Los acontecimientos autorizados son ahora aquellos organizados por la televisión, con personas que actúan como figurantes en función de las necesidades.

Esta fragmentación es ideal para los negocios, ya que permite a los mercaderes presentar, a través de los canales de televisión, productos que sustituirán a nivel emocional el vínculo social imposibilitado por el medio.

El régimen mediocrático continúa ejerciendo todo su poder. Si pretendemos criticarlo de una manera que trascienda los círculos de iniciados, tendremos que emplear su lenguaje y hacerlo por televisión. La deletérea magia de este medio deriva, según Anders, del hecho de que presenta un mundo que ya se ha analizado, así como declaraciones sobre las que ya se ha reflexionado. La televisión “pasa de puntillas por encima del hecho de que lo que presenta es un juicio que ya se ha emitido [...]. Para convencer a los consumidores de que no se les está convenciendo para que crean nada, el juicio convertido en imagen pierde toda apariencia de juicio”.¹⁹³ En lo que concierne al pensamiento, la pantalla no reconoce nunca habernos dado algo que ya se haya desarrollado intelectualmente. Nos brinda un resultado, una verdad previamente asida, y no nos exige que pasemos por todas las fases que han sido necesarias para que esa verdad exista; esto es comida de bebés para la mente. Por eso es tan difícil que alguien que aparece en televisión intente pensar. La experiencia les resulta violenta a todos los implicados, porque es como que te digan que te comas una patata cruda entera en vez de una cucharada de puré.

A veces hay quien intenta usar la televisión para sorprender a la gente y el propósito, naturalmente, es transmitir alguna idea. Sin embargo, esto solo puede lograrse si consigues salir por televisión. Y, tal y como ha señalado Chomsky, la televisión siempre gana, en el sentido de que solo te asigna un plazo muy breve de tiempo para hablar. Así, se convierte en un receptáculo de lugares comunes, el escenario perfecto para un concurso de gritos. Cualquier comentario paradójico o reflexivo será escupido como el hueso de una fruta. Tal es la desesperante dificultad a la que hacen frente los intelectuales que pretenden hacer uso de este formidable amplificador de voces: la exposición pública, que es la única manera de alcanzar a cientos de miles de personas, solo puede conseguirse a través de un nivel de sobreexposición que te acaba quemando. Nada de lo que trataste de decir permanecerá, salvo, quizá –y esto

es por lo que uno apuesta— una duda, que llevará a algunas personas (o puede que incluso a muchas) a ir más allá, más allá de la relación con la imagen.

EL ARTE ‘SUBVERSIONADO’

Hay algunos artistas, como el holandés Dries Verhoeven, que lamentan cómo, de un tiempo a esta parte, la institucionalización del arte ha disuadido a muchos artistas de la posibilidad de ser subversivos. Según esta creencia, la obra de estos artistas se estandariza para satisfacer las expectativas de los ministerios de cultura, los museos y otras academias. Verhoeven abordó esta situación a través de *Ceci n'est pas...*, una *performance* con elementos teatrales presentada durante diez días consecutivos en el centro de Montreal durante la primavera de 2015. La obra pretendía descolocar e impresionar. En el interior de una jaula cuadrada de apenas dos metros se desarrollaba un argumento que cambiaba cada día, diseñado para atraer la atención de los viandantes. Durante horas, un soldado insistía en destruir su tambor; un jugador de *hockey* se contorsionaba con una cadena aferrada al pie como si fuera un animal de circo; una enana seductora trataba de ligar en un bar; un padre, casi completamente desnudo, le leía un cuento a una niña en ropa interior sentada en su regazo. También se mostró a una madre soltera y a un minero canadiense explotando terrenos del Sur. La jaula era transparente y a la vez no lo era. Ciertamente, contenía seres humanos. Ver a un ser humano en una jaula no es un hecho carente de significado: la jaula sin duda era parte de la *performance*. Lo que ocurría dentro de la jaula no se desarrollaba como en las *performances* convencionales. Solo éramos capaces de ver al soldado, al hombre negro, a la enana, a la niña pequeña, a la madre soltera y al minero como seres enjaulados, aunque la mayor parte de esos *tableaux vivantes* parecían diseñados para incluir la cuarta pared (¿o quizá cuatro cuartas paredes?).

Esto era algo subversivo. ¡Tengan en cuenta que ahí dentro estaban sucediendo cosas impactantes! El primer día incluso había una cartela que explicaba lo subversivo que era todo aquello. Sin embargo, se daba una paradoja. Aquel revival del arte provocador, pensado para mostrarse más inteligente que las formas institucionalizadas, estaba subvencionado. Incluida

en el Festival TransAmériques (FTA) –que está financiado por departamentos y agencias gubernamentales, por la industria hotelera y los medios de comunicación generalistas–, esta obra oficialmente subversiva se anunció como tal y se tomó muy en serio. El objetivo era ser subversivo, pero dentro de los límites fijados por las instituciones del arte subvencionado. La naturaleza subversiva de la obra resultaba manifiesta, como si la hubieran certificado como tal los funcionarios del Ministerio de Cultura. Esto es institucionalización en toda regla. La obra de Verhoeven es una nueva versión de unas escenas que en su momento fueron provocativas creadas por Judith Malina y Julian Beck, de los días en que el Living Theater sorprendía a los neoyorkinos en plena calle; la banalidad del desmadre institucionalizado del holandés resulta tan familiar como el urinario de Duchamp.

Se representaban todos los tabús más típicos: el soldado de clase trabajadora destruyendo su tambor como un ludita; los célebres atletas negros en números circenses reminiscentes de las muestras de curiosidades coloniales; el padre y la niña pequeña, ambos casi desnudos, en un saludable equilibrio psicológico al que apenas le falta un pelo para llegar al incesto y la pederastia; la enana seductoramente vestida revelando lo discriminatorio de la historia de la sexualidad. Lo subversivo opera a través de señales. Si uno no comprende lo que se está denunciando en términos generales, todo se explicitará por medio de una cartela explicativa o una canción que contenga el mensaje: la lucha contra el racismo; la denuncia de las políticas de inmigración canadienses; la necesidad de contacto físico entre padres e hijas; el derecho a ser diferente en un contexto de seducción, etcétera. Nos encontramos dentro de los límites de lo que este arte *subversionado* puede tolerar y comprender: una serie de lugares comunes que hoy se pueden encontrar en periódicos de gran tirada, publicaciones oficiales y programas televisivos de variedades.

El arte *subversionado* es genuinamente provocador. Pero eso no quiere decir que incida en el público de manera subversiva. Puede ser que nos perturben el mal gusto, la impudicia, la provocación o el insulto, pero, de hecho, lo que se está atacando es nuestra inteligencia: es difícil de creer que un artista pretenda

provocarnos con trucos tan viejos. Lo que vemos en la jaula de cristal es la repetición poco profunda de un gesto ya cansado. Tal y como comentó un viandante desde la distancia: “No me molesté en mirar porque estamos justo al lado del museo de arte contemporáneo, así que estoy bastante seguro de que será ‘arte contemporáneo’”. Llegados a este punto, esa canción ya nos la sabemos.

Estos estereotipos de subversión teledirigida tienen también un efecto más profundo e inquietante. Es algo que nos repugna y en un primer momento ni siquiera sabemos por qué. ¿Acaso es porque parece la broma floja de un estudiante? ¿Es la falta de valentía del artista? ¿La sensación de *déjà vu*? La respuesta probablemente se halle en la peligrosa cercanía entre la subversión y la perversión, que analizó con brillantes resultados en 1977 el filósofo Mikel Dufrenne, en un libro cuyo título se compone de ambos términos.¹⁹⁴ El menor movimiento lleva de un concepto al otro y la idea de la subversión justifica la cruda expresión del placer perverso que se está denunciando, pero solo a un nivel superficial. Esto es lo mismo que hace la televisión cuando se afana en mostrar con un tratamiento sensacionalista las imágenes de un asesinato atroz o de una reyerta degradante que, sin embargo, asegura estar denunciando.

Las escenas que nos arrojan a la cara en pleno centro de Montreal para enfrentarnos a nuestros supuestos tabús, con actores metidos en una jaula transparente –entre ellos la niña pequeña en sujetador, que ciertamente aún no había alcanzado la edad requerida para dar su consentimiento legal, y a la que se pasaron el día grabando una serie de curiosos idiotizados, y que no tenía otra cosa que hacer aparte de distraerse con las exclamaciones de las señoras que protestaban por su presencia allí– producen un momento de perversión sacado de la nada. Ofrecer una escenificación de la pederastia o reducir a un hombre de raza negra a la condición de animal de circo o exhibir a una enana vestida como se supone que todas las mujeres querrían verse (por mucho que el feminismo lleve décadas denunciando ese reduccionismo) o estigmatizar a una joven embarazada... todo esto es lo que *Ceci n'est pas...* hacía con

placer, bajo el pretexto de hacer emerger una incomodidad de la que se suponía que el desafortunado público tendría que sentirse culpable.

Y todo ello en nombre de la emancipación del arte en su relación con las instituciones culturales, cuando son estas las que en este sencillo proceso –y más que nunca– vuelven a mostrar su negligencia.

UNA VISIÓN DEL MUNDO EN CARTÓN

Hay quien demuestra tener más tacto. El artista visual Mitch Mitchell nos perturba de una manera productiva trabajando con pequeñas cajas de cartón. Cientos de estos objetos sencillos pero cargados de significado se agrupan o apilan en una gran sala en la que podemos verlos desde arriba o bien desplazarnos en torno a ellos. Lo que se nos brinda es un muy significativo punto de vista sobre la industria que se encarga de transportar los bienes de consumo: no se trata de nuestro punto de vista, sino del punto de vista de los actores financieros y los técnicos que gestionan este enorme sector transnacional. El envío de mercancías y la sobreproducción de bienes de repente abandona aquí el mundo de lo abstracto, donde lo vemos como algo racional y soportable, y se presenta en toda su increíble y megalómana proliferación. Cientos de contenedores en miniatura, esparcidos por el espacio expositivo Sporobole de Sherbrooke, en Quebec, representan las tres fases fundamentales en la vida de un contenedor. En primer lugar, Mitchell nos muestra infinitas perspectivas de contenedores apilados en montones enormes y en una disposición aleatoria. Después, reproduce el momento en que estos se cargan en distintos medios de transporte. Finalmente, nos enseña su última ubicación, un vertedero donde acaban amontonados en una masa informe. Al brindarnos una vista desde arriba –somos como gigantes rodeados de lo que parecen ser unas cajas minúsculas que muy bien podríamos aplastar al pasar–, la instalación nos pone en la posición de un directivo empresarial que puede ver desplegado el resultado de su trabajo en términos exclusivamente contables. Cada elemento en sí mismo resulta irrisorio. El cartón en que está fabricada cada unidad refuerza la impresión de insignificancia. Cuando ya vamos a abandonar la exposición, Mitchell nos ofrece un patrón que cada uno de nosotros puede emplear para crear su propia unidad. El artista supera así la

clásica tensión entre lo estético y el mundo de los negocios, empleando lo primero para dotar de significado a la visión de conjunto imperante en lo segundo.

El punto de vista de la gestión empresarial también puede llevar a la reflexión crítica. La exposición nos induce a advertirlo. Compartir el punto de vista de la ideología puede ser una manera de revertirlo. La revolución no es espectacular. Cuando la visión general se reduce a la dimensión contable, las consecuencias sociales, políticas y económicas del desarrollo industrial permanecen ocultas; pero si la obra representa una visión abierta a los cuestionamientos políticos, esta nos puede ayudar a hacer conexiones que ninguna persona podría establecer por su cuenta. Los contenedores metálicos de los barcos transportan más cosas, no solo mercancías y baratijas fabricadas por personas de Oriente que trabajan como esclavos para personas que pueden permitírselas en Occidente. Llevan cocaína colombiana a Nueva York a través de los discretos canales de Trinidad y Tobago o armas de la antigua Unión Soviética a Angola y puede que también reverberen con los gritos de migrantes clandestinos de Marruecos pasando por Portugal con destino a las aguas del río de San Lorenzo. Estos contenedores muestran crudas realidades al tiempo que las cubren de silencio y oscuridad: son cajas negras rodeadas de los escombros del sufrimiento humano, el que nadie quiere descubrir ni abordar. Tramitados por empresas de importación/exportación radicadas en paraísos fiscales, los transportan cargueros con bandera en puertos francos que van repletos de productos manufacturados en los talleres clandestinos de las zonas libres de impuestos. Las muñecas, las sillas de plástico y las cabezas de ajo que nos traen son el síntoma de lo que elegimos no decir sobre unas industrias que explotan al trabajador hoy como lo hacían en el siglo XIX. Los contenedores nos muestran lo que ocurre tras la escena del fetichismo de la mercancía y la ficción de la autoproducción.

¿A qué realidad hacen referencia las historias contenidas en estas cajas negras? Desde hace unos años, el que se ha fijado en los contenedores es el mundo del arte. En tanto que callan todo aquello que revelan, los contenedores nos perturban e impresionan. Los fotógrafos a menudo echan mano de

perspectivas sorprendentes para mostrárnoslos. Resoplamos cuando los vemos por decenas de miles ocupando monótonas extensiones industriales, en los suburbios de las metrópolis por donde se despliega el fetichismo de la mercancía. Andreas Gursky se ha encargado de fotografiar estos paisajes. Edward Burtynsky nos habla de su fría aparatosidad con sus imágenes de puertos industriales nortños. Un festival de teatro alemán, el Politik im Freien Theater, los usó en una ilustración en 2005. El fotógrafo Chris Jordan nos ofrece espectaculares imágenes de contenedores apilados en vertederos normales y corrientes de la costa oeste estadounidense. En 2005 había más de un millón de contenedores abandonados en las inmediaciones de los puertos de ese país. Hay emprendedores que, intuyendo la oportunidad de negocio, los han transformado en unidades para usar como residencias, o tal vez como cárceles. Y hay artistas de otro tipo que, inspirados también por las posibilidades de reutilización, de pronto han empezado a concebir propuestas curiosas para reciclarlos y humanizarlos. El arquitecto japonés Shigeru Ban ha llegado a diseñar unidades habitacionales basadas en contenedores, un proyecto de auténtico mérito estético. Otros se han especializado en emplearlos en escena. Se pueden consultar muchos otros ejemplos en internet¹⁹⁵ de transformaciones tan efectivas que acabamos corriendo el riesgo de olvidar la oscura realidad económica subvertida por estos usos que se nos proponen. A los contenedores se les da una nueva vida –no tanto para que podamos olvidar de dónde vienen, sino para sumar, a las historias de horror que encarnan, un episodio que pueda redimirlos en su significado– y la esperanza de que algún día el macabro sistema que los ha hecho posibles se convierta en una cosa del pasado.

¹⁵⁵ FREUD, Sigmund (1963): *Jokes and Their Relation to the Unconscious*, James Strachey (trad. al inglés), Nueva York, W. W. Norton and Co., p. 16, traducción propia [(2012): *El chiste y su relación con lo inconsciente*, Luis López-Ballesteros y de Torres (trad.), Madrid, Alianza Editorial].

¹⁵⁶ *Ibid.*, p. 17.

¹⁵⁷ FALARDEAU, Pierre (1985): *Le temps des bouffons*, traducción propia.

¹⁵⁸ PICHLER, Andreas (2012): *The Venice Syndrome*, National Film Board of Canada.

¹⁵⁹ FREUD, Sigmund (1963): *op. cit.*, p. 17.

160 ENZENSBERGER, Hans Magnus (1983): “Der Triumph der Bild-Zeitung oder die Katastrophe der Pressefreiheit”, *Merkur*, vol. 37, n.º 420, junio, p. 656, traducción propia.

161 En 2017 el valor total de los bienes del patrimonio familiar y de los dos hermanos Desmarais, André y Paul junior, se estimó en más de 4.000 millones de dólares. Véase CLOUTIER, Jean-François (2017): “Comment les Desmarais ont évité le classement Forbes”, *Journal de Montréal*, 25 de marzo.

162 NEWMAN, Peter Charles (1993): “Epitaph for the Two-Party State”, *Macleans*, 1 de noviembre, p. 14, traducción propia.

163 LUNDY, Matt (2013): “The Life of Paul Desmarais: From Bus Operator to Connected Billionaire”, *The Globe and Mail*, 9 de octubre, traducción propia.

164 El vídeo *The Making Of*, sin título ni fecha concretos, grabado en 2008 (producción: Oxygène; equipo creativo: Paul Desmarais, Studio JP Molyneux y Les Ensembliers), lo difundió el colectivo Anonymous en 2012 y está disponible en https://www.youtube.com/watch?v=M7OIFp_9U_E [consultado el 03/06/2019].

165 Parte de la letra de “Le Blues du businessman”, canción compuesta por Luc Plamondon y Michel Berger.

166 ADORNO, Theodor y HORKHEIMER, Max (1989): “The Culture Industry: Enlightenment as Mass Deception”, *Dialectic of Enlightenment*, John Cumming (trad. al inglés), Nueva York, Continuum, p. 121, traducción propia [(2007): *Dialéctica de la Ilustración*, Joaquín Chamorro Mielke (trad.), Madrid, Akal].

167 *Ibid.*, p. 129.

168 MARCUSE, Herbert (2002): *One-Dimensional Man: Studies in the Ideology of Advanced Industrial Society*, Londres y Nueva York, Routledge, p. 10, traducción propia [(2016): *El hombre unidimensional*, Antonio Elorza (trad.), Barcelona, Austral].

169 “Extrait de la politique culturelle de Liza Frulla”, *Liberté*, primavera de 2014, traducción propia.

170 Esta es nuestra traducción de las expresiones francesa e inglesa empleadas por la Cámara de Comercio: *créateurs d'affaires* y *the art of business*, respectivamente.

171 Cámara de Comercio de la ciudad de Montreal (2011): “The Art of Investing in Culture. A Guide for Businesspeople”, disponible en https://www.artsmontreal.org/media/conseil/publications/guideInvestirCulture2011_en.pdf [consultado el 04/06/2019] y “Leave a Legacy”, disponible en <http://www.montrealartsaffaires.org/en/fiche/leave-a-legacy> [consultado el 04/06/2019].

172 MALLARMÉ, Stéphane (2007): “Gold”, *Divagations*, Barbara Johnson (trad.), Cambridge, Harvard University Press, traducción propia [(1998): *Divagaciones: seguido de prosa diversa; correspondencia*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú].

173 STEIN, Gertrude (1996): “Money”, *On the Third Hand: Humor in the Dismal Science*, Caroline Postelle Clotfelter (ed.), Ann Arbor, University of Michigan Press, p. 236.

174 BEUYS, Joseph (2010): *What is Money?*, Isabelle Boccon-Gibod (trad. al inglés), Forest Row, Clairview Books.

175 ARTAUD, Antonin (1971): “La faim n’attend pas...”, *Oeuvres complètes*, n.º 8, París, Gallimard, traducción propia.

176 GIDE, André (1925): *The Counterfeiters*, Dorothy Bussy (trad. al inglés), Nueva York, Vintage Books, p. 149, traducción propia [(1985): *Los monederos falsos*, Barcelona, Seix Barral].

177 *Ibid.*, p. 149, traducción propia.

178 WHITE, Gilbert (1877): *The Natural History and Antiquities of Selborne*, carta VIII, Londres, John

Van Voorst, p. 23.

179 CHAR, René (1992): “Man Flees Suffocation”, *Selected Poems*, Mary Ann Caws y Tina Jolas (eds.), Mary Ann Caws (trad. al inglés), Nueva York, New Directions, traducción propia [(2002): *Furor y misterio: las hojas de Hipnos*, Madrid, Visor de Poesía].

180 MONDZAIN, Marie-Josée (2004): *Image, Icon, Economy: The Byzantine Origins of the Contemporary Imaginary*, Stanford, Stanford University Press.

181 AVENARIUS, Richard (1876): *Philosophie als Denken der Welt gemäß dem Prinzip des kleinsten Kraftmaßes. Prolegomena zu einer Kritik der reinen Erfahrung*, Leipzig, Fues's Verlag (R. Reiland).

182 Transportation Safety Board of Canada (2014): *Lac-Mégantic Runaway Train and Derailment Investigation Summary*, Ottawa, Public Works and Government Services Canada, p. 7.

183 SAINT-CERNY, Anne-Marie (2017): “Les tragédies sans fin de Lac-Mégantic”, *À babord*, n.º 68, febrero-marzo.

184 McNISH, Jacques; ROBERTSON, Grant y MACKRAEL, Kim (2013): “Crude That Exploded in Lac-Mégantic Was Mislabeled: Officials”, *Globe and Mail*, 11 de septiembre.

185 Transportation Safety Board of Canada (2017): *Statistical Summary—Railway Occurrences 2016*, 7 de diciembre, disponible en www.bst-tsb.gc.ca/ [consultado el 04/06/2019] y Statista Portal, “Number of Rail Accidents and Incidents in the United States from 2013 to 2016”, disponible en <https://www.statista.com/statistics/204569/rail-accidents-in-the-us/> [consultado el 04/06/2019].

186 Transportation Safety Board of Canada (2014): *op. cit.*, p. 3.

187 LES WHITTINGTON *et al.* (2013): “Lac Megantic Explosion: Ottawa Approved Having Only One Engineer on Ill-Fated Train”, *Toronto Star*, 9 de julio.

188 MARQUIS, Melanie (2013): “Study Shows High Pollution at Lac-Mégantic: One Carcinogen 394,444 Times Above Limit”, *Globe and Mail*, 13 de agosto.

189 LIPOVETSKY, Gilles y SERROY, Jean (2013): *L'esthétisation du monde: vivre à l'âge du capitalisme artiste*, París, Gallimard, p. 34, traducción propia [(2015): *La estetización del mundo*, Antonio-Prometeo Moya (trad.), Barcelona, Anagrama].

190 “Reconstruction de Lac-Mégantic: des travailleurs critiquent la gestion des travaux”, Radio-Canada, 23 de octubre de 2013.

191 ANDERS, Günther (1956): *Die Antiquiertheit des Menschen: Über die Seeleim Zeitalter der zweiten industriellen Revolution*, Múnich, Verlag C. H. Beck, p. 102, traducción propia.

192 *Ibid.*, p. 118.

193 *Ibid.*, p. 161.

194 DUFRENNE, Mikel (1977): *Subversion perversion*, París, Presses universitaires de France.

195 Véase, por ejemplo, The Container Post, *architechnophilia* (blog), 10 de marzo de 2009, disponible en <http://architechnophilia.blogspot.com/2009/03/container-post.html> [consultado el 04/06/2019] o Containers 2.0, *op. cit.*, 31 de marzo de 2009, disponible en <http://architechnophilia.blogspot.com/2009/03/containers-20.html> [consultado el 04/06/2019].

IV

LA REVOLUCIÓN: ACABAR CON LO QUE DAÑA AL BIEN COMÚN

Cuando Albert Camus aceptó el Premio Nobel de Literatura en 1957 reflexionó sobre los tiempos que estaba viviendo:

Hoy todo ha cambiado y hasta el silencio toma un sentido peligroso. A partir del momento en que abstenerse de elegir se considera una elección en sí misma, castigada o elogiada como tal, el artista, quiera o no, se embarca. *Embarcado* me parece más correcto que *comprometido*. Para el artista no se trata, en efecto, de un compromiso voluntario, sino más bien de un servicio militar obligatorio. Todo artista hoy se compromete con las galeras de su tiempo.¹⁹⁶

Como cualquier artista, nacemos en medio de un mar turbulento y embarcamos a la fuerza.

Sin embargo, cuando el conocimiento se produce en manos de expertos para dar forma a ideologías, todo conspira para negar la condición en la que nos encontramos. La manera actual en que gestionamos el conocimiento es la prueba con la que nos autoconvencemos de que todo está bajo control. El conocimiento –el del único tipo que cuenta, porque está financiado y reconocido por nuestros semejantes y acólitos– sustenta el mundo de lo empírico. Este conocimiento oficial atribuye significado a estructuras de poder con arreglo a las expectativas de los poderosos, es decir, de quienes lo financian. Convierte estructuras en hechos de la naturaleza y brinda la argamasa semántica que nos permite organizar las instituciones de la autoridad

y mantenerlas en cabeza de todos. Se hará lo que haga falta para evitar cualquier cambio de tono, salvo en los casos de los sueños utópicos de algunos intelectuales que se han desviado del camino. Como grupo, seguimos sin poder evitar las reflexiones intempestivas e inquietas acerca de nuestra sociedad, aunque tal vez creamos que este tipo de expresión se ha confinado de manera permanente al ámbito marginal de la crítica.

Ensayista marxista en activo entre los siglos XIX y XX, Rosa Luxemburgo señaló acertadamente que las personas no se convierten en revolucionarios porque les encanten las crisis y las catástrofes, sino por el miedo a la crisis y a la catástrofe que nos genera el sistema establecido en nuestro tiempo. Luxemburgo se encargó de recordarle a todo el mundo que la economía capitalista estaba abocada al desastre y que provocaba miseria a la gente a la que tenía sometidas; por este motivo había que echar mano de voluntad política, entre otras cosas, para derrocarlo.¹⁹⁷ En tiempos de la autora, había una firme convicción de que eran ciertas las predicciones de Marx –cuyo carácter científico (esto es, positivista) había tratado de presentar Engels por todos los medios a su alcance–: las predicciones de que el capitalismo estaba destinado a caer en virtud de sus propias contradicciones, y de que la fuerza revolucionaria solo era necesaria para contribuir a esa caída.

La insobornable postura de Luxemburgo se ha disuelto en enfoques que no implican más que la necesidad de sobrellevar el poder aparentemente inexpugnable del capitalismo. La socialdemocracia (o el socioliberalismo) hace tiempo que implica salvaguardar las estructuras de producción y el capital financiero, mientras se lucha para atenuar la explotación de los trabajadores y empleados que posibilitan que el sistema funcione. En algunos casos, también ha significado salvar al capital de su propia propensión a la crisis, asumiendo las consecuencias desatadas por los aprendices de mago de la gestión privada.

Ante la incapacidad para transformar el mundo, algunos críticos han dirigido su trabajo a la creación de pequeños mundos: microcosmos utópicos en los que se revierten las relaciones de poder. El objetivo es establecerse uno mismo en el centro de un pequeño mundo, a cierta distancia de un mundo más

amplio del que ya nada se espera. Estos mundos pedestres, ricos en ideas e iniciativas y a veces ejemplares en su virtuosa reedición de momentos democráticos, también pueden acabar desarrollándose como lugares de extrema confusión donde la gente reinventa la rueda, establece nuevos contratos sociales con las mismas taras que los viejos y ejerce la violencia propia de los actos fundacionales originales de una manera no del todo diferente a la de ciertos regímenes totalitarios, si bien a una escala mucho menor. El proselitismo y el pensamiento en blanco o negro reemplazan entonces a la crítica.

Hay liberales y adeptos del libertarismo que, consternados, últimamente han reestablecido la imagen de un espectro político de derecha/izquierda, organizado esta vez exclusivamente según el concepto de libertad. En realidad, sus enfoques y sus prácticas, y los derechos y principios que propugnan a menudo se parecen a una vitrina de supermercado de la que haya que ir cogiendo artículos para mostrarlos en función de las circunstancias y los intereses. La consigna ahora tiene que ver con “mis derechos” y con “lo que yo quiero”, ¿a quién le puede importar cualquier otra cosa? El mundo se ha dislocado o bien ha desaparecido y se ha complicado la tarea de pensar en desarrollar no ya libertades, sino restricciones. La idea de trabajar juntos en igualdad de condiciones para dar forma a las restricciones que queremos imponernos como base de nuestra vida en sociedad –restricciones que garantizan la posibilidad de libertades para el mundo entero– ya ni siquiera puede llegar a concebirse.

De hecho, nos esforzamos en establecer otro tipo de relaciones sociales, de la misma manera que nos parece imposible pensarnos como revolucionarios de una manera que no sea romántica. Y, sin embargo, la revolución –entendida como el hecho de derrocar y de hacer que formen parte del pasado instituciones y poderes que causan un grave perjuicio al bien común– es un trabajo de una urgencia extrema, incluso aunque se trate únicamente de salvaguardar cualquier ecosistema que aún tenga opciones de sobrevivir al ciego proceso de destrucción llevado a cabo por la gran industria y las altas finanzas, o de conseguir que quienes toman las decisiones económicas

modifiquen radicalmente su manera de pensar en favor de los miles de millones de personas desfavorecidas que en la actualidad experimentan en sus cuerpos un nivel desquiciante de exclusión social.

Si se anuncia (o se canta) con demasiada claridad, la revolución corre el riesgo de convertirse en nada más que una nueva versión del juego al que los potentados y otros miembros destacados de la sociedad siempre han sabido jugar con ventaja. Esta idea la expresa con mucha fuerza Giuseppe Tomasi di Lampedusa en su novela *El gatopardo*, y Visconti en su adaptación cinematográfica: una saga revolucionaria se convierte en una historia de cambio estructural auspiciado por unas élites que se aseguran de que nada cambie en realidad. Pensar en la revolución de un modo no romántico implica no tener ninguna idea preconcebida de cómo habrá de ser. Es más importante reconocer la revolución como algo perteneciente al ámbito de lo necesario que identificar una táctica exclusiva o un movimiento programático en la historia. Acabar con lo que daña al bien común: ya hemos llegado a un punto en el que hay que detener la destrucción a gran escala de los ecosistemas, así como la explotación extractiva que machaca y aplasta a las personas, y las dinámicas financieras que siguen ahondando la zanja entre ricos y pobres. Tal vez las propias circunstancias acaben por condenar al pasado a algunas instituciones que dañan el bien común, pero esto también puede acabar siendo trágico, si no se hace nada por modificar la senda que hoy nos aboca al desastre.

Las llamadas a la acción se producen en un estado de desorden en el que ya es imposible esconderse. ¿Qué hacer? Pues lo que sea. Si surge una actitud que nos libera de los lacerantes efectos de la mediocridad o una idea que nos ayuda a desarrollar una vida pública fundada en la justicia, ya estaremos avanzando, aunque sin ninguna garantía. Según Patrice Loraux, “las políticas de izquierdas son políticas que no saben a dónde se dirigen”.¹⁹⁸ Necesitamos desviarnos del camino que lleva a un caos previsible y establecer una vía que la gente que reside en los suburbios esté dispuesta a seguir cuando empiece a dudar; esto bien podría acabar ocurriendo el día que un depósito lleno de gasolina cueste más dinero del que esa gente gana en una jornada de trabajo. Cuando el coro ideológico se vuelva disonante, será el momento de emprender

juntos y con poder soberano, la ruptura; será el momento para un acto de corruptura y no de corrupción. Esta es la premisa de Pascal adaptada a la política. Podemos actuar como si nuestras acciones tendieran necesariamente al derrocamiento de un orden que genera devastación a gran escala, trascendiendo su pretensión de dárnoslo todo en bandeja; podemos mirar hacia adelante, hacia el día en que se tambalee la confianza de la mayoría en el discurso de este orden; podemos contar con la chillona evidencia de su carácter falaz; podemos avanzar y confiar en que la autocrítica y una enorme cautela formen parte de nuestro raciocinio; y, si creemos que nuestras acciones están destinadas al éxito histórico, estas pueden llegar a tener lugar en la realidad, cuando la oportunidad se presente y llevarnos más lejos.

LA CORRUPtura

A estas alturas, los asuntos de la corrupción van más allá del tráfico de influencias, de los sobres llenos de billetes y del trato preferencial con los que se la suele vincular. Estos no son más que síntomas. La corrupción es algo mucho más serio: es un proceso de deterioro radical con un efecto profundamente negativo en todo cuanto es fundamental.

Un texto antiguo, *Acerca de la generación y la corrupción* de Aristóteles, nos ayuda a definir el concepto basándonos en dos aspectos. En esta obra, el filósofo explica que la corrupción no tiene lugar cuando algo se altera o se corroe, a secas, sino cuando alguno de sus atributos o características se ve modificado. Por ejemplo, una vara de metal que pasa de caliente a frío sin duda está siendo modificada, pero no llega a ser corrompida. La corrupción se da únicamente cuando algo se transforma de manera tan profunda que ya no reconocemos su naturaleza. Tiene lugar “no por virtud de la agregación o la segregación [de sus elementos constitutivos], sino cuando algo pasa de ser esto a ser aquello, como un todo”.¹⁹⁹ Una cosa se corrompe cuando se la modifica en sus elementos permanentes. Cuando una semilla se convierte en trigo, por ejemplo, se corrompe para poder generar algo distinto. El proceso provoca que emerja un algo que es distinto en sus componentes más básicos.

Los postulados de Aristóteles sugieren que definamos la corrupción como un proceso que con el tiempo termina por concluir. La corrupción se agota a sí misma. Alcanza la completitud. En este sentido, la corrupción no es un daño marginal, ni un mal limitado, ni una marca superficial. Tenemos que entenderla como un ataque. No podemos seguir definiéndola como una amenaza o un mero elemento corrosivo: debemos pensar en su resultado ulterior. Pensar en el proceso de la corrupción llama a la reflexión positiva acerca de sus resultados. Dado que la corrupción tiene consecuencias, lidiar con ella implica necesariamente que identifiquemos lo siguiente: ese algo nuevo que aparece al final del proceso. Hemos pasado de un estado a otro distinto. ¿Cuáles son esos dos estados?

La corrupción no puede ser eterna. No hay nada que pueda describirse como un proceso interminable de corrompimiento. La corrupción es una acción que, al llevar a cabo la radical transformación que supone, alcanza su final. En términos de moral política y de lo público, por ejemplo, no se puede hablar durante décadas de la corrupción de las instituciones y de sus principios sin preguntarse qué es lo que ha pasado con ellas a partir de los cambios profundos a los que damos ese nombre.

Histórica y colectivamente, ahora ya hemos alcanzado un punto en que podemos decir: aquí ha habido corrupción. Y, siendo este el caso, ¿a qué hemos llegado? ¿Dónde nos encontramos en la actualidad y qué es lo que afrontamos?

Esta es una tarea para la filosofía: no contentarnos con el conocimiento especializado de los clásicos como fuentes de modelos de orden abstracto, según los cuales los académicos pueden valorar negativamente el estado contingente de las cosas, sino crear conceptos mediante los cuales podamos aprehender el nuevo orden que emerge de la corrupción, a medida que esta se va desarrollando y agotando a sí misma. ¿Cómo podemos nombrar, pensar y organizar ese algo nuevo, esa estructura u organización que resulta de la corrupción? No decimos ya que la corrupción amenaza la democracia de manera indefinida, sino que el principio mismo de la democracia, ya corrupto, da pie a un nuevo régimen que puede describirse con la palabra gobernanza.

La universidad corrupta acaba convertida en una institución dentro del negocio de la venta de eso que llaman *expertise* profesional. La economía corrupta da pie a la oligarquía financiera. Las instituciones judiciales corruptas desembocan en el empleo de costosas entidades privadas para llegar a acuerdos con los que dar solución a los contenciosos. Por supuesto, no podemos contentarnos con meros eslóganes y etiquetas. Debemos definir las formas y maneras de estas nuevas instituciones, comprender cómo funcionan y, de nuevo, ver qué podemos hacer para interponernos en su camino.

Por tanto, veamos el principio democrático mismo como algo corrompido. Un ejemplo de ello es la manera en que se está logrando la transformación del mundo a manos de la gestión de tipo empresarial, en las cabezas de la gente, bajo el nombre de gobernanza. Las instituciones públicas se están caricaturizando como guaridas habitadas por gente de la que no nos podemos fiar: una camarilla de actores privilegiados (funcionarios y titulares de plazas). Los generadores de opinión afirman que hay que controlar a esta camarilla, para así bloquear la amenaza que encarna, y han de encargarse de ello el sector privado y una serie de organizaciones que representan los intereses de llamada la sociedad civil. La ciudadanía hoy se entiende como un conjunto de personas que defienden intereses privados a modo de pequeños *lobistas*. La pretensión de este sistema es sencilla: estos actores desiguales ahora deben asociarse —o establecer *partnerships*— y los de menor tamaño tendrán que acoplar sus intereses de escasa entidad a los de los peces gordos. Cuando una multinacional decide perforar algún terreno, por ejemplo, los miembros de esa comunidad deberán ingeniárselas para hallarle a esa práctica un sentido a nivel local. Establecer *partnerships* se convierte en un imperativo moral: ambas partes deberán mostrarse igual de abiertas, aunque la relación de poder sea absolutamente desigual. Mientras tanto, las ideas más potentes surgidas en la historia de la democracia, como la de pueblo, la de bien común o la del bienestar social, van desapareciendo subrepticamente.

Veamos también la idea de un Estado basado en el principio de la ley como un concepto profundamente transformado de un tiempo a esta parte, con la aparición de paraísos fiscales y otros tipos jurisdiccionales acomodaticios. Al

competir entre sí para atraer a inversores ahora ya soberanos, los Estados han ingresado en una espiral de rebajas fiscales, regulatorias y judiciales. Los paraísos fiscales y legales ya no se encuentran únicamente en países hasta ahora reconocibles como tales (Bahamas, Luxemburgo o Singapur), sino que también están en Canadá, Delaware, Austria, Irlanda y Costa de Marfil. Los países *offshorizan* cuerpos enteros de su legislación y así organizan zonas administrativas no intervenidas, especiales para beneficio de los grandes grupos de la industria, de las finanzas o del crimen organizado, los cuales llevan mucho tiempo operando de manera transnacional (esto es, al margen de los marcos legales de cada nación).

Finalmente, convengamos que el régimen en el que ahora mismo nos encontramos no supone una amenaza para la democracia, sino que ya ha llevado a cabo aquello con lo que amenazaba. Llamémoslo plutocracia, oligarquía, tiranía parlamentaria, totalitarismo financiero o cualquier otra cosa. Debamos sobre cuál es la mejor manera de definir este poder ultraprivado. Una de sus características, que sin duda lo identifica como una oligarquía, es su capacidad de capturar y codificar cualquier actividad social para convertirla en parte del proceso de capitalización que enriquece a quienes ocupan sus tronos en la cúspide de la jerarquía. Cantar, coleccionar sellos, darle a una bola con un bate, leer a Balzac o fabricar motores: sea cual sea, la oligarquía se asegura de que cualquier actividad socializada, por magra que resulte, se inserte en el sistema que gestiona las inscripciones y los códigos en beneficio de la concentración de poder por arriba. Toda actividad humana se organiza de tal manera que esta aumente el capital de quienes supervisan las operaciones que se van agregando. Esto nos empobrece en todos los sentidos.

Una vez que hayamos encontrado el nombre correcto para estos regímenes, se requerirá de nosotros que nos resistamos a ellos si somos demócratas o que nos pongamos manos a la obra para derrocarlos. Esto implica romper con el nuevo orden, forzar una ruptura con sus lógicas dañinas y destructivas y emanciparnos colectivamente. Debemos ejercer esta ruptura todos juntos: será una corruptura.

Es el momento de que cambiemos los fundamentos del régimen establecido. A partir de ahora, la fuerza corruptora seremos nosotros. Tenemos que poner en marcha la corruptura con respecto a estas terribles formas de poder para generar otras distintas.

Pero volvamos a nuestro filósofo clásico, Aristóteles. Para él, no había corrupción sin generación. “La generación de una cosa, en el caso de las sustancias, siempre conlleva la corrupción de otra, y la corrupción de una cosa es la generación de la otra”.²⁰⁰ Así se genera una nueva situación sobre la base de la situación que hemos convertido en obsoleta. La generación y la corrupción se producen desde el mismo poder. ¿Qué es lo que diferencia las dos acciones?

Aristóteles no emite juicios explícitos de valor moral, pero sí tiende a colocar a la generación en el lado positivo entre dos columnas de opuestos. Lo que se genera es lo que tiene propensión a la mejoría, mientras que la corrupción, por lo tanto, tiene propensión al empeoramiento. Aristóteles pone el ejemplo del conocimiento, que entra dentro de lo que se genera, mientras que la ignorancia es patrimonio de la corrupción.²⁰¹

Sin llegar a forzar el sentido del texto, podemos decir que la generación está relacionada con un resultado positivo de un proceso de transformación radical. Llevando estas palabras un poco más allá, podemos decir que un programa político que encarne la tensión entre la corrupción y la generación nos llevaría a diseñar un proyecto que tenga por objetivo ofrecer una considerable transformación de la sociedad hacia formas que consideramos deseables.

Aquí y ahora estamos desarrollando una capacidad más amplia para nombrar una realidad que es compleja: un proceso de corrupción que nos conduce al duelo por las buenas ideas que hemos llegado a desarrollar en colectivo; y un proceso que genere Plazas Rojas emancipatorias, movimientos Occupy, Primaveras políticas y otras formas de renovación que, pese a sus muchos defectos, persisten en el intento de minar y subvertir las bases de las instituciones mediocráticas.

196 CAMUS, Albert (1988): *Resistance, Rebellian and Death: Essays*, Justin O'Brien (trad. al inglés), Nueva York, Vintage International, p. 249, traducción propia [(2010): *Obras completas*, Madrid, Alianza].

197 LUXEMBURGO, Rosa (2008): *The Essential Rosa Luxemburg: Reform or Revolution and The Mass Strike*, Integer y Patrick Lavin (trad. al inglés), Chicago, Haymarket Books, traducción propia.

198 LORAUX, Patrice (1993): *op. cit.*, traducción propia.

199 ARISTÓTELES (1993): *De generatione et corruptione*, C. J. F. Williams (trad.), Oxford, Clarendon Press, p. 8, traducción propia [(1998): *Acerca de la generación y la corrupción*, Barcelona, Gredos].

200 *Ibid.*, p. 13.

201 *Ibid.*

EPÍLOGO

LAS POLÍTICAS DEL EXTREMO CENTRO²⁰²

*E*n un momento dado, comunistas, socialistas y socialdemócratas europeos comenzaron a describirse a sí mismos como “de izquierdas, pero...”. Somos de izquierdas, ¡pero no estalinistas! No queremos burocratizar las instituciones públicas. No queremos pasarnos nacionalizando. No queremos un impuesto de sociedades demasiado alto: hay que estimular los negocios. No queremos una semana laboral más corta con carácter obligatorio. No queremos atraer al tipo de personas a las que se considera clases peligrosas, ni a otros elementos foráneos. Por aquella época, la adscripción política de un individuo se definía en el espacio que quedaba entre los intocables valores de izquierdas y los programas políticos que se suponía que los representaban. Sin embargo, no todo el mundo tiene lo que hay que tener para ser André Gide, cuya crítica de la Unión Soviética allá por 1936 escandalizó a los palmeros de Stalin y contribuyó a redefinir su posición en la izquierda francesa, sin perder nunca de vista los principios básicos del progresismo. Al haber tanta gente asegurando ser “de izquierdas, pero...” los valores de la izquierda se fueron progresivamente vaciando de contenido con sucesivas medidas que los contravenían. Los programas políticos identificados como de izquierdas –pese a coincidir en todos los aspectos con las tesis liberales y ultraliberales a las que pretendían oponerse– terminaron corrompiendo hasta la definición misma de los valores de izquierdas. ¿Cómo olvidar en Reino Unido la admiración desmedida de Tony Blair por los “generadores de riqueza” o cuando Margaret Thatcher comentó que sus mayores logros fueron “Tony Blair y el Nuevo Laborismo”? ¿Quién podría haberse imaginado que cuando la izquierda socialdemócrata de Gerhard Schröder llegó al Gobierno en Alemania el único resultado sería el de unos programas de austeridad especialmente dirigidos a los colectivos empobrecidos? ¿Quién, en Francia, puede olvidar que Laurent

Fabius, un socialista de partido donde los haya, apelando a los valores “eternos” de la izquierda y recitando los sagrados nombres de *liberté, égalité, fraternité* y *laïcité*, desdeñó por completo la tesis más transversal del socialismo: la elaboración consensuada de *coacciones públicas* a los poderosos gracias a una voluntad colectiva? ¿Cómo olvidar a Michel Rocard, portador del estandarte de una “nueva izquierda” de similares características, llamando al “cese de las ideologías”, en pro de un mayor bien común aliado con el poderoso sector privado? Desde este punto de vista, lo único que podía hacerse era proveer a las clases bajas de herramientas para lidiar con las dinámicas propias de la competitividad –ya sea entre asalariados, empresas o países– bajo el pretexto de conocer mejor la economía y con el objetivo de llegar a un compromiso entre clases, en vez de trabajar para superar esta fase de la historia. Los socialistas se han acabado familiarizando más con la palabra *pero* que con la palabra *socialista*. De la inmovilidad al retroceso, del retroceso a la retirada, de la retirada a la rendición; la presunta izquierda francesa ha permitido que la acaben representando, en modo regresivo, las siguientes personas: un futuro director del FMI; un facultativo especializado en lucrativos implantes capilares; un exlobista que pasó a ser el ministro encargado del presupuesto al tiempo que recurría a la banca suiza para defraudar a su propio Gobierno y, finalmente, un advenedizo salido directamente del Banco Rothschild.

En la Norteamérica de habla inglesa ocurre lo contrario. La palabra *liberal* tiene el mismo significado en inglés que en castellano, pero se basa en tradiciones políticas distintas y sitúa a la gente en ubicaciones diferentes: a la izquierda (en inglés) y a la derecha (en castellano). Así pues, en Estados Unidos hay gente que dice ser *liberal, pero de izquierdas*. El eje izquierda/derecha se ha desplazado tanto como reacción al mandato de los poderosos, que ahora ya puede bastar con un leve grado de liberalismo –en el sentido norteamericano– para dar la impresión de ser un revolucionario. Como mucho, se abogará por una serie de derechos formales dejando intactas las estructuras sistémicas. Los *liberales, pero de izquierdas* nunca dan prioridad a aquello en lo que puede convertirse una colectividad. El soniquete político que siguen tarareando parece tener que ver con políticas monetarias, el culto al dinero, el mito del éxito individual, el sometimiento a las entidades

privadas, el desenfreno consumista y el patriotismo chabacano; y habrá nuevos pares que se irán sumando de tanto en tanto a determinadas nuevas derechas. Lo único que importa son las interacciones entre individuos adscritos a determinados modelos; estas interacciones se definen y organizan en base a un sistema simbólico que va escribiendo la palabra *privilegio* sobre las cabezas de cada uno. Ya solo la psicología que gobierna el uso de estos símbolos podría bastar como objeto de esta crítica. Las instituciones políticas y sociales merecen atención en tanto que deberán admitir a personas en base a criterios transversales como la edad, la raza, la nacionalidad, el género y la orientación sexual; el hecho de pertenecer a alguna de estas categorías sociales puede acabar reemplazando a los principios de legitimidad anteriores. Las minorías descubren de repente que, básicamente, sus denodadas luchas y su histórico uso de la resistencia organizada han brindado a los liberales profesionales los reclamos que estos necesitaban para lucirlos en sus ventanas de oportunidad electoral, y descubren también que esos liberales les pedirán el voto, pero de una manera caricaturesca. Los liberales no arremeten contra la publicidad como institución, sino que quieren que las personas habitualmente marginadas aparezcan en los anuncios, vendiendo detergente con dignidad. No les importa que la universidad ahora funcione como una fábrica de salchichas, siempre y cuando al profesorado y a los alumnos de posgrado se les garantice el reconocimiento que piden sus respectivas identidades. Los liberales de izquierdas practican la acción política predicando con el ejemplo: tienen coche, pero es pequeño; beben leche de vaca, pero la vaca era feliz; les gusta consumir, pero eligen productos de comercio justo; aplican teorías de gestión empresarial, pero solo las simpáticas; llevan a cabo la venta agresiva de productos, pero son productos nobles; viajan en avión, pero usan bonos de carbono; votan a partidos capitalistas, pero *liberales*. Su lema es: *¡Si todo el mundo hiciera lo mismo que yo...!* En política, cuando se ven obligados a adoptar una postura, su enfoque preferido es el de la ética individual. Echando a un lado todas esas interferencias sociales que agobian al yo, el individuo querría ser visto como alguien que ha vencido a la historia, si bien el individualismo no es obra de

individuos, sino un constructo ideológico hecho posible mediante actos de un empobrecedor mimetismo. Esta idea del yo, que no emerge de uno mismo ni habría de darse por sentada, tiende a producir sujetos que intentan salvarse cultivando el narcisismo de las pequeñas diferencias. Dar apoyo a un lejano orfanato o coleccionar teteras chinas conformará el centro mismo de una distinción más importante que cualquier otra cosa. En tiempos como estos, será en cualquier caso imperativo construir un yo fuerte que permita abusar de los demás y compensar la falta de justicia social, en referencia a comunidades basadas en un denominador social que en su momento fue emancipatorio: el género, la raza, la religión, la orientación sexual, etcétera. El hecho de que el deconstructivismo de Derrida, el Mayo del 68, el feminismo, el movimiento LGTBI o las reivindicaciones medioambientales no tuvieran inicialmente la pretensión de ser movimientos liberales no los previene de ser inexorablemente atraídos hacia una aplicación liberal de sus valores. Los sujetos han de emplear esta intersección de criterios para bordar el tejido que hace única su singularidad. Al final surgirá un elemento que asegurará la ipseidad (la individualidad) de la persona y la dotará de significado: las páginas customizadas de las redes sociales, esas auténticas agencias de prensa del yo que trafican con las buenas noticias.

Históricamente en Norteamérica el espectro político de izquierda-derecha se ha basado fundamentalmente en las distintas maneras que hay de calificar el liberalismo. De izquierda a derecha, a una persona se la puede identificar como libertaria de izquierdas, liberal norteamericano, liberal europeo, ultraliberal, libertaria de derechas... Los primeros ven la libertad como una oportunidad para emanciparnos de los problemas heredados de la historia occidental, patriarcal y burguesa. Los segundos están de acuerdo, pero carecen de imaginación y creen que las estructuras ideológicas son inamovibles. Los terceros balbucean sobre las virtudes de la libertad, con una querencia por la idealización que a menudo los lleva a pasar por alto las cuestiones de orden práctico del momento en cuestión; para ellos, palabras como *justicia* y *comunicación* son poderosos mantras. En cuanto a los neoliberales y los ultraliberales, están dispuestos a reconocer, hasta distintos extremos, que la

libertad contribuye inevitablemente al desarrollo de formas sistémicas de dominación, lo que ven como una necesidad. Les tienen cariño a las metáforas tomadas del ámbito de la naturaleza y el darwinismo vulgar es para ellos un referente fundamental. Por último, los libertarios de derechas aseguran haber declarado la guerra a toda estructura social, salvo la de la gran empresa, que ven como un modelo a seguir. Hay para todos los gustos en este muestrario de opciones en relación con la libertad, lo cual deja muy claro el cariz del sistema que nos brinda dicho muestrario.

Los más duros tenderán a un anarquismo inequívoco y proclamado a los cuatro vientos, posición a la que son a menudo arrastrados por la brutalidad del capitalismo. Son menos de uno por cada cien, y sin embargo²⁰³ están solos en eso de representar el poder de lo negativo y desarrollan un trabajo útil en este sentido. Cuando hacen colectas de alimentos extraídos de cubos de basura, revelan con crudeza la grotesca realidad del productivismo agroindustrial. Cuando se mofan de partidos políticos y organizaciones no gubernamentales, lo que hacen en realidad es denunciar la naturaleza infantil de las campañas electorales y civiles. Cuando se niegan a votar, arrojan luz sobre el carácter marcadamente sesgado de los procesos electorales. Cuando boicotean a los sindicatos, ponen de manifiesto su endeblez. Cuando saquean *boutiques* de lujo o grandes almacenes, ponen en primer plano las relaciones de clase que inciden en los procesos de producción, distribución y desarrollo urbano. Cuando desafían a las fuerzas policiales, ponen en evidencia el poder de impacto que estas ejercen. Cuando los anarquistas feministas les declaran la guerra a los machos alfa, también están desafiando la forma habitual de dominación brindada por el patriarcado a juristas, científicos, jefes y maridos. ¡Hay tantas autoridades y poderes ilegítimos! Al llevar a cabo esta labor, los anarquistas a veces también llegan a un punto en el que además resultan *negativos* en un sentido más prosaico: desencantados y desterrados al límite, también puede ser que con el tiempo pierdan su vitalidad. ¡*A la mierda todo!* fue durante mucho tiempo el grito de guerra de los grupos quebequeses de esta corriente, que tienen mucho en común con las pequeñas organizaciones francesas implicadas en redistribuir *ad eternum* las moléculas de la

revolución que está por venir. Desde su punto de vista, la democracia representativa queda directamente descartada: la democracia siempre deberá desarrollarse de forma directa en el aquí y el ahora, y las instituciones políticas modernas han cavado su tumba. Si esta clase de activistas leyera a Saskia Sassen, solo podría sentir pena. En *Territorio, autoridad y derechos* la autora señala que, si bien los poderes legislativo y judicial sin duda han acompañado al capital en su sometimiento de campesinos, mujeres, trabajadores y pueblos colonizados, también han sido el vector a través del cual estos grupos han tratado de revertir relaciones históricas para conseguir derechos y garantías.²⁰⁴ Dado que tales intentos han obtenido resultados del todo insatisfactorios, los anarquistas proclaman la independencia de su clan político sobre una base de autosuficiencia popular. Llevar a cabo una ruptura se convierte en una idea central, sobre todo en el contexto de un sistema que encarna la civilización del hombre blanco, el dinero, la supremacía del varón, etcétera. ¿Qué más da si el hecho de estar en contra de las elecciones acaba asignándoles más importancia que la que tiende a atribuirles el votante medio? Lo que importa es demostrar el hecho mismo de la oposición y lo inventivo que se puede llegar a ser. Contra el ejército, contra los medios, contra el patriarcado, contra la cultura burguesa, contra la inmovilidad de las instituciones, contra la universidad, contra cualquier programa educativo reglado, contra los partidos, contra el sistema de representación política, contra el capitalismo, contra el mundo empresarial... Prefieren mostrar aquello con lo que sí comulgan a través de acciones tangibles. Reunidos en su guarida privada, como grupo se dedican a celebrar sus victorias frente a la ingenuidad que siguen mostrando los idiotas que los rodean. Aquí es donde recuperan su verdadera subjetividad: ahora les toca a ellos creer en la libertad. En el seno de estas comunidades, hay momentos de virtud que pueden formar parte de novelas –a la fuerza, duras de tono– como *El corto verano de la anarquía*, de Hans Magnus Enzensberger:

Se despertó una gran emoción. Por alguna razón o por error se había hecho venir a dos orquestas: una tocaba muy bajo y la otra muy alto.

[...] Era imposible organizar el paso de una comitiva en medio de ese tumulto. [...] Se escuchaban los tonos, pero la melodía era irreconocible. Los puños seguían en alto. Al final cesó la música, descendieron los puños y se volvió a escuchar el estruendo de la muchedumbre en cuyo seno, sobre los hombros de sus compañeros, reposaba Durruti. No, no eran las exequias de un rey, era un sepelio organizado por el pueblo.²⁰⁵

Tales impases de solidaridad no están exentos, sin embargo, de las derivas autoritarias o incluso fascistas que se encuentran latentes en toda situación política. El poder carismático no puede dejar de emerger, como emerge cada vez que los seres humanos se organizan. Al igual que sucede en otros contextos sociales, las drogas son a veces el amargo remedio al que se recurre para lidiar con el profundo trauma infligido por el régimen al que se odia. Y, cuando las cosas se van de las manos, los indeseables traicionados por sus propias acciones o por la calumnia son expulsados a confines extraoficiales por tribunales improvisados. En la rescenificación del primer día del contrato social, el grupo suele atisbar un nuevo Leviatán emergiendo en algún lugar no muy lejano. La propensión a oponerse a las actuales instituciones del poder no debe confundirse con una victoria en relación con la empeñada pregunta del vínculo social, siempre presente aquí y en todas partes.

La falta de pensamiento colectivo es tan aguda que en 2011 celebramos verlo surgir entre los borrosos contornos numéricos del 99%. El movimiento Occupy se definió a sí mismo por oposición a una clase dirigente que se regocija de pertenecer al 1%. Occupy fue una frágil síntesis de movimientos radicales y *liberales, pero de izquierdas*. Estaba minado por las tensiones internas y su precaria unidad no estaba basada en una idea elaborada, sino en un sentimiento de indignación. Los movimientos emancipadores tradicionales son en sí mismos escenarios para consumadas formas de discriminación, puestas de manifiesto por enfoques de discriminación interseccional, salvo cuando se trata de microdistinciones cada vez más sutiles que llevan a las microdefiniciones de un ser marginal. Lo que pensamos sobre lo que tenemos en común y lo que nos es dado compartir ya no se ve como una oportunidad

para incluir, en un todo colectivo mayor, a grupos sociales que han sido marginados o se han visto como minoritarios; frente a este enfoque, esa clase de pensamiento centrípeto se ve como un medio para confinarlos a un ámbito común alienante y opresivo, que se presenta de manera abusiva como inmovilizado en una instancia hegemónica que ha contribuido al padecimiento de dichos grupos. La expresión de estas identidades centrífugas que proliferan y la conquista de significado en lo marginal se consideran ahora acciones liberadoras.

Por supuesto, las minorías políticas muchas veces abordan las cuestiones de su época yendo más allá de las preocupaciones exclusivamente sectarias o identitarias. Negar esto sería señal de ignorancia o de mala fe: el movimiento feminista aborda cuestiones relacionadas con la justicia social en el sentido más amplio y el movimiento por la defensa de los pueblos indígenas de Canadá (First Nations) aborda cuestiones medioambientales, por citar solo dos ejemplos de entre muchos. Y, sin embargo, debemos reconocer que estas vinculaciones no han hecho emerger ningún concepto potente que ayude a cambiar las instituciones para que estas aporten fuerza a la comunidad en su conjunto, trascendiendo las bases específicas de cada movimiento, o que contribuya a ofrecer una imagen que permita a estos movimientos sentirse más orgullosos. La tendencia de cada uno a diferenciarse de los demás pesa más que las razones para aglutinarse. A veces hay figuras públicas –Lula, Morales, Mélenchon, Tsipreas, Corbyn, San Suu Kyi, Iglesias, Sanders– que dan un paso adelante y pasan a encarnar las muy variadas aspiraciones de una multitud que siempre está a punto de disolverse: las estructuras institucionales se encargan de empujar incansablemente a estas figuras hacia los márgenes o bien las devuelven mecánicamente al centro, cuando no son repudiadas por sus seguidores. No existe forma de coalición que haya podido evitar este desmoronamiento de sus fuerzas. En última instancia, hablar *en nombre de* (una mujer negra, un trabajador, un asalariado, un campesino, una persona con VIH, etcétera) sin duda llevará a que nos emancipemos de la generalidad que es propia de los criterios patriarcales, pero, al ir más allá del mero reconocimiento político, esta emancipación acabará beneficiando más bien a

las fuerzas que promuevan el desarrollo de características singulares. Los *liberales, pero de izquierdas* que se resisten a los tótems de la gran civilización encauzan las reivindicaciones políticas en una serie de causas singulares, por no decir estafalarias. Actúan como el bajo centro de gravedad de una espiral regresiva.

Una inesperada figura política aparece en este escenario: la persona que es *de derechas, pero...* Habiendo perdido ya toda su capacidad de pavoneo, estos sujetos son conscientes de las desastrosas consecuencias del régimen hegemónico que durante tanto tiempo han defendido y ahora aspiran a someterlo. Las cosas han ido demasiado lejos, hay una falta de control y prevalece la irracionalidad. No condenan el sistema en sí mismo, sino los excesos de aquellos que, gracias a él, no han sido sometidos a regulación alguna. Nadie se pregunta si estos excesos podrían estar relacionados de manera específica con las premisas del régimen, que tanto recuerdan a las de la mafia. De esta clase de críticos los hay a mansalva. El más famoso de ellos, Joseph Stiglitz, en tiempos involucrado con los misterios del Banco Mundial, ahora denuncia la imbecilidad del capitalismo. Culpa a los Estados poderosos de haber permitido que el gran capital obligara a los países pobres a aplicar medidas económicas que jamás habrían aplicado por su cuenta. Marc Roche, el corresponsal de Economía de *Le Monde* en Londres, ahora dice considerarse un “liberal con dudas”, tras haber acatado los designios de Goldman Sachs, un banco que va por el mundo encarnando el conflicto de intereses gracias a los muchos socios a los que ha colocado en puestos clave de los aparatos de los distintos Estados, así como a los muchos expolíticos a los que ha reclutado. A Roche le alarma ver cómo los paraísos fiscales autorizan prácticas ilegales que serían penalizadas con severidad en cualquier Estado de derecho, por muy laxa que fuera su legislación. Al multimillonario Warren Buffet le horroriza que a su secretario se le aplique un tipo impositivo más alto que a él. Larry Fink, *primus inter pares* entre los grandes accionistas y propietarios, reprende a algunos colegas cuya codicia por los dividendos los ha llevado a desmembrar las empresas que los generan. George Soros se pregunta por qué el actual sistema financiero le permite especular tan

ricamente con las distintas divisas del mundo, tanto como para poder provocar la debacle económica de un país, y eso sin ser más que un individuo adinerado. La familia Rockefeller se ha retirado de todos los negocios petrolíferos por motivos medioambientales. François Dupuy, que da clases en escuelas de negocios, denuncia la pereza intelectual de los teóricos de la pseudogestión y el uso fetichista que hacen de los conceptos. Christine Lagarde, ex directora gerente del FMI y miembro de la alta burguesía, abronca a los gobiernos occidentales por haber aprobado recortes presupuestarios violentos y estériles, año tras año, en perjuicio de sus poblaciones. Todos dicen ser *de derechas*, pero... Un mínimo de conciencia política y honestidad intelectual los lleva a ver el formidable fracaso de un sistema político cuya máxima de crecimiento es, por definición, la falta de límites.

Al estudiar la génesis del parlamentarismo francés desde 1795 a 1820, el historiador Pierre Serna presenta el “extremo centro” como una historia de las retractaciones. Su “república de chaqueteros” la componen políticos serenos, ecuánimes y fiables, gestores de los asuntos públicos que sin embargo conservan su posición retractándose una y otra vez de sus propias palabras, llevando a cabo sin cesar “el inescrupuloso viraje posibilitado por las vicisitudes”. Gradualmente se da un cambio de tornas, pasando de una época en la que ser fiel a las propias convicciones puede causarte la muerte a otra etapa de corrupción en la que “tan pronto como se emite, la palabra de uno, frágil, efímera, cambiante, se ve dañada, erosionada, limitada, gastada, ahuecada por el paso del tiempo y por las condiciones de la existencia misma a medida que se desarrolla, imparable, más allá de la idealidad que tiene en el tiempo suspendido de la promesa”.²⁰⁶ Pero aplicar estos mismos términos al pensar en el actual extremo centro sería retratarlo de forma demasiado favorecedora. A partir la Tercera República, a menudo dominada por partidos de liberales (entonces conocidos como *radicales*) que dominaban hasta niveles exasperantes el arte de decir Diego donde habían dicho digo, y tras una era de políticos y comunicadores semantistas que cultivaban la ambigüedad desde el mismo origen del pensamiento, los tecnócratas de la política han aprendido a ahorrarse el momento en que uno se muestra

convencido. No puedes contradecirte si nunca has dicho nada. Un compendio lexicológico hallado en la École Nationale d'Administration (ENA) enseña a los alumnos a hablar en lo que en Francia llaman *langue de bois* ('lengua de madera', lenguaje acartonado), el idioma de los tópicos estereotípicos. A medida que la globalización financiera los desprovee de cualquier poder real, se pasan los años de universidad practicando la retórica de un *ethos* sin sentido ni propósito.

Al presentarse como *normal* y hacer de esta normalidad la falsa base de su programa, el candidato del Parti Socialiste que ganó las elecciones presidenciales en Francia en 2012 tuvo bastante éxito con la máxima de que todo lo que no era normal era patológico. La suya fue una restauración casi formal del extremo centro en la que ese extremismo cobró la forma de intolerancia hacia cualquier cosa que no coincidiera con un término medio arbitrariamente proclamado. Pasó tranquilamente a ostentar el estatus de la norma cualquier cosa que el poder establecido presentara como normal, incluidos el racismo del Estado, la brutalidad policial, el trabajo cada vez más precario, la soberanía ilimitada concedida a la banca, la autonomía lograda por las multinacionales a través de sus delegaciones, la trivialización de la política, la dependencia del petróleo y la energía nuclear, y la forzada coexistencia de opuestos bajo el disfraz de la síntesis. En este sistema lo medio en ningún modo deriva de un análisis de varias posibilidades que se resume en una abstracción: más bien se impone activamente y dicta los estándares que se habrán de cumplir. Si Honoré Daumier hubiese modelado el busto de algún cargo electo para incluirlo entre sus "personalidades del término medio", le habría puesto el nombre de *El mediocre* y le habría atribuido los rasgos rubicundos de un hombre sin expresión, por tratar de mostrarlas todas a un tiempo. François Hollande, sin embargo, creía que se estaba revistiendo de dignidad al ir orquestando caprichosamente la siguiente situación: "llegar a acuerdos no implica alcanzar un sutil equilibrio, un punto medio y mediocre. Llegar a acuerdos implica comprometerse".²⁰⁷ En el seno de la izquierda, ahora ya resulta imposible criticar la socialdemocracia señalando que esta contribuye a perpetuar el capitalismo y lleva el poder

destrutivo de este sistema hasta sus últimos extremos. ¿Pero es que hay alguien que todavía no sepa que la capacidad de los ecosistemas para soportar el crecimiento productivo está llegando a su fin? ¿Hay alguien que todavía no entienda que las iniciativas liberales ensanchan el abismo entre ricos y pobres? En lugar de a estos análisis, se da preferencia a trilladas generalizaciones –la teoría del mal menor, la luz al final del túnel...– y a las llamadas al pragmatismo. Todo esto hace que nuestros cerebros se vuelvan cada vez más rígidos y echen mano de una serie de etiquetas que siempre están disponibles para neutralizar las críticas –la *extrema izquierda*, el *terrorismo*, el *populismo*, lo *arcaico*, el *extremismo*– y que evitan que se pueda ir renovando el pensamiento.

¿Los medios y los partidos no hablan de los proletarios porque estos no se han implicado en la vida política, o es al contrario? El 4 de noviembre de 2014 un titular de la web de Radio-Canada preguntaba: “¿Pertenece a la clase media?”. Se invitaba a los lectores a que realizaran un pequeño test para dar con la respuesta. Según investigadores de la Université de Sherbrooke citados en el artículo, la mitad de los canadienses pertenecen a esta gigantesca categoría. ¿Y qué hay de los demás? Pues ni una palabra. Simplemente, están fuera de campo: ni ricos ni pobres, ni burgueses ni proletarios, ni colonizadores ni colonizados. La revista *Les Affaires* iba más allá: “¿A qué clase media perteneces?” fue la pregunta que formuló el 21 de octubre de 2015. Son posibles diversas formas de existencia, pero solo dentro de la citada clase media. Incluso si eres una persona de clase media residente en Norteamérica y lees los periódicos principales o escuchas a diario algún programa popular, seguirás sin saber nada de la existencia diaria de la gente de tu país que vive de ayudas. En Quebec, por ejemplo, ¿cómo se las apaña la gente para vivir con unos ingresos de 623 dólares al mes, ante el desdén generalizado? También permanecerás en la ignorancia con respecto al mundo del trabajo. Si un día resulta que te levantas muy temprano, volverás a comprobar la existencia de personas –muchas de ellas inmigrantes– cuya jornada laboral empieza mucho antes de que tú salgas camino de la oficina. Tampoco sabrás nada del decadente estilo de vida de la clase dirigente, la que

se apropia de la riqueza que produce la gente a la que contrata –al tiempo que finge producirla– para satisfacer sus ansias de fastuosidad y de poder. Ni sospecharás que esas personas o sus antepasados recurrieron a actividades delictivas para amasar sus fortunas. Mientras tanto, tendrás miles de ocasiones de escuchar a periodistas o columnistas hablando de *gadgets* que te pueden interesar comprar, del dinero que puedes pedir prestado, de puestos de trabajo convencionales que se pueden llegar a crear o perder, o de los viajes organizados que al parecer le gustan a todo el mundo. Los medios te invitan a tirar todo lo demás a la papelera de un mundo sin historia.

La cosa va de esto: se trata de conseguir que los miembros de la clase media se olviden de que jamás serán otra cosa que proletarios con dinero y de que no tienen ningún control sobre los parámetros económicos y sociales que dan forma a su modelo vital. Son tantas las cosas que inevitablemente se les escapan: el planeamiento urbano en el que viven, los precios del petróleo y de los recursos naturales que condicionan sus vidas, los tipos de interés y los mercados de divisas por los que siempre tienen deudas contraídas, los hábitos de consumo y los pluses de que disfrutan (la ropa, los teléfonos, los coches que les asignan sus empleadores, etcétera) y que sirven para distraerles. Estos clientes en los que se ven obligados a convertirse en realidad no eligen todas esas tendencias del mes, simplemente se las hacen tragar a la fuerza. El mundo que ocupan solo lo tienen en préstamo. La clase media es como el portero del hotel en la película de F. W. Murnau *El último*, que sale de su humilde vecindario cada mañana y regresa por las tardes, y siempre es admirado por sus semejantes a cuenta de su lujosa ropa: como trabaja en los hoteles de la burguesía, viste de punta en blanco. Sin embargo, el uniforme que lleva se le ha atribuido por motivos profesionales, no es de su propiedad. Un día, su jefe lo degrada y le retira el uniforme. Él se marcha avergonzado, por primera vez vestido con las andrajosas prendas que revelan su verdadera posición social. Ese día se ve forzado a comprender que el hábito no hace al monje, pero esta conclusión no le parece lo suficientemente poderosa como para aplicársela a los miembros de otras categorías y poder llegar a decir que el emperador tampoco lleva traje. El personaje nos hace pensar en las personas que votan a

partidos de extremo centro porque quieren mantener intacto el espejismo de la propiedad privada: es todo parte de la confianza que tienen en aquellos para los que el sistema sí que significa algo.

Pese a los fracasos del sistema, el liberalismo es tan hegemónico que incluso quienes lo desafían componen en su misma clave, para asegurarse de que su musiquita llega a escucharse. La filiación política del historiador quebequés Éric Bédard, seguidor de los pasos de los *nouveaux philosophes* ('nuevos filósofos'), constituye un ejemplo. Bédard afirma que es *conservador* porque pone en cuestión a los activistas que se inspiran en el Mayo del 68 y en el interminable proceso de autoactualización que implica. Tan pronto como se aplica esta denominación, procura diferenciarse de quienes la comparten con él: libertarios de derechas que han convertido al sujeto individualista de derechas en algo sagrado, ultraliberales obsesionados con el derecho a acumular capital o fanáticos religiosos que pretenden usar sus referencias divinas como varas de medir para determinar el significado de las prácticas políticas. Todas estas corrientes también se pueden agrupar bajo la etiqueta de *conservadoras*. Nuestro buen amigo asegura ser *socialdemócrata*, es decir, es *conservador*, pero... A él le basta con abogar por "Estados que se propongan articular una serie de normas comunes en nombre de los más altos principios". Llegados a este punto, cuando alude a la diferencia entre su posición teórica y otras escuelas conservadoras, se comporta, efectivamente, como un liberal. "Mi conservadurismo es fundamentalmente una actitud crítica ante todos esos movimientos progresistas que aseguran haber hallado el significado de la Historia".²⁰⁸ *Mi conservadurismo*. Como si el conservadurismo, una ideología que afirma encarnar los valores morales y las tradiciones que todos compartimos, pudiera modelarse en base a las preferencias individuales de cada uno, cuando tales preferencias se construyen necesariamente en relación con referencias colectivas. Este no es el único error que hallamos en el pensamiento de Bédard: el autor tampoco acierta a distinguir, entre los movimientos que pone en cuestión, aquellos que crearon la socialdemocracia y representan los valores comunes que él asegura defender de los que, sin embargo, quiere confinar a una esencia y una forma definitivas. Elude el hecho

de que este pasado revitalizador, cambiante e insobornable jamás se ha ubicado en un lugar que no fuera el de la tornadiza vitalidad de las transformaciones radicales.

Este tipo de conservadores subliman una inmutable verdad difícilmente discernible; lo que hacen es fotografiar un periodo histórico como si ese instante suspendido que han identificado fuera un derecho adquirido que hubiera que preservar a toda costa. Se dedican a congelar momentos del pasado de manera arbitraria y se extralimitan al determinar su verdadera forma. Todos seguimos, sin embargo, esperando a que las repercusiones de esos movimientos pasados lleguen y perduren más que nosotros mismos. La Revolución francesa pasó y se fue y aún no ha concluido su trabajo: la república es un concepto que todavía no ha acabado de desarrollarse del todo. La igualdad entre ciudadanos no se ha hecho realidad, como tampoco se ha hecho realidad el principio según el cual los individuos, como colectivo, habrán de ver cumplida su voluntad de manera apropiada a través de las instituciones públicas. La Revolución estadounidense también quedó inconclusa. Las administraciones públicas, vistas irremediamente como ajenas a nosotros, solo pueden ser rechazadas de forma paranoica, evitando así el desarrollo de una nueva constitución que se base en el aquí y el ahora. Estos exabruptos de la historia nos siguen obligando a conquistar derechos y a desarrollar nuevas formas de organización. Y la mejor manera de matar una idea siempre será tratar de preservarla.

El filósofo e historiador del Derecho francés Pierre Legendre defiende que los rituales religiosos de los antiguos son revelaciones extraídas de un profundo pozo que contiene el significado de todas las cosas. Ahora bien, es a su vez el primero en reconocer que estos rituales antiguos se ven pervertidos por las políticas de gestión contemporáneas, que recurren a un vocabulario religioso para aludir a elecciones de consumo que en realidad vienen definidas por la ciencia del *marketing*. Obligados a reconocer el fracaso de la gestión científicista de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, los teóricos de la organización han buscado inspiración en los discursos y los principios propios de los lugares de culto, así como en los principales textos

sagrados. Aun habiéndose declarado la guerra a terroristas identificados únicamente como extremistas religiosos, cristianos renacidos, radicalizados “en nombre de Dios”, “locos de Alá” y todas sus variantes, el capital también se abastece de sus propias referencias religiosas. Lloyd Blankfein, director ejecutivo de Goldman Sachs, dijo en 2009 que los bancos estaban “haciendo el trabajo de Dios”.²⁰⁹ Las *start-ups*, atestadas con *coaches*, mentores, gurús y otros apóstoles de la gestión empresarial están protegidas por ángeles inversores que las ayudan a llevar sus marcas a la fase evangelizadora. Uno de los grandes expertos en este asunto, Jesper Kunde, ha escrito una obra de referencia titulada *Corporate Religion*, en la que se explica a los jefes de las empresas y a los responsables de Recursos Humanos cómo convertir sus compañías en sectas. El objetivo es nada menos que el de “unirlo todo en una religión corporativa”.²¹⁰ El *Financial Times* accedió a copublicar este aparatoso manual con Prentice Hall. Para satisfacer su sed de metáforas, nuestro experto en *management* teológico reduce la religión corporativa a tres aspectos. Su primer objetivo es el de desarrollar en torno a la empresa y su sagrada marca una pasión fantasmagórica que las libere de cualquier atadura con la realidad social, histórica o política. Un culto ha de rodear la empresa y su marca. Después, en tanto que la religión –tal como indica su etimología– ha de generar vínculos, la religión empresarial recurrirá a formas de comunión para unir a sus rebaños de feligreses (un rebaño que no solo incluye a los empleados, sino también a los proveedores y a los consumidores). Estas actividades adoptan la forma de encuentros puntuales, actos públicos o ceremonias. Los moteros que se convierten en devotos de una determinada marca por sus maravillosas jornadas de encuentro son un ejemplo perfecto. Finalmente, la religión es una herramienta de manipulación formidable. A una comunidad cerrada creada en torno a un logo se la puede manipular mediante la fe. Esta teología corporativa está representada por un gráfico ascendente en el que la mercancía, en un principio considerada un simple producto, se convierte en agente de redención en tanto que parte de la religión de la marca. Según este enfoque, a un producto ya no se lo conoce por lo que es (un caramelo, un jersey, una videoconsola): hay que identificarlo como un

concepto de marca. Una vez etiquetado, el producto brinda una emoción o, tal como se conoce en el argot, un “valor añadido emocional”. Ya no es papel higiénico, un reloj ni una caja de sopa deshidratada; una vez relacionadas con las marcas Kleenex, Rolex o Lipton estas cosas irradian una reconfortante familiaridad, una sensación de fiabilidad o de amor maternal. Y la cosa no acaba aquí. El vínculo espiritual deberá extenderse por toda la empresa. Los consumidores, que ahora son creyentes, deberán sentir apego no solo por el producto, sino también por la empresa que se lo brinda. Deberá seguir, pues, un acto de reconocimiento: a nivel publicitario, habrá que ponerlo de manifiesto con un muy sincero *¡Gracias [nombre de la marca]!* El producto se convierte así en un elemento importante de la cultura de marcas cuando pasa a ser parte consustancial al paisaje cultural como una suerte de legado intrínseco. Finalmente, aparece la religión de marca. Ya hemos llegado a la fase final, el nirvana: gracias a la marca, los consumidores/creyentes saben de su propia existencia, y la religión corporativa, como entidad, accede –y no es una broma– al “paraíso de las marcas”. La marca y la empresa que la vende pasan ahora a ser, literalmente, objeto de devoción: “Para el consumidor son un *must*, algo en lo que creer”. Todas estas expresiones que se toman prestadas acabarán por incomodarnos. *¡Entontécete!* es lo que no paran de decirnos. Estas buenas nuevas que se predicán vuelven a la gente tan loca que el enfoque, tal como señala Marie-Claude Élie-Morin en su libro *La dictature du bonheur*,²¹¹ obliga a los empleados a adoptar prácticas propias de una secta. Se apuntan a cursos de pensamiento positivo y se espera de ellos que se muestren joviales y que *se crean* la actividad de la empresa, por mucho que lo que les presenten sean sofismas que suponen un insulto a su inteligencia. En este mundo ideal, en una empresa consagrada a tales prácticas –Lululemon–, un día fueron testigos de cómo una empleada perdía la cabeza y asesinaba a una compañera de oficina.²¹²

El espectro izquierda-derecha adquiere ahora tantas formas distintas que a su vez parece ofrecerse como parte de esa abundancia de mercado glorificada bajo el régimen liberal. Tiene la capacidad de resumir con claridad la tensión dialéctica que pervive entre el pacifismo y el militarismo, entre la regulación

de la actividad industrial y la falta de intervención, entre la aplicación de impuestos o la exención de la riqueza, entre la nacionalización o la privatización de las estructuras económicas, entre un Estado laico y la incorporación de la religión a la vida institucional, entre el desarrollo de legislación laboral o la libertad de negociación entre empresas y trabajadores, entre la descentralización regional de las instituciones públicas o su concentración en la capital, entre la asignación de los cargos electos a miembros de clases sociales diferentes o su monopolización por una élite específicamente determinada, entre el reconocimiento de distintas minorías o el énfasis en sus representaciones tradicionales, entre la atribución de las decisiones políticas a cuerpos surgidos de la sociedad civil o el confinamiento estricto de todas esas discusiones en las grandes instituciones del poder, entre el prejuicio que favorece al desarrollo industrial y las políticas medioambientales, entre la acogida de inmigrantes y el cierre de fronteras, entre la defensa del libre mercado internacional y la del proteccionismo, etcétera. La lista es interminable y puede dar pie a infinitas combinaciones. Hay tantas razones por las que los líderes del extremo centro pueden llegar a decir que pertenecen a la izquierda o a la derecha que al final la gente corriente pierde de vista cualquier posible distinción o sistema de valores que pueda estructurar la realidad en base a principios sólidos.

Porque somos posmodernos nos resulta difícil afirmar que existen criterios referenciales que se aplican a la izquierda y a la derecha. Observemos a Gérard Filoche, que en 2014 era un miembro radical de la ejecutiva del Parti Socialiste francés y que fue lo suficientemente pugnaz como para oponerse al Gobierno formado por su propio partido. El primer ministro francés Manuel Valls, pese a ser socialista, eligió llevar a cabo, bajo la autoridad del presidente de la República, políticas que coincidían exactamente con los intereses de los empresarios. ¿Se convirtió, a raíz de eso, en un agente político de la derecha? Sin molestarse en hacer ningún esfuerzo conceptual, Filoche contestó que Valls había conservado su etiqueta de izquierdas en un contexto en el que la filiación política no consiste más que en lo que uno declara ser. Cualquiera puede ser de izquierdas si así lo desea. En respuesta a los temores

ante una posible etapa fratricida de excomuniones recíprocas en el seno de la extensa familia de la supuesta izquierda, se creó un nuevo espectro izquierda-derecha que llevó a Filoche a asegurar que Valls se ubica en “la extrema derecha de la izquierda”, “en el límite” y probablemente más a la derecha que la mayoría de los miembros situados más a la izquierda en la familia de la derecha propiamente dicha. Filoche explicó todo esto en un debate organizado por la cadena France 24 el 27 de agosto de 2014. En dicho debate declaró su oposición a las medidas adoptadas por el Gobierno socialista de su propio partido, mediante las cuales se establecía un completo programa que favorecía los intereses de las empresas, frente a un líder empresarial que se encargaba de defenderlas. Y luego nos preguntamos por qué los ciudadanos están confusos.

La extrema derecha se presenta a sí misma como una especie de prótesis mental para los votantes que se cansan con estas complejidades. Está poseída por la pulsión de la muerte, por el anhelo de poner fin al pensamiento complejo y cree que la eliminación de cualquier diferencia podrá resolverlo todo. Su objetivo no es tanto contribuir a la construcción de un pueblo (del tipo que sea) como exigir que el pueblo permanezca dentro de los límites de una rígida representación que se le muestra como en un espejo. A ese pueblo se le exige que crea que esta imagen deforme y simplista revela su esencia en tanto que pueblo, y que cualquier cosa que contradiga esa imagen es una forma de adversidad que debe ser desterrada de la esfera pública. Dependiendo de en qué era nos encontremos, pervive la fantasía de que cuando por fin se asimile o se expulse al judío, al árabe, al negro o al homosexual –o a cualquier otra figura, como por ejemplo la de la élite corrupta, que no coincide con la idea del sujeto unificado–, entonces el pueblo, finalmente reducido a sí mismo en términos conceptuales, experimentará como en un profundo sueño la comodidad de estar a una consigo mismo.

Aunque el extremo centro pretende suprimir el antagonismo entre la izquierda y la derecha, y lo hace con bastante éxito apelando a la racionalidad, a la ecuanimidad, al pragmatismo y al realismo, también genera reacciones opuestas que se aúnan bajo el credo de *decir las cosas como son*. Estos

adversarios, que glorifican todo lo que no es políticamente correcto, considerarán que cualquier muestra de lenguaje vulgar es una demostración de autenticidad. En Norteamérica a los medios que no están dispuestos a admitir su verdadera condición de fascistas se les llama *radio basura* o *alt-right* ('derecha alternativa'), mientras que en Europa encontramos la misma verbosidad patológica, sobre todo en los virulentos debates que se desarrollan en las redes sociales. Se pone en marcha una política de lenguaje crudo, escandaloso y excesivo que ocupa el lugar del sano discurso de defensa de posturas opuestas, hasta el punto de que los candidatos a los más altos cargos electos de sus respectivos países terminan reproduciendo ese mismo lenguaje con una pasmosa seguridad en sí mismos. De entre quienes se dejan seducir por este enfoque viperino, pocos recordarán el contenido en sí de las vociferaciones en las que incurren, ya sea desde plataformas que les vienen demasiado grandes o desde minúsculos platós pensados para *webcams*. Mientras sus *hablar claro*, sus *es de sentido común* y sus *decir las cosas como son* se asocian con el posicionamiento estético de alguien que parece estar diciendo en voz alta lo que la mayoría opina y no dice, contarán con seguidores que aseguren haber logrado una victoria frente a las élites establecidas de la corrección política y el conformismo institucional. Los eslóganes se perciben como suficientes. Frente a la forma de pensar hegemónica, daría la impresión de que la única alternativa sería rendirse, ya que el apresuramiento intelectual tendrá como resultado una violencia que se encargará de todo lo demás. La principal fortaleza de quienes abogan por ello consiste en que nunca llegan a enfrentarse cara a cara con un adversario. Cualquiera que se enfrente a debatir con ellos será corrompido hasta el punto de asemejarseles.

Como tema implícito, la violencia es un asunto espinoso. Enmarca el debate público entre tradicionalistas, a los que les encanta que el Estado emplee la violencia en nombre de crueles principios de realidad, y quienes abogan por el extremo centro, que también disfrutan de la violencia, pero haciendo ver que se resignan a ella. Resulta difícilmente sorprendente, pues, que las indolentes corrientes del extremo centro se vean perturbadas con asiduidad

por oportunistas a los que les seducen las evocaciones de las violentas fuentes del poder occidental. Alternando entre los roles del alborotador y del de los heraldos de una verdad descarnada, estos temibles actores procedentes de los márgenes no se inhiben a la hora de mencionar los oscuros orígenes de un Estado que el extremo centro quiere presentar como reafirmante. ¿Acaso no se estableció el poder a sí mismo a través de la guerra, la conquista, la humillación y la sumisión, o incluso la deportación y la exterminación? ¿No deberíamos tal vez regresar a estos orígenes para dotar al Estado de fuerza y de autoridad, o quizá aumentar su nivel de virilidad, que es algo que siempre se percibe como insuficientemente manifestado o hasta perdido? El establecimiento de esta dialéctica es un regalo del cielo para el extremo centro. Gracias a los agitadores, puede tener esperanzas de llevar a cabo exactamente las mismas políticas al tiempo que reclama como propio lo que de verdad le importa y lo que le motiva: la respetabilidad.

Una política de izquierdas merecedora de ese calificativo no consistirá en el uso de un lenguaje que alimenta tímidamente con solo unas pocas inflexiones nuevas. Más bien aportará una forma de pensar en la organización de la sociedad basada en una gramática que encarne el enfoque distintivo del proletario en relación con el curso de la historia. La izquierda, si de veras es izquierda, trabajará necesariamente para desarrollar formas de mediación que darán sustancia a la voluntad de los sujetos colectivos, aunque se nos exija que volvamos continuamente a los debates en torno a esta imagen. Autores tan diferentes como Jacques Rancière y Pierre Rosanvallon han mostrado, cada uno a su manera, que el pueblo no lo puede abarcar de una vez y para siempre una autoridad dotada del poder definitivo para encarnarlo, sino que se dota a sí mismo, de manera autoconsciente, a través de formas estéticas o consideraciones sociológicas que siempre habrá que someter a debate. De ahí la política. En la izquierda, los principios en los que se basa esta dinámica son intentos de definir cómo el sujeto colectivo puede expresar su voluntad a través de instituciones sociales creadas a su semejanza. Estas instituciones, que emergen como consecuencia de la profunda profesionalización de la política, definirán en la práctica las maneras de establecer las conexiones

entre los problemas y las soluciones, entre los impulsos y los objetos de deseo. En la izquierda el trabajo y la acción se piensan en términos de aspiraciones colectivas, padecimientos y necesidades. En la derecha, ese poner el foco en el trabajo y la acción también se emplea para dar forma a representaciones generales basadas en intereses compartidos, si bien estas representaciones en realidad favorecen, a nivel estructural, a los dirigentes y a los propietarios. Por ejemplo, se dice que formar a las clases bajas es una cuestión de interés general, pues sería darles acceso a los puestos de trabajo ofrecidos por quienes acumulan el capital, que saben cómo *crear* empleo. Aquí hay una apropiación indebida. También se recurre a menudo a la idea de *nación* para ocultar patrones sociológicos abusivos o expediciones militares diseñadas exclusivamente para perseguir los intereses de los oligarcas. Bajo diversos pretextos (convertir las empresas nacionales en actores competitivos, defender tu raza, hacer tu parte del trabajo, etcétera), las posiciones predeterminadas de una minoría con poder se imponen a las de la mayoría. Si han de surgir movimientos emancipatorios, sin duda estos tendrán que estar basados en una dinámica de clase. Cuando un gobierno tenga que aplicar reglas y estándares para corregir unas relaciones de poder desequilibradas, quizá lo veamos como un gobierno de centro-derecha moderado, pero aún no como uno de izquierdas. La izquierda pretende emanciparse de unas formas de proceder que son a la vez egoístas y perversas, al tiempo que trabaja para definir un marco general donde el sujeto colectivo negocie consigo mismo de forma soberana. Así es como nosotros –el pueblo– seremos capaces de definir los límites que elijamos aplicarnos para gestionar nuestra diversidad, dando por hecho que nuestra libertad vendrá estrictamente determinada por tales límites. Este proyecto es inaudito en el sentido más literal, ya que, de momento, no se está promoviendo en ninguna parte.

Solo y expuesto a oscuros y vulgares discursos que finalmente han emborronado todo punto de referencia histórica, el ciudadano, reducido a la condición de mero individuo, a menudo ve su acción limitada a preguntarse de dónde proviene el poder. ¿Quién decide? Ante semejante panorama, es difícil identificar a la autoridad soberana (que se establece, a fin de cuentas, como

una fuerza antagónica). Cuando vayamos en busca del poder no reconoceremos con claridad a ningún oponente, pero sí nos toparemos con los entes corporativos o personalidades jurídicas del poder financiero, y con los testaferros de la industria actuando bajo una presión global ejercida por el nebuloso mercado y sus impetuosos accionistas. Las empresas acatan las leyes; las leyes son producidas por los *lobistas*; los *lobistas* actúan en los medios; los medios prestan atención a los mercados y a su evolución; los mercados están sujetos a la situación actual; la situación actual se ve afectada por la actividad de los bancos centrales; los bancos centrales son independientes con respecto a los gobiernos; los gobiernos están dirigidos por partidos que tienen estrechos vínculos con el crimen organizado; el crimen organizado blanquea el dinero en estructuras *offshore*; las estructuras *offshore* han pasado a formar parte de las multinacionales; las multinacionales cuentan con el aval de las agencias de calificación; las agencias de calificación emiten su opinión acerca de los presupuestos gubernamentales; los presupuestos gubernamentales se basan en el realismo y el pragmatismo. Proliferando como rizomas, unos poderes que siempre son parciales pero abusivos alimentan el desarrollo de un género noético comúnmente conocido como *teoría de la conspiración*. Esta expresión es, en sí misma, un símbolo del abismal vacío en que ha caído el debate público en la actualidad. La palabra *conspiración* es fuente de disonancia cognitiva. Se trata de un concepto empleado por el derecho, bien para proteger el reconocimiento de un genocidio contra quienes están dispuestos a negarlo o, en un ámbito completamente diferente, como herramienta a disposición de jueces a los que se exige que definan las penas que hay que aplicarles a los delincuentes del gran capital. Cuando se emplea con mayor libertad, el término es uno de los anatemas preferidos por cualquiera que quiera acabar con una discusión. *Conspiración* también se usa para describir un preocupante número de relatos fantásticos cultivados por miles de pequeños medios de comunicación. Los debates en torno a las causas de los atentados del 11 de septiembre en Estados Unidos son un excelente ejemplo del callejón sin salida al que se ha llegado siguiendo este camino. Las declaraciones oficiales describieron un plan urdido por una informe

organización terrorista que iba de Arabia Saudí hasta Irak, pasando por Afganistán y Pakistán; quienes niegan esta versión pueden desmontarla con facilidad, cuestionando la probabilidad de sus imágenes y su relato en base a la física elemental. Que hubo un plan es lo único en lo que podemos llegar a estar de acuerdo. El pensamiento sigue estando suspendido con relación a cómo se gestiona el mundo en realidad. Los teóricos de la conspiración – asustados por el alcance de lo que sí sabemos, prestos a rellenar los huecos, ansiosos por poder aportar un relato con profundidad espacio-temporal, apasionados y deseosos de identificar lo antes posible a los culpables y restituir la verdad– resultan interesantes no tanto en sí mismos, sino por ser síntoma de un mundo que se ha desbocado por completo.

Los temas principales del debate político del extremo centro están relacionados con los fenómenos de desplazamiento y condensación analizados por Freud como los elementos del proceso psíquico que tiene lugar en los sueños. En ambos casos, el mundo se reorganiza mentalmente en torno a símbolos desplazados a los que uno atribuye más significado de la cuenta, en lugar de afrontar las fundamentales cuestiones subyacentes. Se aborda exhaustivamente el intercambio de hidrocarburos y no las sucesivas tragedias medioambientales provocadas por su explotación industrial; los exiliados de guerra sirios que huyen del país, en lugar del oleoducto que está en el centro de ese conflicto; cómo se irá pagando la deuda griega y no los ilícitos tejemanejes que acabaron por atribuirle esa deuda a la población; las escaramuzas parlamentarias, en vez del poder de las multinacionales; una muy lucrativa lucha contra el cáncer, en lugar de los sencillos cambios alimentarios que podrían prevenirlo; o el devenir del equipo de *hockey* local, en vez de la gestión del fondo de inversión soberano del Estado. Y así, con todo. El debate público aborda la indumentaria con la que se visten o no demasiadas personas o demasiado pocas –las mujeres, ya sean musulmanas o activistas de Femen, sobre las que no sabemos nada y sobre las que tampoco se espera que sepamos nada–, o bien se ofusca con el barbarismo que se le presupone a gente a la que identificamos por el color de su piel o su lugar de origen. Desprovistos de esa profundidad, muchos se expresan de una forma que raya

el delirio en torno a temas que sirven para ocultar los asuntos que son cruciales: los glaciares se derriten, los desiertos avanzan, los suelos se erosionan, el estado social se viene abajo, la economía reducida a las altas finanzas se aliena hasta el extremo, no hay poder con el que contrarrestar al poder financiero, se han perdido los puntos de referencia filosóficos y todo ello en un orden en que los individuos se dejan administrar de una semana a la siguiente por gente mediocre que sabe cómo ganarse el favor de los poderosos. Tal como señala Freud, los elementos visibles de un mal sueño como este no pueden servir para construir algo que tenga un significado específico, pero sí que confieren, camuflados, el sentir que se asocia con temas a los que no somos capaces de dedicar nuestra atención. Un vistazo rápido a cualquier periódico de gran difusión basta para demostrarlo. La prensa sensacionalista satisface los deseos que nos llevan a leer una publicación –nuestro deseo de aprender, de ser conmovidos, de expresarnos, de analizar, de criticar, de reconocer–, pero estos deseos se ven mitigados. Aprendemos con las primeras páginas, que dan preponderancia a un tipo estridente de información en torno a fenómenos que parecen extrañísimos e incontrolables; nos conmueve la columna de asesoramiento personal, o la dedicada a las artes; nos expresamos con las breves invectivas de los columnistas; analizamos, sí, pero nunca nada que vaya más allá de la abundancia de datos que encontramos en la sección de deportes; y, por fin, la dulzura de la publicidad nos reconforta ante las turbulencias del mundo. El periódico sigue brindándonos lo que esperamos de él, pero va fragmentando nuestras reacciones subjetivas al dirigir las hacia objetos que no guardan relación entre sí, ni con lo que en origen provocó nuestra reacción. El periódico genera tensión a través de las secciones que transmiten estrés y después calma con la cobertura que hace de temas frívolos. El medio pretende no ya asistir al lector a la hora de pensar en vicisitudes históricas, sino sumergirlo en un mundo de oscuridad y furia que tan solo el propio medio podrá ayudarle a soportar.

Podemos dar por sentado que hoy en día no va a aparecer ninguna figura nietzscheana para denunciar la “mediocridad” de la “gente apocada” que trata

de adoptar una posición “en el medio”, equidistante con respecto a todo.²¹³ El desdén que antaño sintieron las personas cultivadas hacia seres temibles que optan por el término medio y la moderación es una cosa del pasado. La modernidad ya no está ahí. La palabra *mediocridad* ya no se puede usar con este sentido. O, si se usa con este sentido, los sociólogos legitimistas como Luc Boltanski enseguida identificarán al arrogante que lo haga como un “hombre del resentimiento”:²¹⁴ un intelectual superfluo para las necesidades de las instituciones pedagógicas, un teórico de la conspiración en potencia, un “mediocre” que ha convertido su odio hacia sí mismo en odio hacia el conjunto de la sociedad. Hoy en día no criticamos a la gente que avanza mal que bien por la vida por su falta de pugnacidad y vitalidad: sabemos que actúa conforme a las órdenes recibidas. Los poderes establecidos no deploran el comportamiento medio, lo convierten en obligatorio. Se está instituyendo un nuevo tipo de mediocracia. La mediocridad ya no se asocia, tal como imaginaron quienes conformaban las élites en el siglo XIX, a la idea de unos intelectuales autodidactas y propietarios de comercios, convencidos de su propia inferioridad, que tratan laboriosamente de ir adquiriendo conocimientos y de participar de las artes reservadas a las clases dirigentes. La mediocracia ahora la encarnan los estándares profesionales, los protocolos de investigación, los procesos auditores y los calibrados metodológicos desarrollados por las organizaciones dominantes para que sus subordinados puedan ser intercambiables. Este es el orden en que lo artesano cede ante la funcionalidad, las prácticas ante las técnicas, la destreza ante la implementación. La historia de este orden la escribieron Michel Foucault (que analizó cómo el ejército dio forma al “aire del soldado”),²¹⁵ Karl Marx, Frederick Winslow Taylor (en relación con las formas extremas de la división del trabajo en el ámbito industrial), Hannah Arendt (en relación con el ciego cumplimiento de las instrucciones administrativas), Georg Simmel y C. Wright Mills (en relación con la irreflexiva actividad de los académicos que cuentan con financiación privada). Cuando el trabajo se convirtió en un medio de subsistencia para los pobres y en un medio de producción de valor de mercado

para los ricos, acabó por resultar obvio que también a él había que aplicarle un formato mediano.

La universidad deja claro que ha sido abandonada a la deriva cada vez que basa su autoridad en algo que no sea la capacidad de la mente de producir significado. Así sucede cuando, por ejemplo, convierte a sus profesores en brókeres que les venden los hallazgos de sus investigaciones a quienes los financian. Sin embargo, puede ser que en ocasiones los académicos se trasciendan a sí mismos, incluso hallándose desprovistos de todo distanciamiento crítico, cuando el objeto de su estudio consiste en maquinaciones perversas. Mats Alvesson y André Spicer, de las escuelas de negocios de la Lunds Universitet y la City University of London, hablan completamente en serio al analizar la “estupidez funcional” que prevalece sobre la razón en muchas organizaciones dominadas por la avaricia; incluso ofrecen argumentos bien fundados a favor de esa estupidez. “La estupidez funcional tiene que ver con una ausencia de reflexión, un rechazo del uso de las capacidades intelectuales en formas distintas a las de la miopía y con la evitación de las justificaciones”.²¹⁶

La banalidad del mal se ha convertido en ciencia, pues la curiosidad en el lugar de trabajo será siempre castrada. Uno no debe tratar de comprender, sino confinar su pensamiento a los caminos de sobra transitados por la institución, para así asegurarse de que funciona con arreglo a sus requisitos. Esto nos ayuda a entender por qué tantos representantes de la autoridad son conocedores de su propia estupidez y por qué un subordinado que haga algo tan abyecto como citar *Mediocracia* en su lugar de trabajo puede ser llevado ante un comité disciplinario que le impondrá una humillante reprimenda. No es exactamente que las autoridades no quieran que se diga la verdad, es que nadie está de veras comprometido con tomarse seriamente el vocabulario de la organización. Sin embargo, es muy importante aplacar la risa soberana que este vocabulario provoca, para que el cristal de su vanidad no llegue jamás a resquebrajarse. A un consultor en estandarizaciones no se le debe hacer sentir nunca como un mero contable. La vacuidad semántica es obligatoria para los administradores que necesitan contar con empleados que hagan todo lo que de

ellos se requiera. Por eso en las entrevistas de trabajo un jefe puede llegar a preguntar a los candidatos si son capaces de tolerar la ambigüedad. En el vocabulario gerencial documentado por Alvesson y Spicer, se detecta literalmente una necesidad de saber si la gente es “estúpida”, esto es, si es capaz de confinar la actividad mental al estado que precede al pensamiento, para no tener que pasar nunca al del pensamiento en sí. Esto nos recuerda a la actitud que permitió a los brókeres sonámbulos seguir comprando, a lo largo de toda la década de 2000, productos bursátiles absurdos con calificaciones abusivas de AAA, empujando al planeta a una de las peores crisis financieras de la historia. Según Alvesson y Spicer:

[...] la estupidez es requisito de los entornos complejos con preferencias ambiguas en todo lo que tenga que ver con objetivos. Las acciones estúpidas ayudan a clarificar, dar forma y poner a prueba las preferencias. Permiten ensayar por medio de la acción y gracias a la impenetrabilidad de la información de retorno. Esto facilita nuevas actividades que aún no han dado pruebas de su éxito. Aquí lo que ocurre, sencillamente, es que la ambigüedad es tal que previene a la gente de poner en funcionamiento sus capacidades cognitivas y de actuar racionalmente.²¹⁷

Hay una tipología de cinco figuras conceptuales que emergen para encarnar posibles reacciones a la hegemonía de ese sistema que exige que haya mediocridad. Tanto el hombre “roto” del novelista Pierre Lefebvre²¹⁸ como el “hombre que duerme” de Georges Perec²¹⁹ se negaron a acatar el orden establecido y se retiraron de él. Son personas que se acuclillan ante el signo de los tiempos. Bajo las batidas del radar, estos parásitos o ascetas no dudan en escoger la precariedad y rechazan la gracia y las extravagancias de las organizaciones contemporáneas. Tal como explica Lefebvre, “la verdadera y única razón por la que no fui capaz de conservar la mayor parte de mis trabajos es bastante sencilla: nunca pude acostumbrarme a mi condición de *recurso humano*”.²²⁰ El anhelo de resistencia política no es su principal motivación; actúan así a causa de un repudio instintivo, para protegerse a sí mismos.

La segunda figura es la de la persona que es mediocre por defecto. Este desdichado individuo se cree las mentiras que le cuentan porque, desde que era niño, nunca ha estado legitimado para nada más. Es un buen tipo, les gusta a los ideólogos y suscribe sus teorías porque han pasado a formar parte de la estructura de su subjetividad. Todo lo que resulta de las prácticas de nuestro tiempo le parece absolutamente natural. Sí que sufre: puede que por las noches tome somníferos y que engulla café por las mañanas. Pero se siente bien cuando un equipo local gana un campeonato y planear un viaje a algún destino con sol (por recomendación de su agente de viajes) le ayuda a ir tirando. En todo caso, no hay nada que le despierte el raciocinio de su sopor cuando dan las nueve de la mañana y es hora de fichar. Puede que no sea del todo feliz, pero ya se encargará él de decir que lo es.

La tercera figura es la del mediocre entusiasta. Está verdaderamente echado a perder, siempre pidiendo más. Se trata de una persona que se sabe todos los trucos. Se levanta pensando qué oscuro ardid podrá ocurrírsele para ganarse el favor de una autoridad cuyo punto de vista sin duda será dado a compartir justo en el momento oportuno. También se dedica a pensar en cómo eliminar a cualquier competidor que pueda cruzarse en su camino. Maestro en intrigas, lo sostiene el arte de no estar profundamente convencido de nada, lo que significa que siempre estará disponible para incorporarse a cualquier equipo al que le puedan convocar las circunstancias. Es un espejo de su tiempo y el futuro le pertenece. Nada va a detenerlo. Siempre habrá un proverbio que le brinde algo que podrá hacer pasar por moralidad a cada paso de su trayectoria. El hecho de ser completamente incapaz de reflexionar es su principal fortaleza.

La cuarta figura es la de la persona que es mediocre a pesar de sí misma. No es alguien que se oculte a sí mismo la naturaleza estéril de su ocupación, ni siquiera el genuino perjuicio que puede llegar a causar su trabajo, si es que se desenvuelve en un campo como la gran industria, la agricultura de monocultivos, los negocios extractivos, el derecho o la psicología organizacional. Tiene bocas que alimentar y una hipoteca que pagar. Realiza su trabajo bajo presión, pero también sin vergüenza. Siendo muy consciente de la

banalidad del mal que ese trabajo representa, también experimenta como una lacra diaria el mal de la banalidad. En el mejor de los casos, encontrará la forma de participar en un sindicato o de ayudar en la gestión de una organización benéfica, hasta que finalmente encuentre en estos entornos los mismos problemas que en su ámbito profesional. Sigue adelante en un estado de profunda incomodidad.

Por último, un reducido número de temerarios exaltados conforman la última categoría emblemática: esta es la gente que va cargando hacia delante, denunciando las operaciones de las instituciones de poder y cuya única retribución es el orgullo de no formar parte de ellas. Un combatiente de la resistencia se presenta a sí mismo como el azote de la mediocracia, hasta que el *star system* un día lo incorpora como miembro del elenco, reconociéndolo como un candidato que tal vez podría ocupar con decoro un despacho importante: es la figura del maldito.

Es una apasionada apelación desde el corazón, más que una pregunta: “Sí, pero ¿qué puedo hacer yo para cambiarlo?”. Esto se oye, sin excepción, al final de toda alocución pública dedicada a los males de nuestro tiempo. Casi todos los ecosistemas del mundo están en peligro y las compañías petrolíferas son economías mafiosas más poderosas que cualquier Estado. Los contenidos audiovisuales se diseñan en base a experimentos neurológicos que nos manipulan. Las especies van desapareciendo. En el Pacífico se está formando un continente de plástico desechado y las tensiones se van exacerbando inexorablemente en diversas áreas de conflicto geopolítico a lo largo del mundo. Pero la reacción que emerge ante todo esto más bien impide cualquier posible respuesta. Dice así:

¿Qué puedo hacer yo, tan Petit Chose,²²¹ tan don nadie, atrapado en mi estéril individualidad, obligado a comer pizza descongelada en mi semisótano por culpa de la tasa de desempleo, los alquileres por las nubes, la brutalidad policial y por culpa de todo el dinero que debo?

Es una pregunta retórica, en tanto que lo que dice es: “Por favor, confirmame que no hay nada que pueda hacer para cambiarlo, pues la verdad es que no me

veo con fuerzas para la resistencia que la situación requiere”. Firmemente acomodado en un rincón, este personaje pregunta, lastimero: “¿Dónde está el De Gaulle a cuya llamada podría yo reaccionar, el Gandhi al que todos podríamos seguir?”. Y, efectivamente, a estas alturas del proceso de deterioro político, ¿qué es lo que podemos hacer?

“¿Qué se puede hacer?” es una pregunta que en tiempos resonaba como una exclamación, era el prelude al pensamiento estratégico acerca de un nuevo orden. La versión individualista actual –“Sí, pero ¿qué puedo hacer yo para cambiarlo?” –nos indica que quien lo pregunta no tiene ninguna esperanza en la acción: como Petit Chose, no podemos hacer nada que merezca la pena. Esta pregunta empobrecida revela el estado al que nos ha reducido el sistema. Y, sin embargo, tampoco deja de actuar de manera subyacente para alentar nuestra toma de conciencia social y política. Es la base sobre la que poder articular las razones por las que escapar de nosotros mismos, para buscar formas de actuación sobre las estructuras colectivas que nos condicionan y para entender hasta qué punto eso que nos apresuramos en denominar *conciencia individual* es básicamente el producto de un determinado contexto cultural, social e ideológico. El personaje decimonónico de Alphonse Daudet, Petit Chose, se considera sobrepasado hasta el extremo por los infortunios de su época. Habla de sí mismo en tercera persona y no por orgullo, sino porque es una manera de poder compadecerse de la persona que dice ser: una que no tiene ningún control sobre los pesares que tan fatalmente lo afligen, sobre todo cuando cree haber hallado algo con lo que consolar su corazón herido. Así, se resigna a olvidar los gestos e iniciativas que tal vez cambien su destino radicalmente. ¿Cómo podemos explicar que estamos en una posición tan estática como para que las catástrofes más terribles hayan sido presagiadas hace décadas? “Pobre e insignificante de mí, ¿qué puedo hacer yo para cambiarlo?”. Deja de indignarte y pasa a la pregunta siguiente: trabaja con denuedo hasta dar con un compendio de causas válidas; organízate con otras personas más allá de camarillas y de refugios sectarios; mófate de las ideologías; reduce los términos que la propaganda quiere inscribir en el centro de nuestra subjetividad a meros objetos del pensamiento; trasciende los modos

hegemónicos de organización; intenta establecer estructuras que se parezcan a nosotros. ¡Sé radical!

202 “Políticas del extremo centro” es un texto parcialmente basado en extractos de las siguientes publicaciones: “Le spectre politique”, *L’Inconvénient*, n.º 65, verano de 2016; “Le prolétariat en négatif”, *Médias et minorités*, una selección publicada en otoño de 2016 por el medio digital *L’esprit libre*; y tres artículos publicados en *Liberté*: “Qu’est-ce que je peux faire?”, n.º 311, primavera de 2016, “Autour de Dieu”, n.º 312, verano de 2016 y “Le 11 novembre 2015”, n.º 313, otoño de 2016.

203 N. del T. Referencia a la canción “Les anarchistes” de Léo Ferré: “*Y’en a pas un sur cent, et pourtant ils existent*” (“Son menos de uno por cada cien, y sin embargo existen”).

204 SASSEN, Saskia (2007): *Territory, Authority, Rights: From Medieval to Global Assemblages*, Princeton, Princeton University Press [(2010): *Territorio, autoridad y derechos*, Buenos Aires, Katz].

205 ENZENSBERGER, Hans Magnus (1972): *Der kurze Sommer der Anarchie*, Frankfurt, Suhrkamp Verlag. Disponible en <https://libcom.org/history/brief-summer-anarchy-life-death-durruti-hans-magnus-enzensberger> [consultado el 07/06/2019] [(1972): *El corto verano de la anarquía: vida y muerte de Durruti*, Barcelona, Anagrama, p. 7].

206 SERNA, Pierre (2005): *La République des girouettes: 1789-1815 et au-delà*, París, Champ Vallon, traducción propia.

207 REVAULT D’ALLONNES, David (2016): “François Hollande lance l’opération réhabilitation”, *Le Monde*, 3 de mayo.

208 BÉDARD, Éric (2016): “Être conservateur aujourd’hui”, *L’Inconvénient*, verano.

209 “Blankfein Says He’s Just Doing ‘God’s Work’”, *The New York Times*, Dealbook, 9 de noviembre de 2009. Disponible el <https://dealbook.nytimes.com/2009/11/09/goldman-chief-says-he-is-just-doing-gods-work/> [consultado el 07/06/2019].

210 KUNDE, Jesper (2002): *Corporate Religion*, Londres, Financial Times y Prentice Hall. La cita aparece en casi todas las menciones del libro en internet.

211 ÉLIE-MORIN, Marie-Claude (2015): *La dictature du bonheur*, Montreal, VLB Éditeur.

212 LIEBER, Chavie (2014): “The Self-Help Movement Behind Lululemon’s Eerie Dogma”, *Racked*, 9 de enero. Disponible en <https://www.racked.com/2014/1/9/7625823/landmark-lululemon-feature> [consultado el 07/06/2019].

213 NIETZSCHE, Friedrich (2005): *Thus Spoke Zarathustra*, Graham Parkes (trad.), Oxford, Oxford University Press, p. 147 [(2008): *Así habló Zarathustra*, Madrid, Cátedra].

214 BOLTANSKI, Luc (2014): *Mysteries and Conspiracies: Detective Stories, Spy Novels and the Making of Modern Societies*, Catherine Porter (trad.), Cambridge, Polity Press [(2016): *Enigmas y complots, una investigación sobre investigaciones*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica].

215 FOUCAULT, Michel (1995): *Discipline and Punish*, Alan Sheridan (trad.), Nueva York, Vintage Books, p. 135 [(2009): *Vigilar y castigar*, Ciudad de México, Siglo XXI Editores].

216 ALVESSON, Mats y SPICER, André (2012): “A Stupidity-Based Theory of Organizations,” *Journal of Management Studies*, n.º 49, 7 de noviembre, p. 1.194.

217 ALVESSON, Mats y SPICER, André (2012): *ibíd.*, p. 1.197 en MARCH, James G. (1996): “Learning to Be Risk Averse”, *Psychological Review*, n.º 103 y (2006): “Rationality, Foolishness, and Adaptive

Intelligence”, *Strategic Management Journal*, n.º 27, pp. 201-221.

218 LEFEBVRE, Pierre (2015): *Confessions d’un cassé*, Montreal, Éditions du Boréal.

219 PEREC, Georges (1990): *A Man Asleep*, Andrew Leak (trad.), Boston, David R. Godine [(2009): *Un hombre que duerme*, Madrid, Impedimenta].

220 LEFEBVRE, Pierre (2015): *op. cit.*, p. 62.

221 N. del T. *Le Petit Chose* es una novela autobiográfica de 1868 en la que el escritor francés Alphonse Daudet relata la soledad y la pobreza de su azarosa juventud [DAUDET, Alphonse (1968): *Fulanito*, Madrid, Espasa Calpe].

La España vacía

*Viaje por un país
que nunca fue*

SERGIO DEL MOLINO

T

TURNER NOEMA



La España vacía

Molino, Sergio del

9788416714667

400 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un viaje histórico, biográfico y sentimental por un país deshabitado dentro de España. En solo veinte años, entre 1950 y 1970, el campo español se vació. Las consecuencias de este éxodo marcan el carácter de la España de hoy. Un ensayo emocionante y necesario sobre las raíces de un desequilibrio que hace tanto daño a la ciudad como al campo. Un viaje a los pueblos de la España vacía y un análisis de la literatura, el cine y la historia que los relata. "Hay que viajar muy al norte, hasta Escandinavia, para encontrar en Europa unas densidades de población tan bajas como las de la España vacía".

[Cómpralo y empieza a leer](#)

LINGÜO

Guía de Europa para
el turista lingüístico

GASTON DORREN

T

TURNER NOEMA

Lingo

Dorren, Gaston

9788416714650

374 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Bienvenido a Europa como nunca la has visto: a través de las peculiaridades de sus idiomas y dialectos. Gaston Dorren mezcla la lingüística y la historia cultural y nos conduce a un fascinante tour por el continente, desde el protoindoeuropeo (el antepasado común de las lenguas europeas) hasta el triunfo del inglés, pasando por las complejidades de los plurales del galés y la pronunciación checa. Por el camino aprenderemos por qué el esperanto no prospera, qué les sorprende más a los extranjeros que intentan aprender español y por qué el finés es el idioma europeo más fácil de aprender. ¿Preparados? Sorprendente, ingeniosa y lleno de datos extraordinarios, "Lingo" cambiará nuestra forma de entender el lenguaje." A través de estas sesenta historias sobre la lingüística europea

aprendemos muchísimo sobre Europa [...] Una guía entretenida y accesible". — The Financial Times"El recorrido de Dorren por el continente se convierte en una práctica enormemente divertida. Tiene algo interesante que decir sobre casi todo [...] brillante". — The Guardian

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cómo escuchar

JAZZ

TED GIOIA

T

TURNER NOEMA



Cómo escuchar jazz

Gioia, Ted

9788416714865

225 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Gioia nos presenta una introducción al arte de escuchar jazz: la estructura de la música, los cimientos de la improvisación, y las estrategias de escucha que ayudarán al lector a amar el jazz durante el resto de su vida. Un recorrido por los autores, los artistas, los temas, las versiones y los sonidos que le abrirán las puertas del jazz.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HISTORIA **MÍNIMA** DE

España

Juan Pablo Fusi

Las claves, los hechos, los personajes
y los hitos fundamentales para entender
la España del pasado y la del futuro.

Historia mínima de España

Fusi, Juan Pablo

9788415427650

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿En qué siglo aparece el nombre "España"? ¿Es cierto que la reconquista duró ocho siglos? ¿Pudo haberse mantenido el califato de Córdoba? ¿Quién creó la Inquisición y para qué? ¿Cuál fue el gran error de Felipe II en Flandes? ¿Cómo afectó a España la independencia de los países americanos? ¿Quién fue el primer militar que presidió el gobierno español? ¿Fue alguna vez la agricultura española un sector próspero? ¿Cuándo empezó el bando republicano a perder la Guerra Civil? ¿Para qué sirvieron los pactos de la Moncloa? ¿Se puede hablar hoy de España como una plena democracia europea? Incluye 20 mapas originales, y un completo aparato crítico con cronología exhaustiva, recomendaciones bibliográficas del autor e índice onomástico

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Las personas de la historia

Sobre la persuasión y el arte del liderazgo

MARGARET MACMILLAN

T

TURNER NOEMA



Las personas de la historia

MacMillan, Margaret

9788416714889

296 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La gran historiadora canadiense Margaret MacMillan, autora del bestseller internacional 1914. De la paz a la guerra, nos presenta aquí su propia selección personal de las figuras del pasado, hombres y mujeres, algunos famosos y otros menos conocidos, que en su opinión destacan como "personas que hicieron historia". MacMillan examina el concepto de liderazgo a través de Bismarck y su papel en la unificación de Alemania, Willam Lyon Mackenzie King en la defensa de la unidad canadiense, y Franklin D. Roosevelt en la política estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial, y señala los grandes errores o decisiones destructivas de dirigentes totalitarios Hitler, o democráticos como Nixon o Thatcher. También hay espacio para soñadores y aventureros y personalidades únicas menos

conocidas pero cruciales en su época. Este libro trata de la relación importante y compleja que establecen la biografía y la historia, los individuos y su tiempo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)